

EL
MANUSCRITO
DE
LEONARDO

Susanne Goga

EL
MANUSCRITO
DE
LEONARDO

Título original: *Das Leonardo-Papier*

by Susanne Goga

Este libro ha sido negociado a través de Ute
Körner Literary Agent, S.L.U., Barcelona
www.uklitag.com

Primera edición: 2015

© 2009 by Diana Verlag

A division of Verlagsgruppe Random House GmbH, München, Germany

www.randomhouse.de

© traducción: Patricia Losa, 2015

© de esta edición: Bóveda, 2015

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-89-9

Depósito legal: SE. 1267-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo.....	11
CAPÍTULO I.....	27
CAPÍTULO II.....	41
CAPÍTULO III.....	55
CAPÍTULO IV.....	75
CAPÍTULO V.....	87
CAPÍTULO VI.....	107
CAPÍTULO VII.....	119
CAPÍTULO VIII.....	131
CAPÍTULO IX.....	141
CAPÍTULO X.....	157
CAPÍTULO XI.....	179
CAPÍTULO XII.....	195
CAPÍTULO XIII.....	211
CAPÍTULO XIV.....	227
CAPÍTULO XV.....	247
CAPÍTULO XVI.....	267
CAPÍTULO XVII.....	283

CAPÍTULO XVIII.....	299
CAPÍTULO XIX.....	321
CAPÍTULO XX.....	337
CAPÍTULO XXI.....	355
CAPÍTULO XXII.....	381
CAPÍTULO XXIII.....	399
CAPÍTULO XXIV.....	415
CAPÍTULO XXV.....	429
CAPÍTULO XXVI.....	453
CAPÍTULO XXVII.....	469
EPÍLOGO.....	481
UN PAR DE PALABRAS PARA FINALIZAR.....	489
BIBLIOGRAFÍA.....	493

Dedicado a Bill Bryson, que me llevó
hasta los «picadores de piedra»

PRÓLOGO

A la luz de nuestras actuales pesquisas hemos de llegar a la conclusión de que ni hemos hallado indicios de un principio, ni tenemos la perspectiva de un final.

JAMES HUTTON

Londres, 1805

LA LLUVIA AZOTABA LAS CALLES, ARRASTRABA A SU PASO las inmundicias y viejos periódicos que se iba encontrando, formaba charcos bajo los bordillos y hacía que hombres y animales por igual buscaran refugio en sus hogares. No eran lugares cálidos y protegidos, pues no era ese el tipo de sitios que podían encontrarse en esa zona, sino cuartuchos relativamente secos en los que arremolinarse los unos junto a los otros y tratar de olvidar el terrible frío a base de aguardiente. Sin embargo, también los había que no lograban encontrar ningún techo y, a pesar del clima inmisericorde, aún vagabundaban por las calles.

El distrito que comprendía las zonas de St Giles y Seven Dials no solo era uno de los más pobres de la ciudad, sino también el más oscuro y de peor reputación por lo que, todo el que podía, prefería dar un gran rodeo con tal de evitar sus estre-

chos y superpoblados callejones, cubiertos por un denso sudario de pestilencia y humo. Las prostitutas se refugiaban de la lluvia bajo toldos agrietados y les gritaban a los viandantes invitaciones obscenas, pero el hombre de la carretilla apretó el paso, embozado en el cuello de su desgastado abrigo y con un sombrero de copa calado hasta los ojos.

La desolación parecía surgir de los propios adoquines del suelo, los muros respiraban desamparo, la gente le parecía espectros que, a cada segundo, alzaban contra él sus grisáceas extremidades. Las *rookeries*, las miserables barriadas al otro lado de St Giles High Street, constituían un laberinto que intercalaba edificios ruinosos y sótanos más húmedos que en ninguna otra zona de la ciudad, un mórbido palacio de quebradiza mampostería, revoque enmohecido y madera carcomida.

Ninguno de los moradores de aquella zona habría podido imaginar ni por lo más remoto que, no lejos de aquel barrio, vivía gente que no tenía que preocuparse en lo más mínimo por conseguir el pan de cada día, que cada mañana se vestía con ropa limpia, que guardaba la colada en cómodas perfumadas con lavanda y que dormía en camas previamente calentadas con braseros de cobre. Gente que tenía sirvientes encargados de cualquier tipo de quehacer diario, desde abrirles la puerta hasta peinarlos o vaciarles el orinal. Pero aquellos londinenses y sus barrios de lujo parecían estar tan lejos de las *rookeries* como la luna misma.

Joshua Hart avanzaba con resolución, sin prestarle atención a aquellos rostros enjutos, demacrados, que le observaban desde los portales, intentando orientarse. La desesperación era un estímulo eficaz. Solo había estado allí en una ocasión, lo que suponía un problema en aquella red de calles que parecían ideadas por un borracho, o por el mismísimo diablo. No había nada que usar de referencia, puesto que cada callejón, cada pasaje,

cada arco tenía el mismo aspecto ruinoso y decadente. No había cristales en las ventanas: los habitantes de aquellas casas las tapaban con papel o con trapos para protegerse de mala manera de la tormenta, en un esfuerzo sin sentido, pues el frío parecía surgir del propio interior de las viviendas en una especie de malformación innata, como una joroba o un pie contrahecho.

Fue aquel profundo ensimismamiento lo que le ayudó a atravesar el barrio sin que nadie le molestara. Buscaba el camino más corto hacia su destino y no le quedaba mucho tiempo. Se obligó a no mirar atrás para comprobar si alguien le venía siguiendo los pasos. Pero no, no era posible que nadie pudiera adivinar en él a un ciudadano respetable, y mucho menos después de haber perdido su reputación, su familia, su trabajo honrado, después de que no le quedara nada más que lo que llevaba encima.

Finalmente cruzó la última esquina cargando con su traqueteante carretilla y contempló, aliviado, las tres esferas doradas que colgaban sobre la entrada de la casa de empeños y que contemplaban, desdeñosas, aquellas calles miserables. Miró a su alrededor, pero no había ni un alma. Abrió la puerta, haciendo sonar el agudo trino de una campanilla, y entró arrastrando la carretilla. No había nadie tras el mostrador. Joshua Hart se quitó el sombrero y lo sacudió antes de echarle un vistazo al comercio. Con aquella luz crepuscular apenas se podían reconocer las mercancías. Vislumbró el contorno de armarios y estanterías llenas a rebosar, en cada esquina se acumulaban objetos por los que nadie con sentido común habría pagado ni un penique. Sin embargo, en St Giles la gente siempre le encontraba algún nuevo uso a cada cosa y, así, los bienes de los pobres se mantenían inmersos en un ciclo eterno en el que iban pasando de mano en mano hasta regresar, nuevamente, allí, a la casa de William Jessop.

El susodicho se encontraba en el cuarto trasero, iluminado por el cálido resplandor de una lámpara de aceite. Aquella luz demostraba lo bien que le iba a Jessop con su casa de empeños, aun cuando hiciera todos los esfuerzos posibles para ocultarlo tras su andrajosa vestimenta y no llamar la atención en aquel barrio maltratado.

Cuando descubrió a Joshua, preguntó con voz aguardentosa:

—¿Clientes a estas horas?

Entonces se alejó arrastrando los pies, cogió la lámpara e iluminó el rostro del visitante. Los cabellos blancos y alborotados se le arremolinaban sobre la cabeza como la aureola de algún santo medieval. Una expresión de reconocimiento se dibujó en su rostro.

—¡Ah! Es usted. Ya pensé que no iba a volver.

—Dejé algo aquí, en su tienda.

—Cierto es, señor. Pero hace mucho de eso.

—Cuatro años, para ser más exactos, Sr. Jessop.

—Y ahora quiere reclamar su propiedad —dijo, acariciándose satisfecho las algodonosas patillas que, para un habitante de aquel barrio, parecían inusualmente cuidadas—. Eso está muy bien. Esas arcas ocupan mucho espacio.

—Sí, Sr. Jessop. Así pues, si fuera tan amable de traerme mis cosas...

El usurero levantó la mano con parsimonia y observó a Joshua Hart con ojos penetrantes.

—No tan deprisa, señor. Ha dejado usted sus posesiones depositadas en mi casa durante cuatro años. Eso cuesta dinero. Y ahora, además, ¿pretende que le traiga esos baúles suyos que pesan como el plomo y que difícilmente pueden moverse sin ayuda? ¿Con la gota que tengo?

—Está bien, ¿dónde están? Los cogeré yo mismo.

Semejante muestra de cabezonería hizo que al usurero casi se le cayera la lámpara de la mano, pero se recompuso de la sorpresa.

—¿Es que no me ha entendido? Me debe dinero, señor.

Joshua Hart se abrió el empapado abrigo y se hurgó en el bolsillo del chaleco. Sacó un reloj y dejó que pendiera de la cadena frente a la nariz del usurero.

—Esto bien cubre el valor de dos baúles almacenados. Además, ya le pagué un depósito por ellos en su momento.

Jessop negó, pensativo, con la cabeza.

—Pero no es suficiente, señor mío. Yo podría haber tenido en el lugar que ocupan los baúles otras cosas que me hubieran reportado más beneficio. —Y chasqueó la lengua—. Por otro lado, es una pieza muy buena. Prefiero no preguntar de dónde la ha sacado.

Rebuscó entonces en uno de los cajones y sacó un quebradizo papelillo en el que había escrito su nombre y dirección, así como las palabras: «Dos baúles, para almacenar». Tomó una pluma y escribió debajo: «Recogidos y abonados el 4 de octubre de 1805».

Joshua Hart se mordió la lengua y se tragó la indignación. Cogió entonces el recibo y se lo guardó descuidadamente. Quería estar muy lejos de allí, lejos de ese repugnante viejo y de su miserable casa de empeños, lejos de aquella maldita cloaca. Siguió la dirección que marcaba el huesudo dedo de Jessop hacia una habitación aún más oscura y enmohecida que la anterior. Con ayuda de la lámpara de aceite que Jessop portaba, encontró sus posesiones en la esquina exterior. A juzgar por la capa de polvo que los cubría, los baúles bien podrían llevar en ese agujero desde el Medioevo.

Por suerte estaban provistos de tiradores de metal, de tal forma que Joshua Hart pudo cargarlos en la carretilla, no sin

cierto esfuerzo, mientras su ropa mojada se iba rebozando en polvo y moho. Había sido lo suficientemente previsor como para hacerse con una carretilla sencilla, sin reborde, lo que le permitió arrastrar los pesados cajones hasta su superficie, en lugar de tener que cargarlos por encima. Como era de esperar, Jessop, que observaba serenamente sus esfuerzos con sus ojillos inyectados en sangre, no se dignó a prestarle ninguna ayuda.

Cuando ya tuvo los baúles cargados, Joshua Hart se abotonó el abrigo, ahora cubierto de suciedad, se despidió del usurero con una inclinación de cabeza y abandonó el local tan rápido como pudo.

Llovía ahora con aún más fuerza que antes, convirtiendo las calles en un pantano. Se lamentó pensando en el camino que le aguardaba hasta Bethnal Green.

El vicario Ethan Hart estaba ya en su dormitorio, con la bata quitada, las gafas en la mesilla, sus rezos nocturnos ya recitados y a punto de meterse en la cama, junto a su mujer, cuando se detuvo de pronto.

—¿Qué ocurre, Ethan? —preguntó una somnolienta Mary Hart—. ¿Has oído algo? —Se incorporó—. ¿Es un ladrón?

Ethan Hart levantó la mano y agitó la cabeza.

—No, es alguien que está llamando a la puerta.

Su mujer se sentó sobre la cama tan repentinamente que el gorro de dormir se le resbaló de la cabeza.

—No puedes ir a atender la puerta a estas horas de la noche. La gente tiene que entender que un pastor también necesita dormir. Esperemos que no hayan despertado también a los niños.

En ocasiones, la profesión de su marido exigía sacrificios desde su punto de vista muy poco agradecidos. Vio entonces

cómo Ethan dudaba un instante, antes de volver a echarse encima la bata y coger la palmatoria de encima de la mesilla.

—Quizás sea una emergencia, como un moribundo. De ser así, no podría irme a la cama con la conciencia limpia. Vuelvo en seguida.

Con esas palabras, salió de la habitación. La casa parroquial, un edificio de ladrillo centenario, angosto y de color oscuro, se quejaba y crujía con cada paso que se daba en su interior, como si fuera un ser vivo que protestara por las molestias. Mary la había provisto con mucho mimo de todos los enseres artesanales que había sido capaz de realizar. Sin embargo, en la oscuridad, aquella casa parecía un tanto lúgubre debido, quizás, al temporal que azotaba las calles. Estaba ya a los pies de la escalera cuando volvió a oírlo. Ahí estaba otra vez: ¡golpes en la puerta! Procedían claramente de la entrada.

Ethan avanzó lentamente por el pasillo. En un barrio como aquel convenía tomar ciertas precauciones. «Quizás solo sea un vecino», se tranquilizó, «quizás haya venido porque su mujer esté agonizando. O tal vez sea un niño al que haya que bautizar de inmediato para que no muera en pecado». Pegado a la puerta, Ethan Hart preguntó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo: Joshua. Abre la puerta.

Horrorizado, el vicario dio un paso hacia atrás y se apoyó en el perchero. No podía ser, era imposible. Debía habérselo imaginado. Una vez se hubo serenado, se acercó de nuevo a la puerta.

—Dígame quién es usted realmente y qué quiere de mí.

—¡Por el amor de Dios, Ethan! ¡Abre la puerta! Soy yo, tu hermano —dijo la voz, y de nuevo resonaron golpes furiosos contra la madera.

«No pronunciarás el nombre de Dios en vano» fue la frase que le vino a la mente, pero no había tiempo para amonestaciones semejantes. Abrió una rendija y observó.

Aquel hombre estaba empapado hasta los huesos: sus ropas reflejaban la tenue luz de la vela, como si fueran de cristal. A su lado tenía una carretilla cargada con dos grandes baúles. Aunque el amplio abrigo que llevaba disimulaba su figura, daba la impresión de estar demacrado y sus ojos, hundidos en las cuencas, le miraban con una mezcla de súplica y furia.

—No me dejes aquí, frente a la puerta, Ethan. Eres un hombre de Dios, abre de una vez. Me estoy muriendo de frío.

El vicario retrocedió y dejó paso a aquel hombre empapado y su carretilla. Intentando ignorar el charco que su visitante iba dejando sobre la gastada pero escrupulosamente limpia alfombra del vestíbulo, observó atentamente a este y sus posesiones.

—¿Qué estás haciendo aquí? Te condenaron a siete años en Australia, por lo que decían.

Joshua Hart dio un paso al frente, como si quisiera agarrar del pescuezo a su hermano.

—Sí, y ya he cumplido cuatro de ellos. Tres y medio, para ser exactos. El tiempo restante lo he empleado viniendo hasta aquí en apestosas fragatas.

Su hermano le invitó a pasar al salón con un gesto del brazo y cerró la puerta principal. En aquel cuarto aún quedaba algo de calor, apenas un vago recuerdo del fuego del hogar, ya extinto.

—Pero ¿qué te has creído? Volverán a cogerte, y esta vez no vas a librarte tan fácilmente. Y ¿cómo se te ha ocurrido venir aquí? Mary está arriba, en la cama. Nunca llegué a contarle tu ignominia. Le dije que te habías ido a América a hacer fortuna...

Joshua hizo un esfuerzo por controlarse y miró a Ethan con ojos encendidos.

—¿Cómo te atreves a juzgar lo que hice? Tú, que estás aquí sentado todo el día, en tu comfortable casa parroquial, escribiendo tu sermón dominical al calor de la lumbre y poniendo cara de beato.

—Tú también podrías haber vivido así, Joshua —señaló su hermano—. Amor, fortuna, gloria... Lo querías todo. Y sin embargo, lo arriesgaste todo en cuanto tuviste ocasión.

—Fue un pequeño error por el que me castigaron sin la más mínima misericordia. ¡Lo sabes muy bien! —exclamó Joshua cuando la indignación lo dominó nuevamente.

Ethan Hart se llevó un dedo a los labios con un gesto de cansancio.

—Baja la voz. Los niños están dormidos. Y deja de remover historias que son ya agua pasada. No solo atentaste contra la ley, sino también contra las buenas costumbres. Tu delito más grave fue contra la moralidad.

—Moralidad, moralidad, tú y tu moralidad —dijo Joshua con voz amortiguada, pero aún llena de ira—. Eres injusto conmigo, hermano. Siempre he cumplido con mi deber, nunca eché a ningún enfermo de mi puerta, nunca mientras conservé mi consulta. Lo que yo hiciera en mi tiempo libre es cosa mía.

—No del todo. Persegúías la gloria, buscabas reconocimiento público, en lugar de conformarte con hacer aquello que la vida te había destinado a hacer. Ahora, lo has perdido todo. Reflexiona entonces, y elige tú mismo tu penitencia.

Sin embargo, Joshua no tenía tiempo ni paciencia para un consejo tan bienintencionado como de poca ayuda, por lo que empujó a su hermano hacia un sillón.

—Escúchame aunque sea solo por esta vez sin soltarme otro sermón piadoso. Quiero pedirte un favor y es por eso por

lo que estoy aquí —dijo, y señaló al suelo, hacia donde se encontraba la carretilla—. Ahí hay cosas importantes que mi mujer debe recibir.

Iba a seguir hablando pero, cuando vio la expresión en el rostro de su hermano, enmudeció y tanteó instintivamente en busca del apoyo de un armario de madera tallada. Entendió en seguida lo que el semblante de Ethan significaba, pero no quiso creerlo. Durante un instante luchó con el deseo de salir precipitadamente de aquella casa para huir de aquello que acababa de descubrir, pero nunca había sido un cobarde. Se le podía acusar de ser demasiado impetuoso, de carecer de buen juicio o, incluso, de mostrar un comportamiento inmoral, pero nunca de rechazar la verdad.

—¿Qué ha ocurrido, Ethan? ¿Por qué me miras así?

Su hermano agachó la cabeza y fijó la mirada en la posición del suelo de madera que podía vislumbrar entre sus zapatillas.

—Claro, ¿y cómo ibas a saberlo?

—Dímelo.

—Tu mujer murió en el parto del bebé.

Joshua palideció y el mar de profundas y prematuras arrugas que cubría su rostro se congeló en una máscara grotesca.

—¿Cómo te has enterado? —dijo, dando un paso al frente, como si quisiera agarrar a Ethan de la bata.

—Como no soy del todo indiferente a tu destino, aunque esa es la conclusión a la que tú, al parecer, has llegado, hice averiguaciones, pregunté por ahí. Siempre termina por aparecer alguna cocinera o algún mozo de cuadras parlanchín a los que se les suelta la lengua con facilidad a cambio de un par de monedas. —Carraspeó, como si para un hombre de Dios resultara vergonzoso recurrir a semejantes artimañas—. Cuando lle-

gó el momento, dio a luz a una niña. Sin embargo, no se repuso del parto y murió pocos días después.

Cuando vio a su hermano caer de rodillas al suelo y cubrirse el rostro con las manos, se dio cuenta de lo crueles que aquellas palabras tan directas, tan carentes de adorno, debían haber resultado y suavizó su tono.

—La pequeña se está criando en casa de su abuelo y lleva también su apellido. Está en buenas manos con ellos, Joshua. Déjalo estar.

—¿Cómo... cómo se llama?

—Georgina.

—Es un buen nombre.

Con movimientos tan pesados como los de un anciano, Joshua Hart se levantó del suelo y se dirigió hacia la ventana, aunque los postigos estaban cerrados. Apoyó la cabeza sobre los cristales, como si quisiera refrescarse, y se volvió después, muy lentamente.

—En cualquier caso, mi vida ya no vale nada.

—No digas semejantes blasfemias, hermano. Dios se regocija de cada hijo descarriado que recupera el buen camino —le reprendió Ethan, pero sus palabras sonaban tan huecas como si él mismo no pudiera ya creer en ellas.

Joshua se acercó de nuevo a él y lo miró directamente a los ojos.

—En ese caso, debes hacerme el favor que he venido a pedirte. Cuida de los baúles hasta que mi hija tenga veintiún años y sea lo suficientemente mayor como para descubrir quién era su padre en realidad. Hazlo, porque nadie más lo hará. Quiero que ella conserve como recuerdo lo que estos cofres contienen, que tanto han significado para mí.

Ethan agitó la cabeza, dubitativo. Probablemente la familia haría todo lo posible para evitar que la chiquilla supiera

nada de su padre. En cualquier caso, quedaban muchos años para eso, en los que podían ocurrir muchas cosas inesperadas. Para tranquilizar a su hermano, asintió y se levantó del sillón.

—Bien, puedes llevar la carreta al otro lado de la casa y guardar los baúles en el cobertizo. Me ocuparé de que permanezcan a salvo. Al fin y al cabo... —dijo, dirigiendo a Joshua una mirada cargada de intención.

—... es todo lo que puedes hacer por mí.

Joshua miró a su alrededor, al oscuro salón, como si quisiera pasear la vista por última vez por el tipo de vida a la que había renunciado, antes de dirigirse repentinamente hacia la puerta y salir al pasillo. Levantó la mano para retener a Ethan, que iba ya a coger él mismo un abrigo.

—Sé dónde está el cobertizo. Vete a la cama: tu mujer debe estar preocupada.

La puerta se cerró tras él con un fuerte golpe. Ethan atravesó el oscuro pasillo hacia la puerta de atrás y escuchó. Así, oyó maldiciones amortiguadas y otros ruidos cuando su hermano arrastró su mercancía hasta el cobertizo. Aunque a esas alturas tenía ya los pies helados, no se le pasó por la cabeza volver a subir hasta la habitación antes de que los sonidos hubieran cesado. Cuando ya no quedó ni un eco, se dirigió hacia la escalera. Antes de que hubiera puesto el pie en el primer escalón, se estremeció.

En las silenciosas calles se escuchó de pronto el sonido de pasos apresurados y gritos. Corrió por el pasillo, abrió la puerta de entrada y salió al umbral, sin preocuparse por la lluvia.

Los faroles se agitaban arriba y abajo como en un desfile, pero los hombres que los portaban no tenían prevista ninguna diversión. Se oyeron jadeos, luego un grito, hasta que, finalmente, alguien exclamó:

—¡Rápido, venid de una vez! ¡Las cadenas, antes de que se me escape! ¡Este cerdo cocea como un caballo!

Ethan Hart pensó que era poco probable que se tratara de la policía. Tenía aspecto, más bien, de tratarse de cazarrecompensas a sueldo, que recibían oro por cada arresto que realizaban. Ignoraba cómo habían podido descubrir a su hermano, pero iban a recibir una jugosa recompensa por él. Regresar sin permiso de una deportación era un delito grave; la pena que le aguardaba a Joshua era algo en lo que no quería ni pensar. No le contaría nada a su mujer. Hasta el momento había logrado mantenerla al margen de la vergüenza que su hermano había traído a toda la familia, y así debía continuar. De lo contrario, no haría otra cosa más que preocuparla. Una mentira piadosa parecía justificada en un caso así.

Ethan Hart permaneció de pie, en la puerta de la casa parroquial, y vio a la luz titilante de los faroles cómo tres figuras que inspiraban poca confianza se llevaban al preso, mientras el cielo seguía vertiendo un aguacero que limpiaba los pecados de la ciudad.

Inquieto como un tigre en el zoo, Joshua daba vueltas arriba y abajo en su celda. ¿Eran voces lo que se oía en el pasillo? ¿Venían a por él? Pero fue otra puerta la que se abrió con un chirrido, otro cuerpo el que se llevaban por la fuerza mientras este intentaba resistirse, otra pobre alma la que hacía su último recorrido.

Recordó el momento de la lectura de la sentencia. Su rostro teñido de un rojo intenso. No fue un frío gélido lo que sintió, como describen las novelas el momento en que el héroe recibe una noticia aterradora. Él, más bien, creyó que la cabeza le iba a estallar, como si la sangre quisiera salirse a borbotones.

Durante aquellos cuatro años, solo había tenido una cosa en mente durante la cruel travesía hacia la deportación, durante los trabajos forzados en la cantera, durante la huida posterior. ¡Qué irónico resultaba ahora aquel sufrimiento suyo en los años de condena! Lo único que le había mantenido con vida por aquel entonces había sido su deseo de liberarse a cualquier precio, de regresar a Inglaterra con su mujer y su hijo.

Sin embargo, cuando había mirado el rostro de su hermano y había visto en él lo que había ocurrido, había sido como si le hubieran arrojado por un precipicio. Lo primero que había entendido había sido que su vida ya no tenía ningún sentido, que la pena y el peligro que había soportado habían sido en vano. Solo le quedaba un consuelo: que había podido hacerle llegar a Ethan aquellos baúles, que constituirían, tras su muerte, un puente hacia su hija.

Joshua podía oír desde su celda el vocerío de la gente. Aquel día había programadas seis ejecuciones y la suya era la última. ¿Es que querían torturarlo, o tal vez darle algo de tiempo extra para despedirse de la vida? No, en realidad debía ser mucho más sencillo que eso. Quizás el verdugo se jugaba el orden de los reos a los dados. O tal vez comprobaba el orden en que se habían dictado las sentencias. No había autoridad en aquel lugar mayor que la suya: ni siquiera Dios se atrevía a imponerse en la prisión de Newgate.

Se quedó quieto y apoyó la cara en el muro. No estaba limpio, pero sí fresco, y eso le permitía aliviar el ardor de su piel. Entonces, extendió los dedos, apretó las manos contra la fría piedra y cerró los ojos. Se sintió como si hubiera vuelto a casa.

Se vio vestido con un viejo pantalón y una camisa raída, trabajando en una cantera bajo un sol ardiente. Junto a él, una bolsa de cuero, como las que él utilizaba para guardar su ins-

trumental médico, pero que en este caso albergaba martillos, cinceles y paños para envolver sus hallazgos. Le ardía la nuca, tenía la piel enrojecida y, por la tarde, le dolería, pero no podía parar, no ahora, dejando sin comprobar esa esquina, ese fragmento tan prometedor. Golpeó con cuidado el bloque de mineral, utilizó el cincel a modo de palanca y lo movió con cuidado arriba y abajo para soltar su descubrimiento de su entorno calcáreo. Con un pincel, terminó de ampliar la fractura mientras apartaba los sedimentos de encima. Tenía los brazos cubiertos de polvo blanco como la harina, pues la cal en polvo se mezclaba con el sudor y formaba un engrudo blanco que daba el aspecto de que le hubieran tirado pintura encima. Sintió la excitación al hacerse finalmente con el hallazgo y poder sostener en las manos aquella amonita tan maravillosamente formada.

Joshua estaba tan sumido en sus recuerdos que ya no oía los ruidos de fondo de la prisión, el tintineo de las llaves, la multitud jaleante de Newgate Street, el murmullo cuando la trampilla se abría y la soga se tensaba. Estaba en un lugar al que nadie más podía acceder.

Vio de nuevo aquel pergamino ligeramente amarilleado y cubierto con dibujos tan finos como filigranas, delicados, pero realizados con seguridad y, entre ellos, aquellas líneas que parecían proceder de una tierra lejana, letras formadas de manera peculiar. Recordó cómo había pensado en él hasta que se le había ocurrido la idea, tan loca, pero tan lógica, que solo podía ser verdad. Había solucionado el enigma. Sin embargo, eso había sido solo el principio pues, como un niño que juega con el espejo de un barbero, colocando las dos alas laterales enfrentadas, la resolución de aquel misterio solo había traído nuevos misterios que parecían extenderse hasta el infinito.

Entonces, le había venido a la mente algo que el gran James Hutton había escrito el siglo anterior y que había des-

pertado la indignación de muchos colegas pero que a él, en ese momento, le proporcionaba un gran consuelo.

«A la luz de nuestras actuales pesquisas hemos de llegar a la conclusión de que, ni hemos hallado indicios de un principio, ni tenemos la perspectiva de un final». Quizás, aquello que Hutton había escrito acerca de la antigüedad del planeta no solo podía aplicarse a la piedra sobre la que el mundo se sostenía, sino también a aquello que la humanidad conocía como el alma, lo que hay de inmortal en cada criatura. Quizás ese algo sempiterno flotaba en el océano del tiempo, que no tenía principio ni final. No era un pensamiento muy cristiano, pero le acompañaría cuando los pasos de los guardas llegaran hasta su celda.

La paz que el muro de piedra le había contagiado a su cuerpo no le abandonó cuando el guarda abrió la puerta, le ató las manos a la espalda y le llevó por el pasillo, a través del patio interior, hasta la calle, donde se encontraba la horca. La multitud se iba dispersando en los extremos; cinco ejecuciones ya eran bastantes, y solo los especialmente insaciables permanecían en semicírculo en torno a la estructura.

Joshua Hart tenía los ojos cerrados, no para huir de la visión de la gente, sino para retener aquel pensamiento que parecía consolarle tanto.

«Floto en un océano de tiempo», se decía una y otra vez, «mi cuerpo desaparecerá, pero algo en mí permanecerá». Y pensó en su hija con todas sus fuerzas, como si pudiera salvar la distancia entre ellos y acariciarle las mejillas.

Entonces, la trampilla se abrió bajo sus pies.

CAPÍTULO I

Ella disfrutaba la sensación de no temerle a nadie y decir sin tapujos lo que pensaba a cada momento.

ANNA MARIA PINNEY,
sobre MARY ANNING

Lyme Regis, 1812

—**M**IRA, TÍA AGA, ESTO ES UNA PIEDRA SERPIENTE. La niña extendió la mano. Tenía en su interior una piedra en forma de espiral que concluía en una cabeza de serpiente. La vieja dama llevaba un vestido verde oscuro y una cofia con una banda a juego.

—Pero la cabeza no es de verdad. En realidad tienen un aspecto muy diferente cuando las encuentran. Mira, así.

La chiquilla se sacó otra piedra del bolsillo, solo que bastante más grande y en la que podía percibirse con claridad un patrón de estrías que ninguna cabeza de serpiente tallada y añadida artificialmente podía ocultar.

—Así me parece mucho más bonita, porque así es como Mary la encontró en el acantilado.

—¿Mary? —preguntó *lady* Agatha Langthorne, sentada en medio de la pradera que dominaba los acantilados, con una manta extendida bajo su cuerpo y un libro abierto en las manos, un tanto ausente.

El buen tiempo les permitía estar allí sentadas, en la cima del mundo o, al menos, eso les parecía a ellas. *Lady* Agatha disfrutaba abandonando las playas siempre repletas de Lyme y retirándose a las praderas verdes cubiertas de flores silvestres, desde donde se gozaba de unas vistas maravillosas de aquel resplandeciente collar de diamantes que era el canal.

—Sí, Mary —repitió su sobrina nieta Georgina—. Mary Anning. Es mi nueva amiga. Me ha contado que estas piedras en realidad se llaman amonitas, en honor a los cuernos del dios Amón.

Aquel diablillo de diez años se apartó de la cara los mechones que se le iban escapando de sus largas trenzas. Su vestido azul verdoso, bajo cuyo dobladillo asomaban unos pololos de encaje, combinaba maravillosamente con el color de sus ojos. A pesar de tener una nariz algo grande, se estaba convirtiendo en una hermosa señorita.

—¿Te refieres a la chiquilla que vende piedras en el pueblo? —preguntó *lady* Agatha, disimulando sin mucho éxito la preocupación ante una amistad tan desequilibrada socialmente.

Se había topado en alguna ocasión con aquella niña que describía su sobrina y, según se decía, tanto ella como su hermano y su madre viuda se ganaban la vida recolectando fósiles. No podía tener más de doce o trece años. Agatha había descubierto que no eran parroquianos de la Iglesia de Inglaterra, sino que pertenecían a una comunidad de apóstataros que no consideraban pecaminoso bajar a los acantilados en Viernes Santo a buscar piedras. Sin embargo, Agatha Langthorne era una mujer de mundo y había vivido lo suficiente como para saber que, en ocasiones, las personas más interesantes no eran precisamente las de su mismo credo o condición social o económica. Así pues, extendió la mano.

—Enséñamelo, por favor, Georgina.

Orgullosa, la niña le entregó las dos amonitas.

—Y bien, ¿cuál de las dos te gusta más?

Lady Agatha hizo como si tuviera que pensárselo un momento y después contestó, como racionalizándolo:

—Tienes razón, todo lo natural es más bonito que lo que está transformado por la mano del hombre. En conclusión, la de la cabeza de serpiente no es mi favorita. ¿Te las regaló Mary Anning?

Georgina enrojeció un poco y miró al suelo mientras los mechones rebeldes seguían soltándosele de la trenza y bailando con el viento.

Su tía abuela la cogió del mentón con un dedo, le levantó la cara y la miró a los ojos.

—¿Y bien?

—Yo... Las tomé prestadas. Pero pensé que a lo mejor podíamos... comprarlas. Por lo menos una de las dos. La familia de Mary vive de eso.

—¿Cuánto pide por ellas?

—No lo sé. Quería pedirte permiso antes de decirle que sí. —Georgina agachó la cabeza.

—Bien, entonces esta tarde iremos a ver a los Anning y les preguntaremos el precio —dijo *lady* Agatha, tras lo cual se levantó y se alisó la falda del vestido—. De momento, podemos ir a tomar una taza de té. ¿Qué te parece si bajamos al pueblo a tomar algo rico?

Georgina aplaudió de entusiasmo.

—¡Sí! Eso haremos. Estoy muy contenta de que hayamos venido aquí. Es todo tan bonito...

El corazón le latía desbocado. Dio un paso dubitativo hacia su tía abuela y apoyó la cabeza contra su pecho. Aunque Agatha Langthorne no era un tipo de persona muy inclinada a

las muestras físicas de afecto, le acarició el pelo un momento mientras miraba, pensativa, al mar.

Aunque a la mayoría de las mujeres que conocía les gustaba viajar a la populosa Bath, *lady* Agatha Langthorne había decidido que ese año visitaría una ciudad balneario más meridional, Lyme Regis, que gozaba de una encantadora costa. Si bien es verdad que muchos excursionistas llegaban desde Bath a pasar el día y obstruían las estrechas calles con sus elegantes carruajes, si uno deseaba evitar su presencia, no hacía falta más que marcharse a dar un paseo por los acantilados hasta que se hubieran marchado.

La tía abuela ya había llevado a la pequeña a alguna que otra buena marcha en esas ocasiones en las que el pueblo estaba demasiado congestionado. Además, Lyme ofrecía otro placer peculiar muy del gusto de Agatha Langthorne.

En la playa había cinco carretas de baño que se arrastraban hasta el mar, tiradas por caballos. Con el objeto de mantener la decencia y el pudor, estas cabinas con ruedas manejadas por mujeres del pueblo permitían a las damas más osadas bañarse amparadas de las miradas curiosas. Agatha Langthorne se había metido ya en un par de ocasiones en uno de estos carros y se había sumergido en el agua del mar, vestida con un sencillo vestido de franela, cosa que le había parecido extraordinariamente grata. Gracias a Dios, los tiempos en los que se consideraba poco saludable el contacto con el agua de mar habían quedado atrás. Georgina aún no se había atrevido a hacer lo propio, pero *lady* Agatha confiaba en que la pequeña terminara por probar la experiencia. Se alegraba de que su hermano no las hubiera acompañado en el viaje, pues en ese caso sin duda se habría asegurado de evitar que tanto su hermana como su nieta disfrutaran de semejante «majadería de última moda».

En ocasiones, *lady* Agatha se preguntaba si no resultaría dañino para su nieta fluctuar entre el estricto autoritarismo reinante en la casa de su abuelo y las despreocupadas semanas que se le permitía pasar con ella. En cualquier caso, aquella oscura mansión londinense no era lugar para una niña huérfana. Allí no recibía el más mínimo estímulo espiritual, y desde luego su abuelo tampoco le proporcionaba apenas cariño. Georgina no solía hablar de sus sentimientos, pero la infinita alegría que mostraba cada vez que visitaba a su tía revelaba más que mil palabras sobre la soledad que debía sufrir. Eso, y las preguntas que le formulaba a *lady* Agatha cada vez que creía encontrarla de un humor particularmente bueno: «¿Qué aspecto tenía mi mamá? ¿Era guapa?», «¿Sabía papá montar a caballo? ¿Le gustaba ir a cazar o prefería sentarse a leer un libro?», «¿Cómo se conocieron?».

En momentos como aquellos, *lady* Agatha se alegraba cuando era capaz de distraer la atención de la curiosa chiquilla con cualquier otra cosa. Desde hacía años, por ejemplo, se entretenía mucho con el estudio de la química, algo que su ya fallecido marido, con quien había tenido un matrimonio breve y sin hijos, nunca había llegado a comprender, mientras que su hermano, por su parte, lo veía con recelo. No obstante, eso no le había impedido proseguir con su afición y poseía ya una notable colección de libros de química. Disfrutaba mostrándole los experimentos menos peligrosos a Georgina, a quien le describía el laboratorio como una cámara de maravillas, y la niña observaba con ojos bien abiertos cuando de los émbolos y tubos de ensayo surgían burbujeantes pompas y vapores de colores. Así, Georgina se olvidaba de sus insistentes preguntas.

De la pared del salón colgaba un grabado a color que mostraba a un caballero con peluca empolvada y pantalón de media pierna, con una mano apoyada en un escritorio sobre el

que se podían ver papel, un tintero y una botella. A su alrededor, en el suelo, yacían grandes libros y probetas de formas extrañas.

—Ese es Lavoisier, el gran químico —le había dicho la tía Agatha cuando Georgina preguntó por primera vez por aquel caballero—. Hay que admitir que era todo un genio, a pesar de ser francés. —Y, tras pensar unos instantes, había continuado—. Solía trabajar junto a su mujer. Así es como deben ser los matrimonios ideales, me parece a mí. Trabajar juntos en experimentos científicos, en lugar de discutir sobre la economía del hogar y la educación de los niños. Ella, además, ilustró muchos de los libros de él.

—Me gustaría hacer eso a mí también. Podría pintar conchas de caracol y piedras bonitas —dijo Georgina, espontánea—. ¿Y las mujeres no tienen que limpiar y cocinar?

—Para eso está el servicio —había señalado *lady* Agatha.

La tía Agatha había seguido contándole más y más cosas del señor de los pantalones cortos y su inteligente esposa, pero aunque Georgina disfrutaba escuchándola y observando sus misteriosos utensilios de trabajo, nunca había llegado a apasionarse por la química. Sin embargo, la idea de poder algún día investigar codo con codo con un hombre algún relevante enigma científico no se le fue de la cabeza así como así.

Habían tomado asiento en el salón de té y esperaban, con el estómago rugiente, los *scones* con nata y mermelada de fresas que habían pedido. Algunos de los clientes, residentes del pueblo, las saludaron con la cabeza. *Lady* Agatha hizo como que no les había visto, pues consideraba a aquel grupo de personas interlocutores tan aburridos como interesantes se veían a sí mismos, si bien era esa su perspectiva habitual de prácticamente la totalidad de la población británica. Antes prefería conver-

sar con un niño con suficiente sentido común que con un venerable caballero que la aburriera con las últimas novedades sobre la caza del zorro o con una dama que no tuviera más que la última moda en sombreros tanto dentro como sobre la cabeza.

Georgina observó, expectante, a la camarera, una oronda señora de cierta edad con un delantal resplandeciente, mientras colocaba frente a ella la bandeja de los *scones*.

—Adelante, mi niña. Sírvete.

Georgina cortó horizontalmente el *scone*, lo rellenoó bien con nata e incluyó una cucharada generosa de mermelada de fresas al conjunto. Después, intentó morderlo manteniendo la compostura y sin dejar de parecer una damita, cosa que no logró del todo.

—Los manteles están para algo, Georgina. Más vale comer con placer que tener que estar dominándose todo el tiempo.

Y, con esas palabras, la propia Agatha dio un buen mordisco a su pastelillo. Un goterón de mermelada cayó sobre el mantel.

Disfrutaron del té en silencio. De pronto, un rumor inquieto comenzó a llegar desde la calle. Voces masculinas, pasos, llamadas a gritos. «Ojalá no haya sido un naufragio», se le ocurrió a *lady* Agatha. Era algo con lo que siempre había que contar en el mar. La camarera había ido a la ventana y abierto las cortinas; después, se trasladó hasta la puerta y le preguntó a uno de los hombres que iba por la calle. Cuando regresó, se detuvo frente a la mesa de *lady* Agatha.

—La pequeña Anning ha vuelto a encontrar algo. Lo traen ahora desde la playa. Debe ser algo inmenso.

Tía y sobrina se miraron la una a la otra. En menos de un minuto, habían pagado, recogido sus abrigos y salido del salón de té. Fuera, una multitud se había arremolinado ya en torno a

una carreta. Según se iban aproximando, iban oyendo los murmullos de los presentes.

«Lo nunca visto...», «impresionante...», «es de otro mundo...», «sensacional...».

De pronto, sonó una voz aguda.

—¡Srta. Georgina, venga a ver lo que hemos encontrado!

Era una chiquilla de unos doce años, con trenzas morenas y vestimenta humilde, que se había abierto paso entre la multitud y extendía la mano hacia Georgina. Cuando vio a *lady* Agatha, hizo una reverencia.

—Distinguida señora, ¿querría usted acompañarnos y contemplar lo que hemos encontrando en la playa? Le aseguro que es algo extraordinario.

—Tú debes ser Mary Anning.

La muchacha asintió con cortesía, pero parecía impaciente por enseñar su hallazgo. La muchedumbre abrió un camino para dejar paso hasta el carro a las representantes de la élite social. A la vista del hallazgo, no obstante, *lady* Agatha no pudo reprimir un «¡Válgame el cielo!».

Sobre la carreta, tendido sobre paños, había un inmenso esqueleto de una longitud que, según calculó *lady* Agatha de forma aproximada, alcanzaría los quince o dieciséis pies. Tenía un sinnúmero de costillas, unos pies formados de manera peculiar, con muchos huesecillos, y una larga cola, cuyo final se curvaba hacia abajo, como si la hubieran quebrado de forma violenta. Nunca, en ninguno de sus libros más eruditos, había visto semejante criatura.

—¡No tiene cabeza! —exclamó Georgina en voz algo más alta de lo deseable.

Su tía iba ya a reprenderla, habida cuenta del evidente orgullo que Mary sentía por su descubrimiento, pero esta se le adelantó.

—Ya lo creo que la tiene —declaró, triunfante, y le hizo una seña para que se acercara a un muchacho que, hasta el momento, había permanecido en segundo plano—. Este es mi hermano mayor, Joseph. Encontró la cabeza el año pasado. —Y señaló a los acantilados—. Antes de que pudieran desenterrar el cuerpo entero, hubo un alud de barro y, durante mucho tiempo, no pudimos buscar en esa zona. Hace poco yo logré volver y he descubierto el resto.

Lo decía con la misma seguridad que si estuviera hablando de un pedazo de madera flotante o de una concha particularmente bonita, y no de los restos de un animal distinto a nada que hubiera visto el mundo hasta entonces.

—Si quisieran acompañarme, podría enseñarles la calavera. —Mary señaló la playa—. La tenemos en casa.

Se detuvo un momento a reflexionar, como si, de repente, le pareciera poco apropiado invitar a una dama de alcurnia y a su sobrina a una vivienda pobre como la suya, pero Georgina puso fin a su momento de apuro.

—Pues claro que nos gustaría ir a verlo. ¿Verdad que sí, tía Aga?

Lady Agatha asintió.

—No podemos perdérselo bajo ningún concepto, querida. ¡Vamos!

A una señal de Mary, los numerosos hombres que tiraban del carro le dieron la vuelta. Como en una procesión, siguieron a Mary, Joseph y sus invitadas hasta una casita pequeña, pero cuidada y encantadora. Por desgracia, el barrio no contaba con demasiada reputación, debido a su cercanía a la prisión, por lo que Mary les contó. Descubrieron también que el fallecido padre de los dos niños había sido carpintero y, antes que eso, recolector de fósiles en la playa.

—Yo sé cómo padre los limpiaba en su taller —dijo Joseph, que hasta el momento había permanecido en silencio—. A ve-

ces los colocaba sobre la mesa redonda frente a la ventana y se los vendía a los visitantes.

—Justo como hacemos nosotros ahora —explicó su hermana, con orgullo—. La mayoría de los clientes los conseguimos cuando pasa por aquí la diligencia. Algunas personas vienen varias veces a comprar nuestras piedras. Se las regalan a sus conocidos, o las colocan en vitrinas en sus salones —dijo, y la manera en la que pronunció «sus salones» dio a entender con claridad que en su hogar no había sitio para salas como esas.

—¿Cuándo murió vuestro padre? —preguntó *lady* Agatha, entre cuyas virtudes nunca se había contado un excesivo tacto.

La mirada de Mary se ensombreció.

—Hace dos años. De tisis. Llevaba mucho tiempo enfermo porque tiempo atrás se había despeñado por uno de los barrancos. El de Black Ven, allí arriba, es particularmente traicionero y tenemos que ser muy cuidadosos en el ascenso.

Como antes, habló con una naturalidad y dignidad que habrían resultado más propias de una persona mucho mayor. Antes de que pudiera seguir contándoles más, una mujer apareció por la puerta y, en cuanto vio a *lady* Agatha, se limpió instintivamente las manos en el delantal. Con una pronunciada reverencia dijo:

—Soy la señora Anning. Encantada.

—Buenas tardes. Nos hemos tomado la libertad de acompañar a su hija hasta casa. Ha hecho un descubrimiento extraordinario.

A una señal de Mary, el grupo de hombres descargó de la carreta el esqueleto, aún anclado a la piedra, y lo llevó, quejumbroso, al taller. Allí, lo colocaron sobre una mesa de trabajo y se despidieron, mientras la señora Anning les daba algunas monedas.

—Gracias, Will. Gracias, George. Y gracias a ti también, Caleb. Que Dios os bendiga.

Los hombres jugaron con sus monedas y, después, desaparecieron por la esquina más próxima.

Lady Agatha y Georgina examinaron con la mirada el taller, extremadamente ordenado. Sobre la mesa yacían diversos tipos de pequeños fósiles, entre los que se incluían amonitas, las piedras serpiente. Junto a ellas, placas calcáreas en las que había grabadas las figuras de animales enteros, como si las hubieran impreso en arcilla blanda.

—Señora, aquí está la cabeza.

Se volvieron y contuvieron el aliento. Mary había traído otra mesa, sobre la que se encontraba un cráneo que no se asemejaba al de ningún animal que *lady* Agatha hubiera visto con anterioridad. Si bien era cierto que sus mandíbulas alargadas recordaban a las de un cocodrilo, las enormes cavidades óseas en las que antaño debieron estar sus ojos tenían un aspecto enteramente distinto. Además, aquella cabeza debía tener unos cuatro pies de largo y parecía pertenecer, efectivamente, a aquel inmenso cuerpo.

—¿Qué puede ser, tía Aga? Nunca había visto un animal así.

Georgina se había aproximado y rozó cuidadosamente con el dedo el cráneo, como si tuviera miedo de que aquella mandíbula pudiera intentar morderla de repente.

—Nosotros tampoco. Pero seguro que vendrán caballeros muy leídos a verlo cuando se enteren —dijo Mary, con seguridad.

—Pero no lograremos con eso que nos compren el hallazgo —se apresuró a decir la madre—. Los niños son los que se ganan nuestro sustento desde que mi marido nos dejó —prosiguió con tono de disculpa, como si se avergonzara del talento para los negocios de sus hijos.

A Mary no pareció gustarle que su madre se inmiscuyera, aunque no lo dijo en voz alta. No le parecía buena idea vender sus descubrimientos tan a la ligera, pues corrían el riesgo de que se aprovecharan de ellos. Lo que habían encontrado en esa ocasión era algo muy especial, que no podía entregarse al primero que pasara. Si actuaban con sensatez, se asegurarían el sustento durante meses pero, aun así, había en juego mucho más que el dinero que pudieran pagarles por aquella especie de lagarto gigante, o lo que fuera.

—He mirado en todos mis libros, pero no he encontrado nada parecido a este animal —dijo.

Lady Agatha miró a Mary sorprendida, pues no era frecuente que los niños de aquellos círculos sociales supieran leer.

—Tengo la impresión de que eres una muchacha muy especial —dijo, y abrió su monedero, del que extrajo dos monedas de un chelín y se las entregó a los niños—. Por vuestro empeño y valor. He visto los acantilados. Subir por ellos es peligroso.

Los niños le dieron las gracias, aunque parecían algo afectados, como si hubiera caído sobre ellos el recuerdo de aquel padre que habían perdido, víctima de los mismos acantilados que los alimentaban. *Lady Agatha* y *Georgina* prometieron regresar al día siguiente, y ya se estaban despidiendo cuando *lady Agatha* se volvió de nuevo.

—*Georgina*, ¿qué fue de esa amonita que me enseñaste antes?

Su sobrina revolvió en el bolsillo de su vestido para encontrarla y se la entregó. Cuando la tía percibió su mirada suplicante, preguntó a *Mary Anning*:

—¿Cuánto cuesta, chiquilla?

—La de la cabeza pintada se la regalo, porque ya no está como cuando me la encontré. La otra cuesta dos chelines.

—Me parece un precio razonable.

Lady Agatha pagó la suma convenida y ni un penique más, para no avergonzar a aquella muchacha que exudaba dignidad.

—Os deseo la mejor de las suertes en vuestra búsqueda. Leeré con atención los periódicos de ahora en adelante, por si descubro algo sobre vuestro peculiar animal.

Cuando *lady* Agatha acudió al cuarto de Georgina aquella noche para desearle felices sueños, no se la encontró con un libro en la cama, como de costumbre, sino sentada en la mesa con sus dos amonitas. Tenía una lupa en una mano y observaba aquellos descubrimientos de la naturaleza a la luz de una lámpara de aceite.

—Fíjate, tía Aga, y así podrás ver mejor las ranuras. ¿Verdad que son increíbles? Y ya me he enterado de cómo Mary las ha limpiado. A lo mejor alguna vez me encuentro alguna en la playa y puedo intentarlo hacer yo sola. Hay que tener cuidado de que la caliza no se rompa cuando se trabaja con el martillo y el cincel.

Lady Agatha se sentó en silencio en una butaca y observó a la niña mientras esta estudiaba la amonita con la lupa cada vez más concentrada. Sentía que había algo que Georgina quería decirle y le dejó tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

—Es bonito que Mary haya podido aprender tantas cosas de su padre —dijo finalmente, volviendo la vista atrás con cuidado para ver cómo reaccionaba su tía—. Cuando ella sube a los acantilados y encuentra algo interesante, seguro que él está allí, observándola sin que ella lo vea —prosiguió, y en su voz se leía una melancolía infinita.

Lady Agatha no respondió, sino que se sumió en sus propios pensamientos. ¿Habría sido casualidad que Georgina dis-

frutara tantísimo con el hallazgo de Mary Anning, o quizás sería cosa del destino, algo en lo que *lady* Agatha era incapaz de creer? ¿Resultaría ser solo otro capricho pasajero, espoleado por las vacaciones en Lyme, que desaparecería de su mente como la alegría que produce un juguete nuevo? ¿Y sería realmente bueno para ella que esa fascinación por las piedras decayera?

CAPÍTULO II

Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno.

GÉNESIS 1: 10

Londres, mayo de 1821

CARRUAJES Y MÁS CARRUAJES IBAN TORCIENDO POR ENTRE las columnas del patio de Somerset House: calesas de cuatro ruedas, calesitas ligeras y cabriolés deportivos con dos caballos, cuyos conductores hacían gala de una habilidad considerable. La gente de la calle permanecía en las puer-tas, observando asombrada la caravana. Debía ser un aconteci-miento muy especial si lograba reunir a lo más selecto de la sociedad. En el patio, sirvientes vestidos con libreas abrían la puerta de los carruajes y colocaban escalones para descender de ellos.

Lady Anne Fellowes bajó de su nuevo coche, adornado con la heráldica familiar. Lo habían terminado justo a tiempo de empezar la nueva temporada, con lo que, por fortuna, ya no tenía que seguir viajando en el viejo landó de su padre, tan pasado de moda, en el que le disgustaba dejarse ver. Miró hacia arriba y le agradeció al cielo que hubiera sido comprensivo aquel día y no hubiera enviado lluvia. Eso habría echado a per-



der el flamante vestido nuevo que se había hecho confeccionar para la ocasión. Volvían a llevarse los conjuntos ceñidos al talle, precisamente en ese punto de la cintura femenina que la naturaleza había provisto a tal efecto, y no justo por debajo del busto, como había sido de rigor durante años. Eso por fortuna o, al menos, eso pensaba *lady* Anne mientras observaba su figura, no tan agraciada como en otros tiempos después de haber dado a luz a tres niños pero que, gracias al corsé, recuperaba una elegante forma curvilínea. Los delicados vestidos de muselina al estilo griego solo les sentaban bien a las muchachitas entre las que, por mucho que quisiera, ya no podía contarse.

Así pues, la climatología jugaba a su favor. La inauguración de la exposición en la Royal Academy of Arts se consideraba uno de los eventos más relevantes de la temporada y habría sido más que inapropiado que los invitados, protegidos bajo los paraguas que los sirvientes tendrían que ofrecerles, tuvieran que llegar corriendo hasta la entrada para evitar llegar al vestíbulo con los zapatos de seda sucios y los encajes del vestido mojados. *Lady* Anne se inclinó con corrección para saludar a cada conocido que descubría entre la multitud y buscó impaciente con la mirada a su marido, al que habían entretenido.

Por fin, ahí estaba, conversando con el conde de Livermore. No convenía dejarse atrapar en un debate con un hombre como ese, sobre todo porque no había nadie más soso que él sobre la faz de la tierra. Apenas si podía andar, aunque bien era cierto que, a lomos de un caballo, todavía se sentía como pez en el agua. *Lady* Anne se dirigió hacia ellos. *Sir* Richard Fellowes escuchaba con paciencia los informes sobre la lamentable temporada de faisán de la primavera pasada y las igualmente tristes perspectivas para la inminente veda del lagópedo. Para el conde, los meses en los que no había nada que cazar

eran de una monotonía casi dolorosa y había que sobrellevarlos como buenamente se pudiera hasta que llegara el día en que volviera a los bosques con su caballo y su fusil. Como a la mayoría de los visitantes de la exposición, no le interesaban lo más mínimo las obras expuestas o sus autores, sino la actividad social que aquellos grandes eventos de mayo ofrecían. O, lo que era lo mismo para el conde, hablar sobre caza con tertulianos afines u oyentes pacientes.

Por fortuna, *sir* Richard descubrió en aquel momento a su mujer, que lo observaba con mirada contrariada, y utilizó esto como excusa para poder despedirse del conde con toda corrección.

—Gracias, me has salvado —dijo, aliviado, a *lady* Anne.

Decidida, abrió su sombrilla, a lo cual él le ofreció el brazo con una ligera inclinación. *Lady* Anne tenía en gran estima el hecho de que, aun después de tantos años de matrimonio, él siguiera teniendo aquellos gestos de galantería con los que mostraba su aprecio. Lógicamente, al igual que otras damas de su posición, ignoraba deliberadamente a qué dedicaba él su tiempo cuando se encontraba solo en Londres y a dónde iba cuando no estaba leyendo el periódico en el club o cenando con otros caballeros en aquella zona de St James reservada solo a los hombres. Puntualmente después de Pascua, regresaba al campo por un breve periodo hasta el inicio de la temporada londinense, momento en el que volvía a la ciudad con su mujer para la inauguración de la Royal Academy.

Aquel año, no obstante, *lady* Anne Fellowes tenía una razón muy especial por la cual le interesaba rondar con atención todos los bailes y cenas de la temporada, y es que buscaba un marido para su sobrina. Aquel año cumpliría los veinte y ya se la había presentado en sociedad, si bien su estancia en la academia de Miss Wilding para Señoritas de Alcornia no había

logrado convertirla en la elegante damita que *lady* Anne hubiera esperado.

Su tía no entendía cómo una señorita podía encontrar interés en algo tan banal como las piedras pero, desde que Georgina había realizado un viaje al mar, años atrás, aquel campo de investigación le apasionaba. Era inconcebible que *lady* Agatha hubiera apoyado aquella manía y hubiera arruinado el brillante futuro de su sobrina nieta quien, por lo demás, era una muchacha bastante agraciada.

Si un hombre buscara la compañía de Georgina pero esta lo aburriera con historias sobre fósiles de animales que, de encontrárselos con vida, lo más que haría sería apartarlos de un puntapié, no tardaría en poner pies en polvorosa y buscar la felicidad junto a una dama más recatada.

Lady Anne hubiera preferido que Georgina no volviera a visitar a su tía abuela. Sin embargo, no podía evitarlo puesto que, con excepción de la temporada social, ella solía permanecer en el campo con sus hijos y no quería cargar todo el año con la responsabilidad que suponía vigilar a la muchacha. Por otro lado, parecía poco apropiado dejarla a su suerte en casa de su abuelo. James Fielding podía ser un hombre de elevados principios, pero el trato con una muchacha joven exigía una mano fuerte y mucha pericia, por lo que una mujer experimentada estaba mucho más dotada para ello. Por lo demás, él mostraba tan poco interés en Georgina que, probablemente, invertiría la mayor parte de su tiempo en la biblioteca. Así pues, siempre que *lady* Anne estuviera atendiendo sus deberes para con el distrito electoral de su marido o la educación de sus propios hijos, Georgina debería permanecer, para bien o para mal, con *lady* Agatha.

La multitud se arremolinaba en el vestíbulo de la Royal Academy y *lady* Anne observó con satisfacción que, entre las demás damas, volvía a llevarse de nuevo el corsé de alambre,

mientras que el año anterior ella había sido la única. Qué goce suponía encontrarse a la vanguardia de una nueva moda, en lugar de quedarse atrás. Cuando vio al conde de Livermore aparecer por la derecha, arrastró con suavidad a su marido en la dirección opuesta, pues aquel día no estaba de humor para oír hablar de más lagópodos.

—Un segundo, amor mío. Quisiera presentarte a alguien.

Sir Richard saludó a un hombre alto y enjuto, que lucía un frac negro y unos pantalones ajustados color crema. Sin embargo, no fue su ropa, exquisitamente confeccionada aunque extraordinariamente discreta, lo que llamó la atención de *lady* Anne, sino sus ojos, verde claro con una aureola oscura y peculiar en torno al iris, que parecían taladrar con la mirada. No era un hombre atractivo en el sentido más estricto de la palabra, no poseía la belleza de un galán y no era, desde luego, ningún muchacho, pero parecía interesante y adoptaba esa clase de pose con la que, sin abandonar la cortesía, ofrecía la impresión de ser el dueño y señor de la sala.

—Déjame que te presente, querida: St. John Martinaw, brillante cirujano del hospital St Thomas. Le digo a todo el que quiere escucharme que va a revolucionar la cirugía y así contribuyo a que obtenga la reputación que lleva mereciendo desde hace tanto tiempo. Desde hace algunos años, incluso trata al príncipe regente, como recordarás que te he contado —dijo, lo cual no era cierto, pero convenía adular al interlocutor—. Si todos los cirujanos fueran como él, no tendrían por qué ocultarse detrás de pomposos y arrogantes doctores. Sr. Martinaw, mi esposa: *lady* Anne Fellowes.

St. John Martinaw realizó una cortés reverencia, para la cual se llevó la mano al pecho con humildad.

—Es un honor conocerla, *lady* Anne, aunque su esposo me la ha descrito con tanta exactitud como si la hubiera retra-

tado. Mi trabajo me proporciona grandes satisfacciones, lo cual ya es recompensa suficiente para mí. Por otra parte, he de admitir que si los pacientes conocieran con mayor exactitud las ventajas y beneficios que suponen nuestras prácticas, se dejarían operar con mayor frecuencia, en lugar de confiarse a las sanguijuelas y el láudano y poner, así, en peligro sus vidas. Espero que disculpe la franqueza de mis palabras.

Lady Anne sonrió, alentadora.

—Estoy convencida de que si *sir* Richard le tiene en tan alta estima es porque lo ha merecido, Sr. Martinaw: mi esposo se precia de saber juzgar bien a la gente. ¿Me permite que le pregunte si es usted de origen francés?

—Sí, pero mi ascendencia se remonta a siglos, *lady Anne*. Hace mucho tiempo que mi familia modificó la transcripción *Martineau* por su versión anglófona, algo que tuve que agradecer en los años de la Revolución y de la guerra contra Napoleón. Soy inglés de los pies a la cabeza.

—Espero no haberle importunado con mi pregunta, pero tengo una cierta debilidad por la genealogía y las antiguas familias normandas me resultan particularmente fascinantes —repuso *lady Anne*, pero pronto decidió cambiar de tema y preguntó—: ¿Ha visto ya los cuadros?

St. John Martinaw carraspeó, avergonzado.

—Debo admitir que no soy precisamente un gran entendido en arte. Prefiero deleitarme con la visión de la naturaleza tal y como es, y no como el pintor ha decidido plasmarla en un lienzo. ¿Cómo se puede experimentar la presencia de Dios de una manera más fuerte que siguiendo el rastro de su creación y reconociendo la sabiduría que esta destila?

Lady Anne no pudo disimular del todo su estupefacción ante aquel repentino arrebató de fervor religioso, por lo que su marido acudió presto a su auxilio:

—Imagino, Sr. Martinaw, que habla usted de su trabajo en el hospital, ¿no es cierto? Del estudio y manipulación del cuerpo humano, en el que queda patente el poder de Dios para distribuir y dar vida armoniosa a todos sus elementos.

—*Sir* Richard, lo habéis descrito a la perfección —explicó Martinaw con entusiasmo—. Pero no quisiera aburrir a la dama con conversaciones sobre mi trabajo, cuando la temporada ha dado ya comienzo.

A pesar de aquel elegante giro, *lady* Anne se sintió algo decepcionada, pues esperaba haber podido echar una valiosa ojeada al trasfondo social de Martinaw. Parecía un hombre formal y serio, de profundas raíces religiosas, algo que no podía ya esperarse de las nuevas generaciones de jóvenes caballeros, más inclinados hacia las borracheras, las apuestas estrafalarias y los juegos de azar. Sin embargo, el Sr. Martinaw había pasado ya esa época tempestuosa y, a pesar de que aún soplaban en su vida vientos fríos, se acercaba ya la promesa de una feliz primavera.

En aquel momento les interrumpió un joven vestido con elegancia y peinado a la última moda. Destilaba el refinado encanto de quien se siente seguro de sí mismo y saludó a St. John Martinaw con cortesía.

—Sr. Martinaw, qué alegría encontrarlo aquí. Ignoraba que fuera usted un amante de las bellas artes. ¿No va a presentarme a su encantadora acompañante?

—*Lady* Anne, este es George Bellas Greenough, expresidente de la Geological Society de Londres. Sr. Greenough, *lady* Anne Fellowes y su marido, *sir* Richard, secretario de Estado en el Ministerio del Interior.

George Greenough se inclinó ante los Fellowes.

—Es un honor conocerlos. Habitualmente no suelo perderme en este tipo de exposiciones, pero me vi en un compro-

miso frente a unos amigos. Soy más un hombre de ciencia que de lienzos.

—Qué curioso —señaló *lady* Anne, arqueando una ceja—. En los últimos tiempos parece que todo el mundo se interesa por las piedras. Los periódicos están llenos de descubrimientos aquí y allá, la gente lee libros sobre cretas y esquistos, viejos huesos y monstruos antediluvianos, y ahora me encuentro incluso con el ex presidente de la Geological Society. Por favor, Sr. Greenough, revéleme usted el misterio de qué es lo que tiene esta nueva ciencia que tanto parece hechizar a los profanos. Explíquemelo, se lo ruego, pues temo estarme perdiendo auténticas maravillas.

Greenough se tomó aquel ruego ligeramente sardónico con total seriedad y, tras unos instantes de reflexión, replicó:

—*Lady* Anne, lo que usted ha señalado es, sin duda, muy notable. Pocas veces un campo de la ciencia ha despertado tanto interés en la opinión pública. Quizás se deba a que nosotros, los geólogos, podemos aportar pruebas tangibles, que pueden sostenerse en las manos, que pueden verse. Cuando se va por el mundo con los ojos bien abiertos, pueden hacerse descubrimientos fascinantes incluso durante un simple paseo.

Greenough apenas podía contener su entusiasmo.

—El año pasado hice un viaje al continente con dos compañeros. En un primer momento, visitamos los Países Bajos, donde hace algunos años descubrieron el Monstruo de Maas-tricht. Después, fuimos a Alemania, al Jura de Suabia, donde visitamos cuevas en las que han encontrado los restos de hombre prehistóricos. Después, seguimos hasta Italia... —Se interrumpió, enrojeció ligeramente y realizó una rápida reverencia—. Discúlpeme, me he dejado llevar por la emoción. No pretendía aburrirla, *lady* Anne.

—En lo que a las piedras respecta, es simplemente incapaz de controlarse —explicó St. John Martinaw con sequedad. George Greenough carraspeó, ofendido.

—Ciertamente uno se comporta de manera diferente en compañía de compañeros científicos que junto a damas. Sin embargo, les aseguro, señores míos, que la geología no es en absoluto indecorosa y que numerosas damas sienten gran interés por ella.

—En lo referente al tema del decoro, yo diría que no es algo tan sencillo —tomó la palabra Martinaw, mientras que *sir* Richard, quien a todas luces no veía por dónde abordar el tema, iba alternando un pie con el otro y volvía la vista a su alrededor, buscando a alguien conocido—. Si bien es verdad que la geología no atenta contra la moral de las damas jóvenes, si un erudito pone en duda la verdad de la Biblia, puede poner en peligro la salvación del alma de cualquier oyente o pupilo que lo escuche de buena fe, cosa que no carece de gravedad.

Greenough estaba ya dispuesto a responder espontáneamente cuando *sir* Richard alzó la mano.

—Discúlpennos, caballeros, pero estoy viendo a alguien a quien debo saludar. *Lady* Anne, no debemos hacer esperar al ministro. Ha sido un placer conocerlo, Sr. Greenough. Espero verle pronto, Sr. Martinaw.

Y diciendo esto, tomó con suavidad pero con firmeza a su mujer del brazo y se la llevó.

Tras esta abrupta despedida, cercana a la descortesía, *lady* Anne le agarró del brazo, indignada.

—¿Cómo has podido hacer algo así, *sir* Richard? El Sr. Martinaw me ha parecido muy agradable y me hubiera gustado seguir conversando con él.

Su marido agitó inconscientemente la cabeza.

—A mí también, pero ese Greenough es un vanidoso insufrible de esos a los que les encanta oírse hablar. Nos lo acaban de presentar y ya nos estaba soltando un discurso erudito.

—Evidentemente eso no me ha pasado inadvertido pero, volviendo a Martinaw, ¿crees sinceramente que tiene un gran futuro ante sí?

Sir Richard se inclinó hacia ella y dijo con tono lleno de intención:

—Se dice que tiene contactos en los círculos más exclusivos. El príncipe regente le tiene en la más alta estima desde que Martinaw, con sus escalpelos, lo curara de una dolencia extraordinariamente incómoda de la que solo relata los pormenores a sus amistades más próximas.

Lady Anne se volvió y echó un nuevo vistazo a *St. John* Martinaw, quien en ese momento parecía sumido en una acalorada discusión con *George Greenough*. Serio, formal, con un gran futuro e impecablemente relacionado. Cierto que ya no era exactamente joven, pero la juventud, en sí misma, no es una virtud.

—¿Sabes si aún sigue soltero?

—Por lo que sé, hasta la fecha no hay ninguna *Sra. Martinaw* —repuso su marido.

Lady Anne sonrió, satisfecha.

—Quizás debamos invitar próximamente al *Sr. Martinaw* a cenar en casa alguna vez, *sir* Richard. ¿Qué te parece?

Mary Hart se arrodilló en el suelo y rezó. El entablado era duro y, sin embargo, ella se obligó a mantener la postura, rígida, como si de aquella manera pudiera retener a su marido con vida. De sus cuatro hijos, aún vivía con ellos su benjamina, una hija tardía que ahora tenía seis años de edad. ¿Cómo podría sacarla adelante ella sola? La parroquia les daba lo sufi-

ciente como para mantener a una doncella que se encargaba de las tareas más duras y de cocinar. Se sintió culpable por aquel pensamiento egoísta. Su marido se encontraba luchando con la muerte y ella debía estar a su lado, pero el miedo ante las preocupaciones del día a día eclipsaba cualquier otro pensamiento.

Era una enfermedad misteriosa la que atenazaba a Ethan. El médico y el boticario a los que había consultado en repetidas ocasiones se contradecían entre ellos con diagnósticos divergentes. En lo único en que coincidían era que ninguno de los tratamientos que le habían prescrito, ya fueran baños fríos, compresas calientes o sangrías, había funcionado.

Al principio, los dolores de cabeza se habían presentado de vez en cuando, y rápidamente los habían achacado a un exceso de trabajo y preocupaciones o a un cambio de las temperaturas. Sin embargo, habían ido a más. Un día, Ethan había llegado a casa con la ropa completamente manchada y había explicado en tono torturado que las náuseas lo habían asaltado en plena calle y se había librado por un pelo de que lo atropellara un simón. Su mujer había intentado solucionar el problema de una forma práctica, dándole ponche caliente y ordenando a la doncella que limpiara el estropicio en la ropa. Cuando, dos semanas después, se había encontrado en el púlpito incapaz de leer la Biblia porque, como más tarde le confesaría a Mary, veía manchas grises sobre el libro, finalmente se dio cuenta de que estaba enfermo de gravedad. Hasta qué punto era algo que nadie podía precisar.

Ethan Hart fue adelgazando de forma progresiva e inexorable, porque el estómago le dolía constantemente y, lo poco que era capaz de tragar, no lograba retenerlo. Con frecuencia yacía en la cama con las manos sobre la cabeza, como si quisiera aplastársela, y lloraba como un niño. Mary rezaba cada día,

sola o en su compañía, pero Dios parecía tener otros planes para Ethan Hart.

—¡Mary!

La voz de Ethan sonó sorprendentemente alta y fuerte. ¿Era un milagro? ¿Habría escuchado Dios su ruego egoísta? Se levantó de un salto y corrió hacia el cuarto contiguo. Su marido se había incorporado sobre un codo y la miró con ojos hundidos. Tenía el rostro demacrado, así que ella perdió todas sus esperanzas en cuanto vio aquella máscara de dolor. Ethan extendió la mano hacia ella, casi suplicante.

—Acércate, Mary. Siéntate.

Ella se aproximó y se sentó al borde de la cama, donde él le tomó la mano casi con avidez y la apretó contra sí. Ella le observó, confusa.

—Mary, tengo que encomendarte una tarea —hablaba con vehemencia, como si temiera que se le acabara el tiempo.

—¿Qué tipo de tarea, Ethan? Haré cualquier cosa que me pidas, te lo prometo.

Él se dejó caer exánime, como si el hecho de hablar ya le supusiera un gran esfuerzo.

—Será mejor que hablemos de esto mañana, querido. Te cuesta demasiado —dijo Mary, mientras le lavaba la frente con un paño húmedo.

—¿Mañana? —rió él con amargura—. Dame algo de láudano, tengo que decírtelo hoy.

Ella echó una cucharada de láudano en un vaso de agua y se lo acercó a él a los labios. El boticario se lo había recetado como un remedio seguro contra los insoportables dolores de cabeza, pero Mary se había dado cuenta de que, para seguir siendo efectivo en el caso de su marido, la dosis había ido aumentando exponencialmente. No era de extrañar que mucha gente desarrollara una preocupante afición a ese medicamento.

—Bien, ahora, cuéntame.

Tomó sus manos entre las suyas y lo miró a los ojos.

—Hace muchos años, un hombre a las puertas de la muerte me entregó dos cofres y me hizo prometerle que se los entregaría a cierta damisela cuando ella cumpliera los veintiún años. Quién era ese hombre es algo que no viene al caso.

—¿Dónde están esos baúles? ¿Qué es lo que tienen? —preguntó Mary con suavidad.

No insistió en los detalles más oscuros, pues tuvo la impresión de que no habría servido para nada preguntarle a Ethan por el hombre sin nombre. Su expresión ya dejaba claro que no quería hablar de él.

Él movió la cabeza débilmente a un lado y otro de la almohada.

—Nunca he mirado lo que había dentro, nunca en estos dieciséis años. No quería tener nada que ver con ello.

Se pasó la lengua por los labios agrietados y Mary le acercó el vaso de agua. Comprenderse sin necesidad de utilizar las palabras era un talento que se adquiriría tras un largo matrimonio y otra de esas cosas que iba a perder sin remedio.

—Pero a mí se me acaba el tiempo. Debes cumplir con esa promesa por mí. —Reunió todas sus fuerzas para terminar—. Debes escribirle a la muchacha, cuando todo haya acabado. Cuando yo haya muerto y esté en paz con el mundo terrenal. Hazlo entonces, promételo.

Mary se llevó las manos al rostro y sollozó. Durante tanto tiempo se había dominado para mantener siempre el ánimo de Ethan tan alto como fuera posible, buscando siempre un nuevo consejo médico, una nueva opinión que, ahora que escuchaba aquellas palabras lapidarias, irrefutables, se vino abajo. Cuando volvió a recuperar su autocontrol, se limpió las lágrimas de la cara y le miró a los ojos.

—¿Cómo puedo saber cómo se llama esa joven y dónde vive?

—Coge algo para escribir.

Cuando Mary se hizo con papel, pluma y tinta, volvió a sentarse en la cama de Ethan y tomó un libro como improvisado escritorio, él dejó que le diera otro sorbo de agua. Después, dictó el nombre y la dirección que, aún después de dieciséis años, aún recordaba con claridad.

Mary tomó nota de todo, apartó el papel y le miró con amorosa congoja.

—¿Cuándo tengo que escribir a esa tal Srta. Fielding?
—preguntó con voz tenue, sabiendo lo que sus palabras daban a entender.

—Pronto —susurró Ethan y cerró lentamente los ojos.

CAPÍTULO III

Habida cuenta de las dimensiones y trascendencia de su temática, la geología se encuentra, dentro de la jerarquía de las ciencias, justo por detrás de la astronomía.

SIR JOHN HERSCHEL

GEORGINA FIELDING NUNCA OLVIDARÍA EL DÍA EN QUE recibió la carta. Se había retirado al salón con una labor de costura, pues aquella tarde esperaban visitas para el té y su tía prefería que la vieran con un bastidor y agujas en la mano antes que con sesudos tratados científicos.

En la casa de su abuelo, en Bloomsbury Square, incluso el salón era una habitación sombría en la que las pesadas cortinas de terciopelo evitaban que entrara la clara luz de junio. Los muebles estaban tallados en maderas oscuras, e incluso los forros de sillas y sillones evitaban los colores vivos. Tan solo el diván de la esquina estaba tapizado en seda color crema, una licencia consentida porque aquella pieza había pertenecido a la esposa de James Fielding, fallecida tiempo atrás, quien, en las últimas etapas de su enfermedad, gustaba de reposar en él. Una muestra de sentimentalismo como aquella era poco frecuente en el anciano caballero, por lo que el resto de la estancia estaba decorada de forma más acorde con su personalidad.

Georgina estaba sentada a la luz de una lámpara y observaba detenidamente el motivo floral que estaba bordando, mientras sentía clavados en ella los ojos de su abuelo. Era un hombre poco aficionado a desprenderse de las antiguas costumbres, e incluso había seguido llevando peluca mucho tiempo después de que el resto de caballeros abandonaran las empolvadas crines de caballo a favor de su propio pelo natural. Ahora lucía su cabello blanco y fuerte muy corto, al estilo romano, pulcramente peinado, mientras que los jóvenes se abandonaban a la imagen romántica de Lord Byron y volvían a dejarse el cabello largo. Sin embargo, James Fielding tenía poco de atlético César, pues el amor por la buena comida y el oportuno añejo habían hecho de su cuerpo una mole inamovible y su rostro había adquirido un fuerte tono rojizo. Además, sufría de gota que, según decían, tenía por causa una dieta demasiado opípara y que le condenaba a apenas abandonar el sillón.

Como de costumbre, bajo aquella mirada, Georgina se sintió prisionera en la casa de su niñez, en la que las zonas en las que podía jugar estaban estrictamente restringidas. Con los años, aquella sensación de opresión se había ido volviendo más fuerte y, con frecuencia, había deseado vivir en el campo, en una casa con un gran jardín, con un chapoteante arroyo cercano, un cercado con caballos, pájaros cantores y, sobre todo, con una familia como es debido.

Apenas sabía nada de su madre, que murió en el parto. Nadie hablaba nunca de ella. Era como si Susan Fielding se hubiera perdido en los recuerdos de la familia. Georgina se lo había justificado siempre a sí misma pensando que el dolor de su abuelo ante la pérdida había sido tan grande que su sola mención servía para reabrir las viejas heridas. No poseía ni tan siquiera una imagen de ella, ninguna carta o cualquier otro documento que le revelara algo acerca de aquella mujer a la que

le debía la vida. Lo único que había obtenido Georgina había sido una cajita de madera bellamente tallada, cuya tapa mostraba una exquisita decoración artesanal de motivos florales. En su interior, había un dedal de porcelana, una cadena con un medallón esmaltado que, por desgracia, no contenía el rostro de su madre, sino un paisaje de altos acantilados pintado con gran habilidad, un suave pañuelo con las iniciales S. F. y un diminuto frasco de perfume que aún conservaba una tenue fragancia. Su abuelo le había dado aquella cajita por su décimo cumpleaños sin decirle una sola palabra sobre su origen, y había sido la tía Aga quien le había revelado, tras reaccionar con sorpresa y dolor al verla, que era un recuerdo de su difunta madre. Su expresión le había dado a entender que no aceptaría responder a más preguntas. Y así había sido y seguía siendo cada vez que Georgina entraba en aquel terreno prohibido.

En una ocasión le preguntó a la tía Anne si ella se parecía a su madre. La respuesta había sido una mirada severa, seguida de las palabras:

—No, mi hermana era muy diferente a mí. Si quieres saber cómo era, mírate en el espejo.

Ni siquiera la tía Aga, a quien por supuesto le había preguntado también, había querido hablar nunca de su sobrina Susan.

—No serviría más que para entristecerte, querida, y eso es lo último que desearía hacer. Ven, te enseñaré algo interesante con lo que estoy trabajando en el laboratorio.

El hecho de saber su parecido con su madre hacía que Georgina se sintiera como protegida por un talismán invisible. Sin embargo, no sabía absolutamente nada de su padre, ni siquiera su nombre. La tía Anne le había explicado someramente que llevaba el apellido de su madre porque se había criado en casa de sus abuelos. Su expresión había sido tan impenetra-

ble que Georgina no se había atrevido a preguntarle por su progenitor. Así, permanecía como un espacio en blanco en su vida, sin rostro, sin nombre.

A los once años la habían internado en la academia para señoritas de Miss Wilding, cuyo propósito principal consistía en educar a las niñas para convertirlas en jóvenes damas poseedoras de todos los atributos necesarios para hacerse con un buen partido. Georgina, no obstante, se había sentido como una marginada siempre que las demás estudiantes hablaban de sus familias, o recibían la visita de sus padres y hermanos, o pasaban las vacaciones con ellos.

En algunas ocasiones había soñado con simplemente decidirse y tratar de averiguar la historia de sus padres y, aunque disponía del valor necesario, le faltaban las ocasiones.

Cuando Carrie, la doncella, llamó a la puerta y entró con una bandeja de plata con el correo, Georgina apenas levantó la mirada de la labor, tan absorta como estaba en sus pensamientos. Si su abuelo hubiera sabido lo que tenía en la cabeza, probablemente se habría disgustado notablemente, habida cuenta de todo el esfuerzo que había empleado siempre en mantener en secreto los detalles de su origen.

En ese momento, emitió una exclamación de sorpresa.

—¡Hum! Qué curioso...

Cogió una carta en las manos, la observó con detenimiento por todas partes y, finalmente, miró a su nieta.

—Georgina, hija, parece ser que esta carta es para ti.

Ella se levantó y se dirigió hacia el sillón de su abuelo a recoger el sobre. Era papel malo, sin sello: una mera hoja doblada cerrada únicamente con uno de esos discos de goma y miel que se humedecían con la lengua. La caligrafía era de mujer, algo reconocible a simple vista, realizada con pluma fina y ligeramente inclinada hacia la derecha. Una escritura práctica,

sin rúbrica ni características señalables. Estaba dirigida a *Srta. Georgina Fielding, casa de James Fielding, Esquire, Bloomsbury Square, Londres*. No llevaba remite, cosa que provocó un escalofrío en la espalda de la muchacha, pues suponía un nuevo misterio. Sintió la mirada de su abuelo fija en ella, pues esperaba que abriera la carta y la leyera frente a él. Georgina se mordió el labio inferior y empezó a pensar, desesperada, cómo podría evitarlo. La salvación llegó en forma de su tía, quien en ese momento apareció con el aviso de que los invitados que esperaban para el té finalmente estaban allí. James Fielding levantó con esfuerzo su pesado cuerpo del sillón, a lo que Georgina respondió rápidamente:

—Voy a subir mi labor a mi cuarto y a enderezarme el vestido.

Fielding le lanzó una mirada de desconfianza, que ni aprobaba ni criticaba del todo el estado de su vestido, y dijo:

—Georgina, debes volver a bajar de inmediato.

Georgina asintió, se metió el sobre en el bolsillo de su vestido y se apresuró escaleras arriba hacia su habitación, donde escondió el escrito debajo de la almohada. Después, se miró al espejo, se colocó el pelo, se alisó el vestido hasta dejarlo aún más perfecto de lo que ya estaba y descendió al salón llena de dignidad.

No fue hasta bien entrada la tarde, cuando las visitas se hubieron ido y terminaron las habituales horas de estudio con su abuelo y su tía, en las que Georgina tuvo que recitar dos capítulos enteros del *Pamela* de Richardson con el propósito de deleitar su alma y educar su sensibilidad, cuando por fin pudo escabullirse hasta su cuarto y abrir la carta.

No rasgó el papel con vehemencia, sino que colocó la lámpara sobre el escritorio, junto a la ventana, se sentó en su butaca favorita, forrada de delicada seda azul, y abrió el lacre.

La escritura cubría prácticamente la totalidad de la superficie del papel. La firma era de una tal Sra. Mary Hart, cuyo nombre le era totalmente desconocido. Georgina se apoyó en el respaldo y empezó a leer.

BETHNAL GREEN, LONDRES, 16 DE JUNIO DE 1821

Mi muy estimada Srta. Fielding:

No sé muy bien cómo empezar esta, por lo demás bastante peculiar, carta que le estoy escribiendo, pues probablemente no sepa usted nada de la existencia de mi difunto marido ni de mi humilde persona. Espero no asustarla, ni sobrepasar los límites de la corrección al dirigirme a usted, pero espero que, al leer estas líneas, comprenda que no me ha quedado más opción.

Me llamo Mary Hart. Soy la viuda del vicario Ethan Hart, fallecido de forma prematura hace apenas dos semanas, debido a una grave enfermedad. En su lecho de muerte, mi marido me hizo prometerle que entregaría ciertos bienes de los que hasta el momento yo me mantenía completamente ignorante. Me rogó que, tras su inminente muerte, que él afrontó en absoluta paz con Dios, estableciera contacto con usted y le entregara algo que él había custodiado durante largo tiempo.

Georgina bajó brevemente la carta y se pasó la mano por los ojos, como si no pudiera dar crédito a lo que veía con ellos. ¿Quién era esa mujer? ¿Y qué eran esos objetos que alguien le había confiado a su esposo muerto?

Habida cuenta de que nunca nos han presentado y de que no estoy segura de cómo se me recibiría si me presentara de forma inesperada en su casa, he optado por dirigirme a usted de esta

forma, para poner en su conocimiento estas extrañas circunstancias. Le agradecería mucho si tuviera a bien indicarme de qué manera pretende usted tomar posesión de sus bienes.

Con ese fin le informo de que se trata de dos baúles que contienen algo particularmente pesado y difícil de cargar. Sería absolutamente indispensable que lo recogiera usted con una carreta o algún otro tipo de transporte. También sería posible que yo misma contratara una carreta y le enviara los baúles, si bien me siento en la necesidad de indicarle que esto me supondría una molestia considerable, pues tendría que encargarme yo misma de los costes del transporte y, dada mi condición actual de viuda, me encuentro en una situación económica difícil.

Le estaría muy agradecida, mi querida Srta. Fielding, si pudiera indicarme en el correo más próximo de qué manera piensa usted arreglar esta cuestión.

*Suya afectísima,
Sra. Mary Hart*

Al final de la carta estaba su dirección concreta: 25 Wilmot Street, en Bethnal Green.

Georgina posó la carta en la mesa y cogió aire. Decidió de inmediato que debía descubrir a toda costa lo que contenían aquellos baúles.

¡Qué previsora había sido esperando a tener aquel rato libre de soledad para leer la carta, en lugar de hacerlo frente a su abuelo!

A la mañana siguiente enviaría una respuesta a la Sra. Hart en la que le agradecería su anterior misiva y le anunciaría que iría en persona a recoger los baúles. Sin embargo, para ello tendría que salvar una serie de obstáculos nada insignificantes: debía esperar a que llegara un momento óptimo para alquilar

un simón, ir hasta Bethnal Green, traer los baúles a casa sin ser vista y esconderlos en alguna parte. Era todo un desafío.

Llovía desde primera hora de la mañana. Georgina pensó con nostalgia en la casa de su tía abuela, en la que había tanto por hacer incluso en los días de lluvia. Podía husmear entre los tesoros de la biblioteca o ir al laboratorio y dejar que la tía Aga la instruyera en sus experimentos químicos. Pero lo que más le gustaba era sentarse en la mesa de trabajo que la tía Aga había acomodado para ella en una esquina y, sobre ella, limpiar, catalogar y ordenar en cajas sus descubrimientos.

Hacía dos días que había conseguido entregarle discretamente a la doncella Carrie la carta a la Sra. Hart y ahora esperaba la oportunidad adecuada para salir de casa sin ser descubierta.

Se había retirado a la biblioteca de su abuelo, aun cuando la oferta literaria no fuera exactamente de su gusto, porque entre aquellas altas librerías de madera oscura era donde tenía más probabilidades de que la dejaran en paz. No hacía mucho que se había subido a la escalerilla y había pasado el dedo por la parte superior de los lomos, para comprobar el polvo gris que sobre ellos se acumulaba y que demostraba un abandono de décadas. Su abuelo estudiaba de la primera a la última página de los diarios y del *Punch*, y disfrutaba comentando en voz alta lo que veía en ellos. Aparte de eso, no leía otra cosa que no fueran gruesos volúmenes jurídicos, a los que consideraba lectura ligera.

Georgina había recibido una carta de Mary Anning, en la que la joven de Lyme le hablaba de su más reciente descubrimiento. Incluso había incluido uno de sus dibujos, tan precisos y cuidados, y narraba de forma muy gráfica la reconstrucción de la imagen más emblemática de la ciudad, el largo malecón al que llamaban The Cobb.

No habían perdido el contacto y Georgina se alegraba de recibir noticias de la muchacha de Dorset tanto como de enterarse de sus impresionantes descubrimientos de primera mano. Georgina seguía con avidez lo que los geólogos escribían sobre sus interesantes hallazgos, aunque aquellos caballeros tenían el peculiar hábito de olvidarse de mencionarla cuando reflexionaban sobre sus espectaculares ejemplares. Al leer sus informes, casi daba la impresión de que sus autores habían estado allí en persona, martillo, cincel o pala en mano, extrayendo de la tierra sus valiosos descubrimientos, en lugar de estar cómodamente sentados en sus estudios esperando a recibir noticias de algún nuevo hallazgo del que poder apropiarse.

Llamaron a la puerta. *Lady Anne Fellowes* entró de inmediato en la estancia sin esperar unos segundos de cortesía y dirigió una mirada desaprobadora a aquel dibujo extendido que representaba el esqueleto de una especie de pez-lagarto, como el que Georgina había contemplado de niña, y algunos fósiles menores. No le molestaba tanto de quién procedía aquella correspondencia tan inconveniente como el hecho de que su sobrina estuviera nuevamente entregada a una actividad tan poco femenina. Por desgracia, Georgina solía reaccionar a las amonestaciones al respecto con terquedad, lo que despertaba en *lady Anne* los recuerdos de su hermana fallecida, como una vieja cicatriz que doliera de nuevo con la humedad. Durante un instante se le pasaba por la mente que no podía esperar otra cosa de ella habida cuenta de la herencia recibida, pero de inmediato descartaba aquellos pensamientos maliciosos.

Se contentaba con esperar que ninguno de sus tres hijos mostrara nunca semejante carácter rebelde, que le había deparado a su hermana un destino tan aciago y que ahora percibía claramente en su sobrina. Su marido, que la idolatraba y confiaba ciegamente en ella, solo sabía que su hermana había

muerto dando a luz a Georgina y que el padre de la criatura tampoco seguía con vida. Probablemente sospechara que había algo de insólito en toda aquella historia, pero el sentido común de *sir* Richard Fellowes le había impedido seguir indagando y atormentar a *lady* Anne con preguntas. Al fin y al cabo, su esposa era una mujer digna, con unos modales exquisitos y un gran apetito por ascender en la escala social, y eso era más que suficiente garantía para él.

—Georgina, sabes que tu abuelo y yo no aprobamos esa correspondencia.

Georgina permaneció sentada en la silla con pleno conocimiento de sus actos, pero contestó haciéndose la distraída.

—Hoy he practicado con el piano media hora y he terminado de bordar el almohadón, tal y como tú me dijiste. Me he ganado el aprovechar este rato de tiempo libre haciendo algo que me guste.

—Quizá no se encuentre entre tus aficiones favoritas el cultivar aquellas habilidades que puedan hacer de ti una buena esposa, pero yo sí las valoro profundamente —repuso *lady* Anne, obligándose a mantener la calma, pues aún no había encontrado la manera de doblegar aquella especie de desobediencia pacífica que su sobrina adoptaba—. ¿Acaso pretendes conversar con los caballeros en la mesa sobre huesos viejos?

—¿Tenemos invitados esta noche?

—No, estoy hablando de la cena en casa de los Winderstone. Debes irte mostrando poco a poco en sociedad, Georgina.

En ese momento, Georgina comprendió con claridad lo que debía hacer. Dejó a un lado su lectura y miró a *lady* Anne con ojos lastimeros.

—Discúlpame, tía Anne, si me he comportado de forma inadecuada, pero es que me encuentro mal. Preferiría quedar-

me en casa. —Y con esas palabras bajó la mirada, pudorosa, para darle a entender a su tía de qué tipo de indisposición femenina se trataba.

—Ese malestar tuyo ha llegado de la manera más repentina, querida, y no parece que te impida dedicarte a tus aficiones favoritas —repuso *lady* Anne, glacial.

—Es que suele ser con los ojos con lo que leo —espetó Georgina, sobresaltándose a sí misma por lo que acababa de decir—. Perdóname, eso ha sido de lo más inapropiado —se apresuró a disculparse—. Pero de verdad que no me encuentro bien. Me acostaré y le diré a la Sra. Summers que me prepare paños calientes: eso aliviará bastante las molestias. Por favor, discúlpame ante el Sr. Winderstone y envíale a la Sra. Winderstone mis mejores deseos.

Lady Anne la observó atónita y, quizás, incluso algo decepcionada de que Georgina hubiera sido capaz de echarle el freno a la escalada de insolencias con una respuesta sumisa y zalamera. Naturalmente podía ocurrir que las muchachas jóvenes se sintieran mal una vez al mes y, en esas circunstancias, habría sido desconsiderado e inoportuno obligar a Georgina a tomar parte en un acto social.

—Bien, te disculparé frente a ellos. Pero exijo que no hagas otra cosa más que reposar.

Y con esas palabras y una última mirada severa, abandonó la biblioteca.

Por fortuna, Wilmot Street, en Bethnal Green, no se encontraba muy lejos de Bloomsbury, por lo que dispondría de tiempo suficiente como para que no la pillaran con las manos en la masa. Georgina había tomado todas las precauciones necesarias y se había asegurado el silencio de la Sra. Summers, si bien el ama de llaves se dedicó a agitar la cabeza consternada

durante todo el tiempo que Georgina le estuvo explicando lo que pretendía hacer.

Mientras Georgina se miraba en el espejo de su cuarto, se colocaba bien la cofia y se la ataba lateralmente al cuello con un lazo, se alisaba el largo abrigo abotonado hasta el cuello que le tapaba el vestido y se calzaba unos botines, las manos no dejaron de temblarle de excitación. Esperaba poder confiar en la lealtad de la Sra. Summers. En caso de duda, se posicionaría probablemente del lado de sus señores, para no poner en peligro su empleo.

Así pues, debía aprovechar la oportunidad.

Georgina contó rápidamente las monedas que guardaba en un bolsito. Si quería alquilar ella sola un simón, habitualmente pensado para transportar a cuatro pasajeros, tendría que pagarle al cochero la carrera entera, si bien era posible que pudiera negociar un precio total para la ida y la vuelta.

Echó un rápido vistazo al salón, donde la Sra. Summers supervisaba a las doncellas, Carrie y Betsy, mientras estas limpiaban el polvo, y le dedicó un guiño. La rechoncha mujer de mediana edad que, cuando era niña, siempre le había hecho llegar alguna golosina o le había acariciado espontáneamente la cabeza con dulzura siempre que se había ganado alguna severa reprimenda o algún silencio sombrío por parte de su abuelo le devolvió la sonrisa.

Ya en la calle, Georgina miró a un lado y al otro. Aún no había oscurecido, no sería difícil encontrar un simón de alquiler. No tardó en aparecer por allí un carruaje y ella alzó la mano para indicarle al cochero que se detuviera. El hombre, de tez colorada, paró su vehículo y se bajó del pescante resoplando.

—¿A dónde vamos, señorita?

—A Wilmot Street, en Bethnal Green. Ida y vuelta. A la vuelta llevaré conmigo dos baúles pesados. Además, me gustaría ir sola en el coche a toda costa.

El hombre la observó, sonriendo con malicia.

—Ajá. No le gusta mezclarse con la gente, ¿eh?

Georgina enrojció. No estaba acostumbrada a moverse ella sola por Londres y ahora se daba cuenta de lo desprotegida que estaba una mujer joven sin ninguna compañía. En cualquier caso, necesitaba el servicio del cochero, por lo que le miró desdeñosa y dijo:

—Ignoraba que eso fuera de su incumbencia. Yo le pago, usted conduce.

El hombre silbó entre dientes con aprobación y se quitó el sombrero.

—Bien, señorita, en ese caso, debe pagarme seis chelines.

—Comprendido —respondió rápidamente Georgina—. En ese caso, le daré a usted tres chelines de inmediato y otros tres cuando nos haya traído a mí y a mis baúles de vuelta en perfectas condiciones —concluyó, antes de mirar nuevamente en todas las direcciones y subirse al coche, que se puso en marcha de inmediato.

El simón rodeó el verde cuadrilátero de la Russell Square. Georgina conocía el barrio por haber pasado por allí, paseando o en coche, pero cuanto más se dirigían al este, más extraño se iba haciendo el entorno. El este de Londres, con sus dársenas portuarias y las zonas pobres al otro lado de la Torre, resultaba demasiado abarrotado, demasiado ruidoso e inseguro para una muchacha. Era como una lejana tierra extranjera de la que se cuchicheaba entre amigos o se leía en el periódico, pero que una persona honrada nunca visitaría.

Bethnal Green, por su parte, también había visto días mejores. Se habían asentado en la zona muchos hugonotes tejedores de seda que, no obstante, no ganaban mucho con su oficio. Con los años habían llegado a acumularse en las casas del barrio cuarenta y cinco mil almas, que iban aumentando

día a día. Georgina observaba con curiosidad a través de la ventanilla de su carruaje. Las huellas de la miseria eran imposibles de ignorar: calles y canalones sucios y mujeres embarazadas con aspecto de no poder alimentar a los niños andrajosos que jugaban a sus pies, entre la roña. El hedor a excremento animal y sudor humano flotaba por doquier. Georgina se llevó el pañuelo a la cara y se alegró de poder protegerse de las miradas extrañas.

¿Qué clase de persona habría sido aquel vicario Hart para servir a la comunidad en un lugar como Bethnal Green? Evidentemente no uno de esos párrocos orondos y satisfechos de sí mismos que disfrutaban de un salario asegurado y mantenían las distancias con sus feligreses. O bien se había asegurado una vida eterna llena de gozo, o había recibido un severo castigo por alguna falta del pasado. ¿Y qué relación podría haber entre ellos dos? Aquella pregunta la corroía por dentro.

Georgina sentía que el corazón le latía con más fuerza conforme se iba aproximando a su destino. ¿Qué descubriría en casa del pastor, en aquellos baúles que la esperaban desde hacía años?

La casa parroquial era un oscuro edificio de ladrillo con un jardín en la entrada en el que crecían flores, testigos de otros tiempos mejores, más felices. El interior de la vivienda, no obstante, parecía frío y oscuro a pesar de la época del año y Georgina sintió un escalofrío al entrar en el recibidor. Por toda la casa reinaba un silencio sepulcral.

Mary Hart había tapado todos los espejos y recibió a su visitante vestida de negro riguroso. Georgina sintió algo que eclipsaba la pena, quizás la desesperación a la vista de un futuro en el que la Sra. Hart tendría que vivir día a día como viuda, sin un salario digno de tal nombre. Probablemente no le quedaría más opción que buscar trabajo, quizás en un comercio o,

si era lo suficientemente habilidosa, en una sastrería o sombrería.

Era una mujer de unos cuarenta años cuyo rostro, si no hermoso, al menos parecía amable y bondadoso. Las bolsas en los ojos, enrojecidos de tanto llorar, y las arrugas en torno a la boca le daban un aspecto envejecido y acongojado. Invitó a Georgina a entrar en el salón, iluminado por algunas lámparas, que albergaba numerosas obras hechas a mano, probablemente por la propia Sra. Hart: mantillas a ganchillo, cojines de punto, tapetes de un gusto exquisito que, no obstante, no libraban a la estancia de una atmósfera muerta, como si hubiera perdido el alma. Georgina nunca había experimentado semejante tristeza en una vivienda y se sintió como una intrusa.

Se sentó, se alisó la falda y miró a la Sra. Hart, expectante.

—Le agradezco mucho su carta. Tuve que... Me llevó algo de tiempo que se presentara la oportunidad adecuada para venir hasta aquí. Quisiera, además, expresarle mis más sentidas condolencias por la pérdida de su marido.

La Sra. Hart levantó la mano pesadamente para interrumpirla.

—Srta. Fielding, se lo agradezco, pero me gustaría que fuéramos directamente a lo que nos ha traído aquí, si le parece a usted bien. Las últimas semanas han sido agotadoras para mí.

Georgina asintió, llena de lástima, pero tampoco iba a permitir que se zafaran de ella así como así.

—Puedo entenderlo perfectamente y no pretendo importunarla demasiado tiempo. Sin embargo, quizás usted pueda contestarme una pregunta: ¿le contó su marido algo sobre el caballero que le trajo los baúles? ¿Era un miembro de su congregación? ¿Quizás un amigo?

Mary Hart miró al suelo. Georgina no fue capaz de interpretar lo que quería decir su expresión. ¿Era solo tristeza, o algo más?

—Por desgracia lo ignoro, Srta. Fielding. Nunca me contó nada al respecto. Por lo general, no existían secretos entre nosotros, y sin embargo... —Sacó un pañuelo de la manga y se limpió los ojos, como si quisiera mantener las lágrimas a raya.

—Comprendo —respondió Georgina, decepcionada.

Efectivamente, la Sra. Hart parecía no saber nada.

En ese instante, el picaporte giró y unos pies desnudos entraron dando pasitos en la habitación. La viuda dio un respingo y se giró hacia la niña de seis años que apareció a su espalda, vestida con un camisón.

—Abby, ¿qué estás haciendo aquí?

Se levantó y colocó a la pequeña en su regazo.

—Estás helada. Vuelve ahora mismo a la cama.

—He tenido un sueño feo, mamá —explicó la pequeña—. Con papá —prosiguió con voz tenue, mientras su madre enterraba el rostro en el cabello húmedo de la niña.

La señora de la casa permaneció abrazada a la criatura durante un momento, como si el instante se hubiera congelado, olvidando todo lo que existía a su alrededor que no fuera su hija. Entonces, por algún ruido inintencionado provocado por Georgina, la Sra. Hart volvió a dejar a la pequeña en el suelo, se levantó y abrió la puerta.

—Vete, cariño mío, en seguida estaré contigo. Vete rezando una oración por papá. Ahora está entre los ángeles.

Después de que la niña hubiera desaparecido, la madre se enjugó las lágrimas y se sentó de nuevo.

—Debe usted disculparnos, pero para Abigail es aún más duro soportar la ausencia de su padre. Era su favorita. Nuestra pequeña benjamina tardía.

Se le escapó un sollozo. Era evidente que la mujer estaba al borde de sus fuerzas y prefería pensar en sus hijos antes que en viejos baúles. Georgina decidió despedirse.

—Discúlpeme, no quiero retenerla más de lo necesario. Si me indica usted dónde puedo encontrar los cofres, me encargaré de cargarlos con la ayuda del cochero.

La Sra. Hart se puso en pie de un salto, como si la señal de que la visita llegaba a su fin le infundiera nuevas fuerzas.

—No, no, les acompañaré. Es lo menos que puedo hacer.

La mujer parecía alegrarse de deshacerse de aquella visitante que le recordaba la muerte de su marido y Georgina, por su parte, no podía esperar a llegar a casa y abrir los baúles en paz.

La Sra. Hart cogió una lámpara, la encendió, se echó encima una capa y guio a Georgina hasta la puerta de atrás de la vivienda, que se abría con una enorme llave de hierro.

—Desde que mi marido ya no está, por las tardes cierro todas las puertas —dijo, a modo de disculpa.

—Puedo entenderlo perfectamente —respondió Georgina.

La puerta daba a un patio que albergaba un minúsculo parterre cuyos pequeños árboles frutales comenzaban a dar diminutos frutos verdes. En una esquina, había un cobertizo de madera. La Sra. Hart abrió la puerta e iluminó su interior, de tal forma que Georgina pudo ver finalmente los dos cofres cubiertos de polvo, con los herrajes oxidados, que se encontraban en una esquina junto a diversas herramientas y utensilios, entre un cubo esmaltado y un saco de patatas.

—Le diré al cochero que se prepare —murmuró Georgina.

El hombre no reaccionó muy complacido a la petición, pero llevó entre gruñidos de protesta el simón hasta el portón junto a la casa que llevaba al patio y siguió a Georgina hasta el cobertizo. Tuvo que prometerle dos chelines más en cuanto

echó un vistazo a los cofres. Tras muchas maldiciones, empujones y tirones, logró llevarlos hasta el carruaje y subirlos a este entre resoplidos. Después, se limpió la frente con la manga y miró a Georgina con gesto amenazador.

—Debió haberme comentado todo esto con calma antes de salir, señorita.

En casa tendría que ir a buscar al mozo de cuadras para que la ayudara. Para tormento de *lady Anne*, el abuelo no empleaba en casa a ningún sirviente masculino, aunque esto fuera un indicio inequívoco de buena posición económica, pero el sueldo que estos solían tener le parecía al viejo señor demasiado elevado.

Cuando los baúles estuvieron debidamente colocados y el cochero aguardaba ya impaciente en su pescante, Georgina le tendió la mano a la Sra. Hart.

—Le agradezco una vez más lo que ha hecho por mí y le deseo a usted y a sus hijos... —dudó un instante— que encuentren un futuro de esperanza, llenos de valor y fuerza.

La mujer la miró sorprendida. Georgina parecía haber encontrado las palabras adecuadas.

—Es usted muy amable, Srta. Fielding. Espero que los baúles le deparen cosas buenas.

Apretó en silencio la mano de Georgina y, después, regresó a la oscuridad de su vivienda.

Georgina subió al carruaje, que echó a andar antes de que ella llegara a cerrar la puerta. Deseó con todas sus fuerzas que su tía y su abuelo no hubieran regresado anticipadamente de la cena. El coche traqueteaba sobre los azulejos con formalidad; el cochero azuzaba a los caballos sin compasión porque aún esperaba hacer al menos una carrera más aquella tarde y quería librarse de aquel encargo tan rápido como le fuera posible.

Georgina apenas podía contener las ganas de abrir los baúles, hasta el punto de estar cerca de hacerlo allí mismo, en el coche. Sin embargo, quería examinar su contenido con calma. Así pues, se arremolinó en su asiento y cerró los ojos.

De pronto, el carruaje dio un frenazo. La puerta se abrió de golpe y una mujer, pobremente vestida y con un niño en brazos, extendió el brazo hacia Georgina. Sorprendida, Georgina se encogió en el extremo opuesto del compartimento y trató de pensar a toda prisa si debía darle dinero a la mujer o si eso solo serviría para atraer más mendigos. Entonces, apareció el cochero, quien agarró a la mujer por la espalda y la echó del coche con tal violencia que estuvo a punto de caer al suelo con el niño en brazos.

Después de que Georgina le asegurara que se encontraba bien y que no le había ocurrido nada, volvió a subirse al pescante y azuzó de nuevo a los caballos con un golpe de látigo. Ella permaneció sentada en la esquina, muy tensa, hasta que el simón finalmente se detuvo y el cochero anunció con voz sonora: «¡Bloomsbury Square!».

Ella se bajó, aliviada. Aquel trayecto había sido más accidentado de lo que ella hubiera deseado. El mozo de cuadras la ayudó a subir los baúles hasta el cuarto de Georgina, lo que les costó no poco esfuerzo. Apenas los había escondido en el armario empotrado cuando sonó el ruido de la puerta principal. Le siguieron las voces de su tía y de su abuelo y unos pasos que ascendían por las escaleras. A toda prisa, Georgina cerró la puerta del armario, echó la llave, se tiró en la cama y agarró el paño húmedo que la Sra. Summers le acababa de preparar. Finalmente, dejó un vaso medio lleno de cerveza estilo *porter* en un lugar bien visible de su mesilla, pues su tía solía recomendárselo como un remedio estimulante y fortalecedor.

Cuando llamaron a la puerta, preguntó con voz débil:

—¿Sí?

—Está despierta aún, padre —oyó decir a su tía. *Lady Anne* entró con una candelabro en la mano—. ¿Te encuentras mejor, querida?

Georgina levantó ligeramente la cabeza para mirar a su tía y asintió.

—Los paños me han sentado bien, al igual que la *porter*. Seguro que mañana por la mañana me encontraré del todo bien. Espero que hayáis disfrutado de una velada agradable.

Lady Anne se quedó junto a su cama y observó a su sobrina, escrutadora.

—Había algunos invitados interesantes. Espero de verdad que nos acompañes la próxima vez que nos inviten. Sales muy poco de casa para ser una jovencita londinense. La ciudad tiene mucho que ofrecer, deberías aceptar algunas de sus propuestas.

La temporada se aproximaba a su fin y una joven no disponía más que de dos o tres años para encontrar a un marido adecuado.

Evidentemente, en el caso de una muchacha como Georgina, siempre existía el riesgo de que terminara por buscar a un hombre que no satisficiera del todo las exigencias de *lady Anne*. Era imprevisible e impulsiva como su madre y no resultaba difícil sospechar que, si de ella dependiera, se guiaría solo por su corazón, lo que no suponía una base sólida para un matrimonio. Por ese motivo, deseaba presentarla en eventos sociales en cada ocasión que se presentara y encontrarle un marido satisfactorio lo más rápido posible.

CAPÍTULO IV

Y he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya aliento de vida bajo el cielo. Todo lo que hay en la tierra morirá.

GÉNESIS 6: 17

JUSTUS VON ARNAU SE DESPERTÓ DE GOLPE. LA HABITACIÓN estaba oscura como la tinta, ni siquiera el contorno de las ventanas se dibujaba entre las tinieblas, y el corazón le retumbaba como si hubiera estado corriendo una larga distancia. Sintió cómo el camisón empapado de sudor se le pegaba a la espalda, entre los omóplatos. Tanteó con la mano en busca de la mesilla de noche, sobre la que debía haber una vela. Al viajar tan a menudo como lo hacía él, le resultaba difícil recordar la localización exacta de los elementos que componían la habitación de turno. Ya no sabía dónde estaba la cama ni el orinal o dónde se encontraba la puerta, pues las muchas posadas y viviendas privadas en las que se había alojado se le emborronaban en la memoria y se mezclaban las unas con las otras, creando imágenes irreales de estancias inexistentes en las que, en realidad, nunca había estado. De vez en cuando le asaltaba un deseo firme de encontrar un hogar que pudiera llamar suyo, un sitio fijo en el que asentarse, que le ofreciera paz y tranquilidad.

Durante años había vivido aquella existencia inestable y cambiante, que tenía como precio una soledad pasajera. Tras regresar de la guerra, la vida en la antigua hacienda familiar le había parecido insoportable, asfixiante, necesitaba aire que respirar. Su padre le había acusado de vivir una vida orientada únicamente al placer, cuando en realidad no intentaba otra cosa más que olvidar lo que había visto y sentido en la guerra. Algunas veces se había alegrado de que su madre ya no viviera y no hubiera podido presenciar los cruces de reproches hasta que, finalmente, había abandonado Wiedenau para no volver.

Por fin, sintió el frío latón del candelabro en la mano. Justus se levantó y tanteó el suelo hasta la chimenea, donde aún quedaban algunas brasas. No podía haber dormido mucho, probablemente no era más que la una o las dos de la mañana. Se inclinó y arrimó la vela a las ascuas hasta que surgió una titilante llama que creó sombras fantásticas contra la pared y permitió reconocer la silueta de los muebles. Justus se sentó en una mecedora y colocó la vela en la mesilla, a su lado.

Muchas ideas le rondaban la mente mientras se sentaba en la oscuridad de su cuarto y esperaba agotarse lo suficiente como para lograr dormir algunas horas más. Para distraerse, tomó papel y pluma y comenzó a hacer anotaciones. No todo lo que escribía estaba destinado a publicarse. Algunas de aquellas notas serían bosquejos de otro escrito posterior; otras, anotaciones de su diario personal, y otras no serían más que un vehículo mediante el que liberarse de las vivencias del día, que amenazaban con robarle sus noches.

Creía haberse librado finalmente de aquellos sueños, de tanto tiempo hacía que no le asaltaban. Durante los dos primeros años, le habían despertado prácticamente cada noche pero, desde que había cortado todo lazo con su familia y su hogar y había iniciado su prolongado viaje, se habían ido recortando y

desapareciendo hasta volatilizarse, como un extraño espectro. Ya solo de vez en cuando asomaban su obstinada cabeza, como si quisieran recordarle que aquel olvido no podía durar.

Justus repasó sus pensamientos buscando algo que, la tarde anterior, pudiera haber encendido la chispa que había guiado a sus pesadillas hasta su dormitorio. Cayó entonces en la cuenta. Uno de los comensales en la cena había mencionado al duque de Wellington y rápidamente se había propuesto un brindis en honor del célebre héroe de Waterloo, ante lo cual el anfitrión había sonreído, un tanto apurado, mirando a Justus y había alzado su copa en honor al mariscal Blücher y sus fieros prusianos. Por fortuna, no se habían vuelto a hacer más menciones a lo militar, sino que se había charlado sobre la temporada en Londres y los nuevos chismorreos políticos hasta que, finalmente, se había despedido a las damas para retirarse los caballeros a la biblioteca con sus puros y sus copas de *brandy*.

Aparentemente aquel breve interludio informal había bastado para despertar sus antiguos demonios, que le tenían ahora esperando sin remedio a poder conciliar nuevamente el sueño.

Al principio habían sido solo ruidos lejanos, el sordo rugido de los cañones, el relinchar de los caballos, las órdenes y gritos vociferados y, sobre todo, los alaridos de los heridos y moribundos. Después, habían venido las imágenes, detalladas hasta en lo más insignificante, como si un grabador se hubiera tomado la molestia de retratarlo todo desde cerca y recrearse no ya en una imagen general de la batalla, sino en los pequeños rasgos de crueldad que componían el conjunto de una guerra. El pie intacto de un cadáver, cuando el resto de su cuerpo había quedado destrozado bajo los cascos de caballos desbocados por el pánico; la mano encorvada de una anciana que, llevada por una codicia desesperada, rebuscaba en los bolsillos

de los caídos; un joven tamborilero que, con la mirada perdida y su tambor colgado del cuello, avanzaba haciendo sonar sus redobles entre las filas de combatientes. El propio Justus permanecía aparte, como un observador imparcial, como un cronista enviado a su propio sueño y, sin embargo, sentía que algo lo arrastraba al centro del tumulto como una fuerza magnética, mientras intentaba resistirse al remolino. No quería luchar, se oponía con todas sus fuerzas, aquellas eran demasiadas caras conocidas, jóvenes envejecidos antes de tiempo que le llamaban, que le gritaban que no podía permanecer al margen. Así pues, dio un paso adelante, hacia ellos, pero de pronto se encontró de nuevo solo en el campo de batalla, rodeado por una densa y gélida niebla que se le colaba a través de la ropa. Unas manos fantasmagóricas, pálidas y húmedas, surgían del gris a su alrededor y trataban de agarrarlo. Cuando se despertó, dando un grito, creyó durante un instante de terror que una de esas manos aún le aferraba la espalda, antes de darse cuenta de que se trataba del camisón, empapado por su propio sudor.

La cena en casa del coronel Ogden había resultado ser un evento formal e insípido y él había tenido que hacer un gran esfuerzo para disimular su aburrimiento. Si todos los acontecimientos sociales en Inglaterra se desarrollaban así, no permanecería mucho tiempo en aquel país. Por otra parte, hacía pocos días que había llegado y aún debía forjarse una red de conocidos y encuentros casuales que le proporcionaran información valiosa sobre aquella tierra extraña. Esa era la manera en la que él reunía las historias que, posteriormente, le servían para enganchar con sus fascinantes libros de viajes a aquellos lectores ávidos de saber acerca de tierras lejanas en las que no habían estado nunca en persona. Ya lo había conseguido en Italia, que en un principio le había resultado tan chocante pero que, en poco tiempo, terminó

por tratarle de forma maravillosa. Volvería a conseguirlo en Inglaterra, sin duda.

Su anfitrión de aquella tarde era un hombre influyente con excelentes relaciones que podía abrirle muchas puertas, y así era como Justus había terminado viéndose envuelto en conversaciones sobre la caza, de la que no entendía en absoluto, y la guerra, de la que no quería opinar.

Evidentemente, le habían preguntado también por sus viajes. Los invitados estaban interesados, sobre todo, en las anécdotas relacionadas con las peculiaridades culturales de otros países. Si les hablaba de Florencia, ellos querían saber más del sol de la Toscana y de la exótica cocina mediterránea, tan especiada, mientras que sus informes sobre los tesoros ocultos en la galería de los Uffizi no parecían deleitarles. Asimismo, el descaro de los carteristas romanos atraía más la atención que sus palabras sobre los hambrientos niños mendigos que realizaban toda clase de acrobacias a cambio de unas monedas.

Para cambiar de tema, Justus von Arnau les contó que, próximamente, tenía intención de visitar a la familia de su madre, a la que, por desgracia, apenas conocía y que vivía cerca de Mánchester. Se guardó para sí que su madre había sido de origen humilde y que el círculo de los Von Arnau nunca había llegado a reconocerla como uno de los suyos.

Al mencionar la palabra *Mánchester*, se despertó una repentina agitación. No tardaron en poner al día a Justus sobre los terribles altercados provocados por los trabajadores de la zona, en los que ya habían perecido quince hombres. Le contaron que los soldados habían disparado a los trabajadores rebeldes para restaurar la paz y el orden.

Alguien había sugerido que, en determinados círculos, se consideraba que la actuación de los militares había sido «ex-

traordinariamente brutal», a lo que otro caballero, con gesto adusto, había respondido:

—Si no se corta de raíz un comportamiento así, se corre el riesgo de que una nueva oleada de disturbios surja por todas partes, se lo aseguro.

Justus atrajo de nuevo la conversación hacia sus viajes y explicó que estaba sopesando la posibilidad de, a la vuelta de su viaje al norte, pasar algún tiempo en Oxford, lo que hizo renacer el ambiente festivo entre sus comensales pues, al fin y al cabo, se trataba de una de las ciudades más sagradas para el orgullo patrio inglés. Así pues, en un segundo se debatían todos entre anécdotas y consejos sobre qué debía visitar en la ciudad universitaria y en qué posada debía alojarse.

—Mi buen señor, bajo ningún concepto puede usted perderse una clase de William Buckland en el Corpus Christi College. Aunque, por lo general, es bastante excéntrico, lo cierto es que también es sumamente entretenido y didáctico —propuso uno de los caballeros que le acababan de presentar, pero del que ya había olvidado su apellido.

—Me temo que desconozco tanto su nombre como su campo de estudio —repuso Justus con cortesía.

—El honorable William Buckland es titular desde el año pasado de la primera cátedra en Geología del Corpus Christi College —explicó su contertulio—. Aunque personalmente soy cirujano y no geólogo y, desde luego, tampoco pertenezco a la célebre Geological Society como el propio Sr. Buckland, he leído y apreció sinceramente sus teorías. A principios de este año ha publicado un fascinante estudio sobre las huellas que el diluvio universal dejó en las formaciones rocosas.

—Me pregunto cómo puede usted compaginar su trabajo con intereses tan dispersos, Martinaw —exclamó el coronel

Ogden—. Al fin y al cabo, el día tiene veinticuatro horas para usted igual que para los demás.

«Ah, sí, St. John Martinaw, ese era su nombre», pensó Justus para sí, y respondió en tono sosegado:

—Por desgracia me coge usted desprevenido, caballero —dijo, mientras apuraba los últimos resquicios de su puro antes de arrojarlo a la chimenea—. Aunque he oído hablar algo de esta ciencia recién nacida, soy totalmente lego en lo que respecta a sus pormenores. En lo referente a la teología he de admitir que no soy mucho más ducho. Sin embargo, si tuviera usted la bondad de iniciarme en sus características... Desconocerlo todo sobre algo suele ser para mí un acicate, un estímulo que me impulsa a cambiar mi situación siempre que me sea posible.

—Eso es algo muy loable —dijo Martinaw con una sonrisa algo forzada—. El Sr. Buckland logrará sin duda reparar su falta de conocimientos previos gracias a su inimitable retórica. Aparte de eso, no es necesario ser teólogo para reconocer la obra y la palabra de Dios en el mundo que nos rodea.

Justus miró a Martinaw con curiosidad. «Interesante», pensó, «he aquí un hombre que, día a día, corta y disecciona el cuerpo humano, que debe conocer hasta el más mínimo detalle de las funciones de cada órgano y que, no obstante, parece confiar a toda costa en la existencia de un ser superior. Un hombre que ha podido permitirse una educación. Reservado, con una mirada penetrante y unas manos extraordinariamente hermosas que, sin duda, resultarán hábiles en el manejo del escarpelo y la lanceta».

En un momento dado, a Justus se le escapó la pluma de las manos, en parte por cansancio, en parte porque la habitación estaba muy fría. Se recostó en la butaca y cerró los ojos. Aquella noche de junio era fría, la chimenea ofrecía poco calor.

Se levantó, se lavó en la palangana y se cambió de ropa. Después, miró por la ventana hacia las calles oscuras. A esas horas había poca gente transitándolas. Una mujer andaba a trompicones y se apoyaba en una pared, pero si era por una borrachera o por enfermedad era algo difícil de concretar a aquella distancia. Un solo coche cruzaba escandalosamente el pavimento, como si quisiera despertar a todos los habitantes de las viviendas cercanas de sus merecidos, o no tan merecidos, sueños. Aparte de eso, no se veía un alma.

Volvió a tumbarse en la cama, pero permaneció despierto aún un rato, mientras volvía a entrar en calor poco a poco entre la manta y el colchón de pluma. En algún momento, no obstante, volvió a vencerle el sueño. Las pesadillas no le atormentaron más esa noche.

Georgina se levantó, encendió una lámpara de aceite y agarró una silla para colocarla junto al armario. Después, cerró la puerta de su cuarto con llave, abrió el armario y acarició la oscura superficie de madera del primero de los baúles antes de intentar girar la llave. Estaba completamente oxidada y había permanecido cerrada durante todos esos años. No se movió en lo más mínimo. La agitó y lo intentó de nuevo, en vano. Sacó la llave con gran esfuerzo y limpió buena parte del óxido con una lima de uñas para, a continuación, mojar un paño en el aceite de la lámpara y frotar con él el metal hasta que brilló. Georgina volvió a introducir con cuidado la llave en la cerradura y, finalmente, logró girarla, aunque no sin gran esfuerzo.

La bisagra chirrió, como si despertara de mala gana de un sueño de años. Cuando levantó la tapa, le llegó un tenue aroma a papel, madera y algo más primario. Tierra.

En la parte superior había un paño gris claro que, en una esquina, llevaba bordadas en línea irregular las iniciales JH.

Cogió la tela con cuidado y la colocó en un lateral. Después, reprimió un grito de sorpresa.

Objetos redondos envueltos en tela, así como en cajitas pequeñas, todo ello etiquetado con una escritura clara y esmerada. Georgina cogió una de las cajas con cuidado. La sopesó en las manos y, cuando abrió la tapa, descubrió una discreta piedra gris parduzca. Leyó la nota: «Arenisca, cantera Maidstone, Kent, 18 marzo 1801. Utilizada habitualmente como material de construcción».

El cofre contenía piedras de todos los colores, negras y brillantes, granuladas multicolor, rojizas con tonos ardientes o grises y salpicadas de venillas blancas; había otra que era ligera y porosa como una esponja, la piedra pómez. Gneis, granito, carbón, arenisca, caliza conchífera, arcilla. Georgina las colocó unas junto a otras, acompañadas de sus correspondientes envoltorios, en los que se mostraba la fecha y lugar en que se hallaron, así como el uso actual que se le daba a la piedra.

Aquella era, sin duda, la colección de un geólogo. Tenía, además, casi veinte años de antigüedad, por lo que correspondía a una época en la que aquella ciencia acababa de empezar. Ni siquiera existía una Geological Society, ni ninguna cátedra de la universidad, ni los maravillosos y cuidadosos mapas geológicos coloreados a mano de Inglaterra y Gales que William Smith había publicado hacía seis años. En aquella época solo había uno o dos coleccionistas, aficionados entusiastas fascinados por lo que la tierra ocultaba: la piedra, la arcilla y el lodo que constituían la faz de la tierra.

Georgina siguió examinando más y más los contenidos del cofre, que únicamente albergaba piedras. No había ningún objeto personal, ningún recuerdo, ninguna nota o carga que explicara por qué aquella colección había permanecido durante tanto tiempo en el cobertizo de la casa de un pastor.

Durante un instante creyó percibir pasos en el suelo y se levantó con cuidado. Conteniendo el aliento, prestó atención, dispuesta a cerrar el baúl y el armario a toda prisa. Pasó un minuto, luego dos. Nada. Debía haberse equivocado, quizás eran los pasos de las doncellas de camino a la cama.

Se dirigió al segundo baúl, limpió y lubricó la llave, la giró y abrió la tapa.

Después de haber creído que lo que tenía en las manos era un auténtico tesoro, al ver el contenido de este segundo cofre su sorpresa fue aún mayor. Aquellos debían ser los elementos más valiosos de la colección.

Lo que allí se encontraba no eran muestras de piedras que cualquier aficionado más o menos diestro podría encontrar, sino fósiles, cada uno único en sí mismo, testigos de un pasado muy distante.

Georgina se acordó de los ejemplares que Mary Anning le había enseñado en Lyme años atrás: estrellas de mar de formas diversas, amonitas, fulguritas, conchas y muchos más.

Cogió una de las amonitas del baúl y pasó suavemente el dedo por la perfecta curvatura de la concha. ¿Cuántos años habrían pasado desde aquella época en la que todavía era un animal vivo que nadaba en un mar prehistórico cuya existencia apenas pocos seres humanos comenzaban a descubrir? ¿Qué aspecto habría tenido? ¿Se parecería a alguna criatura que, quizás, permanecería aún inédita en la tierra, o habría desaparecido por completo de la faz del planeta, sin dejar rastro de su especie tras de sí?

Georgina había leído mucho sobre los fósiles, a los que en el pasado se les habían atribuido propiedades mágicas. No habían podido explicarle de dónde procedían aquellas formaciones pétreas tan peculiares que habían dejado tantas historias que contar sobre las rocas, en las playas o en las canteras de gra-

nito. Historias de dioses que hacían estallar sus rayos sobre la tierra, de gigantes cuyos dientes se habían podido hallar dispersos, de piedras con forma de rueda y de lengua de serpiente.

Georgina fue retirando con precaución los fósiles del baúl con la esperanza de encontrar alguna huella de su misterioso coleccionista, algún elemento personal que lo identificara.

Descubrió un objeto de aproximadamente un pie de largo, envuelto en un paño, que no parecía una piedra. Al retirar la tela, no pudo reprimir una exclamación de alegría. Era un martillo, un auténtico martillo de geólogo. Manejable, con un hermoso acabado, puntiagudo en uno de sus extremos. Y en el mango, nuevamente, grabadas las iniciales JH. Ella sabía cómo utilizar el martillo cuando descubría una roca de aspecto prometedor a la que quisiera echarle un vistazo sin dañarla astillándola. Conocía la decepción de no descubrir nada interesante en su interior, pero también el gozo al comprobar que el esfuerzo había merecido la pena.

¿Quién habría sido el hombre que le había legado semejantes tesoros? La pregunta aún se le estaba formando tímidamente en su subconsciente cuando los primeros resquicios de una respuesta comenzaron a aparecer. Intentó oponerse a ella, pues solo despertaba nuevas dudas a las que no podía dar solución. Sin embargo, engañarse a sí misma era algo que contradecía a su naturaleza.

¿Quién le habría podido legar una colección así, que a todas luces había sido tan importante para el coleccionista original, sino su padre? Pero ¿qué había sido de él? ¿Por qué nunca había oído hablar de él? ¿Qué horror inenarrable habría podido suceder para que ella acabara criándose en casa de sus abuelos y llevara su apellido?

Georgina se sintió desesperar por momentos. ¿Podría ser que finalmente hubiera encontrado un indicio sobre quién era

su padre? Al traer los baúles en secreto, había logrado mantener a su abuelo y a su tía al margen, pero ahora, ¿con quién podría hablar de ello? Si durante años la habían rodeado de un muro de silencio, debía haber sido por algún motivo. Decidió guardar sus suposiciones para sí misma por el momento. Cuando descubriera algo más, o incluso encontrara alguna prueba tangible, quizás podría confirmar las respuestas, pero para ello debía mantenerse ocupada: la actividad era la mejor distracción contra los pensamientos turbios.

Georgina dejó a un lado el martillo y se inclinó sobre el baúl. Tan concentrada estaba en sus tareas de investigación que habría perdido por completo la noción del tiempo de no ser por el reloj que había en su cuarto. Le inquietaba la identidad de JH. Debía haber dejado tras de sí alguna huella personal. Tanteó el fondo del baúl, dejando vagar la mano despreocupadamente sobre la base de madera. Cuando ya la iba a retirar, sus dedos tocaron con una repentina depresión en una de las esquinas. ¡Había un doble fondo! Metió el dedo en el orificio y tiró de la madera, pero esta no se movió. Georgina se apartó de un soplido un mechón de pelo que se le había escapado del recogido y le vagaba por la cara. La tabla estaba atascada tras años sin moverse, y al tirar de ella no solo no lograba moverla, sino que se lastimaba los dedos. Finalmente, cedió de golpe y Georgina casi dio de espaldas en el suelo. Apartó el falso fondo y se inclinó sobre el baúl.

Lo iluminó con la lámpara: había una carpeta de cuero marrón. La tomó en sus manos y encontró en su interior un cuaderno de notas que, según sus cálculos, debía ser de tamaño cuartilla. En sus hojas podía leerse la misma caligrafía cuidada que había clasificado los fragmentos minerales. Y en el lomo, las palabras: *Joshua Hart, Doctor Medicinae, Londres, 1799.*

CAPÍTULO V

[Para la naturaleza] el tiempo no tiene límites y, en consecuencia, siempre se encuentra a su disposición.

JEAN-BAPTISTE LAMARCK

ST. JOHN MARTINAW SE ENCONTRABA SENTADO EN SU DESPACHO del hospital St Thomas y observaba dibujos de diversos esqueletos, entre los que se encontraban los de una tortuga, un cocodrilo y un varano, prestando especial atención a la estructura de sus extremidades. Entretanto, se levantó y se dirigió a una gran mesa de madera sin pulir, sobre la que yacía el esqueleto completamente petrificado de un animal aún sin clasificar. Tomó una lupa y se inclinó sobre una de las patas delanteras del espécimen; después volvió a su escritorio y comenzó a modificar uno de sus dibujos, hasta que se adaptó fielmente a sus observaciones. Cuando estuvo terminado, dejó a un lado las demás ilustraciones de animales y observó la suya, completamente concentrado. Tan sumido estaba en sus pensamientos que dio un respingo cuando llamaron a la puerta.

—Sí, ¿quién es? —preguntó, molesto por la interrupción que le había pillado tan desprevenido.

Le gustaba consagrar los periodos de tiempo entre una operación y otra al estudio de las ciencias naturales.

La cabeza de Jacob Burdon, un empleado del sanatorio, apareció tras la puerta y dijo:

—Sr. Martinaw, el Sr. Shayle desea hablar con usted.

Martinaw indicó a su secretario que permitiera pasar al visitante.

Anthony Shayle era un joven cirujano muy dotado que, con su cabello castaño, sus pecas y su expresión habitualmente alegre, ofrecía una imagen simpática muy fiel a su naturaleza jovial. Aquel día, no obstante, parecía otra persona. Pálido, afligido, con los hombros encogidos como si cargara sobre sus espaldas un pesado fardo, apenas miró a Martinaw; se quedó quieto y en pie, en medio de la estancia, con los brazos colgando y la mirada en el suelo.

—Bien, Sr. Shayle, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó Martinaw con amabilidad mientras le ofrecía una silla al joven.

—Señor, he... He recibido una carta del director del hospital —comenzó a hablar Shayle con una voz inusualmente entrecortada y débil—. Al parecer, el hospital debe hacer recortes, por lo que se me ha pedido que busque inmediatamente otro empleo. Como usted sabe, señor, me casé el año pasado. Nuestro primogénito tiene apenas unos meses. Tengo una familia y debo pagar las rentas. No sé dónde podría encontrar un nuevo empleo tan rápido. Por eso he pensado...

—¿Sí? —preguntó Martinaw con voz suave, mientras hacía girar entre las manos la pluma de escribir—. ¿Qué es lo que ha pensado usted?

—Bueno, he pensado que quizás podría usted interceder por mí, señor —dijo el joven, y resultaba evidente el penoso esfuerzo que le suponía pronunciar aquellas palabras—. No entiendo por qué me he vuelto prescindible tan de repente. Siempre he procurado dar de mí más de lo necesario y usted

fue incluso tan amable de alabar en alguna que otra ocasión mi labor como médico, señor.

—Hum. —Martinaw dejó la pluma a un lado y entrelazó las manos sobre la mesa para, seguidamente, aproximarse a Shayle, como si quisiera contarle algo en confidencia—. Entre nosotros, Sr. Shayle, he de decirle que he oído algunos rumores de que la dirección del hospital no se muestra demasiado receptiva a, digamos, sus inclinaciones francesas.

—¿Señor? ¿Qué quiere decir con eso? ¡Soy un leal súbdito del rey Jorge!

Martinaw soltó una risa, pero sus ojos permanecían serios.

—Claro, claro, no estaba hablando de política. Me refería, más bien, a su perspectiva científica, Sr. Shayle. Por lo que he sabido, no solo se interesa usted por nuestra disciplina, la medicina, lo cual, en sí mismo, no tiene nada de reprochable. Yo mismo también cultivo el estudio de la anatomía comparada, como usted quizás sepa —dijo, y señaló vagamente en dirección a la mesa de trabajo—. Sin embargo, es posible que su estudio de las teorías de *monsieur* Lamarck no estén tan bien vistas entre sus superiores.

Shayle sonrió, aparentemente aliviado.

—Pero si eso es solo... Si es que de verdad se trata de eso... Como usted ya ha dicho, eso no es más que un fascinante pasatiempo para mí, que no influye en absoluto sobre mi trabajo en el St Thomas. Las ideas de Lamarck pueden parecer provocativas y quizás no encuentren demasiada aceptación en Inglaterra, pero vivimos en tiempos modernos, en tiempos de libertad científica. Quiero decir que...

Martinaw levantó la mano en un gesto de advertencia.

—¿Pretende usted decir con eso, Sr. Shayle, que compare usted la perspectiva de Lamarck? ¿La idea de que Dios no

creó cada ser vivo como tal, sino que las criaturas superiores se fueron creando a partir de la nada? ¿Que los animales desarrollaron un cuello largo para poder comer hojas de los árboles y que sus sucesores heredaron esos rasgos? ¿Que todos los seres vivos, incluidos, quizás, los seres humanos, si quiere usted llevar tan lejos su osadía, surgen todos de un mismo origen? ¿Que el hombre, el piojo y el elefante provienen de una misma raíz? Esas ideas no son en absoluto inocuas.

Shayle le observó, perplejo, pero Martinaw se adelantó a cualquier réplica.

—Como puede usted ver, no soy del todo ignorante de las teorías de ese caballero. Lamarck pone en tela de juicio todo lo que hemos venido creyendo desde hace casi dos mil años. Hace tambalearse los cimientos de la vida en este mundo, todo lo que sabemos sobre nosotros mismos como seres humanos. La ciencia moderna tiene un largo camino frente a ella, cuyo final no se vislumbra aún, en eso estoy de acuerdo con usted. Sin embargo, la ciencia humana se creó para explicar la obra de Dios, no para contradecirla, ni para crear quimeras.

—Señor, si me permite... —intentó tomar la palabra el joven.

—He intentado interceder por usted de todas las maneras posibles en cuanto he sabido de su despido, Sr. Shayle, pero mis esfuerzos, por desgracia, han sido en vano. No hay nada más que pueda hacer por usted.

En el cuello del joven médico habían aparecido manchas rojas, como moratones.

—Señor, no creo que mi trabajo pueda contradecir de ninguna manera la fe cristiana. El maravilloso orden con que toda forma de vida parece dispuesta puede haber sido la obra de Dios, aunque haya podido ir modificando la forma de las

criaturas con el paso del tiempo. Se ha descubierto que algunas especies se han extinguido...

—Son suposiciones, nada más. ¿Quién sabe qué criaturas inimaginables se ocultan en las profundidades de las junglas o de los océanos?

—Señor, no puede usted pretender de verdad que...

—Sr. Shayle, realmente lo lamento mucho, pero la decisión está tomada. Le deseo lo mejor.

Permaneció mirando al suelo tras su escritorio, mientras Shayle abandonaba la habitación a pesados pasos.

El precio que Georgina tuvo que pagar por la esperanza de una tarde tranquila en su habitación fue considerable. El programa incluía numerosas visitas de cortesía para el té junto a *lady* Anne. Georgina tuvo que sentarse en salitas y salones con las damas que tuvieran hijos casaderos de la posición social adecuada y mantener conversaciones cultivadas con ellas, cuando en realidad lo que ella quería era salir a toda prisa de allí y volver a Bloomsbury, donde poder investigar concienzudamente la carpeta de cuero.

Para no atraer de nuevo en su contra la ira de su tía, no obstante, debía interpretar el papel, sentarse en el borde de la silla, beber té de tazas que parecían irse a romper a cada instante y, como tantas otras jóvenes, ocultar cualquier sabiduría o experiencia vital tras la fachada de ingenua candidez que se esperaba de ella, según las buenas costumbres sociales. Por suerte, el habitual tiempo de visita no excedía la media hora y, pasado aquel tiempo, *lady* Anne llamaba al cochero y partían de visita a una nueva dama.

Entre las cinco y las seis de la tarde se iban de paseo a Hyde Park, donde Georgina y la tía Anne caminaban bajo la sombra de los árboles, un privilegio reservado habitualmente a

la aristocracia. La ambición de *lady* Anne, no obstante, no conocía límites y la perspectiva de saludar a miembros de los círculos más exclusivos o que estos la saludaran, siempre que el tiempo lo permitiera, la empujaba al parque día tras día desde el principio de la temporada.

Por la senda a caballo trotaban damas y caballeros vestidos de forma impecable subidos en altaneros corceles que asentían con la cabeza a amigos y conocidos y adoptaban una constante y vehemente pose de infinita indolencia, una pose que impedía que Georgina pudiera mostrar sus propias impresiones hacia nadie, ya estuviera aburrida o encantada, puesto que no se consideraba propio de una dama mostrar ni una ni otra emoción en público.

Lady Anne saludaba y respondía a los saludos, pero a Georgina no se le escapaba que algunos volvían la cabeza e incluso parecían apresurar el paso o el de su caballo al encontrarlas. *Lady* Anne murmuraba uno u otro nombre, junto con una breve descripción de sus circunstancias, y esperaba de su sobrina la debida muestra de admiración ante semejantes figuras sociales. En vano.

—Mira, Georgina, es *lady* Jersey, una de las todopoderosas del Almack's.

Se refería a un exclusivo salón gobernado por un comité de unas seis o siete damas cuyo acceso solo se permitía por invitación. La admisión en el Almack's equivalía, socialmente, a ser armado caballero, pero *lady* Anne no había logrado hasta el momento el privilegio de una invitación.

Georgina se preguntó de nuevo qué pretendía su tía realmente con todo ese esfuerzo. ¿Obedecía únicamente a su deseo de verla casada respetablemente? ¿Creía que una muchacha sin padres debía pasar por el altar lo más rápido posible con el candidato más seguro? ¿O simplemente especulaba con

la posibilidad de mejorar su propio estatus social casando a su sobrina con un miembro de la aristocracia y ampliando, así, el círculo de influencias de su propio marido? Georgina deseaba con todas sus fuerzas que la sesión de paseo llegara a su fin a pesar de que el clima era delicioso, pues las expectativas puestas en ella y las convenciones sociales la apretaban como un corsé que le impidiera respirar.

Lady Anne volvió a agarrarla de la manga.

—Y ahí está el honorable Freddy Linton. Su padre debe ser inmensamente rico. Él, por su parte, prefiere diseminar el patrimonio familiar por ahí.

A Georgina le divertía la abierta admiración de su tía y no sentía deseo alguno de conversar con ninguna de aquellas personas, lo que por suerte era poco probable pues, aunque *lady Anne* se había casado con un *baronet* y miembro de la Cámara Baja, existía entre ella y aquellos nacidos en la alta aristocracia un abismo difícil de salvar surgido, sobre todo, del hecho de que su padre se había ganado su nada desdeñable fortuna trabajando. Georgina había recibido suficientes comentarios insidiosos al respecto en sus años escolares como para conocer la consideración que se le daba a gente así.

Como mujer, evidentemente, podía casarse con alguien rico. Por desgracia, el abanico de solteros de buena posición social y económica no era lo que se dice inagotable, pues tradicionalmente solo el hijo mayor heredaba la totalidad de la fortuna, mientras que la oferta de hijas casaderas de padres ambiciosos parecía no tener fin.

La *promenade* concluyó finalmente y el parque se vació con rapidez. *Lady Anne* se dirigió de vuelta al carruaje con Georgina para regresar a Bloomsbury. Después de que Georgina participara en el paseo por los jardines sin protestar, se le permitió retirarse a su cuarto tras la cena. El marido de *lady*

Anne vino a casa y entretuvo a su mujer y a su suegro con las últimas anécdotas del Parlamento. Mientras se alejaba, la iban acompañando las sonoras carcajadas de *sir* Richard y el tintineo de las copas, señal de que su abuelo había abierto la botella de *brandy*.

¡Por fin sola! Georgina cerró la puerta de su cuarto desde dentro y colocó las dos lámparas que le había pedido a la Sra. Summers sobre el escritorio. Para realizar lo que se proponía, necesitaba tanta luz como fuera posible. Entonces, sacó la libreta de cuero del cajón inferior de su cómoda, donde la había escondido entre enaguas de lino y camisas. Colocó las dos lámparas en una mesa auxiliar y se sentó en el cómodo sillón junto a la ventana.

Georgina abrió el cuaderno. Una vez más, leyó en la cubierta las palabras *Joshua Hart, Doctor Medicinæ, Londres, 1799*. Así pues, su propietario había sido médico y la había comprado o recibido hacía veintidós años. Probablemente habría sido algún familiar de Ethan Hart. Pero entonces, ¿por qué no sabía nada de él la viuda del pastor?

Siguió pasando las páginas con cuidado. El cuaderno parecía contener sobre todo grabados que, no obstante, no eran de naturaleza médica, sino que se correspondían inequívocamente con la colección de piedras que albergaban los dos baúles.

No era un texto coherente y largo como el de un diario, sino más bien pequeñas descripciones, a menudo acompañadas de dibujos. Algunos representaban piedras o fósiles bellamente formados; otros eran cortes transversales de las diversas capas de la tierra, por lo que dedujo Georgina tras algunas reflexiones.

Entre medias, Joshua Hart, pues referirse a él como padre le resultaba extraño, insertaba citas identificadas única-

mente con iniciales. Algunas provenían de la Biblia; otras parecían ser obra de científicos.

Una de ellas decía: «A la luz de nuestras actuales pesquisas hemos de llegar a la conclusión de que ni hemos hallado indicios de un principio, ni tenemos la perspectiva de un final. J. H., Tierra, 1785». La cita estaba marcada con un signo de exclamación. Georgina reflexionó sobre quién podía ocultarse tras aquellas iniciales y llegó finalmente a la conclusión de que debía tratarse del erudito escocés James Hutton. Había oído hablar de sus teorías sobre la antigüedad de la tierra, pero nunca había leído su trabajo, pues su estilo literario se consideraba muy difícil de comprender, incluso entre la comunidad científica.

¿Habían impresionado tanto aquellas palabras a Joshua Hart como para remarcarlas de esa manera? ¿Significaba eso que compartía el punto de vista de Hutton o, más bien, pretendía contradecirlo?

Siguió hojeando y dio con una cita que Hart había señalado con una exclamación y numerosos signos de interrogación: «*Y he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya aliento de vida bajo el cielo. Todo lo que hay en la tierra morirá.* (Génesis 6: 17)».

¿La investigación científica de Hart habría despertado dudas en él en torno a las palabras de la Biblia? ¿O en la del naturalista? Tampoco la carpeta daba ninguna pista al respecto.

El archivo entero constituía un compendio de pensamientos y bosquejos, todos peculiares, entremezclados, sin conexión aparente pero de alguna forma conectados y, con eso y todo, Georgina no podía reprimir su fascinación. Si algo podía deducir del estado de ánimo de Hart a partir de la forma en que escribía era que con frecuencia debía sentirse turbado por extraños pensamientos y apuntaba sus suposiciones espontá-

neas según se le ocurrían. ¿Quizás durante sus horas de trabajo, en cuanto lograba un instante de paz? ¿O más tarde, a última hora, cuando volvía a casa tras la consulta y encontraba algo de tiempo para consagrarlo a su pasión naturalista? La libreta parecía vieja y usada, probablemente la llevaría consigo y la sacaba en cuanto se le ocurría alguna idea.

Los dibujos estaban realizados con esmero y representaban, probablemente, los propios hallazgos de Hart, en su mayoría identificados con fechas y lugares.

Para Georgina, era como si el libro desprendiera un calor que la llenara de bienestar, una emoción a la que no podía renunciar.

En las últimas páginas, la escritura se volvía intranquila; parecía que a Hart se le hubiera resbalado la pluma en más de una ocasión, de tal forma que las páginas aparecían llenas de salpicaduras de tinta y las letras, en ocasiones, se volvían completamente ilegibles. LV, las siglas que aparecían con más frecuencia en aquella sección, eran un misterio para Georgina. También aparecía la palabra *Norfolk*, sin ningún tipo de nota aclaratoria. Norfolk era un condado, sí, pero ¿qué relación tenía con la investigación de Hart? ¿Habría algún fenómeno geológico particularmente interesante que descubrir allí?

Después, encontró la palabra «Coke» seguida de la pregunta: «¿H. Hall?».

Georgina negó con la cabeza. Lo que había empezado como un compendio de conocimiento científico se había vuelto cada vez más incomprensible e inconstante y se preguntó si Joshua Hart había pretendido en lo más mínimo que ojos extraños llegaran a ver sus anotaciones. Pero, de ser así, se habría deshecho de sus baúles. O ¿es que había tenido que separarse tan repentinamente de su colección que no le había quedado tiempo para hacerlo?

Cerró el libro de golpe, un tanto decepcionada, pues había esperado descubrir algo más sobre qué tipo de persona había sido Joshua Hart a partir de su contenido, pero ahora su confusión era aún mayor. ¿Por dónde podía empezar?

«No es momento de perder el ánimo», se dijo. Analizaría todas y cada una de las páginas y pensaría en qué podían significar aquellas misteriosas siglas. Iba ya a guardar el libro en lugar seguro cuando, de pronto, se le ocurrió una idea.

Volvió a abrirlo y palpó con cuidado la cubierta anterior. Nada. Georgina se sintió como una necia conforme su decepción iba en aumento. ¡Aquello era la vida real, no una novela de aventuras! Con eso y todo, no pudo resistirse a la tentación de comprobar también la cubierta posterior. Y de pronto... ahí estaba. Insertó con precaución tres dedos y extrajo del forro una hoja de papel doblada por la mitad.

El corazón de Georgina dio un vuelco y la recorrió una oleada de calor, como una repentina fiebre que le atenazara todo el cuerpo. Aquel papel ligeramente parduzco era algo poco frecuente. Tenía un tacto extraño, casi como de lino, y parecía ser muy valioso. Lo desdobló con cuidado. En el pliegue central tenía diminutos agujeros, casi imperceptibles, como provocados mediante una fina aguja.

Eran páginas, llenas en toda su superficie de una peculiar escritura y, en la franja derecha, con filigranas que parecían dibujos de aspecto técnico y que no guardaban ninguna similitud con las notas de Joshua Hart. En la esquina superior derecha de una de las caras estaba la cifra «10», que bien podía indicar el número de página, mientras que en la parte posterior no se apreciaba ninguna señal. Había algunas palabras solitarias esparcidas pero, como ella misma tuvo que admitir, fue incapaz de descifrarlas de un primer vistazo.

Georgina se sirvió un vaso de vino para calmarse los nervios. Después, se colocó la hoja en el regazo y la iluminó con la lámpara. Los dibujos se asemejaban a una especie de tina bajo la que ardía un fuego. En la parte superior había una suerte de sistema de poleas que parecía flotar en el aire. No fue capaz de imaginar en qué podía consistir aquello, pero bajo el dibujo había una estrecha columna de texto que, probablemente, explicara de qué se trataba. Por desgracia, era incapaz de leerlo. Entonces, le dio la vuelta a la hoja y observó el lado opuesto, en cuyo margen derecho también había dibujos que parecían palos afilados y un nuevo sistema de poleas. Tampoco fue capaz de descifrar nada de aquel lado.

Se paró a pensar unos instantes. ¿Podría tratarse de una lengua extranjera? No sería de extrañar, puesto que un médico instruido debía dominar el latín; quizás Joshua Hart había sido políglota. Sin embargo, al menos alguna palabra debería ser legible, incluso aunque fuera imposible descifrar su significado. Creyó reconocer alguna que otra letra, pero las palabras eludían cualquier intento de interpretación.

Georgina se recostó en el sillón y se apartó un mechón de la frente. «¡Qué rabia estar atrapada aquí, en Londres!», pensó. La tía Anne jamás le permitiría ir a Langthorne House durante la temporada y le enojaba pensar que en casa de tía Agatha tendría más posibilidades de resolver el enigma. Para empezar, allí había una biblioteca mucho mejor surtida que la de James Fielding; además, su tía abuela era una mujer inteligente y culta que quizás pudiera darle alguna pista sobre cuál podría ser el significado del misterioso documento.

Lo que era aún mejor: en la cercana Oxford había geólogos a los que podría mostrar la colección de minerales y que podrían darle su opinión acerca del valor científico de la misma. Dio un fuerte pisotón de pura rabia, pero de inmediato se

dominó, pues en aquella casa el sonido viajaba ligero y no quería atraer innecesariamente la atención sobre ella dando muestra de un comportamiento impropio de una dama.

Por otra parte, Londres era, sin duda, el lugar adecuado para descubrir algo sobre el misterioso Joshua Hart. Aquel pensamiento levantó notablemente el ánimo de Georgina. No se atrevía a hablar de nuevo con la Sra. Hart, pues no quería volver a importunar a la viuda. Además, le había aclarado categóricamente que no sabía nada de los cofres ni de su propietario.

Sin embargo, Georgina podía informarse de si había alguien que le hubiera conocido en calidad de médico. Dedicaría el resto de la temporada a investigar sobre Hart y ya se preocuparía de la colección mineral de vuelta a la casa de *lady* Agatha en Oxfordshire.

Se le ocurrió entonces una nueva idea. Incluso aunque la biblioteca de James Fielding careciera de las obras de consulta que ella precisaba, había en Londres un sinnúmero de bibliotecas y librerías especializadas en las que quizás podría encontrar respuesta al misterio de los crípticos símbolos del manuscrito. Debía encontrar la manera de llegar hasta ellas sin ser vista.

Sin embargo, ya era hora de irse a la cama. A la mañana siguiente tenía demasiadas cosas que hacer y, para ello, iba a necesitar todas sus fuerzas e inventiva.

La investigación posterior resultó ser mucho más dura de lo que Georgina había esperado en un primer momento. Como si se barruntara algo, *lady* Anne no le quitaba el ojo de encima y la arrastraba de una cita social a otra. Georgina apenas podía disfrutar de algo de tiempo para ella misma y por las noches solía estar tan cansada que caía rendida en la cama sin remedio.

Era como si quisiera encontrarle a cualquier precio un marido antes del fin de la temporada.

Durante el día, se sentía agobiada y se veía a sí misma como un caballo al que llevan a la feria para exhibirlo y venderlo al mejor postor. Sabía lo importante que era para una mujer joven encontrar un buen marido, puesto que la habían educado para ello desde que era niña. Sin embargo, nunca habían logrado que se sintiera ni remotamente cómoda con todo el previsible ritual de atracción, como otras jóvenes damas conocidas suyas. Había que mirar furtivamente a algún caballero para que este se presentara y la invitara a bailar; había que bajar la mirada, retroceder con pudor, aproximarse con cuidado y, como colofón, acceder a acompañarlo en su primer paseo juntos, bajo la supervisión de una dama de compañía. La joven señorita y el caballero debían realizar una suerte de minueto cuyos pasos estaban previamente seleccionados y que dejaba poco espacio para mostrar ideas propias.

De eso ya se encargaban las madres, abuelas y tías, constantemente al acecho, custodias de aquellas protegidas a las que habían preparado durante años para dar el gran paso. En ocasiones, Georgina deseaba tener la suerte de su tía Agatha: adinerada, se había tenido que preocupar poco de su matrimonio y vivía como mejor le parecía, se vestía como le venía en gana y ocupaba su tiempo en lo que a ella le gustaba.

Mientras se vestía para el tercer baile en menos de una semana, decidió alegar nuevamente como pretexto una indisposición femenina.

Lady Anne le dirigió una mirada inquisitiva, se volvió a su escritorio y, con total tranquilidad, sacó una pequeña agenda forrada de cuero rojo. Pasó algunas hojas, la miró con detenimiento y frunció el ceño.

—Querida, quizás deberíamos consultar a un médico.

Georgina la miró sin comprender. La Sra. Summers le había inculcado que no debía considerar aquellas molestias como una enfermedad, sino aceptarlas como algo natural.

—No hace tanto tiempo que no pudiste venir con nosotros a ver a los Winderstone. Si padeces de esas molestias con tanta frecuencia quizás haya motivos para preocuparse. Cuando una joven tiene... Cuando son tan fuertes... En fin, en cualquier caso la cuestión es que el cuerpo se puede debilitar y tener consecuencias graves para la salud. Será mejor que consultemos a nuestro médico.

Georgina dio involuntariamente un paso hacia su tía. Aunque los brazos le colgaban a los lados, tenía las manos cerradas en un puño. Estaba haciendo un esfuerzo tan notable por dominarse que tenía los nudillos blancos de la presión.

—¿Es que tienes algún registro de mi vida? ¿Apuntas todo lo que digo y hago en tu agenda?

—Querida niña, lo único que busco es lo mejor para ti —dijo *lady* Anne con una dulzura desafiante.

—Me cuesta creerlo.

Lady Anne, que acababa de guardar de nuevo la agenda, se dio la vuelta con tal brusquedad que su vestido barrió el suelo.

—¿Qué pretendes decir con eso?

—Que siempre me estás diciendo que todo lo haces por mi bien. Pero a mí no me pregunta nunca nadie si me gusta estar constantemente en compañía, que me acicalen y me preparen para exhibirme, tener que soportar conversaciones con gente estúpida y asentir como una niña buena cuando algún caballero dice alguna tontería, cuando preferiría estar leyendo un buen libro o viajando a alguna parte —espetó.

—A la vista de la inmadurez que demuestran tus prioridades, más te valdría alegrarte de que, por fortuna, tu abuelo y

yo sepamos mejor que tú lo que te conviene —replicó *lady Anne* en tono cortante—. Para una joven de tu posición, no hay nada más importante que un buen matrimonio y, para encontrar un marido adecuado, debes adaptarte a las reglas del juego. Quien no lo hace no tarda en quedar al margen de la sociedad. Mientras no te consagres en cuerpo y alma al cumplimiento de esas normas, puedes estar segura de que seré yo quien me encargue de velar por tu bienestar, como tu abuelo me pidió.

Georgina dio un pisotón. Era una reacción infantil, por supuesto, pero era incapaz de seguir conteniendo su rabia.

—¡No quiero aprender esas reglas! ¡No me interesa lo que piense la gente! ¡Quiero crear mis propias reglas y vivir de acuerdo con ellas!

—Lo sabía —dijo *lady Anne* en voz baja y se giró. Hundió los hombros y agachó la cabeza, como si se resignara.

«¿He ganado?», se preguntó Georgina. Pero las siguientes palabras acabaron rápidamente con aquella ilusión.

—A la vista de tu comportamiento, hablaré con tu abuelo y haré lo posible por que las visitas a casa de tu tía lleguen a su fin —anunció *lady Anne*—. Puedes irte a tu cuarto —concluyó, dirigiéndole la mirada de un animal al acecho, como si quisiera poner a prueba la reacción de Georgina.

La muchacha pensó rápido. Eso no debía ocurrir, nunca. Aunque cada fibra de su ser la predispusiera en contra, tendría que recular y claudicar. Así pues, agachó la cabeza y dijo:

—Iré a cambiarme. ¿El vestido de baile azul será lo más adecuado?

Lady Anne asintió apenas reprimiendo su expresión de victoria.

Ya en la puerta, Georgina cogió aire. Había aceptado una derrota porque esperaba obtener un triunfo mayor. Soportaría

aquella tarde para lograr otras libertades y poder estudiar el cuaderno en paz a la luz de las velas.

Sobrellevó el día y esperó con impaciencia la llegada de la noche, cuando podría sentarse en su cuarto, examinar las hojas del cuaderno a la luz de la lámpara o clasificar los minerales en las cajitas de madera de la colección que, según la versión oficial, había comprado... para su ajuar, como le había asegurado a su tía, para completa sorpresa de esta. Empezaba a resultarle sumamente fácil mentir y ella se justificaba a sí misma diciéndose que no eran más que excusas. Con sumo cariño iba distribuyendo las piedras y fósiles por grupos, para después colocarlos en cajitas individuales con las notas manuscritas de Joshua Hart.

El primero de sus descubrimientos se remontaba al año 1797. El último, a 1801. Después de eso, ya no había más hallazgos ni más entradas en su cuaderno. En mayo de 1801 se acababa todo y Georgina se preguntó si el final de sus investigaciones se habría debido a que Hart había muerto. Podría haber enfermado y después fallecido, o haber perdido el interés por sus investigaciones por algún motivo. También cabía la posibilidad de que, al ser médico, no dispusiera de tiempo para ellas. O ¿sería que le habían llamado a las armas, a la guerra, para que trabajara en un hospital de campaña donde, quizás, le hubieran matado? De nuevo se encontraba con las manos vacías.

Entonces se le ocurrió una idea que tenía poco que ver con Joshua Hart, pero que podría proporcionarle alguna pista sobre su trayectoria y su paradero. Así pues, tomó papel y pluma y fue anotando con cuidado los lugares de origen de los hallazgos que aparecían en las etiquetas, así como sus correspondientes fechas.

Todos aquellos lugares se encontraban situados en torno a la capital, en condados como los de Kent, Berkshire y Surrey, a veces incluso en el propio Londres. No había ni un solo ejemplar de la costa sur, ningún fósil de pueblos como Lyme Regis, donde Mary Anning había hecho su extraordinario descubrimiento, ni de Gales, donde, según el mapa geológico de William Smith, se encontraban formaciones rocosas particularmente antiguas.

Eso podía significar que Hart residía en Londres y que, por motivos económicos o debido a las exigencias de su trabajo como médico, no podía alejarse mucho de allí. Georgina examinó entonces las fechas y comprobó que los hallazgos realizados en lugares próximos también se correspondían con fechas similares, como si Hart hubiera aprovechado unas breves vacaciones para hacer excursiones y tomar muestras de las piedras de la zona.

Según esta teoría, debía haber pasado diez días en Kent en 1801, pues había doce hallazgos fechados por aquel entonces, procedentes de localidades como Maidstone y Canterbury. En la parte posterior de la tarjeta que correspondía con un fragmento de creta de Canterbury, Georgina hizo un descubrimiento notable que daba un espaldarazo a la teoría sobre los viajes de Joshua Hart: «Típica creta de Canterbury y los acantilados de Dover. Excursión a pie de varios días». De pronto tuvo la sensación de estar siguiendo sus pasos, de viajar junto a él en sus pensamientos, dirigirse al sureste en dirección a la costa, incluso llegar hasta los acantilados de creta blanca de Dover.

Aquella noche, Georgina soñó que paseaba junto a Mary Anning y un hombre cuyo rostro no podía reconocer. Al llegar al borde de un escarpado acantilado, se detenían y veían que, en la playa, muy abajo, bajo sus pies, había un inmenso esqueleto que metía su cola retorcida en el mar, mientras mantenía el

cráneo aprisionado en la dura roca. Ella se estaba inclinando hacia delante para poder ver bien y, entonces, sintió una mano que la agarraba con dulzura del hombro y el hombre sin rostro le advertía con voz amable que no debía acercarse tanto al precipicio.

CAPÍTULO VI

Aquí se perfecciona y se embrutece al tiempo el espíritu humano, la civilización produce sus mayores maravillas y los hombres civilizados se tornan nuevamente salvajes.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

—**B**EBAMOS: POR EL FUTURO Y EL BIENESTAR —DIJO *sir* Richard Fellowes alzando su copa. Los otros cinco presentes tomaron las suyas. La mesa estaba dispuesta de la manera más elaborada y armoniosa: el lino más fino, las copas y jarras del cristal más brillante, la plata pulida hasta relucir y una vajilla cuyo esplendor no tenía parangón. Habían retirado ya los restos del delicado asado de cordero para dar paso a una selección de pequeños y variados volovanes rellenos.

Lady Anne había planeado la cena de aquella noche con minuciosidad. Su padre se había mostrado encantado de poder dejar toda la organización del evento en sus manos y pasar el día en el club de caballeros, donde poder mantenerse al margen de los últimos preparativos y de la inquietud que reinaba en la casa. Le complacía enormemente que Anne tuviera el encantador detalle de preocuparse tanto por Georgina, quien se estaba volviendo un estorbo creciente. Evidentemente nunca

se lo había expresado a la damita de la casa de una manera tan burda e hiriente, pero para un hombre de su edad no era en absoluto agradable tener que ocuparse de las perspectivas matrimoniales de una muchacha que debía pasar por el altar lo más rápido y provechosamente posible. James Fielding no había sido un padre amantísimo y, como abuelo, carecía igualmente de aquel sentimentalismo que hacía que muchos hombres de edad avanzada se conmovieran con facilidad hasta el extremo de llegar a las lágrimas cuando alguno de sus nietos se balancea sobre sus rodillas. No, él prefería la compañía estrictamente masculina, un periódico, un vino de Oporto y un puro junto a la chimenea.

Lady Anne solo había invitado a un comensal, lo que suponía una gran muestra de respeto. Esto había sido posible gracias al hecho de que *lady Agatha* había decidido realizar uno de sus infrecuentes viajes a Londres para visitar al médico. Su presencia permitía invitar a St. John Martinaw sin tener que incluir a ninguna otra dama sin acompañante y mantener así la simetría en la mesa.

La alegría de Georgina por la visita de su tía Agatha había sido inmensa, entre otras cosas porque esta había propuesto aprovechar aquella oportunidad tan propicia para llevarse a su sobrina personalmente a Oxfordshire, habida cuenta de que la temporada en Londres estaba a punto de terminar. Georgina podría así llevarse los baúles en el coche de su tía abuela.

Aquella alegría, no obstante, no consolaba a *lady Anne*, puesto que, a pesar del tiempo transcurrido, no tenía en perspectiva ningún aspirante adecuado. Evidentemente algunos caballeros habían acudido a la casa de los Fielding a hablar de sus perspectivas, pero los que habían sobrevivido a la despiadada mirada escrutadora de *lady Anne* habían disgustado tanto a Georgina que los había rechazado con rotundidad, hasta el

punto de no intercambiar con ellos ni las mínimas fórmulas de cortesía. *Lady Anne* ponía ahora sus esperanzas en el otoño... o en poder conocer algo mejor al invitado de aquella tarde.

Hacía tiempo que *lady Anne* quería que St. John Martinaw y su sobrina se conocieran y aquella sería la última oportunidad antes de que esta marchara al campo. Antes de la comida, le había estado dando instrucciones a *lady Agatha* de que se comportara con educación y se guardara de hacer comentarios críticos, pues aquella velada podía ser muy significativa para su sobrina.

—Se dice que no está usted únicamente versado en el tema de la medicina, Sr. Martinaw —dijo Georgina quien, ante la perspectiva de su próxima partida, no cabía en sí de gozo y, en consecuencia, se sentía más inclinada a mostrarse atenta con cualquiera, se comportara o no con la cortesía y humildad de las que estaba haciendo gala el Sr. Martinaw.

Les había relatado de forma bastante gráfica en qué consistía su trabajo en el hospital evitando, evidentemente, los detalles más truculentos y había alabado los avances en el campo científico de la medicina. James Fielding disfrutaba en silencio de la buena comida y del vino y solo hacía perceptible su presencia mediante alguna que otra risilla cortés o algún «claro, claro». *Lady Agatha* había formulado alguna que otra pregunta inteligente y, de hecho, estaba mostrando una inusual amabilidad y contención que, en su conjunto, estaban dando lugar a una velada, por lo demás, francamente grata.

Lady Anne estaba llena de esperanza. Si bien era verdad que Georgina no daba ninguna muestra de que el invitado le pareciera particularmente atractivo, el hecho de que estuviera dispuesta a mantener una conversación con él era indicio suficiente de que, al menos, no le encontraba aburrido o repugnante.

St. John Martinaw se pasó delicadamente por los labios una servilleta de un blanco radiante.

—De hecho, Srta. Fielding, también dedico mi tiempo al estudio de la anatomía comparada.

Hizo entonces una pausa, como si quisiera sopesar si aquella conversación podía superarla, pero Georgina le observaba con atención, esperando más detalles.

—Estudio la estructura corporal de distintos animales para reconocer sus diferencias y similitudes. Disecciono los animales y hago dibujos en los que puedan reconocerse la disposición de sus huesos o de sus órganos internos. —Nuevamente la estudió con la mirada—. Espero no aburrirla con esto —e insistió, mirando a su alrededor con una sonrisa tímida—. ¿Es un tema apropiado para la mesa?

—Oh, vamos, joven —espetó *lady* Agatha con abrupta simpatía y volviendo nuevamente a su antiguo ser—, no se haga de rogar. Al fin y al cabo estamos casi en el postre.

Georgina, feliz de no tener que estar chismorreando sobre los escándalos, escarceos amorosos y matrimonios recién anunciados de la temporada, asintió, agradecida.

—Sr. Martinaw, no me aburre usted en absoluto y me precio de poseer un estómago robusto.

Él se rio.

—Bien. Tomemos, por ejemplo, los dientes. Supongamos que tiene ante usted una hilera de dientes de animales que no sabe usted reconocer. ¿Qué puede usted deducir de ellos?

Georgina reflexionó unos instantes.

—El tamaño de los dientes me permitiría suponer el tamaño del animal en sí.

Martinaw asintió.

—Así es en muchos casos, pero no siempre. También existen animales enormes con dientes asombrosamente pequeños.

Lady Anne, *sir Richard* y el Sr. Fielding callaban por cortesía, puesto que el tema no les interesaba en absoluto. La dama de la casa, por su parte, no podía ocultar su satisfacción. Georgina nunca había conversado tan animada y solícita con un hombre, a pesar de que la charla versara sobre dientes.

—Entonces, podría suponer qué tipo de alimentación tiene el animal: si se trata de un depredador o si se nutre de plantas.

—Enhorabuena, posee usted una capacidad de razonamiento científico Srta. Fielding —anunció Martinaw, sin pararse a pensar si aquello suponía un cumplido adecuado para una joven dama.

Lo que tampoco podía suponer era que ese comentario producía en su destinataria una satisfacción mucho mayor que cualquier apreciación banal sobre la belleza de su sonrisa o lo angelical de sus rizos.

—Entonces, cuando encuentran alguna nueva especie de animal en tierras lejanas, ¿le envían a usted algún ejemplar disecado para que usted lo investigue? —quiso saber ella.

Era como si estuviera sentada a la mesa únicamente con Martinaw, tal era el silencio imperante entre los demás comensales.

—A veces ocurre, pero por desgracia no con la frecuencia que desearía. —Se inclinó y bebió algo de vino—. Existe, no obstante, otra categoría de animales —dijo, y adoptó un tono misterioso—. No se asemejan a ninguna otra criatura viva y se pueden hacer descubrimientos fascinantes en sus cuerpos.

—¿Cuáles son? —preguntó Georgina, entusiasmada.

—Los fósiles. ¿Ha oído usted hablar de ellos?

—Por supuesto.

—Entonces sabrá que se trata de los restos petrificados de animales prehistóricos. En casos ideales, conservan los dien-

tes y, por supuesto, se pueden investigar. En esos casos se encuentran también indicios que permiten establecer si la criatura pastaba o cazaba, como en los ejemplares vivos.

—Sí, en una ocasión tuve la oportunidad de ver uno.

Con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, le habló de la visita a Lyme mientras Martinaw la observaba con fascinación.

Ninguno de los dos fue consciente de las miradas que se intercambiaban las otras dos damas presentes y *sir* Richard. En la de *lady* Agatha se leía el triunfo, como si quisiera declarar que ella ya sabía lo que ocurriría si se invitaba a un hombre de ciencia a conocer a Georgina. Inseguridad en la de *sir* Richard Fellowes, que no sabía muy bien de qué trataba toda aquella conversación sobre dientes de animales o si sería un tema correcto socialmente, y absoluta esperanza en la de su esposa, quien sentía que se estaba creando allí mismo un vínculo que podía ir más allá de la mera conversación cortés y la lisonja barata.

Cuando, aquella noche, *lady* Anne y *sir* Richard se fueron a la cama, ella se apoyó en un codo y miró a su marido con absoluta satisfacción.

—¿Qué te había dicho? En cuanto le conocí en la Academy sentí que merecía la pena intentarlo. Van a seguir en contacto. Se escribirán. Te doy mi palabra.

Y con esa promesa, apagó la luz de la vela.

De las notas de Justus von Arnau:

Mánchester, agosto de 1821

Hoy esperaba haber visto frente a mí a mi tía, a quien nunca había visto en persona, y hallar en ella la última conexión que me quedaba con mi madre. Sin embargo, sufrí una decepción.

Cuando me encontré frente a la casita y llamé a la puerta, me abrió una mujer que me miró con expresión inquisitiva. Le pregunté si vivía allí la Sra. Rose Beaton.

La mujer apartó la cabeza de golpe, tosió en un pañuelo y respondió:

—Dicen que se fue a Ancoats. No podía mantener la casa.

No entendí a qué se refería y le expliqué que había recorrido un largo camino y que me gustaría visitar a mi pariente.

En sus ojos se dibujó la comprensión.

—Ya me había contado Rose alguna vez que tenía una hermana que se había casado con un hombre rico. Con un extranjero. ¿Es usted hijo suyo?

Se tomaba muchas libertades hablando de aquella manera tan abierta y directa pero asentí, pues quizás solo de esa manera lograra averiguar algo.

—Sí, señora, así es. Mi difunta madre era hermana de la Sra. Rose Beaton.

La mujer me indicó que esperara y desapareció en el interior de la vivienda. Escuché, impaciente, el sonido de cajones abriéndose, el crujido de papeles y, nuevamente, sus pasos arrastrados aproximándose a la puerta. Entonces, me entregó un papel.

—Aquí está. Rose Beaton se encuentra ahora en Ancoats. Puede quedárselo, ella ya no va a volver por aquí.

Al marchar, sentí una mirada de curiosidad a mi espalda. De pronto tuve un oscuro presentimiento.

Cheltenham, septiembre de 1821:

Mi viaje a Mánchester ha resultado ser una pesadilla. Por fin he podido dejar atrás aquel lugar y puedo volver a escribir en paz.

Cuando le indiqué al cochero mi destino, me miró fijamente y preguntó con desconfianza: «¿Está usted seguro, señor?».

Era otro mundo.

Inmensos edificios de varios pisos de ladrillo rojo se alzaban ante nosotros. Hileras infinitas de ventanas y chimeneas que escupían negros vapores. Por las calles reinaban los gritos violentos, un caos de voces humanas, relinchos de caballos y el zumbido de máquinas invisibles.

Al cochero todo aquello no parecía preocuparle en lo más mínimo. Era la ciudad de la industria del algodón y miles de ciudadanos vivían atrapados en su inmensa telaraña.

Las calles eran tan estrechas que apenas llegaba la luz al suelo. Las viviendas tenían las paredes ennegrecidas por el humo y estaban tan apretadas entre sí que, salvo algunas docenas de edificios individuales, lo más reseñable eran los cientos de yardas de barracones de piedra. Un angosto pasillo cubierto de hierba hirsuta era lo que separaba un barracón de otro. En las calles, niños sucios con los pies descalzos, inmundicias, heces de caballo y la sensación real de que aquel aire infecto se filtra en los pulmones y deja en ellos una capa negra.

¿Y allí, en medio de toda esa miseria, es donde vive mi tía?

Bajé del carruaje. Estaba de pie frente a una calle estrecha y dudaba si llamar o no a la puerta de la casa. Quizás mi tía no quisiera que la vieran viviendo en aquel agujero. En cualquier caso, había recorrido un largo camino y no me perdonaría el volverme atrás sin más.

Así pues, llamé a la puerta. Tragué saliva. La puerta se abrió. Aquella mujer no se parecía en lo más mínimo a mi madre y, sin embargo, sentí que esta vez había llegado a la casa correcta. Tenía el cabello gris, el rostro cubierto de profundas arrugas y sin embargo sé, por lo que me contó mi madre, que Rose era la más joven de las dos, que había nacido en 1777 y, por tanto, apenas tenía cuarenta y cuatro años. Me miró como a un extraño, pues eso era lo que yo era para ella.

Me presenté, dubitativo y lleno de profundo malestar. La Sra. Beaton me miró, primero, incrédula; después, una gran sonrisa se dibujó en su rostro y me arrastró del brazo hasta el interior de aquel pasillo estrecho y oscuro. Me volví un instante y le indiqué al cochero que esperara.

Me llevó a una diminuta habitación con una sola ventana que daba a la calle, por la que apenas entraba luz. De inmediato me di cuenta de lo limpia que estaba, como si de aquella manera quisiera crear una isla de pureza y de orden en medio de aquella inmundicia, podredumbre y enfermedad.

—¿Es usted...? —Carraspeó—. ¿Es usted el hijo de Caroline? ¿El que me escribió hace tiempo para decirme que ella había muerto?

Era verdad. Mi padre no se había dignado siquiera a darle la noticia a la familia inglesa de mi madre. Yo mismo me había encargado de eso, mediante una nota breve, pero escrita con el corazón.

Los ojos de Rose Beaton vagaban entre mi levita y las elegantes botas que me había hecho hacer a medida en una zapatería de Florencia.

—Sí. Estoy de viaje y quería...

Dudé. Aunque rara vez me faltan las palabras, en aquel estrecho hogar me sentía completamente fuera de lugar.

—Por favor, siéntese. Mis hijos están en el trabajo.

—¿En el trabajo? —pregunté, mientras tomaba asiento en un sillón.

—Sí, en la hilandería de Redhill Street.

Me topé así con el trabajo infantil, una práctica muy extendida en las fábricas de Inglaterra.

Como si Rose Beaton hubiera oído la pregunta que no llegué a formular, me dijo:

—Elsie tiene diecisiete años; Ralph, quince; Mary, doce. Paul ya no vive conmigo, se ha ido a Liverpool a trabajar en los muelles y se ha casado.

Carraspeé y dudé antes de formular la siguiente pregunta, pero nuevamente se me adelantó.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Estuve en su antigua casa y la dama que ahora vive allí me dio su nueva dirección —contesté.

—¡Ah, sí! La Sra. Kelsey. En aquel momento no llegué a pensar realmente que alguien pudiera venir preguntando por mí.

Parecía amable y discreta, por lo que me armé de valor y le pregunté qué se le había perdido en aquel barrio.

Rose Beaton dio un respingo y se mordió el labio inferior para contener las lágrimas.

—Hace dos años que perdí a mi marido. En los disturbios. Fue un disparo de los soldados.

Recordé aquellas extrañas palabras sobre «la masacre de Peterloo» que había oído durante la cena en casa del coronel Ogden y pregunté dónde estaba ese Peterloo.

—Así llaman a St Peter's Field, una explanada abierta en la que la gente solía reunirse. Un hombre del periódico lo llamó Peterloo más tarde porque aquello parecía un campo de batalla. Por lo de Waterloo, ya sabe.

Claro que lo sabía.

—Todo empezó cuando subieron los impuestos de los cereales. El pan se volvió tan caro que los trabajadores de las grandes ciudades apenas podían alimentar a sus familias. Lo peor vino en 1816, cuando no hubo ni verano y la cosecha fue tan mala que la gente ya no vio otra salida. Mi Will fue a manifestarse en contra del precio del pan, como muchos otros. Siempre había sido un hombre dulce, que iba a la iglesia cada semana y nunca se peleaba ni discutía con nadie. Pero cada vez iba teniendo peor humor. Entonces vino la gran reunión de agosto de 1819 y él quiso estar allí para escuchar a los oradores. Los soldados los rodearon por todas partes. Les dispararon y cargaron con sus ba-

yonetas contra la gente, contra sus propios compadres. Mi Will quiso ayudar a una mujer que estaba con sus hijos... —Sollozó—. Pero le tiraron al suelo y entonces, un caballo... —Y ya no pudo seguir hablando.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua? —pregunté, para hacer algo, pues su relato me había llenado de frustración y rabia.

Rose negó con la cabeza.

—No, ya está. En cualquier caso, ya no me quedó más opción que venirme aquí. No podía permitirme aquella casa. Sin el salario de Will no podríamos salir adelante, aunque yo trabajé como costurera. La fábrica no es lo mío, pero los niños han encontrado allí su sustento.

Sin duda, había esperado algo mejor para ellos, pero su mirada resignada revelaba que se había sometido a su destino.

Sentí que el malestar volvía a adueñarse de mí, pues el hecho de que aquella mujer fuera la hermana de mi madre no ocultaba el hecho de que, realmente, no había nada que nos uniera. El ascenso social experimentado por mi madre, la hija de un mozo de cuerdas, mediante su matrimonio con Konrad von Arnau hacía que el abismo entre nosotros pareciera aún mayor. No podía proporcionarle ningún consuelo real, puesto que realmente no nos conocíamos de nada.

Sin embargo, como quise ayudarla de alguna manera, cogí mi bolsa para sacar algunas monedas. Cuando Rose Beaton lo vio, se levantó de la silla de un salto y me miró llena de vergüenza y rabia.

—¿Cree que le he contado todo esto para mendigarle? Debo pedirle que abandone mi casa.

En aquel momento exudaba una dignidad que me llenó de respeto y me pregunté cómo podría convencerla de que aceptara el dinero.

—Por favor, acéptelo, Sra. Beaton, y no lo considere una limosna. Este dinero es de sus hijos. Es lo que mi madre habría querido.

Debí encontrar las palabras adecuadas, pues su rostro se suavizó y pareció sopesar mi oferta seriamente. Finalmente, recogió las monedas y me miró a los ojos.

—Lo guardaré para los niños. Lo cierto es que las chicas podrían necesitarlo como dote. Muchas gracias, señor.

Me acompañó hasta la puerta y me observó hasta que me subí al carruaje. Aquella misma tarde, recogí mis cosas y abandoné Mánchester en la primera diligencia.

CAPÍTULO VII

*Sobre la mesa, restos de peces y otros seres
y platos rotos y diversos, extraños enseres...
Huesos desnudos de piel, pieles sin hueso ni pelo
y los trozos de piedra de los que ellos surgieron.
No hay espacio libre ni para un alfiler
entre libros, caliza, creta y papel.
Carpetas, cartulinas, animales disecados
y bustos volcados allí almacenados.
En medio de aquel caos habita un ser
que en profundas reflexiones encuentra gran placer.
Y al tiempo que desayuna observa igual las rocas
y sin intención surgen, sutiles, de su boca
palabras que algo extrañas resultar podrían:
«Por fin lo veo todo claro como el día».*

Poema sobre WILLIAM BUCKLAND

Oxford, agosto de 1821

LA VISIÓN QUE SE LE OFRECÍA DESDE LO ALTO ERA DE ENSUEÑO. A Georgina Fielding le pareció que era como mirar directamente hacia un país exótico. Ni siquiera en Londres había visto tantas torres diferentes, y tan angostas. Largas y finas como dedos; frágiles, como los tiempos de paz en la Edad Media; amplias y rodeadas de almenas o angulosas, apuntando al cielo y rodeando la elegante cúpula del Sheldonian Theatre. Grises y ocres y amarillentas, relucían bajo el cla-

ro sol del mediodía, como si quisieran saludar a los viajeros desde la distancia.

Georgina sintió el ansia crecer en su interior como una fuerza irresistible y se llevó la mano, enguantada en un delicado modelo de cuero, al cuello para comprobar su enloquecido pulso. En el coche esperaba el pastor Edward Aynscroft, un viejo amigo de su tía Aga, quien aquella tarde iba a hacerle un regalo maravilloso. Pretendía presentarle al hijo de un amigo en Oxford: el famoso naturalista y religioso William Buckland, que el año anterior había sido nombrado el primer catedrático de Geología en el Corpus Christi College.

La tía Aga no había hecho preguntas cuando Georgina le había pedido permiso en Londres para cargar discretamente en el carruaje los dos baúles de madera. Una vez llegados a Langthorne House, la anciana señora había observado la colección, se había admirado a la vista de las piezas individuales y había ayudado a Georgina a ordenar las cajas en su rincón de trabajo.

No obstante, una cosa parecía diferente. Georgina había podido constatar que su tía no había mostrado su entusiasmo habitual y que, a lo largo de todo el día, había ido arrastrando un cierto cansancio. Además, cuando le había enseñado el cuaderno, llena de entusiasmo, y le había preguntado por el nombre de Joshua Hart, no había obtenido la reacción esperada. *Lady Agatha* había declarado con rotundidad que nunca había oído hablar de ese hombre y que tampoco podía imaginarse por qué habría podido dejarle a Georgina en herencia su colección.

En cualquier caso, la anciana había percibido la decepción de su sobrina y, en consecuencia, decidió sorprenderla con la visita a William Buckland. Georgina había cogido algunas de las piezas de la colección de Joshua Hart para mostrárselas al científico.

Desde el punto en el que estaba, dio instintivamente un paso hacia delante, como si quisiera echar a correr prado abajo y llegar a pie hasta la ciudad. No podía expresar en palabras lo que aquel viaje significaba para ella. Debía ser una ciudad de leyenda, una isla del conocimiento, como un barco de piedra que navegara sobre las suaves olas de las colinas de Oxfordshire. Sintió una ligera punzada, casi como un dolor físico, al ser consciente de que ella nunca podría vivir allí y ser uno más de sus estudiantes, que las puertas de la universidad estaban cerradas para ella. ¿Cómo sería disfrutar de la libertad que ofrecía ser un hombre joven en aquella ciudad?

Titubeante, volvió a subir al coche. El pastor Aynscroft le sonrió con indulgencia. Prosiguieron el camino. Cuando, finalmente, se aproximaron a la ciudad, comenzaron de pronto a sonar las campanas por doquier anunciando la hora punta, no todas al unísono sino con cierta irregularidad, como si se acabaran de despertar y las campanas más madrugadoras quisieran irle recordando a las demás su obligación. Al abandonar el camino de tierra y llegar a las calles empedradas de la ciudad, los cascotes de los caballos comenzaron a resonar y las ruedas retumbaron con fuerza. En un cruce particularmente concurrido, el coche torció hacia la derecha en dirección a High Street.

El reverendo Aynscroft señaló por la ventana hacia la izquierda, a un maravilloso edificio de color amarillo claro con una impresionante torre de planta cuadrada.

—Es el Magdalen College —dijo—. Limita directamente con el río. Los días cálidos suelen partir de ahí agradables excursiones en barca.

Sonrió ensimismado, como envuelto en los románticos recuerdos de los días de verano junto al río que habían quedado atrás hacía tanto tiempo.

Georgina observó con interés los numerosos comercios que poblaban aquella populosa calle: panaderías y librerías, farmacias y sombrererías, joyerías y establecimientos de productos coloniales. Pero, sobre todo, lo que más le impresionaba eran aquellos caballeros llenos de dignidad que caminaban con una parsimonia de lo más ceremonial y aquellos muchachos que corrían de un lado para otro y se saludaban alzando sus birretes, tanto los unos como los otros vestidos con togas negras.

Sí, definitivamente estaban en Oxford.

La sala de recepción de Buckland era una caótica cueva de Alí Babá. Sobre las estanterías, sobre cajas, sobre el suelo..., por todas partes se acumulaban las piedras de todas las formas y colores, en su mayoría identificadas con minúsculas tarjetas que señalaban la fecha y el lugar del hallazgo, pero otras muchas estaban dispersas sin ton ni son, por lo que Georgina se preguntó seriamente cómo aquel erudito sería capaz de diferenciar las unas de las otras. Además, había conchas de todas las formas imaginables, a menudo de estructura peculiar o reconstruidas a partir de pedazos, quizás procedentes de países lejanos. Y huesos de todos los tamaños, que parecían ser los favoritos del profesor.

Georgina tuvo que sujetarse la falda para no ir arrastrando a su paso los ejemplares dispersos. Evidentemente, no era un lugar pensado para la visita de una dama.

Cuanto más se adentraban en el pasillo, más densa se volvía la población de piedras, conchas y huesos. En un momento dado, Georgina estuvo a punto de tropezar con una hiena disecada; al parecer la taxidermia era otra de las pasiones de William Buckland. Y, finalmente, el pasillo desembocaba en el sanctasanctorum, en el despacho del profesor, de

donde surgía con claridad el sonido de un martillo golpeando la piedra.

Junto a una amplia mesa en la que reinaba un asombroso orden, dado el contexto, se encontraba sentado y ligeramente vuelto hacia un lado William Buckland: una figura inclinada y negra, inmóvil como un cuervo al acecho, tan solo sus manos se movían. A todas luces estaba tan sumido en su trabajo que no solo parecía haberse olvidado completamente de que esperaba visitas para aquel día, sino que ni siquiera percibió los pasos aproximándose hacia él.

William Buckland estaba inclinado sobre un pedazo de roca inmenso que había apoyado sobre un saco de arena y lo trabajaba minuciosamente con martillo y cincel, de tal forma que había pedacitos de roca volando en todas direcciones. Una y otra vez soplabla para apartar el polvo que se acumulaba sobre la piedra, antes de proseguir su tarea con tanta fuerza como minuciosidad. Entre golpe y golpe trabajaba la zona con una lima y después continuaba con la labor.

Tras algunos instantes de espera, resultó evidente para los visitantes que no había manera posible de hacerse notar de manera cortés. Edward Aynscroft carraspeó, con lo que el profesor alzó la cabeza de golpe. Se volvió hacia la puerta y sonrió, abochornado. Aynscroft le había contado a Georgina que el erudito era un hombre maduro cercano a la cuarentena, pero la redondez de su rostro le hacía parecer más joven. Buckland dejó a un lado piedra y herramientas, se limpió las manos en la toga dejando unas huellas bastante perceptibles y se dirigió a sus visitantes con los brazos extendidos.

—Aynscroft, querido amigo, tiene usted que disculparme. Esta misma mañana he recibido un soberbio ejemplar de *Arietites* por correo y debía empezar a liberarlo de inmediato. Cuando me encuentro sumido en semejantes descubrimientos

no niego que tiendo a olvidarme de todo lo que hay a mi alrededor, lo que resulta tan inexcusable como grosero. Y usted debe ser la Srta. Fielding. Es un placer conocerla. —Se inclinó y giró la mirada en torno al estudio—. Como pueden ver, no suelo recibir a damas en esta habitación, lo que también explica la lamentable falta de asientos adecuados.

Antes de que el sabio continuara, ella alzó la mano para acallarle.

—Por favor, profesor Buckland, no se moleste usted. Prefiero observar sus maravillosos ejemplares tal y como están. Me recuerda a la cámara de un príncipe de fábula, llena de los tesoros de la naturaleza.

Se dirigió hacia una estantería sobre la que estaban ordenadas en perfecta hilera toda una serie de piedras redondeadas y alargadas, de distintos tamaños y colores, con el lugar y fecha correspondiente.

—¿Esto también son fósiles, profesor Buckland?

Él se volvió y enrojeció hasta la raíz del pelo al reconocer a qué ejemplares se refería. Después, pidió ayuda a su amigo con la mirada y carraspeó, lleno de pudor.

—Srta. Fielding, eso son... ¿Cómo lo diría yo? Todavía no he acuñado un término que defina esos objetos. He pensado en llamarlos... coprolitos. —Y enmudeció.

—Tendrá usted que disculparme, pero mis conocimientos de latín no van mucho más allá de algunas citas clásicas —replicó Georgina.

Miró con tanta cortesía como inocencia al rostro del profesor, quien estaba viviendo un auténtico tormento, pues realmente la joven no tenía la más mínima idea de en qué podían consistir las piezas que tanto le interesaban.

—Aynscroft, viejo amigo... —insistió Buckland, con ansiedad.

El pastor, quien en ese momento estaba sumido en la contemplación de un frailecillo disecado, volvió hacia él una mirada sorprendida.

—¿Qué ocurre?

—La Srta. Fielding desea saber qué es eso —dijo Buckland, señalando la vitrina.

—Sí, ¿y? Explíquese, para eso hemos venido. No se quedará tranquila hasta que no lo descubra.

Visiblemente incómodo, Buckland declinó seguir intentando cambiar de tema.

—Srta. Fielding, eso es, técnicamente hablando, estiércol fosilizado. Excremento animal, para que usted me entienda.

Georgina tuvo que reprimir el ataque de risa que estuvo a punto de sufrir al comprobar el alivio en el rostro de Buckland. Una vez que hubo logrado pronunciar con éxito aquellas palabras que le resultaban tan vergonzosas, se entusiasmó por aquellos objetos y, en un abrir y cerrar de ojos, perdió su inicial timidez. Se contuvo de nuevo, no obstante, cuando percibió la mirada de Aynscroft, una mirada de apuro que a Georgina no le pasó inadvertida.

—Bueno, sea como sea, tenemos por aquí otros ejemplares más hermosos para contemplar. Srta. Fielding, si me permite...

Georgina entró en un gabinete en el que se encontraban algunos fósiles particularmente impresionantes.

—Esos de ahí los conozco. Son amonitas, ¿verdad? ¿Los encontró usted mismo, profesor Buckland?

El erudito negó con la cabeza.

—Si bien es verdad que me gusta salir a la naturaleza y buscar en ella sus tesoros, lo cierto es que mis obligaciones aquí en el *college* me impiden, por desgracia, realizar ese tipo de excursiones con frecuencia. Por fortuna conozco a mucha gente que trabaja en las canteras o en sus alrededores y a la que le inte-

resa la geología. Les pagamos bien para que tengan cuidado con los hallazgos y nos lleguen en buen estado —dijo, y tomando una enorme amonita de cerca de un pie de diámetro del gabinete, se lo tendió a Georgina—. Este, por ejemplo, proviene de Lyme.

—¿De Mary Anning? —preguntó ella rápidamente.

Fue entonces el turno de Buckland de sorprenderse.

—¿De qué conoce usted a la *Princesa de la Paleontología*?

—No sabía que la llamaban así, pero tuve el placer de conocerla siendo niña. Mi tía abuela y yo estábamos allí cuando descubrió en los acantilados un enorme esqueleto al que pertenecía una peculiar cabeza que no se asemejaba a ningún animal conocido. Seguimos escribiéndonos desde entonces.

Aparentemente aquella tarde Edward Aynscroft había decidido jugar un papel secundario y se había retirado a la solitaria contemplación de una vitrina de animales disecados.

—Todavía recuerdo lo impresionada que quedé cuando vi a la Srta. Anning sostener la cabeza y colocarla junto al cuerpo —explicó Georgina—. Fue como abrir una ventana a otro tiempo.

Señaló entonces una bolsa de cuero que había colocado en uno de los escasos fragmentos libres de suelo del despacho.

—Sr. Buckland, hay algo que me gustaría enseñarle.

El erudito la miró, invitador.

—Adelante, Srta. Fielding: ¿me ha traído alguna hermosa roca?

Aunque el comentario resultaba un tanto desdeñoso no había mala intención en sus palabras. Quizás fuera eso lo que acentuó la sorpresa en la mirada de Buckland cuando Georgina extrajo la primera de sus muestras y se la mostró.

—Pero si esto es... impresionante... Es un ejemplar excelente de *Anaboplites splendens*. ¿De dónde proviene esta maravillosa pieza, Srta. Fielding?

Buckland giró con cuidado la muestra de un par de pulgadas de largo que parecía una amonita brillante y pulida y la observó desde todos sus ángulos.

—Me la regalaron —se limitó a explicar y, espoleada como por un impulso, prosiguió—. ¿Le resulta familiar el nombre de Joshua Hart? ¿Fue algún coleccionista famoso?

Buckland pensó unos instantes antes de negar con la cabeza.

—No, no me dice nada, nunca he leído ninguna publicación científica suya. ¿Ha fallecido?

Era una pregunta delicada. Recordó entonces que la última anotación en su cuadernillo era de 1801 e hizo un cálculo aproximado.

—Hará unos veinte años.

Se sintió enrojecer ante el temor de que la contradijeran, pero el geólogo parecía demasiado fascinado como para reparar en ese tipo de detalles.

—No es de extrañar entonces, Srta. Fielding. Al fin y al cabo, por aquel entonces no era yo más que un muchacho. Probablemente se tratara de un aficionado con mucho talento, como todos los geólogos de aquella época. No podía haberse escrito aún nada sobre sus hallazgos. Qué suerte que se hayan podido conservar para la posteridad.

Georgina respiró aliviada.

Buckland la miró, sonriente.

—¿Le importaría decirme dónde se encontró esta amonita?

—Oh, sí —dijo ella, y miró la tarjeta que la acompañaba—. En Folkestone. Encontrada el 3 de mayo de 1800.

—Por aquel entonces ni siquiera se les había atribuido un nombre. Se las bautizó seis años después —explicó Buckland—. ¿Pone algo más en la tarjeta?

—No. Solo que es una amonita, el lugar y la fecha —dijo Georgina, y recogió de nuevo su fósil.

—¿Tiene más tesoros de esos para mí? —preguntó Buckland con creciente respeto, mientras el reverendo Aynscroft se mantenía al margen y observaba, benevolente, la escena.

—Sí.

Georgina sacó cinco piezas más que Buckland examinó concienzudamente y describió, en general, como valiosas y notablemente bien conservadas.

—Srta. Fielding, debería usted plantearse si le gustaría prestar su colección a algún museo —señaló Buckland, mirándola de refilón—. Yo ejerzo como una suerte de conservador no oficial para el Ashmolean Museum. Nos enorgullecería enormemente exhibir una selección tan interesante.

—Le ruego que me deje algún tiempo para pensarlo —respondió Georgina con cortesía—. Hace poco que tengo en mis manos esta colección y aún me gustaría poder estudiarla con más detenimiento. Su valoración ha reforzado mi primera sensación de estar en posesión de algo muy especial de lo que me costaría mucho desprenderme. No me cabe la menor duda de que, estando bajo su cuidado, estaría en excelentes manos, pero tiene un cierto valor sentimental para mí.

El geólogo asintió, comprensivo, si bien observaba aún con avidez las piezas.

Tras esto, fue yendo de vitrina en vitrina, mostrando tablas y diagramas, respondiendo con paciencia a todas las preguntas y aportando una historia interesante a cada hueso expuesto en la estancia. Georgina le seguía como un perrillo faldero y se había olvidado por completo de su acompañante.

Entonces, de improviso, Buckland exclamó «¡Oh, el té!» y se dio una palmada en la frente, como quien hubiera cometido una falta imperdonable.

—Vengan, por favor. Soy un anfitrión lamentable —les dijo, y les guió a través del pasillo hasta sus estancias privadas.

Una doncella abrió la puerta antes de que William Buckland llegara a agarrar el picaporte e indicó, con un discreto movimiento de la cabeza, hacia la puerta que, con toda probabilidad, llevaba al salón.

—Le esperan, profesor. El ayudante de *monsieur* Cuvier, de París, ha venido para que le enseñe su colección. Le había invitado usted a tomar el té.

Una oleada de intenso color rojo le subió a Buckland desde el cuello hasta las mejillas cuando se volvió a mirar a Georgina y Aynscroft con expresión de súplica.

—Esto es lo más increíblemente vergonzoso que... Hace ya dos meses que me llegó la carta y que dije que sí y no pensé que... Cuvier es un colega muy respetado a quien no querría ofender por nada en el mundo si resulta que su colaborador... ¿Y cómo vamos a...? —balbuceó, estirándose con los dedos el cuello de la camisa, como si de repente le estuviera demasiado estrecho.

—Profesor Buckland —dijo Georgina después de intercambiar con el pastor miradas tan silenciosas como significativas—, somos conscientes de que es usted un hombre con numerosas responsabilidades y compromisos. Ha sido muy amable por su parte dedicarnos parte de su tiempo. Evidentemente las citas concertadas con anterioridad tienen preferencia. Me encantaría poder repetirlo, de haber ocasión para ello, puesto que, por desgracia, me está vetada la posibilidad de asistir a alguna de sus clases que, sin duda, deben ser fascinantes.

Sin embargo, según formulaba aquellas palabras, iba formándose en su mente una idea de lo más temeraria.

CAPÍTULO VIII

La comprensión humana está ávida de una verdad que es tanto física como moral. El auténtico propósito de la ciencia es saciar ese apetito.

WILLIAM BUCKLAND

Oxford, septiembre de 1821

CUANDO JUSTUS VON ARNAU LLEGÓ A OXFORD Y ENTRÓ en su cuarto de la posada Mitre había preparado ya su siguiente paso. Se sentó frente al escritorio que había solicitado que le instalaran en la habitación para poder proseguir con su labor como escritor y redactó una nota, breve y cortés, dirigida a William Buckland, del Corpus Christi College, por la cual se presentaba y le pedía poder acudir como oyente a una de sus lecciones. Apuntó como dirección del escrito la del *college*, dobló la hoja, aplicó el lacre y presionó sobre el mismo el anillo que incluía el sello de la familia junto con las letras JA entrelazadas.

Tras echar la carta al correo, Justus se dirigió al comedor y pidió un filete de cordero junto con un gran vaso de cerveza *ale*. Como no conocía a nadie, no estaba en la obligación de entablar conversación, algo hasta la fecha infrecuente para él. Se tomó el excelente filete, hecho en su punto con un toque

crujiente, se bebió la cerveza y pensó en las preguntas que le gustaría formular a Buckland. Entrevistar a personas a las que no conocía e investigar sobre actividades de las que nada sabía constituía para él un hábito que, aparentemente, nunca dejaba de fascinarle.

El retorno desde el norte se había desarrollado sin incidentes y, a mitad de camino, había tenido la oportunidad de visitar Warwick Castle, un castillo medieval maravillosamente conservado sobre el que había escrito un informe muy logrado para el *Wochenjournal*. Decidir si publicar igualmente en un medio dirigido al gran público sus impactantes vivencias en Mánchester era algo que debía meditar con más calma.

Por el momento, se sentía lleno de curiosidad por aquella ciudad, cuya peculiar atmósfera le había sorprendido desde el mismo momento de su llegada. A pesar de su incesante actividad, había una especie de calma que dominaba las calles e incluso los transeúntes más acelerados parecían sumidos en trascendentes reflexiones. No había dado ninguna fecha concreta de salida en la posada, pues ¿quién sabía cuánto tiempo se quedaría allí?

El joven que, a simple vista, no se diferenciaba mucho de cualquier otro estudiante caminaba a grandes zancadas por el patio interior del *college* y saludaba con ligeros asentimientos de cabeza a unos y otros. «Me siento como en casa», parecía querer decir su actitud, como retando a cualquiera que se atreviera a ponerlo en duda.

Pero lo que indicaba la fachada poco tenía que ver con lo que albergaba su interior. Georgina sentía que, con aquella ropa, a veces se helaba y a veces se moría de calor. En algún que otro momento llegó a plantearse si no debía haber meditado un poco más su plan.

Conseguir ropa de hombre no había sido demasiado complicado, sobre todo contando con la ayuda de tía Aga quien, tras reflexionar mucho al respecto, había decidido finalmente apoyar a Georgina en sus propósitos. Podía procurarse una toga en cualquier lugar de Oxford y *lady* Agatha había encontrado entre las viejas ropas de su marido unos pantalones y una camisa que, a pesar de oler ligeramente a moho, podían servir. Con el pretexto de estar preparando una función teatral privada, habían logrado convencer al reverendo Aynscroft de que les prestara su material de teatro: un cesto entero lleno de cabellos de distintos colores, incluso patillas con su correspondiente pegamento.

Cuando Georgina, armada con semejante arsenal, comenzó su transformación en un hombre, no pudo evitar una carcajada. Ahora, por el contrario, la asaltaban las dudas. ¿Sería su manera de caminar demasiado ostentosa, demasiado masculina? ¿Era necesario saludar aunque los demás no le saludaran? ¿Cuándo se aplaudía a los profesores? Se había tomado tantas molestias en tener un aspecto presentable que no había dedicado ni un minuto a observar de cerca la forma de actuar de un joven. Sin embargo, ya no había vuelta atrás.

Se había pasado la mañana entera carraspeando hasta que su voz había adquirido un tono áspero y había ido cantando a viva voz todo el camino hasta Oxford. Había realizado todo el trayecto a caballo y, a pesar de lo extraño que le resultaba utilizar una silla masculina, debía reconocer que, vestida con unos pantalones, resultaba bastante cómoda.

«Solo una clase y nada más», se dijo, con el corazón desbocado. «Si no hablo con nadie, no tiene por qué pasar nada. No tengo más que comportarme como los demás, observar qué hacen los hombres e imitarlos. Si en un lugar determinado nadie espera encontrarse con una mujer, no tienen por qué descu-

brir a ninguna. La gente solo ve lo que quiere ver», se dijo, para darse valor. Tenía la sensación de que le ardían las mejillas pero, cuando se llevaba de vez en cuando las manos a la cara, las notaba heladas.

La impresionante sala principal del Ashmolean Museum, con su revestimiento de madera, acogería la lección de aquel día y estaba llena a reventar de estudiantes, pero también de hombres adultos de aspecto formal, probablemente compañeros del profesor interesados en sus intervenciones. Todas las sillas estaban ocupadas. Georgina, que había tenido todo aquel tiempo el corazón en un puño, se alegró de poder mezclarse con la multitud y se quedó junto a la puerta, donde aún quedaba algún espacio libre. El estudiante junto a ella se hizo a un lado para dejarle algo más de sitio y ya iba a agradecerse cuando decidió limitarse a dedicarle un asentimiento de cabeza y a volver de nuevo la vista hacia delante.

Poco a poco se le fue normalizando la respiración. Volvió la vista a su alrededor y una ligera sensación de triunfo se mezcló con el miedo. ¡Lo había conseguido! ¡De verdad había llegado hasta allí!

Las paredes de la sala mostraban cornamentas de ciervo, ilustraciones de animales e inmensos huesos. Un dibujo representaba el esqueleto de una criatura similar a un elefante con unos inmensos colmillos. Por todas partes colgaban imágenes de seres y secciones transversales de diversas capas de la tierra que ella supo reconocer de un primer vistazo. En una esquina, había animales disecados de todos los confines de la tierra, pero los ejemplares más impresionantes eran los ubicados frente y sobre el púlpito del profesor, quien quedaba prácticamente oculto por los fósiles que utilizaba como material para sus clases. Sobre el suelo había una inmensa amonita.

William Buckland había tomado posición detrás del púlpito y esperaba a que cundiera el silencio en la sala. Entonces, carraspeó con vehemencia y se presentó frente a su auditorio llevando en las manos un grueso tomo forrado en cuero con letras de oro, que sostuvo en alto de forma teatral.

—Muy señores míos, ¿qué suponen que es esto?

Miró en derredor, expectante. Los oyentes se miraron los unos a los otros, dubitativos, hasta que uno levantó finalmente la mano.

—¿Las Sagradas Escrituras, profesor?

—Efectivamente, Sr. Clarke. Se trata de la Biblia. Y ¿con qué palabras comienza la Biblia? Libro del Génesis, versículo 1.

Georgina miró a Buckland estupefacta, pues aquello, más que una lección de geología, parecía la catequesis dominical. Sin embargo, el resto del público parecía más habituado a las introducciones pintorescas del erudito.

—«En el principio creó Dios el Cielo y la Tierra» —respondió un estudiante de la segunda fila.

—Correcto, Sr. Emerson. Resulta grato que, siendo un naturalista novel, esté usted tan versado en las Escrituras. Pues bien, señores, imagino que se preguntarán qué tiene todo esto que ver con la geología. —Buckland realizó entonces una pausa escénica—. Muchos de nuestros hermanos espirituales temen que nuestras investigaciones puedan despertar escepticismo en la palabra de Dios. Ese pesar es totalmente infundado. En este tomo —dijo, alzando un volumen forrado en cuero rojo con decoraciones doradas—, titulado *Vidiciae Geologicae o explicación de la conexión entre geología y religión*, aclaro que no deseo bajo ninguna circunstancia expulsar a Dios de este nuevo y maravilloso reino de la naturaleza. Por el contrario, se puede comprobar en él la mano de un hacedor bondadoso que lo ha diseñado con esmero y tiento para satisfacer todas las necesidades humanas.

—Si el Creador es tan bondadoso, podría concederme una herencia un poco más generosa —susurró el estudiante junto a Georgina a sus compañeros.

Georgina fluctuó entre la diversión y la indignación. Qué lujo era desperdiciar su tiempo allí haciendo chistes, cuando ella misma se sentía fuera de sí por el privilegio de haber entrado en aquella sala.

Buckland prosiguió sus explicaciones y Georgina pudo experimentar el fuego que consumía al profesor durante sus exposiciones y la fascinación que producía en sus oyentes. Describió, de forma gráfica y llena de auténtica pasión, cómo se había propuesto a sí mismo aunar fe y ciencia y dar muestra de la obra de Dios a través de sus investigaciones geológicas.

—Para alcanzar este propósito tan elevado, alcanzar la verdad absoluta de la religión mediante la verdad de la ciencia, el naturalista debe tener derecho a formularse preguntas. Ya no vivimos en la Edad Media, mis Galileos. No, somos hombres modernos, ilustrados, a los que se debe permitir utilizar la razón para penetrar en las raíces del mundo bajo sus pies y poder explicar cómo se formó su superficie a lo largo del tiempo, cómo le afectaron los terremotos, las erupciones volcánicas y las mareas más violentas.

Eso le gustó. Una llamada al pensamiento libre. Por supuesto, sabía que la exhortación de Buckland estaba dirigida a los estudiantes que se sentaban en el anfiteatro, frente a él. No obstante, en aquella sala pudo sentir por una vez la seguridad que ofrece la comunidad, la sensación de, finalmente, poder hacer lo que durante tanto tiempo había deseado.

Buckland concluyó su discurso.

—Incluso en estas formaciones pétreas podemos hallar las huellas del diluvio. ¿Cómo podemos encontrar conchas marinas petrificadas en lo alto de las montañas si no llegaron allí

mediante el diluvio con que Dios castigó a la humanidad? Para recoger, investigar y diferenciar esos indicios, para eso estamos los geólogos. Salgan al mundo con los sentidos bien abiertos.

Llegados a ese punto, los oyentes rompieron a aplaudir, algo que Buckland aceptó con humildad pero con evidente satisfacción. Georgina no quería poner demasiado a prueba su suerte. Quizás debía abandonar la sala antes de que alguien pudiera querer iniciar una conversación. Pero no tuvo tiempo.

Buckland alzó la mano y pidió silencio. Observó la sala en busca de alguien, hasta finalmente dar con un caballero rubio sentado en primera fila.

—Caballeros, casi olvido presentarles a un invitado muy especial. Justus von Arnau, un escritor alemán que se encuentra viajando por nuestra hermosa Inglaterra para narrarles a sus compatriotas lo que ve en ella.

El hombre, que no llevaba toga, se levantó y se inclinó ante la audiencia. Sonaron aplausos de cortesía y se vieron inclinaciones de cabeza.

—Es un honor para mí haber podido presenciar esta clase.

Buckland miró a sus estudiantes con una expresión pícara.

—Sin embargo, caballeros, me temo que hay alguien a quien el Sr. Von Arnau debería saludar y que espera que anuncien su llegada desde el pasillo. No podemos privar a nuestro invitado de la presencia de Tiglath Pileser.

Un suave murmullo, sonrisas disimuladas, mientras el invitado alemán miraba en torno de sí, dubitativo. Georgina descubrió por todas partes sonrisas maliciosas. Le asaltó una sensación incómoda. Parecía ser algún tipo de broma de la que todo el mundo, menos ella y el alemán, parecían ser conscientes.

Buckland hizo una señal, a lo cual, uno de los estudiantes se dirigió al pasillo lateral, exclamó «Adelante» y se echó a un lado.

Un oso vivo, vestido con una toga y un birrete como un estudiante, entró en la sala y llegó hasta el púlpito a grandes y pesadas zancadas, donde se detuvo frente a Buckland. Este indicó a un sirviente que podía salir con un gesto agradecido, cogió su bolsa y le ofreció al oso una chuchería, que este tomó mansamente de su mano.

El profesor llevó al oso entre las sonrisas divertidas de los estudiantes hasta el alemán. A una señal, el animal le tendió la zarpa cortésmente. El rubio se levantó y, haciendo gala de excelentes modales, le dedicó un apretón de manos antes de preguntar: «¿Puedo acompañarlo?». Los presentes contestaron con un sonoro aplauso.

Para preocupación de Georgina, no se trataba de una pregunta retórica. El escritor llevó al oso que, a una orden de su amo, siguió sus instrucciones mansamente, directamente hacia ella. La joven miró con desesperación a izquierda y derecha, pero los oyentes estaban tan hacinados que apenas podía moverse. Paralizada, vio cómo el enorme animal se aproximaba a ella.

—Despídete, Tiglath Pileser —dijo el alemán cuando casi habían llegado hasta la puerta.

Unos oscuros ojos de oso se clavaron en Georgina y pareció que cambiaba el rumbo para ir directamente hacia ella. Pero esta no permaneció demasiado tiempo en un mismo lugar.

—Discúlpeme.

Se escurrió entre sus vecinos y trastabilló hacia delante al engancharse la toga a una silla. Sonó un rasgón y la tela se desprendió de golpe, de tal manera que cerca estuvo de caer al suelo. Echó a correr hacia el pasillo. La mirada perpleja de los estudiantes se le clavó en la espalda como una lluvia de puñales.

—Tiggy, pero qué vergüenza. Has asustado a ese joven caballero —oyó decir a Buckland.

Justus von Arnau se había sorprendido notablemente de la huida del muchacho pues, de haber sido el oso realmente peligroso, Buckland jamás le habría permitido la entrada en la sala. Sin embargo, se sintió en la obligación moral de disculparse con el estudiante.

Supuso que habría dejado el edificio para tomar algo de aire fresco y, tras buscarle un rato, lo encontró en un banco del patio interior, detrás de un rosal. Tenía un aspecto alicaído y estaba completamente inmóvil.

Justus von Arnau se le acercó y le dedicó una breve reverencia.

—Señor, quisiera disculparme muy sinceramente con usted. No fue en absoluto mi intención asustarlo. Al parecer éramos los únicos de todo el público que no conocían a Tiglath Pileser.

El joven alzó el rostro hacia él y lo miró con ojos desencajados. A pesar del peculiar tono moreno de su piel, parecía haberse puesto pálido.

—¿Cómo dice? —preguntó con un tono de voz particularmente agudo, como si lo acabaran de sacar a regañadientes de sus propios pensamientos.

—Decía que quería disculparme por haberle asustado en el auditorio —repitió Justus von Arnau—. Yo también me sorprendí ante la aparición del invitado animal, como usted podrá imaginarse.

El joven carraspeó.

—No se preocupe, señor. Ha sido solo un susto.

Justus lo miró, escrutador. ¿Eran imaginaciones suyas o parecía que su tono de voz se había vuelto más grave? Quería escucharlo otra vez. Así pues, se presentó.

—Dicho esto, soy Justus von Arnau. ¿Me haría el honor de tomar conmigo una cerveza? —preguntó con una cortés reverencia—. Después de una despedida tan memorable de una clase igualmente memorable, probablemente le venga bien un buen estimulante.

Vio cómo el joven, que había enrojecido visiblemente, pensaba a toda prisa en alguna excusa cortés para rechazar la invitación.

—Se lo agradezco mucho, señor. Es usted muy amable. Pero por desgracia debo... Tengo un compromiso inapelable. Habría sido un auténtico placer.

El estudiante le dedicó una rápida reverencia antes de salir prácticamente corriendo del patio.

Justus von Arnau le siguió con la mirada. Aquel ataque de pánico ante el animal, el cambiante tono de voz, el rubor repentino... No tenía ningún sentido. Excepto... Eso lo explicaría todo, pero ¿no sería una idea demasiado increíble?

CAPÍTULO IX

No entraría yo en disputa con un cocodrilo, ni tendría nada que reprocharle a su naturaleza, pues un cocodrilo es, a su manera, un ser muy respetable. Sí me opongo, no obstante, a la pretensión de que el hombre sea un cocodrilo mejorado.

WILLIAM BUCKLAND

SEPTIEMBRE LLEGÓ A SU FIN. PRONTO COMENZARÍAN LAS largas y oscuras tardes de otoño que como más placenteras resultan es en la compañía de un buen libro y de una chimenea. La brisa, no obstante, aún era cálida, como si el verano se resistiera a marcharse. Los árboles todavía conservaban su follaje y tan solo habían caído algunas hojas tiernas que creaban una suave alfombra multicolor sobre la hierba.

De camino a la ciudad, Georgina se sentía algo nerviosa, pues su aventura en el *college* se había producido apenas un par de días atrás. Todo se había desarrollado de la forma más satisfactoria posible, hasta el encuentro con el oso vivo, que la había puesto en evidencia. Tras su huida de la sala como una demente, se había escondido unos minutos en uno de los nichos arquitectónicos del edificio. ¿La habrían seguido? ¿Se habría delatado? Por el pasillo sonaban pasos y risas. Había bajado por una escalera estrecha y sinuosa y aquellos escalones



desgastados y blanqueados por el uso resultaban tan resbaladizos que a punto había estado de caerse pero, finalmente, había llegado hasta el patio. Allí, se había permitido descansar unos instantes sentada en un banco para recuperar el aliento. Pero justo entonces la había sorprendido el alemán, con la intención de disculparse. Había estado a punto de desmayarse. La había observado con atención e interés, como estudiándola y, durante un instante, Georgina había dudado seriamente de la fiabilidad de su disfraz. Sin embargo, para su alivio, él había recuperado rápidamente una actitud normal. El peligro se había desvanecido.

Su anfitrión les recibió personalmente en la puerta.

—Espero que no hayamos llegado demasiado pronto, mi querido Buckland —explicó el reverendo Aynscroft con una amable inclinación a modo de saludo.

—De ninguna de las maneras, amigo mío. En absoluto —se apresuró a decir el geólogo, e invitó a sus visitantes a que entraran con un amplio gesto del brazo—. Srta. Fielding, ¡qué extraordinario placer verla! —la saludó con una sonrisa.

Georgina le dio la mano y echó un vistazo al comedor, cuya puerta estaba abierta de par en par. Aparentemente eran los primeros invitados. En realidad, la invitación estaba dirigida tanto a ella como a su tía abuela, pero la tía Aga se había encontrado algo indispuesta, por lo que había pedido al honorable reverendo que acompañara a su sobrina de nuevo a Oxford.

Una velada en compañía de William Buckland era un raro honor, aunque nunca se podía saber con certeza qué clase de experimento culinario aguardaba a los comensales. Aynscroft había advertido a Georgina que no debía esperar bajo ningún concepto manjares convencionales como el faisán, el cordero o el carnero, sino más bien algún otro plato algo más exótico.

—Srta. Fielding —explicó Buckland—, espero no ofenderla pero me temo que, una vez más, va a ser usted la única dama de entre los presentes. Por desgracia la Srta. Etheldred Benett, una muy reputada geóloga de la que quizás haya oído usted hablar, no ha podido venir por un problema de salud familiar. No obstante, tan solo seremos un pequeño grupo de amigos entre los que se pueda hablar con comodidad.

Buckland les guio hasta el salón, donde una doncella había dispuesto algunos aperitivos. Por lo demás, la sala era digna de verse: como en las estancias privadas de Buckland, por todas partes había piedras y huesos, de tal manera que a duras penas podía distinguirse de su estudio del *college*. Georgina miró impresionada a su alrededor y descubrió, entre un gran fragmento de roca porosa y gris y el maxilar inferior de una criatura desconocida, un plato de porcelana con algunas pastas. Se preguntó si las galletas serían comestibles o si se habrían quedado allí olvidadas tiempo atrás, en medio de la colección, y habrían adquirido ya la consistencia de los hallazgos geológicos que las rodeaban.

Mientras estaba así, sumida en la contemplación de los elementos allí reunidos, se abrió la puerta y la doncella guio a un caballero hasta el salón. Georgina le dirigió una mirada fugaz. Entonces, le dio un vuelco al corazón.

—Srta. Fielding, mi querido Aynscroft —dijo Buckland, con voz jovial—, permítanme que les presente al Sr. Justus von Arnau. Como quizás hayan ya oído, se encuentra actualmente en Oxford para entretener a los lectores alemanes con historias de nuestra humilde y tranquila ciudad.

Georgina se sintió arrastrada por una ola de calor. ¡No podía ser cierto! Aquel hombre, rubio y alto, vestido con un chaqué de corte cómodo y, al mismo tiempo, elegante, acom-

pañado de unos pantalones anchos de última moda, les saludó al reverendo Aynscroft y a ella con una formal reverencia.

Mientras los caballeros conversaban animadamente entre ellos, la mente de Georgina se encontraba en ebullición. ¿Habría sido tan convincente su disfraz como ella había pensado? ¿Se habría delatado con aquella precipitada huida del auditorio? ¿Le habría llamado la atención alguna otra cosa de ella?

No, no, en absoluto. A su regreso, se había observado detenidamente en el espejo y no había encontrado ni un solo reproche que hacerle a su disfraz. Entonces, ¿qué?

—Domina usted nuestra lengua de forma admirable —alabó en aquel momento al invitado alemán el reverendo Aynscroft.

—Mi madre era inglesa —explicó Justus von Arnau—. Me crio hablándome en inglés desde que era pequeño, cosa que a mí me resultaba muy divertida. Hacía que le enviaran libros desde Inglaterra que primero me leía y después me hacía memorizar. Además, serví como oficial de enlace en Waterloo lo cual, por supuesto, ya no fue tan divertido.

El religioso arqueó las cejas, sorprendido.

—Sin duda la guerra no supone ninguna diversión, pero debió ser todo un honor luchar junto al ejército prusiano en aquella batalla.

A pesar de sus propias preocupaciones, Georgina se dio cuenta de que, al oír aquellas palabras, surgía una sombra sobre el rostro del invitado y una serie de arrugas apenas perceptibles se formaban en torno a sus bellos labios.

—Sin duda, fue un honor, pero no me llevó mi vocación por la senda militar. Será mejor que hablemos de temas algo más alegres... De geología, por ejemplo —cambió de tema Justus von Arnau—. Cuando llegué a Inglaterra lo ignoraba todo

acerca de esta ciencia, pero aquí me la he encontrado por todas partes y, he de admitir, me siento cada vez más atrapado en su cautivador encanto. ¿Tiene usted interés también en esta fascinante disciplina, Srta. Fielding?

La pregunta la pilló por sorpresa y Georgina tuvo que volverse para mirar a su interlocutor. «No te pongas colorada», se ordenó a sí misma, pero sintió igualmente el calor que emitían sus mejillas.

—Sí, me apasiona, la verdad. He tenido el inmenso placer de poder contemplar las piezas más interesantes que el profesor Buckland tiene en su despacho. Su colección es extraordinaria.

El Sr. Von Arnau había inclinado la cabeza ligeramente a un lado y parecía observarla con detenimiento aunque, para alguien que no tuviera nada que ocultar, probablemente aquella mirada resultaría de lo más inocua. ¿Sería que se estaba imaginando cosas?

«¡Mantén la calma!», se increpó a sí misma. Aquella velada debía resultar tranquila. Después, no volvería a ver a aquel caballero jamás en su vida.

Nuevamente sonaron pasos aproximándose a la puerta y un nuevo invitado hizo su entrada. Buckland le presentó:

—Srta. Fielding, ¿me permite que le presente a mi buen amigo William Conybeare?

El recién llegado era, como no tardó en descubrir Georgina, un religioso y geólogo aficionado.

La joven sintió que el alemán no le quitaba los ojos de encima. Se forzó a pensar en otra cosa, pues de lo contrario habría sido incapaz de articular una sola palabra con sentido.

Una vez en la mesa, se sentaron el uno frente al otro y ella tuvo que hacer lo que pudo por conformarse con aquel puesto

no deseado. Cuando trajeron la sopa, el escritor se inclinó ligeramente hacia delante y preguntó:

—Srta. Fielding, ¿le gustan los animales salvajes?

Al oír esas palabras, el corazón le dio un vuelco. Los restantes caballeros la miraron, expectantes.

—Yo... No he tenido la oportunidad de conocer demasiado a semejantes criaturas, señor.

Justus von Arnau se encogió de hombros y la miró con una expresión de diversión.

—Sí, bueno, nuestro querido anfitrión es conocido por tener preferencias peculiares en lo que a animales de compañía se refiere. Incluso posee un oso vivo al que ha dado el nombre de un gran señor asirio. Antes de ayer tuve la oportunidad de conocer a Tiglath Pileser en persona.

No había duda: su mirada era desafiante y directa. Georgina se maldijo mentalmente por haber aceptado aquella invitación, pero ¿cómo podría haber sabido que el único hombre que podría desenmascarar su particular teatrillo estaría también invitado?

—Ay, Buckland, ¿ha vuelto usted a espantar a sus estudiantes? —le reprendió Conybeare, salvándola de dar una respuesta—. Es que simplemente no puede evitarlo. Uno de estos días, habrá alguien de corazón débil en la sala y va a hacer usted que caiga fulminado allí mismo.

—De hecho —señaló Justus von Arnau—, el otro día mismo hubo un muchacho que abandonó la sala muy afectado.

Georgina sintió que le sudaban las palmas de las manos. Estaba a punto de disculparse y pedirle al reverendo Aynscroft que la acompañara de nuevo a casa. Ya no podía seguir soportando tantas insinuaciones ni un segundo más. ¿Por qué la torturaba de aquella manera? Era un comportamiento descarado y grosero.

Buckland posó la cuchara y se limpió la boca con la servilleta con delicadeza.

—Es posible, señor Von Arnau, pero realmente no había ningún motivo para ello. Tiglath es un animal extraordinariamente bien educado cuyo comportamiento no me supone ninguna molestia ni vergüenza de ningún tipo. Me he acostumbrado mucho a su presencia. Es muy inteligente y he llegado a plantearme si debería amaestrarlo para que nos acompañe en las expediciones cargando con el equipamiento —concluyó y, con aquellas últimas palabras, guiñó el ojo como si no se tomara demasiado en serio a sí mismo.

Su amigo Conybeare le dirigió una mirada divertida.

—Por lo que he oído, incluso lo viste usted como a un estudiante.

—Evidentemente, querido amigo, evidentemente. Me he planteado incluso la posibilidad de enviarlo a las clases de teología sobre Francisco de Asís, que era conocido por su predilección por los animales. ¿Por qué no debería una criatura de Dios poder atender a una clase?

Georgina había escuchado atentamente aquella conversación y había tomado una determinación. Mantendría las apariencias y no se doblegaría. Al Sr. Von Arnau no le iba a resultar tan sencillo conseguir su victoria. Así pues, se inclinó hacia delante y preguntó, encantadora:

—¿Ha visitado usted mucho nuestro país, Sr. Von Arnau?

Él arqueó las cejas, como si no hubiera contado con la posibilidad de que ella estuviera dispuesta a conversar con él después de sus juegos.

—Sí, ya he visto algún que otro rincón. He estado en Lincoln y en Mánchester. Evidentemente aún no me he formado una imagen completa, tendré que pasar más tiempo aquí para eso.

—¿No le parece suficiente con lo que ha visto hasta ahora? Mientras mantuviera un tema de conversación diferente, él no podría volver a sacar la cuestión del oso.

Justus von Arnau se apoyó en la silla y la observó, pensativo.

—Eso depende de si lo que encuentro es suficientemente estimulante, suficientemente interesante como para poder contárselo a mis lectores.

—No es posible que nuestro país pueda resultarle tan aburrido —señaló Georgina, esperando que su comentario no sonara descortés.

No quería despertar sospechas entre los demás comensales.

—En absoluto, más bien todo lo contrario —replicó Von Arnau con una sonrisa encantadora.

En aquel momento, la doncella trajo el siguiente plato a petición de Buckland. Portaba un gran plato sobre el que había piezas de carne inusualmente redondas y pequeñas, asadas y servidas con una salsa de aroma exquisito. Antes de que Georgina pudiera preguntar de qué se trataba, Buckland señaló el plato con gesto elocuente.

—Amigos míos, hoy puedo ofrecerles una *délicatesse* muy especial. Es decir, que espero que la consideren una *délicatesse*. Ya conocen ustedes mi afición por la experimentación culinaria.

Conybeare le observó con desconfianza.

—Buckland, espero que no se trate de nuevo de cocodrilo. Resultó incomible, como usted mismo tuvo que admitir.

Georgina recordó la advertencia del reverendo y dirigió una mirada de angustia a la fuente, si bien Buckland había cogido ya el tenedor de servir y miraba animoso a su alrededor.

—Señorita, caballeros, pueden ustedes estar tranquilos. El cocodrilo demostró, de hecho, resultar poco sabroso, si bien

probablemente se debió a la receta con la que se preparó. Hoy, sin embargo, he elegido un animal algo menos exótico. ¿Quién quiere probar el erizo en salsa de naranja?

Justus von Arnau bebió rápidamente algo de agua para ocultar su espanto. Georgina apenas pudo disimular su irónica satisfacción. Sus miradas se encontraron en ese momento y él asintió, aceptando el desafío.

—He comido pájaros cantores en Italia y cabeza de cordero en Francia. Así pues, no puedo negarme a probar erizo en Inglaterra —explicó, resuelto.

—Sobresaliente, Sr. Von Arnau, a eso es a lo que yo le llamo valor.

Buckland no perdió la oportunidad de servirle personalmente un erizo del plato; Von Arnau observó la pequeña pieza redonda y desprovista de púas con detenimiento, como si reuniera fuerzas para darle un primer bocado. Entonces, cortó un pedacito, lo mordió y masticó con fruición, tragó y, finalmente, asintió.

—Muy delicado. Realmente exquisito. Tienen que probarlo, dama y caballeros.

Y, dicho esto, siguió comiendo con tranquilidad.

Georgina no pudo sino admirar aquella serenidad y decidió probarlo, a su vez. Apartó de su mente las imágenes de diminutos erizos correteando por el follaje primaveral del bosque, pidió que le sirvieran y tomó un bocado. De hecho, resultaba bastante aceptable y la naturaleza silvestre del animal no potenciaba en exceso el sabor. De no haber sabido lo que tenía delante, habría pensado que se trataba de conejo.

Justus von Arnau le sonrió desde el extremo opuesto de la mesa.

—Espero que le haya gustado.

—Gracias, estoy satisfecha. Mis felicitaciones al señor de la casa y a su osada elección de menú.

Buckland ya iba por la mitad de su erizo.

—Es mi propósito llegar a probar la fauna entera de este mundo antes de encontrarme con mi Creador. Lo veo como una forma de familiarizarme con las criaturas de su reino y de rendirle tributo. ¿Por qué le concedemos el honor de alimentarnos con su carne solo a los corderos y a los cerdos, a los carneros y a los pavos? También los ratones y las cobayas tienen derecho a servir como ingredientes.

Georgina se cuestionó seriamente que aquella hubiera sido en algún momento la intención del Creador. Con eso y todo, ¿no eran sus caminos inescrutables?

Una vez se hubieron llevado los platos con las restantes piezas de erizo y hubieron servido un postre más convencional, compuesto de compota de ciruelas con crema de vainilla, Buckland se dio una palmada en la frente y miró a su amigo Conybeare.

—Casi lo olvido. ¿Puede usted creerse que nuestra querida Srta. Fielding estuvo presente cuando Mary Anning descubrió esa criatura sobre la que está usted escribiendo? ¿No quería usted llamarla ictiosaurio?

Conybeare apartó la cucharilla y la miró con atención.

—¿Es cierto eso? ¿Estaba usted allí?

—Por así decirlo —respondió Georgina—. Aunque nunca he visitado el lugar del hallazgo propiamente dicho, la Srta. Anning nos mostró el fósil nada más extraerlo. Lo trajo en carro desde la playa. Fue un momento muy impresionante, que jamás olvidaré. ¿Ha examinado usted mismo el fósil?

—Sí, he tenido ese gran placer. Lo más fascinante de ese descubrimiento es que ese animal presenta características comunes al cocodrilo, al lagarto y al pez —explicó William Conybeare, pero se detuvo cuando Justus von Arnau levantó la mano con pudor y pidió una descripción más detallada de la criatura.

—Bueno, se trata de un ser de unos cinco metros de largo, a lo que hay que añadirle la cabeza, de forma alargada y terminada en una especie de pico. No se parece a nada que pueble actualmente la tierra. Es como si el Creador hubiera tomado distintos tipos de animales y hubiera formado con ellos un nuevo ejemplar.

Georgina se inclinó hacia delante, interesada al tiempo que agradecida por la desviación del tema. Mientras todos estuvieran inmersos en el debate en torno al ictiosaurio, nadie contaría anécdotas de osos.

—¿Por qué no puede tratarse de una especie de cocodrilo que, simplemente, no se haya descubierto hasta ahora? —sugirió Justus von Arnau, quien parecía haberse propuesto ejercer de abogado del diablo.

—Es una buena objeción, desde el punto de vista científico, pero me temo que he de contradecirle, Sr. Von Arnau. En primer lugar, porque se encontró petrificado en los acantilados del sur de Inglaterra. En segundo lugar, porque muestra otras características únicas que se corresponden con las de un pez. Su columna vertebral es inusualmente flexible y sus huesos son mucho más ligeros que los de un cocodrilo lo que, al parecer, le habría permitido nadar en mares revueltos y con fuertes mareas.

—¿Se trata, por tanto, de una de esas bestias marinas de las que los marineros llevan hablando desde hace siglos y que siempre se han considerado cuentos de viejas? —porfió Justus von Arnau antes de tomar un sorbo de oporto.

—No —tomó Georgina la palabra—. Yo solo tenía diez años cuando vi aquel esqueleto, pero nunca he podido olvidar ni un solo detalle. Había algo sublime en él, exudaba una sensación ancestral... como algo más antiguo que el tiempo —señaló, y miró a su anfitrión—. Me resulta imposible creer que nuestra tierra y la vida que la puebla tengan apenas unos miles

de años de antigüedad. No hacemos más que hallar indicios de criaturas que ya no existen a día de hoy. Quizás la tierra lleve existiendo más tiempo de lo que hemos pensado hasta ahora.

En ese momento, percibió la mirada del alemán. ¿Se estaba riendo de ella? No, Justus von Arnau sonreía, pero no de manera burlona sino, de alguna manera, cautivado, y asentía con aprobación, como queriendo animarla a que continuara. Por desgracia, no tuvo la oportunidad.

—Mi querida niña —dijo el reverendo Aynscroft—, me agrada enormemente que su tía abuela le permita leer libros eruditos, pero tengo la sensación de que quizás algunos de ellos le estén incitando a tener... ¿Cómo lo diría yo?... Pensamientos peligrosos. Quien pone en duda las Sagradas Escrituras, toma el camino que conduce a la condenación.

Ella dirigió a Justus von Arnau, quien repentina e inesperadamente parecía haberse convertido en un aliado, una mirada suplicante, a lo cual él carraspeó.

—Bueno, como ustedes bien saben soy lego en la materia pero, a mi entender, la Srta. Fielding tiene buenos argumentos sobre los que sustentar sus ideas. Por lo que me han explicado, la tierra se compone de diversas capas que yacen las unas sobre las otras y llegan a alcanzar grandes profundidades. ¿Realmente puede semejante superposición crearse en tan poco tiempo? Y, si se hallan animales petrificados inéditos para el hombre dentro de esas mismas capas, será porque se extinguieron en ese tiempo.

Aynscroft negó con la cabeza.

—En la Biblia no está especificado en ninguna parte que Dios dejara morir a sus criaturas.

—Con permiso, caballero, pero esa cuestión es frecuente tema de animado debate entre los eruditos —tomó entonces la palabra Buckland—. Incluso yo mismo, como hombre de Iglesia, soy del parecer de que a lo largo de los tiempos se han ido

extinguendo diversas criaturas, a través de catástrofes tales como erupciones volcánicas, enfermedades o hambrunas. Pero eso no contradice en absoluto la palabra de Dios.

Buckland, además, había llegado a la conclusión de que los seis días de la creación que establecía la Biblia no podían tratarse de las habituales jornadas de veinticuatro horas.

—Dios piensa en otras dimensiones —concluyó.

El viejo religioso parecía horrorizado. Erizo guisado, monstruos marinos y ahora un hermano en el Señor que dudaba de los seis días de la creación. Georgina le compadeció un poco pero, al mismo tiempo, se alegraba de que la velada se hubiera desarrollado de manera tan divertida y se le aliviara la estancia allí hasta el momento en que se alejara de la perturbadora presencia de Justus von Arnau.

Cuando, finalmente, todos se despidieron, Von Arnau le trajo su abrigo y le ayudó a ponérselo. Ella se lo agradeció con un asentimiento de cabeza. Se dirigía ya hacia su anfitrión para felicitarle por aquella tarde tan amena cuando el escritor posó una mano sobre su brazo y la apartó con suavidad hasta una esquina.

—¿Sería posible que nos hubiéramos encontrado ya antes, Srta. Fielding? —le dijo, y la pregunta sonó amistosa y sin asomo de burla.

Georgina dio un respingo y miró rápidamente a su alrededor, pero los demás caballeros presentes estaban atentos a sus propias conversaciones. ¿La creerían si les mintiera a todos? Al fin y al cabo, él no tenía ninguna prueba.

—Le doy mi palabra de que no pretendía asustarla —dijo él, y se llevó un dedo a los labios—. No sabrán nada por mí. Se lo prometo.

Georgina tuvo la sensación de que iba a estallarle una vena del cuello. Estaba fuera de sí, pero no lo dejó entrever.

—¿Cómo... cómo lo ha descubierto? —susurró.

—Tiene usted unos ojos inconfundibles, Srta. Fielding. Ha sido un placer.

Ella inclinó la cabeza a modo de saludo y vio que la doncella se acercaba con su pelliza.

—Un momento, Srta. Fielding. Me gustaría mucho volver a verla. ¿Me permitiría que la visitara?

—No me parece buena idea, Sr. Von Arnau.

Tenía sentimientos encontrados y fluctuaba entre la creciente simpatía que experimentaba hacia él y el miedo a que pudiera revelar su secreto.

—¿Por qué no?

La miraba fijamente a los ojos. Georgina buscó las palabras adecuadas. Hasta el momento, cualquier caballero se había conformado con la respuesta que le hubiera dado y, en cualquier caso, mirar tan directamente a una dama no se consideraba de buena educación. No obstante, aquella insistencia había despertado en ella una especie de hormigueo nervioso.

—Porque siempre temería que utilizara lo que sabe en su provecho —respondió, sin pudor.

—¿Y si le prometiera no hacerlo nunca? —porfió él.

—Yo... Tendría que pensármelo.

Ella vio que aquella respuesta no era suficiente para él, pero se obligó a darse por satisfecho. Entonces, le dedicó a la joven una reverencia formal y se marchó.

Ya en el carruaje, Georgina conversó con el reverendo acerca de los acontecimientos de la velada. El anciano aún parecía consternado por las opiniones de sus jóvenes amigos. Ella intentó consolarle, pero no logró resultar del todo convincente puesto que, en el fondo, estaba de acuerdo con Buckland.

Para cuando llegaron a Langthorne House casi se había quedado dormida en el trastabillante coche. Se frotó los ojos y

permitió al reverendo Aynscroft que la ayudara a bajarse. La doncella Katie abrió la puerta, pero inmediatamente a su espalda apareció *lady* Agatha, quien a todas luces parecía sentirse mucho mejor. Le ofreció al reverendo una copa de oporto para calentarse tras el camino de vuelta, pero él declinó con cordialidad la invitación.

—Para un hombre de mi edad estas ya no son horas de consumir alcohol. Me marchó directamente a la cama, *lady* Agatha. Les deseo muy buenas noches a las dos.

Después de que la puerta se cerrara tras ellas, Georgina se quitó el abrigo y siguió a su tía a la biblioteca. Al entrar, vio que sobre la repisa había una carta dirigida a ella y la cogió. Mientras aún reflexionaba si debía o no contarle a su tía el encuentro con Justus von Arnau, echó un rápido vistazo al remitente.

La carta era de St. John Martinaw. «¡Cielo santo!», se dijo, «¡no me había vuelto a acordar!».

CAPÍTULO X

Fortalezcan al tiempo que ensanchan la razón femenina y la mansedumbre ciega llegará a su fin.

MARY WOLLSTONECRAFT

GEORGINA DISFRUTABA ESTANDO SENTADA JUNTO AL confortable calor de la chimenea, donde las llamas producían titilantes sombras en el tejado de estuco y los leños chisporroteaban, acogedores. Había cerrado los ojos durante un instante y pasaba revista mentalmente a los sucesos de la velada, contemplando los notables rostros y escuchando la agradable voz de Buckland mientras hablaba del diluvio y de extrañas quimeras. Sin embargo, había un rostro que aparecía una y otra vez en la imagen y los ojos azules de Justus von Arnau fulguraban con una expresión entre divertida y penetrante. Siguiendo un impulso, se había guardado la carta de St. John Martinaw en el bolsillo del vestido. Ya habría tiempo la mañana siguiente de leerla con calma.

Por deseo de *lady* Agatha, la Sra. Wright había preparado chocolate caliente, que después había servido con mirada contrariada mientras musitaba no sé qué de «malos sueños» y «dolor de barriga», murmuraciones a las que su señora hizo caso omiso. En lugar de eso, quiso saber qué había ocurrido

durante la cena y se rio de buena gana cuando oyó que el plato principal había sido erizo a la salsa de naranja.

—Entonces mi indisposición fue cosa del destino —declaró, antes de soplar ligeramente el humeante chocolate—. No creo que mi estómago lo hubiera soportado.

—Lo cierto es que no tenía mal sabor —señaló Georgina divertida—. Me recordaba un poco al conejo. Solo la salsa de naranja delataba que se trataba de algún tipo de exótico animal salvaje. Aunque, ¿se puede considerar salvaje a un erizo? —dijo, pensativa.

Lady Agatha no pudo reprimir nuevas risas que hicieron peligrar el equilibrio de su taza sobre el platillo.

—Debiste haberle preguntado al Sr. Buckland, Georgina. Mi buena Sra. Wright solo está habituada a tratar con sustitutos insignificantes como el ciervo o el corzo —dijo, para volverse más seria—. Y ¿crees de verdad que el querido Ayns-croft se ofendió mucho?

Georgina negó con la cabeza.

—Ofendido no es la palabra; decepcionado, más bien. No le gustaron nada las ideas que el Sr. Buckland expresó acerca de la Biblia. Que algunos de sus contenidos son simbólicos, metafóricos, que no se pueden tomar al pie de la letra. Además, yo hablé de James Hutton y de sus suposiciones sobre un mundo enormemente antiguo y me temo que eso tampoco encaja con su visión del mundo.

Lady Agatha plantó enérgicamente la taza sobre una mesilla auxiliar y agitó las manos restándole importancia a lo sucedido.

—Qué tontería. Debería mostrarse más razonable en lugar de decepcionarse tanto. Siglos atrás la gente creía en la alquimia: que se podía convertir el plomo en oro y que había elixires de la vida eterna que se podían destilar a partir de de-

terminadas sustancias si se disponía de los conocimientos adecuados. Hoy sabemos que todo aquello no eran más que sueños surgidos de la superstición y de una formación insuficiente. Creemos en algo hasta que aquello en lo que depositamos nuestra fe se puede rebatir; entonces debemos constatar, haciendo uso de nuestro sentido común, que, efectivamente, no puede ser. Lo mismo ocurre con la geología y las demás ciencias naturales.

Como Georgina se dio cuenta de que su tía abuela estaba de muy buen humor, decidió contarle sus dos encuentros con Justus von Arnau. Aunque se esforzó por narrarlos de la manera más objetiva posible, *lady* Agatha le dirigió una mirada escrutadora.

—Esperemos que sea un hombre de palabra. En fin, ya sabíamos que tu pequeña aventura conllevaba algunos riesgos nada desdeñables —dijo, y se golpeó, pensativa, los labios con sus anteojos—. ¿Tenía un aspecto reservado? Algunos extranjeros pueden ser bastante lenguaraces.

Georgina se tomó algunos segundos antes de dar una respuesta.

—Es difícil de decir. Fue educado, pero... ¿Cómo lo diría yo? Tenía una mirada penetrante. Sin embargo, fue lo suficientemente caballeroso como para no poner en evidencia a una dama en público. Al menos, eso espero. —Enmudeció y miró su taza, como si le pidiera ayuda—. En cualquier caso, se mostró absolutamente encantador y divertido, pero no me pareció del todo transparente.

—Bueno, querida, no te preocupes por eso. Cualquier hombre se vuelve terriblemente aburrido después de analizarlo durante más de dos minutos...

Lady Agatha parecía hablar por experiencia propia y Georgina se preguntó, una vez más, qué habría llegado a vivir

su tía abuela. Había enviudado joven y en una época que no se caracterizó por un exceso desmedido de decoro en cuestiones amorosas. Una dama siempre podía vivir alguna que otra aventurilla, siempre y cuando no llegara a saberse oficialmente.

—Al principio me pareció que quería molestarte, casi como si me desafiara —dijo, finalmente—. Hizo algunas insinuaciones veladas. Solo me quedaron dos opciones: o no decir nada en absoluto durante toda la noche o pasar al ataque.

Lady Agatha rio.

—Ya me figuro por cuál de las dos opciones te decidiste. Y tenías razón. —Se puso los anteojos y miró a Georgina, inquisitiva—. ¿Y dices que quiere volver a verte?

Georgina asintió, pero no dijo nada, pues aún tenía sentimientos encontrados. En el fondo esperaba que *lady* Agatha se mostrara reacia a que mantuvieran el contacto para no poner en peligro su reputación. Sin embargo, su tía no era del tipo de personas a las que eso les preocupa en demasía.

—El hecho de que pidiera permiso para verte es señal de un interés cortés. Es importante que conozcas gente, siempre y cuando cualquier amistad que tengas se mantenga dentro de los límites de la decencia. Sin embargo, es aconsejable que una muchacha tenga alguna experiencia vital antes de casarse. De esa manera, estarás más acostumbrada al mundo y te resultará más sencillo moverte en sociedad.

Georgina enrojeció, pues le resultaba incómodo que su tía le recordara su sempiterna búsqueda de esposo. Había conservado la esperanza de que, al menos en Langthorne House, se libraría del acoso constante. Por desgracia, parecía que la cuestión la había perseguido incluso hasta Oxfordshire. ¿Por qué el mundo entero no parecía ver a una joven como otra cosa que no fuera una futura esposa?

—Se trata... Es solo una visita de cortesía, tía Aga, nada más.

—Entonces, no hace falta que te preocupes tanto. Por cierto, ha llegado una carta para ti, ¿lo has visto?

Georgina asintió.

—Sí, ya la leeré mañana.

—Entonces no será muy importante —dijo *lady* Agatha, pero había una cierta doble intención en su mirada.

Aquella noche Justus von Arnau no se vio atormentado por ninguna pesadilla. Sus sueños fueron más bien absurdos: un cocodrilo mostraba a un oso cómo aporreaba una piedra con un martillo mientras una figura que llevaba una toga negra les llevaba un plato de colas de ratón caramelizadas. Antes de despertarse, riendo a carcajadas, aún tuvo la visión fugaz de un muchacho con los ojos de Georgina Fielding. Se apartó el pelo de la cara, se llevó los brazos detrás de la cabeza y se hizo algunas reflexiones interesantes.

Qué sorpresa se había llevado cuando le presentaron a la joven dama y había reconocido, nada más mirarla a los ojos, a quien tenía delante.

En sus sueños, hacía un instante, le había mirado con la misma expresión que le había dirigido durante la cena, cuando la conversación la había arrastrado a aguas turbulentas y ella le había pedido ayuda silenciosamente. Hacía falta tener valor para poner en duda la veracidad de la Biblia frente a tres religiosos, máxime siendo mujer. Justus no pudo sino admirar sus agallas. Por otra parte, sabía que mucha gente habría tachado su comportamiento de «inapropiado», por no hablar de su escapada vestida de hombre. ¿Qué pretendía al correr semejante riesgo? ¿Es que ignoraba lo que podría perder si la descubrían? ¿Se trataba de un pasatiempo trivial o es que quería demostrar algo al mundo?

Encendió una vela, se apoyó en un codo y miró el reloj de bolsillo. Eran poco antes de las cuatro.

Sus pensamientos regresaron nuevamente a Georgina Fielding. En sus viajes había conocido a alguna que otra mujer inteligente, pero la mayoría eran señoras de cierta edad, damas curtidas en la vida a quienes la experiencia les daba una visión amena del mundo y les aportaba un encanto especial. La Srta. Fielding, por su parte, era joven, muy joven, y notablemente bella. Le gustó su perspicacia, tanto como la naturalidad con la que participó en la conversación.

Justus von Arnau se sorprendió a sí mismo. Si bien, hasta la fecha, siempre se había mantenido reservado y rara vez había establecido alguna relación estrecha durante sus viajes debido, principalmente, a lo transitorio de su estancia en cada lugar, en aquella ocasión se encontró a sí mismo albergando vagas esperanzas de volver a ver a la Srta. Fielding, incluso estando en su cuarto a horas intempestivas y apenas horas después de la velada en la que la había conocido. Se abría un dilema ante él que amenazaba con hacer peligrar el delicado equilibrio que siempre había procurado mantener entre el interés y la precaución.

¿Debía esperar a volver a oír hablar de ella? ¿Conformarse con la esperanza de toparse con ella por casualidad? ¿O visitar a la Srta. Fielding sin invitación previa? Por lo que él sabía, vivía con su tía en una finca no lejos de la ciudad. Sintió una vocecilla en su cabeza que le advertía que no se precipitara en su aproximación, al tiempo que le sugería una nueva solución. A la mañana siguiente, cabalgaría hasta la casa, dejaría una carta para ella y se presentaría ante la tía. Eso sería suficiente para satisfacer las normas sociales. La idea le gustó. Con ese pensamiento en mente, se dio la vuelta y se durmió de nuevo.

LONDRES, SEPTIEMBRE DE 1821

Estimada Srta. Fielding:

Hacía mucho tiempo que tenía intención de enviarle esta carta, habida cuenta de que tuvo usted la amabilidad de darme su dirección durante nuestro último encuentro. Hace ya algunas semanas que marchó usted al campo y, en ese periodo de tiempo, me he encontrado sumamente ocupado en el hospital, pues nos ha llegado un número preocupante de enfermos de tifus y llegamos a temer el estallido de una epidemia. A pesar de ser cirujano, echo una mano allí donde se me solicita y siempre que en los distintos departamentos se encuentran en situación de especial tensión. Por ese motivo, al finalizar el día me he estado encontrando, para serle sincero, absolutamente agotado y sin la calma necesaria para escribirle como es debido. Ahora que la situación se ha tranquilizado tengo, finalmente, la oportunidad de dirigirle estas líneas.

Londres se encuentra cubierta por una densa niebla otoñal de humedad y humo. Los días de agradable temperatura quedaron atrás. Por desgracia, no tengo ninguna novedad que comunicarle en lo relativo a mis investigaciones naturales, un pesar achacable, como ya le he explicado, a lo absorbente de mi trabajo estos días. No obstante, espero poder transmitirle noticias interesantes cuando nos encontremos nuevamente en la ciudad, un encuentro que, espero, tenga lugar pronto, tal y como me han prometido su tía y su estimado abuelo.

Georgina sintió que algo cambiaba en su interior al leer aquella última línea. Era como si le hubieran echado encima una soga. Apenas había conversado una vez con St. John Martinaw y, aunque le había parecido interesante y entretenido, no se le había ocurrido que su tía tejería semejante red a su alrede-

dor, como si su familia aprovechara su ausencia para tomar decisiones sobre su futuro.

Se alegraba de haber postergado la lectura de la carta hasta la mañana siguiente, pues de lo contrario apenas habría podido dormir. Había aceptado cartearse con Martinaw porque había sentido que él la había tomado en serio. Pero ahora, se encontraba en Oxfordshire y no podía evitar temer que su familia planeara su futuro a sus espaldas. La tía Anne había interpretado que el interés de Georgina por las ciencias naturales era suficiente manifestación de afecto por el cirujano como para esperar una relación cercana entre ellos y un consiguiente enlace matrimonial.

Aquella tontería amenazaba ahora, además, con echarle a perder su estancia en Langthorne House.

Sintió deseos de romper la carta de inmediato, pero decidió contenerse y leerla hasta el final pues, al fin y al cabo, el Sr. Martinaw no tenía la culpa de su furia.

He de decir que sería para mí un gran placer si, a su regreso, decidiera usted venir a ver mi colección anatómica, que conservo en el hospital. Así podría enseñarle personalmente los fascinantes dientes sobre los que tan animadamente conversamos. Poseo, además, otras piezas igualmente interesantes sobre las que me gustaría mucho intercambiar impresiones con usted.

Deseo que se encuentre usted bien y que disfrute de una estancia encantadora en Oxfordshire, así como un retorno seguro y con salud a la capital donde, espero, podamos vernos de nuevo.

*Reciba mis más afectuosos saludos,
St. John Martinaw*

Georgina dejó la carta a un lado y miró por la ventana. Durante el desayuno, la tía Aga la había estado observando, escuradora, pero sin decidirse a hacer ninguna pregunta concreta y, en su lugar, la había invitado a acompañarla al laboratorio después de comer. Georgina había aceptado con alegría y, después, se había marchado a su cuarto a leer la carta.

Ahora su humor había decaído considerablemente.

¿Qué debía hacer ahora? Debía responder al Sr. Marti-
naw, eso era evidente. No hacerlo sería tan descortés como in-
justo, puesto que él se había expresado con mucha amabilidad
y simpatía en su carta.

Pero ¿qué debía contestarle? Y, sobre todo, ¿cómo? De-
bía adoptar un tono inocente. No debía echarle con cajas des-
templadas, pero tampoco resultarle invitadora a un mayor
acercamiento. Lo mejor era escribirle una carta objetiva y deta-
llada en la que describiera cómo limpiaba sus muestras minera-
les, cómo las ordenaba por cajas y las etiquetaba, o sobre sus
paseos por el campo, las comidas con su tía en el jardín, la re-
colección de castañas y su hábito de guardar bonitas hojas oto-
ñales en gruesos tomos para secarlas.

Georgina se había sentado ya en su escritorio e iba a to-
mar papel y pluma cuando oyó el sonido de cascos de caballo
frente a la casa. Se levantó con curiosidad y miró por la venta-
na. Entonces, instintivamente, dio un paso atrás. El jinete que
se bajaba de su montura con un gesto elegante, ataba su caballo
a un poste y entraba en la casa era, nada más y nada menos,
Justus von Arnau.

Reculó instintivamente, a pesar de que era imposible que
él pudiera verla desde el recibidor, y se llevó las manos a la boca.
Allí se quedó, petrificada. No había mandado ninguna carta an-
tes, ni un solo mensaje. ¿Acaso era eso mostrar buenos modales?
¿Es que ese extranjero no tenía más intención que la de abochor-

narla constantemente? Georgina salió de su parálisis y comenzó a pasearse inquieta, arriba y abajo, por toda la habitación, esperando que llamaran a su puerta. Ya no había marcha atrás.

—Y ¿cómo se le ocurrió la idea de viajar por toda Europa como escritor? —preguntó la tía Aga mientras posaba su taza de té, sin apartar la mirada del visitante.

Se había tomado muy bien aquella visita inesperada e incluso había invitado a aquel desconocido a un té matutino, que solía tomar en su laboratorio. Sin embargo, aquella vez había indicado que se lo sirvieran en el salón. Cuando Georgina se unió a ellos, Justus von Arnau la saludó con la mayor de las atenciones y se disculpó de inmediato por haberse presentado ese mismo día y sin previo aviso. No mencionó en absoluto su asistencia a la clase de Buckland.

La tía Aga había rechazado sus explicaciones con un movimiento de la mano.

—Está bien, Sr. Von Arnau, vivimos muy retiradas aquí y aceptamos de buen grado cualquier visita. Y un hombre que ha viajado tanto como usted sin duda debe tener muchas cosas interesantes que contar.

Georgina se sintió aliviada. El que Justus von Arnau no la hubiera delatado y que tampoco mencionara su huida del *college* ahora, frente a su tía abuela, permitía creer que él no suponía peligro alguno, por el momento. Así pues, decidió concentrarse en atender al visitante.

Como de costumbre, *lady* Agatha había adoptado con él aquella manera de hablar tan suya, tan directa. No daba rodeos, sino que preguntaba de forma neutra y desprovista de sentimentalismos para que no pudieran tomarla por curiosa o metomentodo. De esa manera, logró que Justus von Arnau explicara los pormenores de su vida personal.

—Descubrí bien pronto que no había nacido para ser soldado, *lady* Agatha. Mi padre, por el contrario, esperaba que hiciera carrera como militar en el ejército prusiano. No me cabe duda de que en Inglaterra ocurrirá algo parecido. Mi hermano heredará Wiedenau, la hacienda familiar, y yo, como benjamín, debía buscar otra manera de ganarme la vida. Por lo que he oído, aquí, en Inglaterra, muchos hijos menores se ordenan religiosos, pero en Alemania no es algo tan frecuente. Por ese motivo, elegí la carrera militar, pero lamentablemente no es una vocación para la que todo el mundo esté dotado. Después de Waterloo, tomé la decisión de dejarlo.

De pronto, parecía ausente.

—¿Puedo preguntarle por qué no regresó con su familia? —quiso saber Georgina, y percibió la mirada sorprendida de su tía abuela cuando el invitado contestó con sinceridad.

—Por desgracia, rompí relaciones con mi padre, Srta. Fielding, y tuve que buscarme una nueva profesión. Aunque recibí cierta herencia de mi madre y, probablemente, me correspondan parte de los bienes familiares, hasta la fecha he sido capaz de valerme bien por mí mismo. Es decir que, según el criterio inglés —dijo, y volvió a sonreír—, me temo que no soy ningún caballero.

Con ello aludía a la ley no escrita, pero inflexible, de que un hombre que se ganara la vida trabajando, daba igual la forma en que lo hiciera, no podía considerarse bajo ningún concepto un auténtico *gentleman*. Georgina, que nunca había sido capaz de comprender la razón que sustentaba aquel principio, no pudo contenerse.

—Sr. Von Arnau, en ese caso debo disculparme en nombre de mis compatriotas ingleses. Conozco a hombres que deben trabajar para ganar dinero y son, en muchos aspectos, más

dignos y honorables que muchos de los que han heredado un título y viven de los bienes de sus predecesores.

Durante un instante se acordó de St. John Martinaw, quien sanaba a los demás mediante la práctica de la cirugía y con ello se aseguraba un porvenir. ¿Qué podía haber de reprochable en ello?

Justus von Arnau la miró con una sonrisa que era todo candor.

—Por lo que veo, no solo en las ciencias naturales defiende usted causas tan valientes como impopulares, Srta. Fielding. Se ha ganado usted mi más firme respeto.

Georgina enrojeció involuntariamente ante el cumplido y se inclinó para tomar un tentempié. Sus sentimientos se entremezclaban a tal velocidad que apenas podía disimular su turbación.

—Sin embargo, ahora me encantaría ver algo de su trabajo, Srta. Fielding. ¿Me mostraría usted su taller?

Georgina le miró, sorprendida. Nuevamente había logrado desconcertarla y hacerla dar un paso en falso, o al menos eso pensaba ella. Era como un espadachín que ofrecía a su oponente cierta sensación de seguridad antes de dar una estocada certera. Miró a su tía, dubitativa.

—Querida, debo marcharme a visitar al reverendo Aynscroft. Quiere hablarme de los fondos que quiere recaudar para ayudar a una familia necesitada por la que siento una particular simpatía.

Georgina fluctuaba entre el alivio y la desesperación y no se atrevía a mirar a la cara ni a Justus von Arnau ni a su tía abuela.

—En realidad, no es algo demasiado apropiado, pero lo permitiré, puesto que no os quedaréis solos en casa. La doncella no andará lejos —comentó *lady* Agatha llena de digni-

dad y se dirigió, posteriormente, hacia el visitante—. Me despedido de usted en esta ocasión, Sr. Von Arnau. La Srta. Fielding le enseñará encantada su lugar de trabajo, creo yo. Ha sido un placer.

Georgina, que apenas podía contener su agitación, guio al visitante hasta la parte posterior de la casa, donde se encontraba el laboratorio de su tía. Justus von Arnau contempló asombrado las numerosas probetas, émbolos y aparatos. Georgina se puso la bata gris oscura con la que solía protegerse el vestido cuando trabajaba y miró a su alrededor. Sobre el banco junto a la ventana, así como en la mesa, había numerosas piedras ordenadas, algunas en cajetillas, otras sueltas, todas con pequeños letreros en los que podía leerse el lugar y la fecha de su hallazgo, escritos con letra aguda y clara. Sobre la mesa, había martillos, limas y otros instrumentos de trabajo, así como pinceles finos con los que apartar el polvo suelto.

—Este es mi reino —dijo ella, señalando la fina mesa de madera en la que solía sentarse para trabajar.

En su voz había un cierto orgullo.

Justus von Arnau se acercó y observó las piezas. Algunas parecían insignificantes, otras eran una especie de combinación de varios minerales multicolores, como hechas por la mano de un artista. Entonces, se volvió, se apoyó en la mesa y la miró fijamente.

—¿Puedo preguntarle algo, Srta. Fielding?

Georgina asintió y enrojeció sin querer. «Esto se está convirtiendo en un hábito», se dijo, molesta consigo misma; «¿por qué me altera tanto este hombre?».

—¿Por qué fue usted a aquella clase?

—¿No es evidente? —preguntó Georgina a su vez, mientras señalaba su taller.

—Ya había conocido al Sr. Buckland.

—Pero eso no es suficiente —replicó, exaltada—. Quería sentirme como un estudiante, aunque fuera solo una vez. Y, puesto que eso no se le permite a las mujeres, tuve que convertirme en un hombre.

«Y puse con ello mi buena reputación en peligro», se dijo.

Justus von Arnau la sondeó con la mirada.

—Fue algo muy intrépido por su parte. Admiro a las personas intrépidas.

—Y yo valoro a las personas que conocen secretos comprometedores de otras personas y los guardan para sí —repuso.

Él le tendió la mano en silencio. Georgina se la estrechó, pero la apartó de inmediato. Después, tomó una piedra plana y redonda y se la mostró a su invitado.

—Últimamente esta pieza es la que más me ha fascinado.

Justus entendió la indirecta, observó la piedra y comentó, con cierta sorna:

—Si no supiera de qué se trata, diría que es un panecillo petrificado.

—Exacto, es el Panecillo de Chedworth. Así es como le han llamado hasta la fecha.

—Y ¿qué hay de especial en él?

—Obsérvelo con atención. ¿Ve las cinco hileras dobles que parten desde el centro hasta el perímetro de la circunferencia y forman una especie de estrella?

—Sí, lo veo. Es francamente bonito. Pero ¿cuál es su secreto?

—Son los restos de un erizo de mar común y corriente, como los que nos encontramos habitualmente en la costa.

—Pero ¿dónde están sus púas? —quiso saber Justus.

—Cuando los erizos mueren, van perdiendo progresivamente las púas. Eso fue lo que le ocurrió a este ejemplar de

Clypeus ploti. Este en concreto lo encontré yo misma en una cantera. Tiene usted en sus manos algo que nadie sabe qué antigüedad tendrá.

—Es maravilloso —dijo Justus von Arnau, ensimismado, y volvió a dejar la pieza con cuidado.

Georgina le observó, sorprendida. No esperaba que tuviera tanta sensibilidad. De pronto se dio cuenta de que le estaba mostrando por primera vez a alguien que no fuera su tía abuela aquellos objetos tan preciados para ella. Se le ocurrió una idea repentina, pero la rechazó de inmediato. Era algo impensable. O ¿tal vez no? Ya le había dado su palabra dos veces. ¿No sería una mezquindad desconfiar de él ahora? Sintió un ansia irrefrenable que no iba a desaparecer fácilmente.

Georgina respiró hondo.

—Señor Von Arnau —comenzó, con cuidado—. Le he mostrado muchas cosas de este mundo, pero ahora quisiera mostrarle algo que me lleva un tiempo suponiendo un quebradero de cabeza. En cierta manera, también está relacionado con la geología.

Él la miró y pareció sumamente sorprendido.

—Adelante, por favor. No obstante, ya sabe usted que no soy ningún entendido en esa materia.

Georgina alzó la mano para tranquilizarlo.

—No es necesario que lo sea. Desde hace algún tiempo, me encuentro en posesión de un viejo diario cuyo contenido he sido incapaz de descifrar. Contiene numerosas abreviaturas y anotaciones dispersas. Si tuviera usted tiempo, me gustaría mostrárselo.

«Espero no haber ido demasiado lejos», pensó ella fugazmente, pero su excitación superó la prudencia. Al fin y al cabo, no había nada de comprometedor en el diario y la perspectiva

fresca de una segunda persona podría darle una nueva luz a su contenido.

Justus von Arnau la miró con creciente alegría.

—Sería un honor, Srta. Fielding.

En un principio, examinó el cuadernillo por fuera. Palpó con sus largos y finos dedos la encuadernación. Después, abrió el libro de golpe.

Colocado sobre la mesa, Georgina pasó algunas páginas.

—He anotado algunas cosas que me parecen importantes. Aparentemente Joshua Hart, el dueño de la libreta, era médico de profesión.

Justus von Arnau alzó la mano.

—Hay algo que me gustaría saber. ¿Cómo consiguió usted este cuaderno? Aún no me lo ha explicado.

Georgina dudó un instante. Si le contaba toda la historia, le estaría dando datos personales que un extraño no debería conocer. Sin embargo, había decidido confiar en él y dudar ahora podría parecer descortés. Decidió guiarse por su instinto.

Mientras Georgina le contaba su visita a la casa parroquial en Bethnal Green, la historia parecía aún más extraordinaria: la carta de la viuda, los baúles destinados a ella, el impulso instintivo de ocultarle todo a su abuelo y a su tía, la decepción por el hecho de que la Sra. Hart no supiera nada de los cofres y su marido fuera a guardar silencio para siempre y la lógica suposición de que debía haber alguna relación de parentesco entre Ethan y Joshua Hart.

Justus von Arnau escuchó con atención, con un dedo metido entre las páginas.

—Es una historia peculiar. Una historia que abre muchos interrogantes y que tiene algo de novelesco, ¿no le parece?

Georgina asintió.

—No puedo hacer más que darle la razón en eso. Siempre he sentido, desde el principio, que contestar a aquella carta iba a ser algo importante. Ahora lo que quisiera sería encontrar respuesta a todas esas preguntas. Hasta la fecha, nadie ha podido ayudarme.

—Ese hombre era también un geólogo y usted recibió de él no solo su diario, sino también su colección. Una colección que no carece completamente de valor científico, si hacemos caso a las palabras del buen profesor.

—Tiene usted toda la razón. Sin embargo, el nombre de Joshua Hart le resultó totalmente desconocido al Sr. Buckland por lo que, o bien se trató de un aficionado desconocido, o bien de alguien que lleva muerto mucho tiempo.

—¿Y no ha vuelto usted a visitar a la viuda para preguntarle por ese tal Hart?

Georgina negó con la cabeza. Recordó la asfixiante atmósfera en la oscura casa parroquial y lo desamparada que le había parecido la situación de la mujer. Además, habría sido peligroso volver a Bethnal Green sin que su tía lo supiera.

—¿Podría ser que el Sr. Hart estuviera emparentado con usted de alguna manera? ¿Que fuera algún primo lejano del que no ha sabido nada hasta ahora? Aunque admito que la idea suena un tanto absurda —se autocriticó Justus von Arnau.

—Nunca había oído ese nombre —añadió Georgina, sin faltar a la verdad—. No es alguien conocido dentro de mis círculos familiares, o yo lo recordaría.

Tragó saliva pero, al fin y al cabo, no estaba mintiendo. El que posiblemente un padre hubiera cedido a su hija su colección era una explicación razonable, pero decidió no compartir esa teoría con Justus von Arnau. Era una idea que pertenecía a sus momentos de soledad, cuando la rodeaba el silencio y no tenía más compañía que la de sus pensamientos.

—Entonces, tendremos que dar con él nosotros mismos —dijo él, sin darse cuenta de la mirada de asombro que ese «nosotros» tan evidente para él generaba en ella.

Para Georgina, aquella oración era como una promesa. Por primera vez desde hacía mucho tiempo tenía la sensación de que había alguien aparte de su tía abuela capaz de entenderla perfectamente, aunque apenas hacía unos días que conocía a Justus von Arnau.

Él observó detenidamente página tras página, señaló ciertas abreviaturas, formuló preguntas para las que, en su mayoría, ella no tenía respuesta. Entonces llegó a la cita de James Hutton.

—¿Sabe usted de quién es esta cita?

Georgina asintió.

—De James Hutton, lo mencioné anoche. Es un geólogo escocés que no ha hecho muchos amigos con su teoría de un mundo de edad indefinida.

—Para el Sr. Hart esa idea parecía ser de gran importancia. Quizás tuvo la impresión de que se correspondía con sus propias ideas y por eso marcó la cita con tanto énfasis —señaló Justus von Arnau, y siguió leyendo—. Hum, parece ser que, a pesar de ello, también encontraba explicaciones en la Biblia. El diluvio universal, interesante. Y los dibujos están maravillosamente ejecutados —dijo, en tono de admiración—. Tienen algo... ¿Cómo lo diría yo?

—Yo tampoco pude encontrar palabras —dijo Georgina—, pero tengo la sensación de que son algo especial. Hechos por alguien especial.

Aquel era el momento adecuado. Metió la mano en la cubierta posterior y sacó la hoja suelta del forro.

—Encontré esto por casualidad, mientras examinaba el cuaderno por primera vez. No tengo la más remota idea de qué lengua puede ser. Por eso quería mostrárselo.

Se acercó con el papel hasta la ventana y observó la escritura con los ojos entrecerrados mientras negaba ligeramente con la cabeza.

—No soy ningún erudito, pero esto no se parece a ninguna escritura que yo pueda reconocer por estas líneas. No es griego, ni cirílico, ni árabe, ni hebreo. Aquí tenemos un misterio más que resolver. Y el tipo de papel es muy diferente al de la libreta, parece mucho más fuerte.

—Creo que lo llaman papel lino —dijo Georgina—. Es muy caro y se destina únicamente a fines muy específicos. También es muy viejo, por lo que me parece a mí, mucho más que el cuadernillo. Y esto de aquí —añadió, señalando los agujeros diminutos en el pliegue— permite suponer que hubo un momento en el que estuvo atado o cosido a algo —y prosiguió, con gesto serio—: No puedo explicarlo, pero desde el primer momento he tenido la impresión de que esta hoja es lo más importante de toda la libreta. Todavía más teniendo en cuenta que su poseedor decidió, al parecer, esconderla en el forro. La escritura y el papel permiten suponer que las notas que contiene no son de Joshua Hart. Pero ¿de quién? ¿Se lo envió alguien o lo compró? ¿Por qué es valioso? Lo que es evidente es que es antiguo.

Justus von Arnau miró con detenimiento el papel y pasó suavemente un dedo sobre su superficie. Observó atentamente los dibujos, igual que había hecho Georgina, y señaló la cifra «10» que aparecía en la esquina superior derecha.

—Si esto indica el número de página implica que existen al menos otras nueve anteriores. ¿Qué habrá sido de ellas? Sin embargo, me parece que alguien escribió esa cifra con posterioridad: la tinta tiene un aspecto totalmente diferente. Es realmente interesante.

Justus devolvió a Georgina la hoja, que esta dobló y volvió a guardar en el forro. Él entonces se concentró en los apun-

tes de Joshua Hart y emitió una repentina exclamación de alegría. Señaló con el dedo un lateral.

—Aquí, «Norfolk». Eso es un punto geográfico escrito a mano. A su lado está «Coke». ¿Será algún lugar en esa región?

—Mi tía abuela tiene un mapa detallado de Gran Bretaña que ya he consultado —explicó Georgina con voz pesarosa—. No hay en todo Norfolk un solo lugar con ese nombre.

—¿Y lo de «H. Hall»? ¿Henry Hall? ¿Herbert Hall? ¿Podría tratarse del nombre de una persona?

Georgina reflexionó.

—Por supuesto. Pero... también podría tratarse de una casa, de una finca o de un castillo. Aún no he llegado a una conclusión.

—Entonces, debemos descubrir si en Norfolk existe algún castillo que lleve ese nombre y que tenga alguna conexión con la palabra «Coke» —propuso Justus von Arnau con seguridad.

Por primera vez parecía que sus investigaciones se ponían en marcha y Georgina apenas podía reprimir su entusiasmo. Cualquier reserva que hubiera podido experimentar hacia él había quedado olvidada. Por fin había conocido a alguien con el que compartir ideas, que la animara y la inspirara.

Pensó en cómo podía buscar respuesta a todas aquellas preguntas. Entonces, se le ocurrió una idea.

—Señor Von Arnau, creo que tengo la solución. Desde hace unos veinte años existe un registro de las propiedades de la aristocracia inglesa, se llama el *Debrett's Peerage*. Mi tía abuela no posee ningún ejemplar, pero sin duda debe haber uno en cada librería de Oxford. —La emoción había teñido su rostro de un suave tono rojizo.

—Maravilloso. Mañana por la mañana mismo me encargaré de conseguirlo —dijo él, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Georgina tuvo la impresión de que todo iba demasiado deprisa. Aún le asustaba un tanto el Sr. Von Arnau. Ya llevaban a solas en aquella habitación bastante tiempo y ella le había confiado detalles muy personales y le había mostrado sus mayores tesoros. ¿Podía tomar en serio su oferta?

CAPÍTULO XI

Una vez has probado a volar, caminas ya siempre con la mirada puesta en el cielo, pues ya has estado allí y allí es donde siempre anhelarás regresar.

LEONARDO DA VINCI

GEORGINA APENAS PODÍA OCULTAR SU INQUIETUD. HACÍA ya dos días que Justus von Arnau había ido a visitarla y le había prometido investigar sobre la familia Coke. Desde entonces, no había vuelto a saber de él.

No le había contado nada a la tía Aga sobre ese proyecto. No tenía muy claros los motivos, simplemente había tenido el palpito de que no debía hablarle de aquella conversación tan personal que habían tenido. De hecho, le había narrado cómo había llevado a su invitado hasta el taller haciendo gala de un exquisito pudor y le había informado de sus hallazgos, pero no mencionó que le hubiera mostrado el diario ni la misteriosa hoja suelta. Era una diminuta ruptura de su estrecha relación, una primera grieta que mostraba que la profunda confianza que había sentido siempre hacia su tía abuela comenzaba a amenazar con romperse. Prefería no pensar en si el problema sería que se estaba haciendo mayor y, por tanto, estaba empezando a desprenderse de su tía o si sería una crisis de raíces mucho más profundas.

Ahora, le tocaba esperar. La paciencia de Georgina siempre había sido limitada y esperar sentada sin hacer nada no era uno de sus puntos fuertes. No podía ni escribir ni mandar llamar al Sr. Von Arnau, pues apenas se conocían y las normas sociales no lo permitían. ¿Se habría equivocado confiando en él y se habría puesto en evidencia con su franqueza? ¿Se aprovecharía de lo que sabía para contarle a Buckland y a sus camaradas lo de su disfraz?

Georgina iba alternando entre el autorreproche por sus suspicacias y la angustia y, sin embargo, se esforzaba por mantener a su tía abuela al margen de su desasosiego. Para ello, daba paseos constantes en torno a la casa de tal forma que podía dar rienda suelta a sus pensamientos. Llegó a plantearse incluso la posibilidad de volver a vestirse de hombre y marchar ella misma a Oxford. La idea la perseguía hasta en sus sueños, pero fue un sueño tan real que se despertó con el corazón desbocado y le costó mucho tiempo volver a dormir.

Se encontraba sentada en una especie de cafetería rodeada por una multitud de hombres. Era un lugar ruidoso y lleno de humo, las risas retumbaban por toda la estancia y se elevaban hasta el techo. Georgina, no obstante, se sentía muy tranquila. Se encontraba entre iguales, un hombre dentro de un círculo de hombres disfrutando de sus placeres favoritos.

Justus von Arnau, sentado frente a ella, pidió café para los dos y eligió dos cigarros monumentales, a los que cortó la punta. Después, le tendió uno de ellos y le sonrió, desafiante. Él se encendió su cigarro, lo sujetó relajadamente entre el índice y el corazón, aspiró, alzó la cara hacia el techo y echó una nube de humo que ascendió en una oscura espiral hasta el techo de madera. Georgina asintió con desenfado, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. Cogió su cigarro con despreocupación, se lo llevó cuidadosamente a los labios y as-

piró. El ataque de tos fue mucho peor que ninguno de los que había experimentado teniendo catarro. Justus von Arnau le puso en las manos un vaso de agua con una mirada atónita. Entonces, se le iluminó el rostro.

Se levantó, miró a su alrededor y pidió a los presentes que guardaran silencio.

—Muy señores míos, les pido un poco de atención. Lo que tenemos ante nosotros ¡es un intruso!

Y, con esas palabras, agarró la cabeza de Georgina y le tiró del pelo. Ella quiso protestar enérgicamente cuando sintió que algo cedía y que el cabello le caía pesadamente sobre los hombros y la espalda. Todos los rostros se habían vuelto hacia ella. Parecía desnuda, allí sentada. Estaba en la picota. La sorpresa inicial se tornó inmediatamente indignación general. Giraron las sillas para darle la espalda. Un caballero incluso escupió frente a ella en el suelo. El posadero surgió de detrás del mostrador y la agarró del brazo con una mano como un cepo...

Se levantó de golpe, en la cama. Se había enredado el brazo con la manta hasta el punto de casi cortar la circulación. Georgina se tanteó con torpeza la zona intentando liberarse. Después, se tendió de nuevo con la respiración pesada, a la espera de que el corazón dejara de resonarle en el pecho.

De qué forma tan curiosa reflejaban los sueños los acontecimientos vividos o los deseos y miedos que turbaban a los soñadores. Aquella imagen abarcaba todo lo ocurrido en los últimos días: Justus von Arnau, el disfraz, el deseo silencioso de volver a disfrutar de aquella libertad. Enrojecía pensando en la valerosa Georgina del sueño, capaz de entrar en una cafetería llena de hombres ruidosos, un lugar aún más prohibido que un auditorio. Y el horror que había experimentado al ser descubierta, que aún le helaba los miembros.

A pesar de todo, sintió, mientras iba quedándose dormida, un hormigueo en su interior que ni el mayor de los terrores podría dominar.

St. John Martinaw dobló la carta, la colocó a un lado del escritorio y se recostó, satisfecho, en la silla. Iba por buen camino, podía sentirlo. Si bien la Srta. Fielding no dejaba entrever en sus líneas sentimientos demasiado exacerbados ni dobles sentidos, tampoco era algo que pudiera esperarse de una joven dama en la primera carta que intercambiaban.

Con ello y todo, creyó leer en sus palabras una proximidad amistosa que permitía albergar las mejores esperanzas. La próxima primavera la Srta. Fielding regresaría sin falta de casa de su tía abuela a Londres y, por extensión, a él. A lo largo del verano había podido profundizar en la relación con su familia y, muy particularmente, con *lady* Anne, quien parecía verle con buenos ojos. El Sr. Fielding debía considerar a un reputado médico como él como un muy buen candidato para su nieta pues, si bien la familia no procedía de la aristocracia, él, por su parte, tenía expectativas de ser nombrado caballero el próximo año.

El interés científico que, según él mismo había podido comprobar, sentía la Srta. Fielding era, sin duda, una excelente noticia. ¡Qué más podía esperar un hombre que una esposa fiel y afectuosa que lo apoyara, que compartiera sus intereses, a la que poder pedir su opinión y de la que esperar consuelo y comprensión cuando su trabajo no diera los frutos esperados! Sí, era la esposa ideal para él, de eso estaba seguro. Dios había decidido su encuentro y esperaba, de todo corazón, que el camino les llevara al destino deseado.

No obstante, él no quería presionarla y reflexionó sobre cuándo debería escribirle la siguiente carta, siempre desde el sentido común. No podía esperar demasiado, pues eso le haría

parecer descortés, pero tampoco escribirle de inmediato y darle la impresión de un interés desmedido.

«Dos días», se dijo finalmente St. John Martinaw. Era un tiempo razonable para poder buscar las palabras adecuadas con serenidad.

¿Qué estaría haciendo ella ahora? Le había dicho que recogía hojas multicolor y las guardaba en gruesos tomos para secarlas. Probablemente le interesaría saber cómo fue cambiando la forma de las hojas a lo largo de la historia. En una ocasión había leído un ensayo al respecto que incluía la hermosa imagen de una hoja de ginkgo y se propuso hablarle de ello a la Srta. Fielding en cuanto tuviera oportunidad.

Después de tres días, Georgina casi había perdido toda esperanza y pensaba en cómo podría conseguir la información que necesitaba por sus propios medios. Pasó horas en la biblioteca husmeando y maldiciendo, por primera vez en su vida, la afición de la tía Aga por las ciencias naturales. No lograba encontrar nada que pudiera ayudarla a encontrar respuestas.

Consumió el día entero yendo de acá para allá dentro de la casa, de su habitación a la biblioteca, de la biblioteca al taller y, de ahí, al salón.

Su febril inquietud no pasó desapercibida a los ojos desconfiados de tía Aga.

—Querida, me estás atacando los nervios. Te recomendaría que dieras un buen paseo para serenar tu agitado espíritu y calmar tu sempiterna necesidad de actividad —le propuso finalmente, a lo cual ella respondió apartando de mala gana la mirada del tomo que estaba hojeando.

Georgina se echó encima de los hombros un maravilloso chal de cachemir y salió de la vivienda. Samuel, el mozo de cuerdas, la saludó con la cabeza.

Al salir por la puerta, cruzó a la derecha y dirigió sus pasos a la colina. Los días aún conservaban vida y, al mediodía, el sol seguía ofreciendo una calidez que empezaba a ser un lujo difícil de rechazar. Tras caminar un rato, el chal comenzó a estorbarle y se lo colgó de los brazos. El cielo era de un azul resplandeciente, no se veía ni una nube y, en un momento como aquel, entendió por qué los poetas recordaban en sus cantos de amor la campiña inglesa. De haber sido primavera, a cada curva habría encontrado una muchedumbre de narcisos amarillos, como en los versos de Wordsworth. No obstante, las flores otoñales, en tonos rojos y pardos, también ofrecían una visión de ensueño.

Poco a poco fue sintiendo que la angustia de los últimos días iba desapareciendo y despertaba en ella una nueva claridad mental. No solo ansiaba las noticias que Justus von Arnau podría traerle. Ansiaba verlo a él. Le gustaba recordar la conversación que habían mantenido. Evidentemente su familia nunca aceptaría semejante relación, especialmente teniendo en cuenta que él procedía de buena familia pero había decidido convertirse en un extranjero, en una especie de vagabundo que ganaba su propio dinero de una manera, además, nada convencional.

Giró en el camino y llegó a un pequeño sendero. Cogió un guijarro del suelo y, tras tomar impulso, lo arrojó al pequeño arroyo que serpenteaba al pie de la colina hacia los verdes prados. Le encantaría poder vivir allí, donde se sentía más libre que en Londres. Sin embargo, se dio cuenta con preocupación renovada de que su tía abuela ya no era la de antes. Ya no parecía tan despreocupada, ni tan ingeniosa, ni tan poco convencional. Era como si algo le pesara en el alma, aunque Georgina no sabía de qué podía tratarse.

Estaba profundamente sumida en sus pensamientos cuando un segundo guijarro cayó en el agua con un ligero chapoteo y una multitud de diminutas y relucientes gotitas.

Georgina se dio la vuelta, asustada.

—Debo disculparme, Srta. Fielding —dijo Justus von Arnau con una reverencia.

—¿Cómo...? No le había oído llegar —dijo, perpleja.

Apenas hacía un segundo que estaba pensando en él, deseando verle, y ahora, allí estaba. El corazón le latía con fuerza y tuvo que tragar saliva.

Él señaló hacia arriba, donde había atado su caballo a un poste.

—Por favor, discúlpeme por haberla asustado. Me encontraba precisamente de camino a Langthorne para informarle del resultado de mis pesquisas y casualmente me la he encontrado aquí.

Ella miró instintivamente en todas direcciones. No estaba bien visto conversar a solas con un caballero en medio del campo. De hecho, el Sr. Von Arnau le propuso acompañarla a casa para poder conversar en un entorno más adecuado. Sin embargo, pensándolo mejor, Georgina se sintió aliviada de tener la oportunidad de ponerse al día de las novedades sin que la tía Aga pudiera enterarse. Georgina señaló una piedra seca que parecía un asiento adecuado para una dama. Justus asintió, dando su aprobación, y se apoyó en un árbol antes de empezar con su relato.

Describió la librería con tal exactitud que Georgina se sintió como si le hubiera acompañado. Era una estancia envuelta en una luz crepuscular, tan oscura que resultaba difícil percibir con claridad los libros, mapas y grabados en cobre que la poblaban, pero por fortuna había acogedores nichos con lámparas que proporcionaban una suave luz. En el aire flotaba un grato aroma a papel y a conocimiento polvoriento. Involuntariamente, aspiró aire como buscando aquel olor. Era un buen narrador.

—Deambulé entre las estanterías como si quisiera comprobar los libros con calma. La madera oscura de las librerías relucía a la luz de las lámparas.

Cuando el librero se acercó a preguntarle, le comentó lo que estaba buscando. Le proporcionó los dos volúmenes en cuestión y él se sentó en uno de los rincones para, como él mismo dijo, valorar la compra con calma.

—Por desgracia, el librero ya no me ayudó más. Las familias están ordenadas por títulos nobiliarios. Encontrar una finca cuyo nombre desconocemos es como buscar una aguja en un pajar.

Georgina le miró decepcionada.

—¿No ha podido descubrir nada?

De inmediato se arrepintió de sus palabras, pues él había hecho un gran esfuerzo solo por deferencia a ella.

Justus von Arnau alzó la mano en silencio.

—No tan rápido, Srta. Fielding. Una buena historia requiere su tiempo de maduración, como el vino.

De inmediato, le preguntó al librero si conocía alguna finca o un castillo en Norfolk que llevara la palabra *Hall* en el nombre y, de hecho, tuvo suerte.

—Se acordó de inmediato de Holkham Hall, una «hacienda realmente espléndida con magníficas tierras», por lo que me dijo. También conocía el nombre de la familia que reside en ella.

—¿Y? —preguntó, con curiosidad.

—Son los Coke, parientes del último conde de Leicester, que murió sin descendencia. La familia heredó la posesión, pero no el título —anunció Justus von Arnau no sin cierto orgullo.

—¡Coke! —Georgina sintió que algunas de las piezas encajaban.

—Y tengo más información —prosiguió Justus von Arnau, orgulloso—. El actual propietario del castillo heredó la propiedad por línea femenina. Se llama Roberts, pero ha adoptado el apellido de su mujer. Thomas Coke es un parlamentario al que se le conoce como *el Coke de Norfolk*. No obstante, hay algo en lo que me temo que debo decepcionarla, Srta. Fielding —señaló Justus con tono de disculpa—. El tal Sr. Coke no solo es político, sino también un reputado experto en agricultura moderna.

—¿Agricultura? —preguntó Georgina, sorprendida, mientras recogía con la mano una mariquita que se había posado sobre su vestido.

Observó a la criaturilla como si pudiera responder a todas sus preguntas.

Justus se encogió de hombros en tono de disculpa.

—Sí, se precia de ser un experto en el terreno. Por desgracia el librero no me dijo nada de que mostrara igual afición por la geología, la recopilación de fósiles o similares.

Georgina echó la mariquita a volar y miró al suelo. Agradecida como estaba al Sr. Von Arnau, no podía ocultar del todo su decepción. A pesar de que ahora sabía quién era «Coke» y qué era «H. Hall», aún había muchos interrogantes abiertos. ¿Qué había interesado a Joshua Hart de los Coke y de su castillo? ¿Y por qué ese afán por las abreviaturas?

Justus se apartó con brusquedad del árbol y comenzó a andar en círculos sobre la hierba.

—Al menos nos queda una esperanza. Fui nuevamente a visitar al Sr. Buckland. Esta vez no me ofreció ningún aperitivo —bromeó él ante la mirada inquisitiva de Georgina—. Mencionó, no obstante, que estaba pensando en forrar la cubierta de una mesa a base de coprolitos.

Cuando Georgina rompió a reír a carcajadas, él comprendió lo que acababa de decir.

—Disculpe que haya sacado un tema tan poco agradable. Él simplemente dijo que quería insertarlos en el tablero porque quedaban muy bonitos.

Justus se propuso examinar detenidamente el mobiliario del profesor la próxima vez que lo visitara, particularmente si servían las comidas sobre piezas tan exóticas.

—En cualquier caso, le pregunté si sabía de alguien que estuviera familiarizado con la genealogía del duque de Norfolk. Quizás algún experto pudiera indicarnos la conexión entre un geólogo aficionado y Holkham Hall.

—¿Y? —preguntó Georgina con interés.

—Buckland me habló de un viejo archivero del Magdalen College que conoce a la perfección la historia de los duques del este de Inglaterra. Se llama Horace Gilmore. El Sr. Gilmore estaría dispuesto a recibirnos mañana.

Georgina se levantó de un salto de la piedra.

—Yo...

Entonces, se dominó. No, no podía pedirle permiso a la tía Aga para acompañar al Sr. Von Arnau, no cuando se había callado hasta entonces sus pesquisas y no pretendía darle mayores explicaciones. Pero entonces, ¿cómo lo haría? Lo mejor sería escabullirse en secreto de la casa. ¿Quizás debería fingir un dolor de cabeza? Era casi como volver a casa con la tía Anne y no pudo reprimir un pinchazo de malestar casi físico.

—¿A qué hora, Sr. Von Arnau?

—El Sr. Gilmore y yo hemos hablado de quedar a mediodía. ¿Quiere que la recoja a las once?

Ella asintió y pensó en los preparativos necesarios para escabullirse hasta el camino.

—A las once estaré en el último cruce antes de llegar a Langthorne. Hasta mañana.

Y, con esas palabras, se despidieron. Había mucho de lo que pensar con calma.

Por eso, ella no se dio cuenta de que Justus von Arnau se quedaba allí, observándola, durante largo rato.

Lady Agatha estaba preocupada. Se había retirado a su estudio y estaba sentada en su silla favorita con una manta en las rodillas. De pronto, se sentía inmensamente vieja. Era como si en el mismo instante en que Georgina le hubo mostrado la libreta en Langthorne, ella hubiera envejecido sin previo aviso. Un miedo adormecido durante largo tiempo despertaba y le robaba la serenidad.

Sobre la mesa, junto a ella, tenía una cajita de madera con la tapa tallada con exquisitos motivos ornamentales. Allí era donde guardaba la carta que llevaba mucho tiempo sin releer y que casi había olvidado. *Lady* Agatha había esperado no tener que volver a sacarla.

Durante todos aquellos maravillosos años en los que había visto crecer a Georgina, en los que le había mostrado a su sobrina nieta el mundo y había procurado saciar su sed de conocimiento, siempre había sabido en su interior que habría ciertas preguntas que no sería capaz de ignorar siempre. Su hermano le había prohibido hablar con la muchacha del tema. Para él, no tenía ningún sentido volver a sacar a la luz un pasado doloroso, y lo mismo ocurría con su hija Anne.

Lady Agatha, por el contrario, se había sentido como una traidora durante todo ese tiempo en que no le había contado nada a Georgina sobre sus orígenes. ¿Es que no tenía todo ser humano el derecho a saber quiénes fueron sus padres? Habían hablado de ello, habían decidido que era por el bien de Georgina, y ella, al fin y al cabo, haría cualquier cosa con tal de protegerla de los peligros de la vida. Sin embargo, ahora que la

niña se había convertido en mujer, quizás ya no necesitaba su protección. *Lady* Agatha no acababa de decidir si debía contarle todo a Georgina o si debía permitir que lo descubriera por sí misma. De hacerlo, tendría que pagar un alto precio, pues si seguía esperando, Georgina terminaría por reprochárselo o, incluso, alejarse de ella definitivamente cuando supiera finalmente la verdad.

Lady Agatha no sabía qué esperar exactamente de aquel joven alemán que parecía tener un interés inesperado por Georgina. Era encantador y educado, pero llevaba una vida poco convencional, carente de cualquier tipo de regla. Apoyó la cabeza en las manos, suspirando, y cogió la primera carta. Mientras la leía, creía oír la voz de quien la escribió, entrecortada, desbordante de alegría. La voz de Susan Fielding.

Susan siempre había sido un espíritu libre, todo lo contrario a su hermana Anne, que había aprendido rápidamente que el buen comportamiento era lo que proporciona recompensas más generosas. Pero Susan, no. Ella siempre había sido la que había aparecido con el lazo del pelo suelto, con el vestido manchado de cerezas o mermelada de fresas, con agujeros en los calcetines y sombras oscuras en la barbilla de origen desconocido. Cuando *lady* Agatha iba a visitarlos, la niña siempre salía corriendo a la puerta a recibirla y se echaba a sus brazos, como si no la hubiera visto durante años. Ella sentía que no se debía a las típicas chucherías que siempre conllevaba la visita de una tía, como algún regalito bonito o algún dulce particularmente delicioso, sino al hecho de que *lady* Agatha parecía ser la única que la tomaba en serio.

No le leía a Susan cuentos de hadas y apenas perdía el tiempo alabando sus labores de costura, sino que prefería irse a pasear con ella y mostrarle el mundo. Ninguna pregunta era demasiado tonta y ningún tema era inapropiado, ya tuvieran

que conversar sobre excrementos de caballo o sobre el hecho de que existieran ricos y pobres. Cuando *lady* Agatha desconocía la respuesta, especulaba con ella y su sobrina le daba las vueltas más insensatas y se inventaba las explicaciones más absurdas. Habían sido momentos impagables.

Dobló la carta, la colocó de nuevo en la caja y cerró la tapa. Tuvo que limpiarse los ojos. Hacía mucho tiempo que eso no le ocurría.

Entonces, recordó el último, terrible, encuentro con Susan. Casi había llegado demasiado tarde. Su hermano no le había avisado de nada, algo que, aún hoy, seguía sin perdonarle. Quizás fue una asociación de ideas. Aunque en realidad no creía en las señales sobrenaturales, había acudido a última hora del día a Londres impulsada por una inexplicable inquietud. Al llegar a casa de su hermano, el ama de llaves le había abierto la puerta con el semblante pálido y descompuesto. *Lady* Agatha lo había comprendido en seguida.

Le había parecido tan diminuta en aquella cama inmensa como si hubiera retrocedido en el tiempo y se hubiera hecho niña de nuevo. Pero no lo era, era una mujer que acababa de dar a luz a un bebé. Un bebé que iba a costarle la vida. El rostro severo aunque desconsolado de su hermano le reveló a *lady* Agatha que él, a pesar de su dolor, lo consideraba el lógico castigo por los pecados de Susan.

Lady Agatha no se había quedado observándola, sino que había caído de rodillas a los pies de la cama, había cogido la mano de su sobrina, fría como la de un muerto, entre las suyas y se la había llevado a la cálida mejilla como si, con ello, pudiera devolverle el calor de la vida. En lugar de eso, *lady* Agatha había sentido cómo la frialdad de la mano se extendía hasta su rostro y terminaba por dominar todo su cuerpo.

Cuando ya creía que Susan no volvería a decir palabra, había musitado unas frases con voz más suave que el murmullo de un ratón escondido tras las cortinas.

—Prométeme que estarás allí para ella. Te necesita. Como yo te necesité.

Lady Agatha le había dado su palabra, lógicamente, y la había mantenido hasta ahora. Conforme Georgina había ido creciendo y había mostrado una clara preferencia por ella, había intentado una y otra vez convencer a su hermano y a Anne de que la muchacha debía criarse con mayor libertad, pero Anne no había querido ni oír hablar del tema. Había amenazado con prohibir las visitas de Georgina a Langthorne si *lady* Agatha no se conformaba con dejar las cosas como estaban. Georgina debía criarse en Londres y cumplir con su papel social allí. *Lady* Agatha se había propuesto no perder a la muchacha y atesoraba las semanas que pasaban juntas como algo especialmente valioso.

Sin embargo, había llegado a un punto en el que ya no sabía cómo seguir adelante. ¿Debía confiar en que Georgina descubriría por sus propios medios lo que quería saber?

En aquel instante, oyó pasos apresurados y la voz de Georgina por el pasillo, golpes en la puerta y, finalmente, a la muchacha abriéndose paso a la habitación.

Georgina sostuvo el diario en alto, triunfante.

—No vas a creer lo que he descubierto.

Lady Agatha apartó la cajita de madera hasta la esquina más lejana de la mesa y observó a su sobrina, expectante.

Después de que Georgina regresara de su paseo, había marchado a su habitación como tantas otras veces, había sacado la libreta y se había sumido en el estudio de las extrañas abreviaturas y dibujos. Entonces, había extraído del forro el

papel con las filigranas y se había acercado a mirarlo junto a la ventana para aprovechar la luz del día. Los caracteres seguían sin tener ningún sentido. Los observó hasta que empezaron a formarse manchas de colores en sus ojos y el tono pardo del papel comenzó a difuminarse. Cuando se dirigía de nuevo hacia la mesa para colocar la hoja en su sitio, se le cayó por descuido de la mano. Georgina se agachó para recogerlo y su mirada se posó sobre un espejo de pie que había frente a ella. Y algo ocurrió. Iba llevando los ojos a uno y otro sitio, alternativamente, como si los viera por primera vez. Conteniendo el aliento, se arrodilló, como si tuviera miedo de estropear aquel descubrimiento con un movimiento demasiado brusco.

Tomó con cuidado el papel, se levantó y se dirigió al espejo. Y descubrió lo sencilla que era la solución.

CAPÍTULO XII

*«¿Hubo realmente un diluvio?»,
dirá alguno.*

*«Está claro como el barro», se le
oirá decir a Buckland.*

NICHOLAS SHUTTLEWORTH

EL DESCUBRIMIENTO DE GEORGINA TRAJÓ CONSIGO UNA avalancha de nuevas preguntas. ¿Lo habría escrito el propio Joshua Hart? ¿O sería una copia de un libro extranjero? De ser así, ¿en qué idioma estaba? Fuera quien fuera el autor, se había preocupado de que nadie pudiera descifrar sus palabras a primera vista. ¿Existía solo esa hoja o era parte de un manuscrito más amplio? Preguntas y más preguntas, pero por primera vez, Georgina no se sintió intimidada, sino que experimentaba una nueva emoción, como si llevara horas de caza y finalmente hubiera encontrado rastro del zorro. Lo primero que pensó fue en que tenía que informar inmediatamente a Justus von Arnau.

Georgina se levantó, cogió el cuadernillo y salió apresuradamente de la habitación para informar a la tía Aga del increíble descubrimiento.

—Lo has hecho maravillosamente bien, querida —anunció *lady* Agatha, y posó una mano sobre su brazo.

Sin embargo, Georgina sintió que su reacción no había sido del todo como debiera ser. Echó en falta el fuego y la exal-

tación que eran tan propias de su tía abuela. Parecía cansada. ¿Estaría sufriendo alguna enfermedad grave? Georgina, no obstante, no pudo retener en su mente las preocupaciones durante demasiado tiempo estando, como estaba, ansiosa por el hallazgo.

—En realidad fue pura casualidad —explicó—. Si no se me hubiera caído la hoja al suelo...

—Ah, pero ¿es que no sabes que muchos descubrimientos importantes se hicieron por casualidad? —la interrumpió la tía Aga—. Sin ella, estaríamos perdidos. No sabría decirte si el azar se debe a la voluntad de Dios, al destino o a cualquier otra cosa que supere nuestra razón. Sea como sea, lo necesitamos y, quien diga lo contrario, es un engreído o un pusilánime.

—Pero, ahora, ¿por dónde empiezo? No soy capaz de entenderlo, parece escrito en alguna lengua extranjera. —Georgina se llevó la mano a la barbilla, pensativa—. Seguro que en Oxford puedo encontrar a alguien que me pueda ayudar. —Y miró a tía Aga—. Pero ¡si no me estás escuchando! —La preocupación, no obstante, venció a su repentina furia—. ¿Te encuentras bien? ¿Estás enferma? ¿Debería llamar a un médico?

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo de *lady* Agatha. Estiró entonces la espalda, observó a Georgina con detenimiento y dijo, finalmente, con voz tenue:

—Cuando entraste en la habitación, estaba pensando en tu madre.

Georgina dejó caer el papel que tenía en la mano. El corazón le latía con tal fuerza que casi le hacía daño. En el interior de aquella habitación clara con elegantes muebles de estilo reina Ana y cortinas color verde pastel cundió un silencio en el que se podría haber oído a un ratón roer.

—¿Por qué en mi madre? —dijo Georgina, y sintió los labios acartonados y la boca incapaz de emitir más sonidos.

—No pude evitar recordar a tu madre cuando era niña. Lo mucho que os parecéis. Lo vital y temperamental que era. —*Lady* Agatha miró a un lado, como si no quisiera revelar algo.

—¿Por qué nunca me has hablado de ella? Nunca he recibido respuesta, de nadie en absoluto, cada vez que he preguntado. Hasta la fecha, lo único que sé es que murió en el parto y que se llamaba Susan. Ah, sí, y tengo una cajita que recibí por mi décimo cumpleaños, pero que no contiene nada especialmente personal. Esos no son demasiados recuerdos de una madre.

Su alegría había desaparecido y tuvo que morderse los labios para no echarse a llorar. ¿Por qué ahora, en ese preciso momento, cuando estaba en plena celebración de su descubrimiento? Había tenido años de sobra para sacar el tema.

Georgina se sintió engañada, sintió que le habían arrebatado cosas pequeñas, pero valiosas, que le hubiera gustado conocer, que la habrían confortado, como, por ejemplo, que tenía el mismo carácter que su madre y que se parecía a ella.

—Creo que nunca fui capaz de sobreponerme a su muerte. Nunca tuve hijos propios y tu madre fue como una hija para mí. Su hermana siempre fue claramente una Fielding de Londres, pero Susan era diferente.

—¿Y me lo dices ahora, así de fácil? —preguntó Georgina, incrédula.

—No, no ha sido fácil. Me ha costado mucho tomar la decisión. Por un lado, debes saber algo de tu madre; por otro, no quiero hacerte daño. Nunca hay un momento adecuado para este tipo de cosas. Pero, puesto que me has sorprendido cuando estaba sumida en mis pensamientos, me ha parecido que lo justo era decirte en qué pensaba. Y era, precisamente, en tu madre.

—¿Cuánto quieres contarme? —preguntó Georgina, cobijándose en su terquedad—. ¿Algún que otro detalle escogi-

do? ¿Por qué piensa siempre todo el mundo que tiene el derecho de elegir lo que yo debo saber y lo que no? —Sintió que algo en ella crecía, como una fuerza dispuesta a cruzar cualquier barrera, aunque ya no hubiera marcha atrás después—. No quiero que me dejes echar un vistazo rápido antes de volver a cerrarme la puerta. Siempre he pensado que había algo que no casaba, que no podía ser tan simple como que hubiera muerto en el parto. Nunca me habéis contado nada de mi padre, cómo vivía, cómo murió... Ni siquiera me habéis dicho su nombre.

Se sintió vacía. Era como si ya no pudiera sentir nada. Se dio cuenta entonces de que la mayor de las decepciones la experimentaba hacia tía Aga y su traición. Siempre la había querido más a ella que a ningún otro familiar y, ahora, debía aceptar el hecho de que incluso las personas a las que más se ama no carecen de faltas.

—Querida, creo que debes calmarte antes de que podamos hablar. Sobre tu padre, por el momento, no puedo contarte nada. No hasta haber hablado con tu abuelo al respecto.

De nuevo, un muro que se alzaba frente a ella, una puerta que se cerraba ante sus ojos.

—¡No puedes estar hablando en serio! Sé que vosotros dos no os lleváis demasiado bien. ¿Por qué necesitas su permiso para esto?

—Porque te has criado en su casa. Nunca tuve madera de madre y siempre me alegré de que mi matrimonio no diera hijos.

Georgina se estremeció ante semejantes palabras.

—Entonces, ¿te gustaba que pasara las vacaciones contigo y, después, devolverme a ellos sin pararte a pensar en lo que yo hubiera preferido? ¡Eso lo hacía todo muy fácil para ti! —le reprochó, sin pararse a pensar en sus palabras.

Nunca le había hablado a su tía en ese tono, pero sus emociones, llegados a ese punto, eran incontrolables.

Se dio cuenta de que la tía Aga había palidecido, a pesar de que no quisiera dejarlo ver. Las palabras de Georgina debían haberla perturbado mucho, no cabía ninguna duda.

—Sé que, en este momento, estás muy enojada, así que te perdono la falta de autocontrol. Pero, para que podamos seguir hablando, debes calmarte primero.

Aquellas palabras indolentes no hicieron más que encender aún más los ánimos de Georgina. Sintió que la rodeaba una ola de calor y que el vestido le apretaba tanto como si intentara asfixiarla. Estaba convencida de tener la razón, de tener derecho, y no pensaba darse por vencida. Por otra parte, tuvo la sensación de que si seguía hablando sin pensar, acabaría por romper algo de forma irreversible. Así pues, guardó la valiosa hoja en el bolsillo de su vestido, pronunció un fugaz «disculpa» y salió de la habitación tan precipitadamente que estuvo a punto de chocar con Ellen, la doncella, quien en ese momento cruzaba el pasillo.

Georgina murmuró una disculpa y salió hacia el jardín como narcotizada. Apenas se percató de que había empezado a llover, una ligera llovizna que caía sobre el terreno como una suave sábana. Diminutas perlas de agua no tardaron en brillar sobre su pelo y sus pestañas, pero no percibía su entorno, sino que avanzaba por el camino con pasos huecos. Solo cuando su cuerpo exaltado comenzó a perder calor y la dominó un escalofrío volvió a su ser y se detuvo. Se volvió y vio la luz de la casa temblar a cierta distancia. Georgina se frotó el antebrazo para sacudirse el frío. No podía permanecer en el camino eternamente, pero se resistía a regresar.

De pronto, ya no se sentía en casa en Langthorne. Nunca había añorado tanto como en aquel momento la presencia de

su madre, ahora que había perdido el único hogar que había considerado suyo.

Dio media vuelta y se dirigió lentamente hacia la mansión, aún sumida en profundas cavilaciones. ¿Por qué la tía Aga se negaba de esa manera a hablarle de sus padres? ¿Qué podía ser tan inenarrable?

Una suposición que la había venido persiguiendo desde hacía tiempo pero que se negaba a aceptar era la posibilidad de que ella fuera el fruto de una relación fuera del matrimonio. La idea era impactante y no quería ni imaginarse cómo podría haber ocurrido, pero el silencio con el que su familia respondía a todas sus preguntas no le permitía llegar a ninguna otra conclusión. Ahora que ya no era una niña y, particularmente, desde el momento en que había recibido aquellas arcas, no podía cerrarle la puerta a aquella reflexión.

De ser el médico Joshua Hart su padre, era posible que la familia le hubiera rechazado como candidato por no considerarlo un partido suficientemente adinerado para su hija. Pero ¿qué historia se ocultaba detrás? ¿Cómo se habían conocido sus padres? ¿Cómo había podido ella quedarse embarazada? Y, sobre todo, ¿qué había sido de su padre? Incluso aunque los Fielding le hubieran prohibido todo contacto, incluso amenazándolo con tomar medidas legales por haber causado semejante desgracia a su hija, ¿era realmente necesario ocultarle, incluso, su nombre? Y ¿no habría intentado él establecer contacto con ella de alguna manera, siendo tan estrecho el lazo que los unía?

Georgina se había convencido hasta ese momento de que él debía estar muerto, pero cuándo habría ocurrido su fallecimiento y de qué manera eran cuestiones que aún permanecían entre tinieblas. ¿Habría caído en la guerra, ejerciendo de soldado u oficial, o habría sido una enfermedad? ¿Se habría enfren-

tado en duelo con algún otro pretendiente? Había muchas biografías que podrían desentrañarse de esa manera, pero ella misma debía ser quien hallara respuesta por sus propios medios... Si es que realmente lo deseaba.

Nacida fuera del matrimonio. Una hija bastarda. Georgina intentó familiarizarse con esa idea. «Es una ignominia», le susurró una indeseable voz interior, «una mancha moral que puede perseguir a una muchacha como una sombra durante toda su vida». Era vergonzoso, sí, pero también era una explicación. De ser así, el afán incesante de su tía por tratar de educarla como una dama refinada y encontrarle un marido adecuado cobraba un nuevo sentido, así como la preocupación por fracasar en su empeño. Una muchacha de buena familia pero nacida fuera del matrimonio debía contentarse con cualquier pretendiente respetable que se le presentara.

La desesperación la dominó. ¿Cómo podía ella vivir de acuerdo con sus propios deseos si su propia madre se había enfrentado ya a las normas sociales y había tenido que pagar por ello el mayor precio posible?

Sin embargo, no se trataba solo de su madre. Georgina cerró los ojos un instante e intentó imaginarse a su padre. ¿Qué aspecto tendría? ¿Había indicios en su rostro que lo recordaran, o sería el vivo retrato de Susan Fielding? ¿Sería alguien de buena condición o alguien con quien le hubiera estado prohibido casarse? Tantas preguntas y ninguna respuesta.

Respiró hondo antes de entrar en casa.

Tras regresar a Oxford, Justus se preguntó qué le estaba ocurriendo realmente. Desde que había conocido a la Srta. Fielding no hacía más que olvidarse de sus buenos modales y no hacía más que amenazar con echar a perder no solo su propia reputación, sino también la de la dama a la que supuesta-

mente intentaba ayudar. ¿Cómo se le había ocurrido quedarse hablando con ella junto al lago, los dos solos, con total tranquilidad, cuando cualquiera podría haberlos descubierto en cualquier momento? ¿Cómo podría afectar a la Srta. Fielding si la vieran por ahí, de esa manera, con un hombre de mundo, experimentado? Por poco convencional que fuera como mujer, sería injusto por parte de él fomentar ese comportamiento. Sin embargo, ahora la había invitado a visitar con él a un bibliotecario y dudaba de que ella obtuviera la aprobación de su tía abuela. Su raciocinio no hacía más que recriminarle que estaba actuando con demasiada impulsividad.

Sin embargo, la razón no lo era todo, o eso era lo que le decía otra vocecilla diferente en su interior, un abogado del diablo que ignoraba los motivos racionales y se guiaba solo por sus sentimientos. Y ahora le decía que quería volver a verla.

Después la razón volvió a tomar la palabra. Pero ¿acaso podía llegar a plantearse seriamente el poder aspirar a una relación seria? Era un trotamundos, un viajero en constante camino, siempre en el punto de partida. Con la excepción de la herencia de su madre, sus ingresos eran magros e inestables y apenas tenía nada que ofrecerle a una mujer.

Aquella tarde bebió más de la cuenta tratando de olvidar su dilema, pero el desgarró que sufría por dentro le acompañó hasta sus sueños.

La agitación no permitía a Georgina conciliar el sueño. Los pensamientos se le entremezclaban en la cabeza. Tenía que contarle a Justus von Arnau lo de su descubrimiento sin falta y apenas podía contener la emoción ante la perspectiva de visitar al archivero.

Sin embargo, oscuras emociones se abrían paso entre la euforia. Su confianza en la mujer que siempre había estado a su

lado se tambaleaba, y a pesar de que ser consciente de ello le causaba un gran dolor. Por primera vez, la tía Aga había mencionado a su madre, había abierto la puerta apenas una rendija y después la había cerrado de nuevo de un portazo. Era como si hubiera agitado frente a ella una selecta golosina para retirar la mano en el momento en que la muchacha se estirara para cogerla. Desde el punto de vista de Georgina, saber tan poco era tan insoportable como absolutamente frustrante. Era una tortura conocer las verdades a medias, pues no ofrecía más que espacio para especulaciones sombrías. Aunque hacía tiempo que era consciente de que lo que los silencios ocultaban era algún tipo de escándalo, de niña había tratado de imaginarse a sus padres como a una joven pareja enamorada, había soñado con el momento en que se conocieron y el deseo de corazón de tener un hijo juntos. El hecho de que la tía Aga no contestara a sus inquisitivas preguntas con ninguna historia parecida a la de sus ensoñaciones permitía pensar que la felicidad no les había durado mucho.

¿Cómo habría ocurrido aquel embarazo? Se tapó la cabeza con las manos. ¿Habrían forzado a su madre? ¿Acaso debía su vida a una violación? No tenía suficiente experiencia vital como para ser capaz de imaginarse semejante destino con fidelidad, pero la sola idea bastaba para angustiarla.

Finalmente, se limpió las lágrimas del rostro y tomó una decisión. Seguiría investigando y no se dejaría asustar por las nuevas preguntas que le fueran surgiendo. Tenía derecho a conocer sus orígenes. No había nada más insoportable que la ignorancia.

Georgina volvió a tenderse en la cama y cerró los ojos. Intentó pensar en algo hermoso para poder hallar, por fin, algo de paz.

Lo último que vio fue la escritura espectral, en letras pardas, y una mano fina que señalaba los caracteres con el dedo.

A la mañana siguiente, Georgina se despertó llena de resolución, le dijo a la tía Aga que no se encontraba bien y que quería pasar el día sola en su habitación. A pesar de la mirada perpleja que recibió como respuesta y tras un desayuno particularmente frugal, motivado en parte porque, en cualquier caso, tampoco tenía apetito, volvió a su cuarto y, una hora más tarde, se había escabullido por la escalera auxiliar de la casa en una maniobra que le recordó inevitablemente a su trayecto secreto a Bethnal Green. Nunca habría creído que también tendría que recurrir a semejantes estratagemas en Langthorne.

Cuando salió al aire libre, sintió sus energías renovadas. Tanteó con cuidado una vez más la libreta y el espejo de mano que llevaba en el bolsillo y, con pasos dinámicos, cruzó el jardín hasta la puerta auxiliar que llevaba a la carretera desde un campo cultivado. Detrás de la siguiente curva se encontraba ya, esperándola, el coche.

Justus von Arnau se bajó y la saludó; Georgina, involuntariamente, giró la vista con una mirada nerviosa.

—Vayámonos de inmediato, por favor, Sr. Von Arnau —se limitó a decir ella, y se alegró cuando el cochero giró y se fue alejando de Langthorne.

Ella miró a su acompañante e iba ya a compartir con él su entusiasmo ante el descubrimiento cuando se detuvo en el acto.

Justus von Arnau se mostraba extrañamente ausente. Tenía oscuras sombras bajo los ojos y su piel bronceada parecía inusualmente pálida. Descubrió de pronto en él particularidades de las que no se había percatado hasta ahora: las pequeñas arrugas en torno a los ojos, la nariz hermosa y recta, una ligera cicatriz sobre la mejilla izquierda.

Cuando él se giró de pronto para mirarla, ella dio un respingo y volvió la vista hacia la ventana, ruborizada. Finalmente, decidió ponerle fin al incómodo silencio.

—Hoy parece usted un tanto contrariado, Sr. Von Arnau. ¿Acaso experimenta usted de pronto reservas hacia la visita al bibliotecario?

Él la miró sorprendido.

—En absoluto, Srta. Fielding. Le ruego que disculpe mi falta de simpatía: es simplemente que he dormido mal esta noche.

La sonrisa forzada que le dedicó dejaba entrever que había algo más tras aquella noche en vela que un incómodo insomnio o una indigestión nocturna.

¿Debía preguntarle? Georgina se mordió el labio inferior, pensativa. Ya era bastante inédito que ella se encontrara sentada en aquel coche con un caballero que no era de su familia.

Sin embargo, sus palabras le habían causado inquietud. Recordó una situación parecida en la cena en casa del profesor Buckland, cuando la conversación giró hacia la batalla de Waterloo. En aquel momento, Justus von Arnau había reaccionado de manera similar y había cambiado de tema rápidamente.

El carruaje se agitó al pasar por un bache y él, instintivamente, extendió el brazo para sujetarla. Entonces, apartó la mano con rapidez.

—Espero que no se encuentre usted mal. O que haya recibido malas noticias —sugirió Georgina, sin atreverse a mirarlo.

Con los ojos fijos en sus elegantes zapatos, ella escuchó la voz de él hablarle en un tono muy diferente al que había utilizado hasta ahora.

—¿De verdad quiere usted saber lo que me ocurre, Srta. Fielding?

Georgina alzó la cabeza. Justus von Arnau la miraba con solemnidad, no había el más mínimo indicio de sorna en sus ojos. Ella asintió.

—Pues bien. He dormido mal porque anoche alguien decidió disparar algunas salvas en la ciudad. Imagino que se estaría rindiendo homenaje a alguna personalidad importante. No sé de quién se trataba y tampoco me interesa.

Georgina se colocó la cofia, aunque estaba perfectamente situada. Necesitaba tener las manos ocupadas, pues las palabras que acababa de oír no tenían sentido para ella y no quería mostrar abiertamente su desconcierto.

—Y ¿por qué le perturbó tanto escuchar unas salvas, si se me permite la pregunta? —dijo, con una voz un tanto áspera.

—Porque soy un cobarde que se estremece cada vez que escucha un sonido fuerte y no puede dormir por las noches por temor a las pesadillas —respondió Justus con tal amargura en la voz que asustó a Georgina.

Ella esperó a que continuara hablando, pero él enmudeció tras esas palabras.

—Señor Von Arnau —continuó, pues, ella, con un tono de voz mucho más suave—, quisiera evitar que se produjera entre nosotros cualquier malentendido. Si hay algo que quiera usted confiarme estaré más que encantada de escucharle, pero debe usted hablar con claridad.

En lugar de una respuesta, Justus golpeó la pared del carruaje para indicarle al cochero que se detuviera. Se bajó y sostuvo la puerta invitando a Georgina a bajar.

—¿Le importaría que camináramos un rato, Srta. Fielding? Hace un tiempo agradable y no llueve.

Sorprendida, ella aceptó la mano que él le tendía y bajó al camino con ligereza. El cochero les miró fijamente, en un mudo reproche por el carácter caprichoso de sus pasajeros. Los dos deambularon juntos por el borde del camino, flanqueado por un foso y por densos setos que, a pesar de la época del año, aún aparecían verdes y vivos. El aire fresco arrastraba

las hojas secas y les hacía bailar en el aire una danza en tonos rojos y pardos.

Tras algunos metros, Justus von Arnau se detuvo y la cogió de la mano.

Georgina no se atrevió a moverse. El corazón le latía con tanta fuerza que apenas podía respirar. «¡No me sueltes la mano!», pensó, en una muda súplica.

—Srta. Fielding, he de pedirle disculpas de nuevo por lo inadecuado de mi comportamiento. —Una vez más parecía pensar cómo debía comenzar su historia—. Como usted sabe, fui soldado. Serví como teniente en el ejército prusiano y luché contra Napoleón en Waterloo, por deseo de mi padre.

—¿No quería usted convertirse en soldado? —preguntó ella y sintió, con cierto desamparo, que él reparaba en las libertades que se había tomado y le soltaba la mano.

Agachó la cabeza y, durante un instante, dio la impresión de estar buscando las palabras adecuadas.

—Probablemente no fui un mal soldado. Cumplí con mi deber, tal y como se esperaba de mí. Pero entonces... —Él hizo una pausa y ella esperó, paciente—. Poco después de licenciarme, comenzaron a asolarme las pesadillas. Es algo risible...

—Y ¿por qué iba a ser risible? —tomó ella la palabra—. Discúlpeme, no debería interrumpirle.

Él se encogió de hombros.

—Puede que a una dama se le permita sufrir pesadillas, pero para un hombre es diferente.

—¿Está usted diciendo que se considera poco masculino que a alguien que ha sufrido las experiencias que usted ha vivido le persigan las pesadillas? —preguntó ella, apresuradamente y casi sin pensar, para no perder el valor—. Nunca he visto un campo de batalla con mis propios ojos, Sr. Von Arnau, ni tampoco he perdido a ningún ser querido en la guerra, pero he

leído al respecto y puedo entender perfectamente que las imágenes que conserva usted en su mente no le dejen dormir tranquilo.

Y, tras estas palabras, enmudeció, sorprendida ante su propia osadía.

—Los sueños se han ido volviendo menos frecuentes con los años pero, de vez en cuando... Se desatan a través de los recuerdos, cuando alguien me habla de la guerra u oigo sonidos fuertes como los disparos de ayer, que trajeron todo de vuelta a mi memoria.

Justus se quitó el sombrero y el viento le tapó la cara con el pelo. Aquella imagen guardaba un impresionante paralelismo con la imagen emocional que estaba ofreciendo.

—¿Por qué se tortura con ello? No es nada de lo que deba usted avergonzarse.

Para ella, en ese momento, era como si no existiera nadie más en el mundo que ellos dos, como si no hubiera nada a su alrededor más que el cielo y los árboles, como si el cochero y el simón se encontraran a millas de distancia.

—Mi padre tenía una opinión diferente al respecto —se limitó a responder.

Ella percibió que había algo más que le corroía por dentro y que no acababa de admitir.

—Una experiencia dura, como una guerra, puede cambiar la forma de ser de una persona. Cuando volví del campo de batalla ya no era el mismo que había sido. Mi padre quiso saber por qué me licencié y renuncié a una prestigiosa carrera como oficial. Así que le dije la verdad.

—¿Y acabó en pelea?

—No quiso aceptar mi decisión. Me acusó de querer disfrutar solo de los placeres de la vida, cuando lo único que pretendía era olvidar lo vivido en la guerra. Pasaba la noche fuera

de casa o volvía borracho. Pasé por una etapa que no me gusta recordar y de la que no me siento orgulloso en absoluto. No le puedo reprochar a mi padre su reacción. Nunca fue soldado: simplemente, no puede entenderlo.

Georgina no sabía bien en qué dirección mirar. Nunca un hombre se había sincerado con ella de esa manera y se preguntaba cómo debía reaccionar. Hasta el momento, se había imaginado a Justus von Arnau como un viajero experimentado, conocedor del mundo, seguro de sí mismo, pero ahora lo veía bajo una luz completamente distinta. Era alguien más humano, más vulnerable.

La tía Anne nunca le había explicado cómo debía comportarse una dama cuando un hombre le abría su corazón. Se quitó en silencio uno de sus guantes y le ofreció la mano desnuda. Él la miró sorprendido y, tras notar que ella asentía casi imperceptiblemente, apretó la mano amiga contra sus labios.

Cuando volvieron a sentarse en el coche Georgina, con la respiración entrecortada como si hubiera estado corriendo, cayó en la cuenta de que llevaba queriendo hablar con Justus desde el día anterior. Bajo la mirada perpleja de él, sacó el espejo y la libreta del bolsillo de su abrigo, tomó la hoja de papel lino y la sostuvo frente al cristal reflectante.

—Mire bien. ¡Ahí está nuestra lengua extranjera! —dijo ella, encantada.

Boquiabierto, paseó la mirada entre el reflejo y la hoja, la hoja y el reflejo.

—Maldita sea, yo... Disculpe. Pero es que es...

—Increíble, ¿verdad? Lo descubrí por casualidad. ¿Puede usted hacer algo con ello?

Él se tomó unos segundos para pensar. Cuando Georgina iba ya a decir algo, él le indicó con un gesto que esperara un

instante, que tenía algo en mente. Entonces, se irguió de pronto y la miró, triunfante.

—Srta. Fielding, ¿sabe usted de qué me he acordado? Sin duda conoce usted a Leonardo da Vinci.

—Por supuesto, el famoso pintor. ¿Quién no le conoce? —replicó Georgina.

—Usted ha dicho *pintor* lo cual, evidentemente, no es una descripción errónea. Sin embargo, en mis viajes por Italia pude comprobar que no solo fue un gran artista, sino también un científico e investigador muy destacado. Fue un adelantado a su tiempo en muchos aspectos, hasta el punto de llegar a diseñar armas de fuego, bombas de agua y otras máquinas ya en su momento.

—Eso es algo muy interesante, sin duda, Sr. Von Arnau, pero ¿qué tiene eso que ver con mi libreta? —dijo Georgina, que se veía incapaz de compartir su entusiasmo.

Justus se inclinó hacia delante y señaló la hoja.

—Este papel es considerablemente más antiguo que el propio diario. Creo que en eso estamos de acuerdo.

Ella asintió.

—Un erudito con el que tuve el placer de conversar largo y tendido en Milán me contó que Leonardo había dejado para la posteridad numerosos apuntes y dibujos con los que plasmó en diversos diarios sus conocimientos y descubrimientos tanto en palabra como en imagen. Pero esas anotaciones figuran siempre en escritura especular.

CAPÍTULO XIII

Así, de vez en cuando, el fondo del mar se alza hasta la superficie y deja a la vista las conchas allí dispuestas.

LEONARDO DA VINCI

EL CARRUAJE ENTRÓ TRAQUETEANDO EN LA CIUDAD. YA en octubre, el primer trimestre del año estaba a pleno rendimiento y las calles rebosaban de estudiantes, muchos de ellos recién llegados, que se reían junto a sus viejos compañeros o se presentaban de la forma ruidosa y alegre que caracteriza a los jóvenes universitarios. Entre ellos caminaban los venerables docentes, con sus togas ceremoniales y sus birretes, como si ningún jolgorio en este mundo pudiera perturbarlos.

Los cascos de los caballos resonaban sobre el empedrado y Georgina observó, fascinada, por la ventana hasta que el coche se detuvo con un frenazo seco. Justus se levantó, pagó, la ayudó a salir y señaló una elegante construcción de piedra amarilla cuyo poderoso y anguloso torreón vigilaba el Cherwell y el puente de la Magdalena.

—Conozco ese edificio, es maravilloso. Es una lástima que hoy no sea el primero de mayo —comentó ella mirando hacia arriba con anhelo en los ojos.

—¿Por qué? —preguntó Justus—. No me cabe duda de que bajo la luz del sol tendrá un aspecto más impresionante, pero...

—No —le interrumpió ella—. Cada 1 de mayo, a primera hora de la mañana, casi con el alba, un coro de hombres y niños canta desde la torre himnos en latín. Es como si acompañaran al sol con sus voces, por lo que tengo entendido. Por desgracia nunca me encuentro aquí puesto que, en esa época del año, siempre estoy en Londres, pero algún día podré escucharlo. Es algo que me he propuesto firmemente.

—Suena maravilloso —dijo Justus, y siguió la mirada de Georgina hacia arriba, a la balaustrada, tras la cual solían reunirse los miembros del coro.

¿Y si el mayo siguiente aún se encontraba en Inglaterra y podía escuchar junto a ella los himnos? Fue un pensamiento fugaz que pasó por su mente pero que él descartó en seguida. Señaló a la puerta que llevaba al patio interior.

—¿Vamos? El Sr. Gilmore parecía muy satisfecho de poder contarnos algo sobre la historia de Norfolk. Por lo que se ve, no hay mucho interés actualmente en su especialidad.

El archivero tenía su habitación en lo más alto de la torre y, cuando Georgina miró a aquel caballero de cabellos blancos y aspecto frágil, se preguntó si no era exigirle demasiado que subiera cada día hasta allí. Él les recibió en la puerta y los observó con ojos relucientes e inteligentes maximizados por un par de anteojos.

—Qué detalle por su parte que se hayan tomado la molestia de venir hasta aquí —dijo, y dio un paso atrás para permitir el acceso a Georgina y Justus. Se inclinó, entonces, ante Georgina—. Me llamo Horace Gilmore.

—Yo le agradezco a usted que haya encontrado tiempo para recibirnos —repuso Georgina.

Justus, por su parte, añadió:

—Como ya le dije ayer, el placer es enteramente nuestro.

El anciano les ofreció dos sillas junto a una mesa cubierta con una gruesa capa de infolios, libros y pilas de papel que a

Georgina le recordaron instintivamente a estratos geológicos que ocultaran algún que otro tesoro. ¿Cuánto tiempo llevaría trabajando allí y amontonando documentos?

El archivero se llevó la mano al pecho e inclinó la cabeza con humildad.

—¿En qué puedo ayudarles?

Georgina carraspeó para recordarle a Justus que, al fin y al cabo, la investigación era suya y él la invitó, con un gesto de la mano, a iniciar la conversación.

—Sr. Gilmore, nos interesa la familia Coke, que reside en Holkham Hall, así como la colección de manuscritos que guardan allí.

Una sonrisa se dibujó de inmediato en el rostro del alemán. No se le había ocurrido eso.

—Sí, el primer duque de Leicester fue un gran coleccionista. Realizó un viaje formativo por el continente, tal y como solían hacer los hijos de las casas más prominentes cuando terminaban sus estudios. Su travesía le llevó hasta Italia, donde se hizo con numerosos artículos artísticos.

Georgina escuchó, fascinada.

—A su regreso, hizo construir la casa señorial para albergar sus tesoros. Es una lástima, pero la dinastía para la que quizá se construyó el castillo no llegó a mantenerse. El único hijo del duque murió seis años antes que él. El título quedó desierto.

Llegaron entonces a la parte de la historia que habían averiguado por medio del librero.

—La familia Coke, que es la que actualmente reside allí, tomó ese nombre con posterioridad. Su apellido inicial era Roberts. A la vista de las posesiones y del patrimonio asociado que lo acompañaba, rebautizarse pareció algo normal y lógico.

—Pero ¿no son los duques de Leicester? —sugirió Justus.

—No, señor. Solo el rey tiene poder de otorgar de nuevo el título —explicó el Sr. Gilmore—. Semejante honor solo puede recaer sobre sus servidores más leales. Un título no suele otorgarse a la ligera.

—¿Podría usted contarnos algo sobre los manuscritos que allí se custodian? —preguntó Georgina, quien ya se sentía satisfecha con lo que sabía de la dinastía de los Coke; tras un instante de reflexión, decidió hacer una pregunta osada—. He oído decir que tienen un documento escrito con letra especular. Debe ser algo fuera de lo común, ¿no es cierto?

El archivero la miró, asombrado.

—Pues, de hecho, así es. Hay poca gente que sepa que pueden encontrarse documentos de ese tipo en Holkham Hall. El viejo duque los trajo de su travesía por Italia. Por lo que se dice, es obra del gran Leonardo da Vinci.

Georgina y Justus se sonrieron el uno al otro, triunfantes.

—Lo sabía —dijo él—. Es una noticia sensacional, Sr. Gilmore.

El viejo bibliotecario le miró sorprendido.

—Bueno, no sé si yo me referiría a ello en esos términos, señor. Al fin y al cabo Da Vinci se hizo famoso por ser un gran artista, no por sus escritos literarios. ¿Qué puede ser más impresionante que su *Última cena* o que la *Mona Lisa*? Tampoco puedo decirles en qué consisten esos escritos pues, por lo que sé, nunca se han investigado ni traducido. El duque los adquirió y los guardó como un tesoro, pero nunca les dio ningún uso.

—¿Sabe si alguna vez ha ido alguien allí para examinar los manuscritos? —quiso saber Georgina.

El Sr. Gilmore se encogió de hombros, dubitativo, y agitó la cabeza. Quizás la sequedad del papel había ido decolorando

también su espíritu. «Quizás podría mostrar un poco más de entusiasmo cuando se le pregunta por un tema tan fascinante», pensó Georgina.

—Puede ser, pero me temo que no conozco en persona a la familia Coke. Yo mismo nunca he visto en persona los manuscritos en cuestión y solo he estado en Holkham Hall una vez. Por desgracia, el bibliotecario se encontraba ausente durante mi visita y no pude echarle ni siquiera un vistazo a la colección —dijo, con evidente pesar en la voz.

Justus y Georgina se despedirían poco después con cortesía y la promesa de ir a visitar en alguna ocasión la colección de instrumentos científicos de las que él mismo era responsable.

Cuando el Sr. Gilmore hubo cerrado la gastada puerta de madera tras de sí y retornado a sus libros y papeles, Justus se colocó frente a Georgina y abrió los brazos con las palmas hacia arriba.

—¿Qué puedo decir, Srta. Fielding?

—Es increíble —dijo ella, profundamente impresionada—. Aunque, evidentemente, no explica por qué Joshua Hart tenía aquel papel en su propiedad.

Él asintió.

—Esa es una cuestión interesante. ¿Por qué ocultó esa hoja en concreto dentro del cuadernillo? Y ¿qué ha sido de él? Y ¿qué relación puede haber entre ese hombre y usted?

Por suerte se encontraban ya bajando por la escalera y eso evitó que él pudiera ver la expresión de su rostro. Georgina esperaba una mejor ocasión para hablarle a Justus von Arnau de sus suposiciones.

El edificio era un lugar silencioso al que no llegaba la algarabía de los estudiantes. Probablemente poca gente pasaba por aquella destartada torre.

Ya en el coche, fueron intercambiando preguntas como quien juega a tirarse la pelota. Ambos sentían que habían dado con una pista importante, algo extraordinario que solo les pertenecía a ellos. El cansancio y el abatimiento de Justus habían desaparecido y, en su lugar, parecía haberle sobrevenido una especie de entusiasmo febril.

—Tenemos que ir incuestionablemente a Norfolk y ver el manuscrito en persona —declaró Georgina, sin aliento—. Podríamos incluso preguntar con precaución si falta alguna hoja o si alguien la robó.

Tenía las mejillas encendidas por la excitación.

Justus se inclinó hacia delante y la miró directamente a los ojos.

—¿He oído la palabra «tenemos»?

Georgina asintió.

—He de hablar con mi tía abuela, Sr. Von Arnau. Todo esto es demasiado importante. Le pediré permiso hoy mismo. Y le diré la verdad sobre nuestra excursión de hoy, que he realizado sin su conocimiento.

Se preparó interiormente para el enfrentamiento que tendría lugar después y que no sería agradable, puesto que la tía Aga podía llegar a ser muy estricta. Sin duda se sentiría engañada y dolida.

Sin embargo, ocurrió algo inesperado. Justus acababa de ayudar a Georgina a bajarse del coche cuando Ellen abrió la puerta de la casa.

—Srta. Fielding, tiene visita.

Desde el salón surgió una voz masculina y Georgina miró a Justus sin comprender.

—Un tal Sr. Martinaw de Londres ha solicitado que lo reciba. La señora le ha atendido ya por usted —explicó Ellen con una reverencia—. Habíamos ido ya a buscarla —prosiguió, con cierto tono de reproche en la voz.

Justus dudó. Georgina dio instintivamente un paso hacia él y sintió la necesidad de explicárselo todo. La sola idea de que él se marchara sin más le resultaba insoportable.

—Señor Von Arnau... Queríamos...

Él se adelantó, le tomó de la mano y realizó una reverencia.

—He venido en mal momento, a mi parecer. Le ruego que me indique cuándo podría ser una ocasión más oportuna. Ya sabe usted cómo encontrarme.

Sus palabras fueron distantes y sucintas, pero la expresión de sus ojos decía algo distinto.

Para Georgina, sonaron como una despedida definitiva y sin remedio. Era como si Londres y todo lo que representaba hubiera alargado una inmensa garra y la hubiera arrancado del lado de Justus sin piedad. El hecho de que St. John Martinaw se hubiera tomado la libertad de actuar de esa manera era un gesto mucho más significativo de lo que a ella le gustaría. Y cuando miró a los ojos de Justus, vio en ellos que él también lo había interpretado así. Ella le escribiría y trataría de explicarle todo, pero las reglas de la cortesía no le permitían más opción que despedirse de él de esa manera.

—Lo lamento profundamente. Desconocía que esta visita fuera a producirse —dijo y, después, alzó la mano y le hizo una seña casi imperceptible—. Le deseo a usted felices sueños, Sr. Von Arnau.

Al oír un comentario tan poco usual, la doncella arqueó las cejas, pero Georgina fingió no darse cuenta. Cuando la puerta se cerró tras Justus, tendió a Ellen su abrigo y se dirigió al salón.

—Srta. Fielding, es un placer para mí volver a verla.

St. John Martinaw se levantó del sofá y se inclinó formalmente ante ella. Nuevamente lucía una casaca de aspecto dis-

creto que, conjuntada con una corbata blanca, le daba cierto aspecto de predicador. Ahora que lo veía inmediatamente después de haber compartido unas horas con Justus von Arnau, la diferencia de edad entre ambos hombres se hacía mucho más evidente.

Georgina hizo una reverencia con los ojos en el suelo por miedo a que leyera en ellos que sus pensamientos estaban puestos en otro hombre. Dirigió entonces a su tía abuela, que estaba sentada en su sillón favorito con una labor de costura en el regazo, una mirada cargada de preguntas.

—Me alegro mucho de que te encuentres mejor, querida —dijo *lady* Agatha con una expresión preñada de significado—. El Sr. Martinaw y yo hemos estado intercambiando impresiones y hemos mantenido una conversación muy provechosa. Ha entendido perfectamente que no pudieras recibirle de inmediato, habida cuenta de lo inesperado de su visita. Ya le he explicado que tu paseo matutino es como un ritual sagrado para ti, al que solo renuncias cuando hay un vendaval o una tormenta de nieve.

Georgina, sintiendo todavía cercana y cautivadora la presencia de Justus von Arnau, apenas podía prestar atención a su visitante. Sabía que la aguardaba una conversación muy seria con su tía Aga más adelante pero, de momento, era una conversación distinta a la que tenía que enfrentarse ahora.

—Así es, Sr. Martinaw. Algo de ejercicio al aire fresco previene cualquier enfermedad —dijo, pero entonces recordó la profesión de su interlocutor—. Discúlpeme, es usted médico. No pretendía darle lecciones en su propio campo.

Él alzó la mano para interrumpirla con amabilidad.

—Mi estimada Srta. Fielding, las enfermedades que pueden prevenirse con un paseo no son las que yo sano con el escapelo. Yo me ocupo de esos casos difíciles por los que la luz

y el movimiento físico no pueden hacer nada. Sin embargo, para prevenir los catarros y otras molestias, los paseos son, sin duda, muy recomendables.

—Un escritor alemán que visitó Londres el año pasado sugirió una vez que las mujeres inglesas tienen los pies grandes de tanto andar por ahí —mencionó *lady* Agatha con descaro.

¿Era eso una referencia velada a Justus von Arnau? Georgina la miró indignada, pero la tía Aga permaneció imperturbable.

Se sentaron todos y Georgina ocupó un lugar apartado en el sofá. No podía pensar con claridad. Esa mañana le había supuesto demasiadas emociones. Primero, la conversación íntima con Justus von Arnau y sus valientes confesiones; después, los nuevos descubrimientos en torno a las notas de Leonardo y, ahora, aquel inesperado representante de un mundo que casi había olvidado.

Martinaw carraspeó.

—Mi estimada Srta. Fielding, quisiera disculparme por haberle escrito con tan poca frecuencia. Me temo que se han producido algunos casos de cólera en Londres que, junto con mis obligaciones quirúrgicas, requirieron gran parte de mi atención. Cuando existe el riesgo de una epidemia nadie puede mantenerse al margen, aunque no se corresponda con su campo de actividad principal. Por ese motivo he permanecido día y noche en el hospital, para ayudar a limitar el alcance de la enfermedad y evitar que el brote fuera a mayores.

Aunque Georgina hubiera preferido marcharse a disfrutar de la soledad de su habitación, respondió con cortesía:

—Lo entiendo perfectamente, Sr. Martinaw, y encuentro su dedicación absolutamente admirable. Es una enfermedad terrible que parece imposible de dominar.

A todas luces satisfecho de no asustar a las damas con un tema tan escabroso, el cirujano continuó su narración.

—Se cree que su origen son las llamadas miasmas, efluvios malignos de los que no querrían ustedes que les hablara en más detalle. Se encuentran siempre flotando por la ciudad, pero atacan de forma puntual y repentina y producen la aparición de la enfermedad. Hasta la fecha, nadie sabe cómo combatirlos. La medicina tan solo puede luchar contra los síntomas, pero no eliminar su origen. Aún queda mucho por hacer en ese campo.

Hablaba con tal celo que sus mejillas se colorearon con motas rojizas, dándole un aspecto totalmente nuevo a su rostro, habitualmente pálido. Entonces, pareció recordar el motivo que le había llevado hasta allí en primer lugar.

—Discúlpenme, no quisiera aburrirlas con cuestiones profesionales. Simplemente pretendía explicar el motivo por el cual he escrito con tan poca asiduidad.

Entonces, carraspeó de nuevo, más por el nerviosismo que por una repentina irritación de garganta.

—Mi estimada Srta. Fielding, durante su ausencia he tenido el placer de poder estrechar lazos con su abuelo y sus tíos —dijo St. John Martinaw, y tomó un sorbo de té.

Georgina se dio cuenta, con un extraño malestar, de que su tía abuela había sacado la porcelana Wedgwood más fina, destinada únicamente a los invitados más señalados. ¿Se debería a la preeminencia social que tenía actualmente Martinaw o es que la tía Anne o el abuelo le habrían escrito para pedirle que agasajara a su invitado con sus mejores galas?

—Sí.

Georgina trató de pensar a toda prisa una réplica razonable, pero en su mente solo había sitio para Joshua Hart, Leonardo da Vinci y Justus von Arnau. Los acontecimientos se habían desarrollado paulatinamente como una bola de nieve pero, al igual que esta, se habían abalanzado sobre ella con rapidez y sin piedad.

—Evidentemente, me alegro mucho, Sr. Martinaw. Pero su visita... He de decir que me ha sorprendido. ¿Tiene usted algún quehacer por la zona?

Él la miró un tanto sorprendido y Georgina, con las mejillas encendidas, se preguntó si habría hablado de forma descortés o falta de tacto.

—Sí y no. Tengo conocidos en Thame, a pocas millas de aquí. Cada cierto tiempo voy a visitarlos, pero sabiendo que se encontraba usted aquí... —enmudeció y enrojeció de nuevo—. No quería esperar a que volviera usted a Londres para volver a verla, Srta. Fielding.

Miró entonces a su tía, en busca de ayuda, pero *lady* Agatha había enhebrado un hilo de un color distinto y proseguía, imperturbable, su labor de costura.

—Querida, espero que sepas valorar semejante acto. En esta época del año, los caminos no se encuentran en demasiado buen estado y el que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí es algo que honra al Sr. Martinaw.

—Por supuesto, tía Aga.

¿Sería esto el castigo por su escapada?

—He invitado a cenar al Sr. Martinaw mañana.

Georgina se sintió aliviada al saber que no le esperaban esa misma noche. Eso le daba tiempo a escribir a Justus von Arnau para explicarle lo ocurrido y pensar con él cómo realizar el viaje planeado a Holkham Hall.

Mantuvieron una conversación inofensiva sobre Oxford y la sociedad londinense, aunque se produjeron varias pausas incómodas que delataron que Martinaw no estaba particularmente dotado para la conversación informal.

Finalmente, ella le contó sus dos visitas oficiales a William Buckland, que hicieron que el rostro de él se iluminara.

—Srta. Fielding, eso es maravilloso. Qué amistad más interesante. Hábleme usted de él.

Se mostró muy interesado mientras ella le hablaba de la memorable degustación del menú, pero su entusiasmo se esfumó cuando la conversación llegaba al momento del debate en casa de Buckland.

Georgina, quien finalmente había recuperado la serenidad, le fue explicando con inocencia los hallazgos y teorías de Buckland, mientras el semblante de St. John Martinaw iba enturbiándose por momentos.

—Tengo la sensación de que ese caballero interpreta la Biblia de forma muy liberal —espetó en un momento dado.

Georgina asintió.

—Así es, a pesar de que el Sr. Buckland es, de hecho, un religioso —dijo, y frunció los labios—. Creo que mantiene una lucha en su interior. Aunque no lo deje entrever, no debe ser fácil compaginar ese afán investigador con el servicio a Dios.

—En ese caso, debería empezar por reconocer en la naturaleza la obra de Dios y utilizar esa certeza como base para todas sus investigaciones —repuso Martinaw, cortante.

Georgina le miró sorprendida. Él mismo era un hombre de ciencia que bregaba a diario con las funciones del cuerpo humano y que comparaba dientes de animales.

—Sin embargo, puede ocurrir que un científico tope con algunos conceptos que, al menos a primera vista, no casen con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras —objetó ella.

Martinaw agitó la cabeza.

—En ese caso, la palabra de Dios debe tener prioridad sin lugar a dudas.

Georgina miró impotente a la tía Aga, quien había arqueado las cejas pero seguía sin apartar la vista de su labor. Esperaba de ella algún reproche, pero su tía guardaba silencio.

Sin embargo, Georgina se percató de que *lady* Agatha torcía ligeramente la comisura de la boca, y se lo tomó como una buena señal.

Se miró pudorosamente los pies y trató de pensar con rapidez algo que decirle a Martinaw. Entonces, levantó la vista.

—Sr. Martinaw, cuéntenos algo de su trabajo en Londres. ¿Ha seguido adelante con sus investigaciones comparativas de dientes? Llevo mucho tiempo pensando en sus noticias.

Lady Agatha alzó finalmente la cabeza.

—Suenan interesantes. A mí también me gustaría oírlo.

Él se recostó, satisfecho ante tanta atención femenina, y comenzó a relatarles sus investigaciones desde sus inicios.

Justus von Arnau avanzó con pasos enérgicos por el patio anterior de Langthorne House, entregó al cochero una generosa cantidad sin mediar palabra y le hizo marchar. Entonces, el mozo de cuadras de *lady* Agatha, que se había echado por encima una capa para la lluvia y se acariciaba la negra barba, se le acercó.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

Justus negó con la cabeza.

—Gracias, simplemente prefiero ir andando.

Y con esas palabras, se subió el cuello del abrigo y se puso en camino hacia la puerta mientras Samuel lo observaba, atónito.

Había empezado a llover, pero Justus quería estar solo, sentir el viento en la cabeza y recuperar la capacidad de pensar con claridad. Aún notaba que le temblaban las manos y el calor que estas emitían después de apretar los puños con una fuerza insólita. Se había clavado las uñas en las palmas.

Si bien ya no podía mentirse en lo referente a sus sentimientos hacia la Srta. Fielding, nunca se había planteado seria-

mente establecer una relación formal con ella. Por fuerte que fuera su atracción, le amedrentaba la idea de renunciar a la vida sin ataduras que llevaba. ¿Hacia dónde iría? Tenía vedado el retorno a Wiedenau a menos que aceptara las condiciones de su padre.

Sin embargo, su falta de decisión le había asestado, ahora, un duro golpe.

Un visitante de Londres había venido a ver a la Srta. Fielding. Quizás ese tal Sr. Martinaw era solo un amigo de la familia, un conocido que se encontraba por la zona y había decidido realizar una visita de cortesía. «¿Y si no es eso?», porfió una insistente voz en su cabeza. Ella había reaccionado de forma muy llamativa al oír su nombre. Ese nombre. Le sonaba de algo. Justus se devanó los sesos, pero no logró recordar de qué.

Se insistió en que la Srta. Fielding estaba en su perfecto derecho a recibir visitas. Al fin y al cabo, se conocían desde hacía poco tiempo y ella tendría, sin duda, sus propios amigos y conocidos, todo un pequeño mundo desconocido para él.

Nunca había intentado averiguar si ella estaba prometida. Preguntárselo directamente habría resultado indiscreto, y ella tampoco lo había mencionado nunca. Ahora que aquel visitante inesperado había hecho su aparición, se sentía como un necio. Quizás no había hecho más que perder el tiempo entre dudas y cavilaciones, quizás la Srta. Fielding llevaba todo ese tiempo prometida a otro.

Le perturbaba el hecho de que no lograba recordar dónde había coincidido ya con aquel caballero, a pesar de contar con una buena memoria. Se repitió el apellido una y otra vez en voz alta, como si de esa manera pudiera convocarlo al presente desde sus recuerdos. Entonces, cayó en la cuenta.

¡St. John Martinaw era el médico con el que había conversado en aquella cena en Londres! Aquel hombre serio y so-

lemne que, en un principio, se había mostrado reservado, pero que luego se había animado hablando de geología. Había sido de sus labios de quien había escuchado por primera vez el nombre de William Buckland.

Desde entonces, Justus no había vuelto a pensar ni una sola vez en Martinaw. Aquel hombre no le había resultado particularmente simpático. O quizás también pudiera ser que sus propias emociones le estuvieran jugando una mala pasada y que el recuerdo de aquella velada, tiempo atrás, se viera salpicado de alguna manera por los sucesos actuales y por lo que sentía por Georgina. Estaba furioso consigo mismo porque parecía estar perdiendo la capacidad para razonar con sensatez y se devanaba los sesos con cuestiones sobre las que no tenía ninguna certeza.

Disgustado, le dio una patada a un pegote de tierra que se estampó contra una valla y la hizo temblar. Sentía que algo en él se había roto tras su despedida de Georgina. Se dio cuenta de que ella estaba atrapada en su mundo, limitada por su entorno, y que aquel vínculo especial que parecían haber establecido en los pocos encuentros ocurridos entre ellos amenazaba con resquebrajarse.

¿Qué sería de aquellos planes de viajar juntos a Norfolk, de investigar la colección de piedras y la libreta de Joshua Hart? ¿Es que solo había sido un sueño? ¿O le comunicaría Georgina al día siguiente que solo había sido una visita de cortesía y, en aquella manera impulsiva que tenía de comportarse, le preguntaría directamente que dónde la recogería con el coche para ir a Holkham Hall?

Siguió caminando pero, para cuando las primeras torres de la ciudad comenzaron a despuntar en el cielo lluvioso, fue como si Oxford hubiera perdido, de pronto, toda su magia.

CAPÍTULO XIV

No exijo demasiado a los jóvenes en cuanto a lo que tengan que decir del matrimonio... Si expresan una clara antipatía por alguien, suelo interpretarlo como que no han encontrado a la persona adecuada.

JANE AUSTEN

GEORGINA YA NO ESTABA SEGURA DE CÓMO HABÍA SIDO CAPAZ de soportar la conversación con St. John Martinaw. Por fortuna, tenía mucho que contar sobre sus investigaciones en torno a dientes y huesos, por lo que ella apenas había tenido que esforzarse por participar en el diálogo, si bien había tenido que fingir escuchar con atención y sentir gran interés.

Después de que él se despidiera de ella y de *lady* Agatha con las habituales fórmulas de agradecimiento, Georgina quiso dirigirse rápidamente a su cuarto para escribir con calma una carta a Justus von Arnau, pero su tía abuela la retuvo.

—No tan rápido, querida. Quiero hablar contigo.

Era de esperar.

La tía Aga señaló el sofá en el que Georgina había estado sentada y ella misma volvió a tomar asiento, esta vez dejando a un lado su labor de costura.

—He oído llegar un coche antes de que entraras. Y no me dijiste nada de que tuvieras intención de dar un paseo.

Con voz entrecortada, Georgina le contó su escapada secreta a Oxford. Sentía que esta vez había ido demasiado lejos. La tía Aga había tenido mucha paciencia, incluso la había apoyado en algunas de sus locas empresas, pero no le toleraría ese tipo de comportamiento así como así.

Sin embargo, no hubo reproches, no hubo críticas ni gritos. La tía Aga eligió una manera mucho más sutil de mostrarle lo inapropiado de sus actos.

—El Sr. Martinaw es ese caballero que te escribió hace un tiempo, ¿no es así? ¿El que estuvo invitado a cenar en casa de tu abuelo? —quiso saber ella con un tono que no admitía réplica—. Da la impresión de que se está tomando muchas molestias para ganarse tus simpatías. Me sorprende que no me hayas vuelto a hablar de él.

—No te he vuelto a hablar de él porque no hay mucho de lo que hablar. Solo nos hemos visto en Londres, en aquella ocasión.

—En la que conversasteis muy animadamente —mencionó *lady* Agatha.

—Eso es cierto —tuvo que admitir Georgina—. La tía Anne le tiene mucha simpatía.

—No me interesa lo que tu tía opine de él —replicó *lady* Agatha—. Lo que me gustaría saber es qué opinas tú.

Georgina retorció un pañuelo entre las manos mientras buscaba una respuesta lo menos comprometedora posible. Se preguntó de nuevo en qué momento y por qué motivo la confianza que solía existir entre ambas se había desvanecido. Quizás se debía al hecho de que la tía Aga se había callado demasiadas cosas, y aún seguía callándose las.

—Es un caballero, a pesar de que se gana la vida trabajando —dijo, finalmente—. Un hombre digno e irreprochable con perspectivas muy halagüeñas, de eso estoy segura.

—¿Y? —insistió *lady* Agatha, sin piedad.

—Es viejo.

—No exageres. Tener cierta edad también tiene sus ventajas. Los hombres se vuelven más caseros y sensatos cuando han dejado atrás su primera juventud.

Georgina dudaba que St. John Martinaw hubiera aflojado el firme corsé de su rectitud moral alguna vez en su vida.

—Georgina, querida, es bastante evidente que tiene previsto hacerte una proposición no tardando mucho. El afán por mantener correspondencia, el que haya estrechado lazos con tu familia, la visita de hoy... Tienes edad suficiente como para ser consciente de sus intenciones. Me gustaría saber cuál es tu postura al respecto. Cuando un hombre tan notable pone todas sus atenciones en ti, lo más sensato es no dejarse ver por la ciudad a solas con otros caballeros —dijo, y la manera en la que pronunció «otros caballeros» no presagiaba nada bueno.

Georgina se vio repentinamente transportada de nuevo a la carretera, junto al carruaje, con el amplio cielo otoñal sobre sus cabezas y los árboles multicolores flanqueándolos y Justus von Arnau apretándole la mano con fuerza.

Entonces, notó cómo un dedo frío le tocaba la barbilla y le alzaba el rostro.

—Sientes algo por él. Algo serio.

No era una pregunta, sino una afirmación. *Lady* Agatha leía su mente como si tuviera la cabeza de cristal.

—Por ese alemán.

Georgina asintió. En ese momento la respuesta era, en cualquier caso, más que evidente.

Lady Agatha suspiró y se recostó de nuevo en el sillón.

—Es lo que me temía.

—¿Por qué te lo temías? —preguntó Georgina—. ¿Qué puedes reprocharle? Tú misma le invitaste a tu casa.

—Puede ser, pero ¿qué sabemos acerca de él? Es un escritor de viajes con ingresos inciertos que vaga de un país a otro, nunca habla de su familia, va conociendo a gente aquí y allá y nunca permanece mucho tiempo en un mismo lugar. Lo cierto es que no tiene ni empleo ni una herencia pues, por lo que pude entender, es un hijo menor. ¿Qué puede ofrecerte un hombre así? ¿Acaso te ha dado pie a tener esperanzas?

Georgina fue enrojeciendo conforme la tía Aga fue convirtiendo en palabras las mismas preguntas que, hasta ahora, se habían mantenido como meros pensamientos que la habían asaltado solo en breves momentos de temor. La objetividad con que *lady* Agatha las presentaba, no obstante, la ofendieron. Aún se encontraba presa del tacto de la mano de Justus en la suya, de la mirada que él le había dirigido cuando se despidieron. Por otra parte, ella era evidentemente consciente de que no tenía más opciones que o llevar su atracción a buen puerto, o reprimirla para siempre. No había otro camino.

Su familia había depositado todas sus esperanzas en la posibilidad de que ella encontrara un buen partido, en que se casara con un hombre honorable, aunque no necesariamente mucho más rico que ella, y de más edad. Pero ¿qué era de ella? ¿Es que nadie le iba a pedir su opinión?

Todas estas ideas le recorrieron la mente en segundos y apenas tuvo tiempo de buscar una respuesta.

—Georgina, me gustaría que me dijeras lo que esperas de un hombre así. Puede que sea encantador y listo, no tengo inconveniente en admitirlo, pero no puedo ni imaginarme que sea capaz de ofrecerte un futuro seguro. Y no puedo pasar por alto el hecho de que te llevara en coche sin mi permiso.

—Pero él me apoya en lo que es más importante para mí. Me da libertad, que es algo que nunca tendría con St. John Martinaw —protestó ella.

Lady Agatha arqueó las cejas.

—Y quizás haga bien, querida. También yo te he dado mucha libertad, pero ya es hora de que entiendas que el juego ha llegado a su fin. Ahora eres una mujer. Ningún caballero, y mucho menos un destacado médico, se casaría con una mujer que se viste con ropa de hombre y va por ahí sin una dama de compañía. Espero que lo tengas claro.

Georgina la miró, profundamente herida.

—Yo pensé que eras diferente. Siempre has hablado con desprecio de las mujeres que se doblegan a la voluntad de los demás. Siempre has dado a entender que tú te regías por normas diferentes.

Su tía abuela alzó la mano en gesto de advertencia.

—Yo me lo podía permitir porque no tardé en convertirme en una viuda adinerada. Por eso he podido tomarme ciertas libertades en lo concerniente a los convencionalismos sociales. Sin embargo, tú no tienes tanta suerte.

Aquellas palabras se le clavaron a Georgina como puñales. Siempre había albergado el secreto deseo de, algún día, vivir una vida independiente como la de su tía abuela, pero ahora comprendía que aquel sueño se estrellaba finalmente contra el muro de la realidad.

—¿Te ha escrito el abuelo para avisarte de la visita y para que pudieras, así, agasajar al Sr. Martinaw de la mejor manera posible? —preguntó, enojada—. ¿Lo habéis hablado todo a mis espaldas para que yo fuera la última en enterarme? ¡Estoy tan harta de que todo el mundo gobierne mi vida!

—No —respondió *lady* Agatha agitando la cabeza—. Me sorprendí tanto como tú.

—Y bien, ¿qué te parece? Sé sincera conmigo. Dime a la cara que te parece que St. John Martinaw es un hombre más interesante y agradable que Justus von Arnau —la retó Georgina, y se cruzó de brazos con obstinación.

Lady Agatha reflexionó más tiempo del que cabía esperar.

—No, no puedo. El Sr. Von Arnau es más apuesto, es un hombre de mundo más capaz de mantener una conversación amena. Sin embargo, esas no son virtudes decisivas a la hora de concertar un matrimonio, querida. Un matrimonio no es una reunión para el té, ni una cena en sociedad en la que no cabe desear otra cosa más que pasar un rato entretenido. Es una sociedad, y dentro de esa sociedad hay que criar hijos, sacar adelante un hogar, con todas las obligaciones que eso conlleva. Lo que yo deseo es que encuentres un hombre que pueda darte esa vida. Un hombre que no tenga la mente puesta en viajar al lugar más remoto o en correr aventuras emocionantes, sino en volver a casa cada noche y encontrar la felicidad en su familia. Y estoy convencida de que St. John Martinaw es alguien mucho más capaz de cumplir con ese papel que el Sr. Von Arnau.

Georgina la escuchaba con aparente tranquilidad, pero su interior estaba en ebullición. Debía reconocer que la libertad que *lady* Agatha le había regalado durante tanto tiempo había encontrado un abrupto final. Se sintió engañada, pues siempre había pensado estar hecha para otro papel.

—Pero ¿por qué siempre me protegiste del abuelo y de tía Anne? ¿Por qué me instalaste el taller y me defendiste cuando regresé a casa de la cantera sucia hasta las orejas, como una campesina? ¿Por qué me llevaste aquella vez a Lyme Regis y me permitiste visitar a Mary Anning? ¿Por qué organizaste mi primer encuentro con William Buckland?

Lady Agatha suspiró y le acarició la mano con suavidad.

—Querida, hice todo eso porque vi cuánto lo deseabas entonces. Y no pretendo arrebatártelo ahora. Mientras yo viva, siempre podrás disponer aquí de tu taller.

—Entonces, ¿por qué ahora? —preguntó Georgina, que no se iba a conformar tan fácilmente.

—Porque ya no soy precisamente joven. No sé cuánto tiempo me queda y me gustaría tener la certeza de que vas a estar bien.

Así pues, era eso. Debía estar enferma y la enfermedad le había hecho cambiar de parecer en algunos aspectos de la vida. Eso explicaba muchas cosas.

—Si estás enferma, dímelo —le pidió Georgina.

—Aj —protestó *lady* Agatha con un gesto de la mano—. Ya sabes cómo son los médicos.

—No, no lo sé. Explícamelo —porfió, testaruda, Georgina.

—Desde hace algún tiempo tengo algún que otro dolor en el pecho y me han dicho que no debo hacer demasiados esfuerzos. Pero ¿qué tipo de esfuerzos iba a hacer yo? Hace mucho tiempo que dejé atrás aquella época en la que cabalgaba como una loca por los campos o me bañaba en el mar —dijo, sin asomo de amargura en la voz—. Sin embargo, puede que sea un síntoma de que hay algo en mi corazón que no marcha del todo bien. No tiene por qué pasar nada hoy, ni mañana, pero...

Georgina se levantó y la cogió de la mano. Entonces, se arrodilló junto al sillón, a su lado.

—Eso no puede ser. Seguro que hay alguien en Londres que pueda ayudarte.

Su tía abuela siempre había sido una mujer tremendamente fuerte, de las que ayudaba a los demás, en vez de necesitar ayuda. Incluso ahora que se habían distanciado, la idea de perderla era inconcebible.

—Hay algo que debo preguntarte. —Georgina ya no se pudo contener más—. ¿El nombre de mi padre era Joshua Hart?

Lady Agatha palideció.

—Por favor, dame un traguito de ginebra.

Señaló una refinada jarra situada sobre la repisa. Georgina se dirigió hacia allí y sirvió un dedo de alcohol en un vaso. Después, se lo tendió a su tía abuela, quien se lo bebió de un trago.

—Ahora voy a tranquilizarme un poco, después comemos y, finalmente, hoy por la tarde seguiremos hablando de este tema.

Era una orden. Georgina dejó de inmediato la habitación, a pesar de que apenas podía contener su curiosidad. Sabía que aquella conversación cambiaría su vida.

Cada vez iba haciendo más frío y noviembre espantaba las últimas bocanadas de otoño con su aliento gélido y húmedo. Anthony Shayle se había subido el cuello del abrigo, pero su infortunada nariz seguía asomando por la abertura. Había logrado hacerse con un pedazo de jamón casi de milagro, gracias al hecho de que era tan pequeño que ningún cliente acaudalado lo compraría. La carnicera se lo había vendido a precio especial porque hacía tiempo que se conocían y ella sabía de lo delicado de su situación.

Desde que había perdido su trabajo en el hospital, iba tirando sin lograr un puesto fijo en ninguna parte. Había presentado sus credenciales en casi todos los grandes hospitales de Londres, en vano. Era como si le precediera una reputación terrible, a pesar de que siempre había llevado a cabo su trabajo de manera intachable. Así pues, no le había quedado más remedio que montar una pequeña consulta en la planta baja en la que residía, junto a su mujer y su bebé, que no le daba suficiente como para vivir con comodidad. El barrio era pobre y mucha gente, simple y llanamente, no podía permitirse pagar a un médico. Se curaban ellos mismos o morían de su enfermedad.

Shayle incluso se había anunciado en el periódico y había logrado así algunos pacientes, pero muchos no volvían después de la primera visita porque no les agradaba el barrio. Era un sustento poco agradecido y el camino que debía recorrer para las visitas domésticas era largo y duro.

A menudo, temía el momento de regresar a casa. Emily lo miraba con aquellos enormes ojos suyos y no decía una sola palabra. No era propio de ella hacer reproches, pero tampoco era necesario: su sola mirada ya lograba hacer que se abochornara. Tenía una familia y no era capaz de cuidar de ella. Y sin embargo, había estudiado, era un médico educado y formado. Con frecuencia permanecía la noche entera en vela, mientras Emily dormía, con el pequeño en sus brazos, acunándolo en silencio. Escuchaba la ligera respiración de Jeremy y los sonidos que emitía con su boca diminuta. Entonces, pensaba en cómo era posible que hubiera caído tan bajo cuando, durante largo tiempo, se había imaginado su futuro de color de rosa.

Aquella tarde caminaba con pasos pesados a través de la oscuridad de las calles. A pesar de aquel tiempo tan desapacible, se sentía de muy buen humor, en parte por el jamón con el que quería sorprender a Emily, pero no era esa la única razón.

Aquel día había visitado a un paciente que le había hablado de una plaza libre en el London Lock Hospital. Aparentemente no era sencillo encontrar un médico interesado en ese puesto, pues era un centro especializado en enfermedades venéreas y, en consecuencia, no gozaba de una atmósfera de especial distinción y honorabilidad. Shayle no era exactamente un especialista en la materia, pero estaba convencido de poder obtener rápidamente los conocimientos necesarios para cumplir rápidamente con su tarea. Además, estaba dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara. A la mañana siguiente, se presentaría en Grosvenor Place y solicitaría una

entrevista. No obstante, había decidido no decirle nada aún a Emily para ahorrarle la posible decepción de una negativa.

Cuando llegó a su estrecha casa de ladrillo marrón oscuro, apenas más ancha que lo que abarcaban sus brazos en cruz, y metió la llave en la cerradura, la puerta se abrió frente a él. Emily se encontraba delante, con el cabello despeinado, el vestido arrugado y el bebé en brazos, estrechándolo fuerte contra su cuerpo.

—Jeremy tiene fiebre y no ha parado de llorar, Tony —dijo ella, mirándole con una súplica en los ojos—. No sé lo que debo hacer. Le he mecido, le he acunado, le he cantado nanas y le he masajado la barriga, pero no se calma. ¡Tienes que hacer algo!

Shayle suspiró, dejó el abrigo y colgó el sombrero del perchero. Sacó entonces el jamón, pero Emily apenas le prestó atención, pues estaba concentrada completamente en el bebé. Él fue a lavarse las manos y después regresó.

—Dámelo.

Cogió en brazos al pequeño, que sollozaba suavemente.

—Coge mi maletín y tráelo al salón.

Ella cogió el maletín médico de cuero negro y lo puso a su espalda en la pequeña estancia en la que ardía un tenue fuego. En cualquier caso, hacía más calor que en el pasillo. De las paredes colgaban hermosas acuarelas que habían comprado en tiempos mejores, y los muebles eran también de buena calidad. Aquel cuarto servía también de sala de tratamiento, pues Shayle no se podía permitir pagar el alquiler de una consulta independiente. En una esquina, había una mampara tras la que los clientes podían desnudarse. Sin embargo, la mayor parte de sus ingresos los conseguía con visitas a domicilio en barrios mejores.

Colocó a su hijo en el sofá y le miró a los ojos. Estaban claros y no parecían enrojecidos. Colocó la mano sobre la fren-

te de Jeremy. Efectivamente, parecía tener fiebre, pero no demasiada.

—¿Tose? ¿Es un catarro?

—No, no es eso. Pero está muy inquieto. Se lleva constantemente el dedo a la boca, pero cuando quiero darle el pecho, aparta la cabeza.

Shayle reflexionó unos instantes. El pequeño no parecía enfermo, no tenía ninguna erupción, no tenía inflamación en la garganta ni en los oídos. Sin embargo, no todas las enfermedades eran visibles. Evidentemente había otras casas en las que el ambiente era más cálido y seco, pero ellos podían darse por satisfechos de contar con un techo en buen estado. Si las vacas flacas duraban mucho más, no podrían conservar la casa mucho tiempo. Entonces, se le ocurrió una idea.

—Por favor, tráeme la lámpara que está ahí, junto al sofá. Ilumínale la cara —le pidió a Emily.

Ella obedeció. Su marido colocó con suavidad una mano sobre la frente del pequeño y, con la otra, tiró hacia abajo de la barbilla para abrirle los labios.

—Un poco a un lado. Sí, justo ahí.

Ojeó la boca del bebé y tanteó con el meñique las encías, enrojecidas e hinchadas. Shayle apartó el dedo con una sonrisa satisfecha, acarició la cabeza del pequeño y miró a su mujer con una expresión tranquilizadora.

—Le están saliendo los dientes, cariño. Eso es todo. Dentro de un par de días se sentirá mejor —dijo, y pensó unos segundos—. ¿No tendrás por ahí una zanahoria? Ponla en agua fría y deja que la masque: le refrescará y ayudará al diente a salir más rápido.

Emily le miró un tanto avergonzada.

—¿Qué clase de madre soy, que no soy capaz de darme cuenta yo misma?

Shayle se levantó, le colocó a Jeremy en los brazos y la besó en el pelo.

—Es nuestro primer hijo. Puedo entender tu preocupación. Son tantas cosas...

No necesitó decir nada más. Todo el mundo sabía que las perspectivas de supervivencia de un niño en su primer año de vida no eran buenas, independientemente de la situación económica de su familia. Simplemente había demasiadas enfermedades para las que no se conocía cura. A veces resultaba desesperante, y Shayle se dijo que era preferible tratar a enfermos de venéreas que ver morir a niños pequeños.

—Por cierto, he traído un pedazo de jamón.

—Es estupendo. Podemos guardarlo para mañana. Por desgracia no he sido capaz de terminar la comida porque Jeremy no paraba de llorar —dijo Emily—. Si le coges un rato, prepararé algo.

Desde que había perdido su trabajo, ya no podían permitirse servicio doméstico. Una mujer acudía a su casa dos veces por semana para encargarse de las principales tareas de limpieza, pero una doncella o una cocinera estaban muy por encima de sus posibilidades.

En ocasiones, se avergonzaba de no poder ofrecerle a Emily esas comodidades. Sus esperanzas estaban puestas en el día siguiente. Si lograba el puesto en el Lock Hospital, quizás lograra ganar lo suficiente como para permitirse una doncella.

Shayle se sentó en el sillón y se encendió una pipa mientras Jeremy se dormía en sus brazos. El pequeño estaba tan cansado de llorar que apenas le quedaban fuerzas para gimotear. La zanahoria podía esperar. Entonces, Shayle recordó la vieja superstición de que una cadena de ámbar podía ayudar con los dientes y cayó en la cuenta de que Emily había heredado una de un familiar. Quizás su mujer se sintiera más tranquila si el pequeño llevaba la cadena.

Extendió el brazo hacia un libro situado sobre la mesa junto al sillón. En su vida privada había continuado con su estudio del escritor naturalista Jean-Baptiste Lamarck. Sus escritos eran absolutamente fascinantes y la denominación que le había otorgado a su ciencia, «*biología*», le gustaba mucho. Biología, la ciencia de la vida.

Había leído con mucha atención el *Philosophie Zoologique* que, hasta la fecha, no tenía traducción al inglés y para el cual sus conocimientos del francés resultaban algo insuficientes. Había ido descifrando las frases palabra a palabra con la ayuda de un diccionario y ahora intentaba comprender su significado. Sin embargo, las ideas que aquel galimatías lingüístico albergaba eran tan fascinantes que no lo consideraba un trabajo, sino un esfuerzo espiritual. Casi nunca volvía a casa por las tardes tan cansado como para no poder dedicarle una hora, por muy largo que hubiera sido su día.

La perspectiva de que diversos animales hubieran podido ir cambiando a lo largo de los años y que se hubieran adaptado a su entorno era tan revolucionaria que le era imposible dormirse inmediatamente después de su lectura. Le había hablado a Emily alguna vez de aquellas teorías y ella había escuchado con atención y le había hecho preguntas sensatas, pero era incapaz de comprender que un libro sobre animales fuera capaz de quitarle el sueño. Quizás le faltara un amigo, un compañero de tertulia con el que poder discutir las numerosas preguntas que la lectura había despertado, pero ahora tenía mucho cuidado sobre con quién discutía sus estudios. Las palabras de St. John Martinaw aún resonaban en sus oídos: «...la ciencia humana se creó para explicar la obra de Dios, no para contradecirla, ni para crear quimeras». No lo había olvidado y se guardaba de expresar sus ideas a la ligera.

Había oído que Lamarck, en aquel tiempo, se había quedado ciego y vivía en la miseria, pues sus ideas no habían logrado aceptación. Había otros científicos franceses que gozaban de una fama y una gloria infinitamente mayores. Aquella perspectiva le consolaba un poco, le recordaba a su propia situación. Evidentemente no podía compararse a él mismo con el gran filósofo de la naturaleza, pero ambos compartían, desde su punto de vista, la misma situación injusta de desamparo y ostracismo.

Pasó con cuidado la página, pues el libro tenía varias hojas sueltas en las que había anotado sus impresiones en inglés. Incluso había coqueteado con la idea de realizar una traducción completa de la obra, pero dada la magnitud de la misma se vio obligado a rendirse. No obstante, de vez en cuando anotaba alguna que otra frase y esperaba poder llegar a convertirlas, algún día, en un diario científico.

Después de que Emily hubiera traído la comida que, a pesar de los pesares, resultó ser muy sabrosa, y de que ambos se sentaran después junto a la chimenea a leer, se fueron a la cama. El niño solía dormir entre ellos, algo que Shayle no entendía demasiado bien, pues temía que alguna noche pudieran aplastarlo, pero Emily quería estar allí para su pequeño ocurriera lo que ocurriera. Aquella noche, no obstante, ella acostó al bebé en su cuna, se apretó contra Shayle y le permitió que la tocara. Era como si hubiera percibido el ánimo optimista de su marido y quisiera compartir su alegría con él. Jeremy no se despertó en ningún momento y Shayle no pudo sino desear que no se hubiera producido una segunda concepción demasiado prematura aquella noche.

A la mañana siguiente, se despidió temprano para realizar una visita a domicilio. Jeremy había dormido bien toda la noche y parecía más alegre que el día anterior. Sostenía una

gruesa zanahoria con su manita e intentaba llevársela a la boca. Emily declaró con rotundidad que no le quitaría los ojos de encima para evitar cualquier desgracia con la hortaliza.

Shayle avanzó a pasos enérgicos por la calle con el único pensamiento del Lock Hospital en la mente. Las horas de la mañana se le pasaron en seguida y sus pacientes se alegraron de su buen talante del día. El trabajo le resultó sencillo y todo el mundo parecía sentirse mucho mejor que cuando le habían recibido, con gestos de preocupación.

Hacia mediodía ya había terminado con todo y se dirigió a una taberna, donde pidió un asado de cordero suave y una buena jarra de cerveza. Lo cierto era que aquel menú se escapaba de su presupuesto, pero tenía tantas esperanzas depositadas en aquel puesto que decidió considerarlo un primer sueldo en sí mismo.

Así de reconstituido, tomó rumbo a Grosvenor Place. Le sentó bien la caminata al aire fresco y, cuando llegó al hospital, se sintió preparado para cualquier desafío. Era un edificio vistoso, con la planta baja pintada color crema y los dos pisos superiores con ladrillo visto color marrón oscuro. Desde fuera, daba un aspecto sumamente formal y no dejaba entrever qué tipo de enfermedades se trataban en su interior.

Shayle se colocó la corbata, se quitó el sombrero y se alisó el pelo. Después, cogió aire y entró por la puerta principal hasta el vestíbulo. Tras un mostrador había un hombre joven con unos quevedos que no le favorecían en nada y le hacían parecer mucho mayor de lo que realmente era. Levantó la vista de algunos papeles y miró a Shayle inquisitivo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—Soy médico y he oído que tenían una plaza libre. Me gustaría presentarme y hablar con el responsable —explicó Shayle.

—Iré a preguntar, señor. Si es usted tan amable de sentarse allí y esperar un instante...

El joven señaló un banco de madera frente al mostrador.

Shayle se sentó y miró a su alrededor, al vestíbulo, donde había poca gente. Evidentemente se trataba de un sanatorio muy particular, en el que no era frecuente ver a víctimas de accidentes u otras emergencias. Tampoco era habitual que hubiera visitantes. Sintió que le comenzaban a sudar las manos. Se las limpió en el pantalón, para no demostrar de inmediato su agitación.

Entonces, un hombre maduro, con el cabello cano y los ademanes de un oficial militar, salió a su encuentro. Sus rasgos duros delataban una naturaleza estricta, pero no necesariamente hosca. Shayle se levantó y realizó una ligera reverencia.

—*Sir* Edwin Hall —se presentó el hombre—. Soy el director de este hospital. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Anthony Shayle, doctor en Medicina. He oído que disponían de una plaza vacante y quisiera postularme. —Sacó una carpeta de su maletín y le entregó algunos documentos—. Aquí están mis referencias, señor.

—Por favor, acompañeme a mi oficina, Sr. Shayle.

El hombre le precedió en el camino, con los hombros rectos como en una línea perfecta y luciendo una levita immaculada y sin una arruga. Era la clase de hombre que infundía respeto, pero Shayle se propuso no dejarse amedrentar.

La oficina era sorprendentemente pequeña para un director y estaba equipada con algunos muebles estrechos de color oscuro. En los rincones que no estaban ocupados por librerías había grabados en cobre que representaban vistas de Londres, así como algunos diplomas. *Sir* Edwin Hall le ofreció una silla y él mismo se sentó tras su escritorio.

—Es cierto que estamos buscando un médico auxiliar para el hospital. Le seré franco: no nos resulta fácil cubrir esa vacante, debido a que... bueno, ¿cómo lo diría? Disfrutamos de una reputación algo precaria. Las enfermedades venéreas no son un campo de la medicina en el que se pueda lograr la fama y la gloria, pero la actividad que llevamos a cabo aquí es fundamental para evitar la difusión incontrolada de estos males en determinados estratos de la sociedad.

—Si lee usted mis referencias comprobará que, hasta la fecha, he trabajado en otras especialidades, *sir* Edwin. Sin embargo, estoy dispuesto y preparado para adentrarme en este campo y familiarizarme con él lo más rápido posible.

Según hablaba, deseó que el comentario no hubiera sonado demasiado servil y pusilánime, pero aquella no parecía ser la principal preocupación de *sir* Edwin.

—Mi querido Shayle, estoy convencido de que sus referencias son excelentes —dijo, y pareció dudar un momento—. Es solo que...

Shayle sintió que se le paraba el corazón. ¿Qué objeción podría presentarle ahora? ¿Demasiada experiencia? Pero, si tan difícil era encontrar a alguien para ese puesto...

—Voy a serle muy sincero: he recibido advertencias desaconsejándome su contratación.

Shayle miró al director del hospital, sin comprender. ¿Qué quería decir con eso? Nadie podía saber que había ido a solicitar trabajo a aquel hospital.

—No lo entiendo.

—Sr. Shayle, por lo que sé, no solo yo, sino todos los directores de los hospitales y sanatorios de Londres han recibido la recomendación de no darle a usted trabajo.

Shayle estaba demasiado conmocionado como para hablar y, en cualquier caso, tampoco habría sabido qué decir. Aquella

revelación era tan atroz que le había dejado sin palabras. Necesitó un momento para recomponerse y, después, protestó:

—¿De dónde viene esa advertencia? ¿Ha dado alguien alguna razón?

Sir Edwin entrelazó los dedos, apoyó los codos sobre el escritorio y reposó la barbilla sobre las manos antes de mirarle, escrutador.

—La advertencia, por llamarla de alguna manera, era de carácter bastante general pero, por lo que he podido averiguar, guarda alguna relación con ciertas teorías científicas que pueden herir la sensibilidad religiosa de mucha gente. Al parecer, no se puede estar seguro de si su trabajo se rige de acuerdo con los principios cristianos.

Shayle no necesitó seguir pensando.

—Le aseguro a usted, *sir* Edwin, que mi práctica profesional nunca se ha visto influenciada por ninguna tesis científica de ninguna especialidad. Siempre he realizado mi trabajo de la manera más concienzuda posible y lo seguiría haciendo en su hospital. Le doy mi palabra.

Tras este breve discurso, respiró hondo.

Sir Edwin hojeó los documentos, se acarició, pensativo, la frente y volvió a colocar los papeles en el escritorio.

—Bien, Sr. Shayle. Parece usted realmente interesado en trabajar aquí. Puesto que tenemos auténticas dificultades para encontrar a alguien para el puesto, le daré la oportunidad de poner a prueba su capacidad. Si, tras un periodo de tres meses, su labor resulta ser satisfactoria, recibirá usted un puesto fijo con un salario de treinta y cinco libras al año. No es mucho, pero no podemos permitirnos más. Como se podrá usted figurar, debido a nuestra especialidad, contamos con un número limitado de benefactores de la alta sociedad.

Shayle tragó saliva, pues en el St Thomas su salario había sido notablemente superior; sin embargo, aquello era mucho mejor que la incertidumbre de la práctica privada. Así pues, contestó con calma:

—Le estoy muy agradecido por darme esta oportunidad y prometo no decepcionarle, *sir* Edwin.

—Bien. Hoy es viernes. Puede usted empezar el lunes. Preséntese usted en recepción a las ocho: allí le recogerán y le darán las indicaciones pertinentes. En cualquier caso, no sería ninguna insensatez que empleara usted el fin de semana familiarizándose con los fundamentos de la venereología.

Shayle se levantó, cogió su sombrero y su maletín e iba ya a abandonar la estancia cuando la pregunta que *sir* Edwin había dejado sin contestar le impidió dar ni un paso más.

—Señor —dijo—, por favor, le ruego que me diga quién me ha atacado de esa manera.

El director del sanatorio le miró por encima de sus anteojos.

—No le diré nombre alguno. Tan solo le revelaré lo siguiente: que apenas queda alguien en St Thomas con más influencia que él. Y que, por lo que se dice, tiene un futuro prometedor.

Anthony Shayle abandonó la oficina con una reverencia. De nuevo en la calle, se puso el sombrero y respiró hondo.

Ahora ya sabía por qué los demás hospitales le habían cerrado sus puertas de aquella manera. No tenía nada que ver con sus referencias como médico, ni con que no hubiera ninguna plaza libre: había sido el producto de la difamación.

CAPÍTULO XV

Por tanto, en una reacción no se creará nada de manera natural o artificial y puede, en consecuencia, considerarse como axioma que antes y después de cualquier reacción, el tipo de materia se mantendrá constante.

ANTOINE-LAURENT DE LAVOISIER

LANGTHORNE HOUSE, OCTUBRE DE 1821

Estimado Sr. Von Arnau:

He escrito estas líneas tan rápido como he podido. Le debo a usted una explicación. Por desgracia, nuestra despedida esta mañana se produjo de manera muy repentina tras anunciármese la inesperada visita venida de Londres. Se trataba de St. John Martinaw, un médico conocido mío que tuvo la amabilidad de venir a visitarnos al encontrarse en la zona.

A partir de ese punto, todo sería más difícil. Georgina sostuvo la pluma en vilo y no tardó en derramarse una gota de tinta que dibujó una gran perla negra sobre el papel. Ella trató de borrarla y deseó que el Sr. Von Arnau no fuera de la clase de personas que le dan gran importancia a una correspondencia inmaculada.

Debe saber que no se ha establecido ningún acuerdo formal entre el Sr. Martinaw y yo. Solo nos hemos visto una vez con anterioridad y nos hemos escrito algunas cartas.

No era fácil encontrar una manera inocua y despreocupada de expresar la angustia que estaba experimentando. La posibilidad de declararle abiertamente sus sentimientos al Sr. Von Arnau le estaba, simple y llanamente, vedada debido a las normas del recato, sin embargo no quería olvidarse tan fácilmente de los embriagadores instantes compartidos aquella mañana.

Nuestro encuentro de esta mañana siempre tendrá un lugar especial en mi memoria, Sr. Von Arnau. Demostró usted una gran confianza en mí al revelarme algunas de sus experiencias más personales. Además, un mero roce puede expresar mucho más que la más bella retórica, y el silencio entre dos personas puede albergar un entendimiento mucho mayor que el que puede alcanzarse por medio de las palabras.

Era un comentario bastante descocado, o eso le pareció al releerlo, pero en cualquier caso quería asegurarse de que lograba hacerse entender. Era consciente de que sobrepasaba algunos límites con ello, pero había leído la decepción en los ojos de Justus al oír que ella esperaba una visita de Londres. Aquella imagen la había acompañado durante toda la conversación con tía Aga y, tan pronto como se había encontrado a solas, había cogido papel y pluma de su escritorio y se había puesto manos a la obra. Enviaría a Samuel a Oxford de inmediato para que Justus von Arnau recibiera la carta ese mismo día, sin dilación.

Nuestras investigaciones comunes no deben verse afectadas por esto y espero que pronto encontremos el momento adecuado para seguir hablando del viaje a Norfolk.

Con cada palabra que Georgina escribía, iba sintiendo un pesar más profundo que le revelaba que la visita de Martinaw lo había cambiado todo de alguna manera, que sus planes se habían aplazado, si es que no se habían cancelado definitivamente. Sin embargo, ocurriera lo que ocurriera, tenía que hablar con Justus al menos una vez más antes de regresar a Londres. Costara lo que costara.

Hay ciertas cosas que no le he contado aún, puesto que yo misma no tengo una absoluta certeza de su exactitud. Sin embargo, después de lo ocurrido hoy, quisiera pagar su confianza con confianza.

Tengo una teoría sobre quién pudo haber sido Joshua Hart, a pesar de que no disfruto de estar completamente segura de su veracidad. De ser cierta, no obstante, daría respuesta a muchos interrogantes. Cuáles en concreto es algo que preferiría revelar en persona y, para cuando eso ocurra, espero haber avanzado notablemente en mis pesquisas.

Le ruego que tenga algo de paciencia, Sr. Von Arnau. Con la esperanza de un nuevo y pronto encuentro, le envío mis más afectuosos saludos.

Georgina Fielding.

Dobló la hoja, la selló y escribió la dirección para después bajar a la planta baja, donde se la confió a la doncella Katie.

—Samuel debe salir de inmediato y entregarla en la posada Mitre, en Oxford. Si es posible, al destinatario en persona.

Katie asintió y salió apresuradamente.

Georgina observó desde su ventana al mozo de cuabras partir, con la frente apoyada en el cristal, y esperó a que la llamaran para comer. Le costaba creer que hubiera logrado reunir el valor para escribir aquella carta con aquella redacción tan cuidadosa. Una vez terminado su cometido, comenzó a embargarla de nuevo la emoción ante la perspectiva de las revelaciones de su tía abuela. Por desgracia, su paciencia tendría que ponerse nuevamente a prueba.

Durante la comida, a la que Georgina prestó poca atención, para mayor consternación de la Sra. Wright, *lady* Agatha no pronunció una sola palabra a propósito de la cuestión pendiente. Los últimos acontecimientos del día ya darían bastante que hablar, no quería dar aún más alas a las murmuraciones del servicio ofreciéndoles la carnaza en bandeja. Georgina, por tanto, tuvo que esforzarse por mantener la calma y una conversación informal sobre el nuevo experimento de *lady* Agatha, en el que adaptaba las prácticas de los Lavoisier.

—Todavía recuerdo cuando me contaste cuál era tu teoría del matrimonio ideal —dijo Georgina—, según la cual, marido y mujer podrían investigar juntos, en lugar de dedicarse a discutir sobre cuestiones de la vida diaria.

—¿Eso dije? Qué insensato por mi parte —replicó *lady* Agatha, apartando a un lado el plato.

En cualquier caso, apenas había probado bocado.

—Me impresionó tanto que a día de hoy sigo recordándolo.

—Es cierto que existen, pero los casos así se pueden contar con los dedos de una mano. Me refiero a relaciones marido-mujer con semejante equilibrio de poder, por supuesto —replicó *lady* Agatha, escéptica.

—Pero no son imposibles —porfió Georgina, que seguía toda una línea concreta de pensamiento.

—No, pero están cerca de serlo. De hecho, con la excepción de los Lavoisier, no conozco ningún otro caso, querida. Será mejor que cuentes con la idea de establecer un matrimonio en el cual tus esferas de interés y las de tu marido se mantengan separadas las unas de las otras. Tú cargarás con un tintineante manajo de llaves que te harán responsable de la casa y del servicio, mientras que tu marido se preocupará de todas las cuestiones y obligaciones fuera del hogar. No olvides que tú también tendrás poder, solo que de una forma distinta a la de tu esposo.

Georgina apoyó la cabeza en la mano.

—No estoy segura de que la perspectiva suene muy atractiva, tía Aga.

—Lo lamento enormemente, pero habitualmente a una muchacha no se le suele preguntar su opinión al respecto. Intenta crear un espacio de influencia propio en el cual tu marido no pueda inmiscuirse.

—¿Es eso lo que hiciste tú? —preguntó Georgina, decidida a no dar su brazo a torcer tan fácilmente.

—Como bien sabes, mi matrimonio no duró mucho. Ya era independiente incluso antes de tener que preocuparme por semejantes cuestiones. Sin embargo, lo he vivido de cerca a través de amigas y familiares y siempre he visto que los matrimonios felices eran aquellos en los que la mujer es capaz de aprovechar las oportunidades que se le presentan y lograr algo de libertad, sin romper las reglas del juego y arriesgarse a la exclusión social.

Georgina guardó silencio. Por racional que pudiera sonar aquel consejo, algo en su interior se resistía en su contra. Las pocas horas que había compartido con Justus von Arnau le habían

permitido vislumbrar una vida muy diferente, que no discurría por las vías estrechas que *lady* Agatha no hacía más que marcarle. Evidentemente, eso no suponía ninguna garantía, pues su relación era demasiado reciente como para poder hacer planes serios, y, sin embargo, había llegado a fantasear con algunos que no podía revelarle a nadie, ni siquiera a *lady* Agatha.

Con la cabeza gacha siguió comiéndose las uvas y el queso, aunque en realidad no tenía apetito. La perspectiva de la conversación prometida con su tía abuela le pesaba en el estómago y estaba más nerviosa que nunca. Se alegraba de no haber explicado sus suposiciones en su carta a Justus von Arnau, pues ¿y si se equivocaba y Joshua Hart no era su padre? Habría hecho el ridículo.

Sin embargo, un presentimiento, una sensación irreprimible le decía que no era ninguna insensatez. Poco después, *lady* Agatha se sentó frente a ella en su dormitorio, un lugar que había escogido específicamente para que no las molestaran y para escapar de los oídos del servicio. Y fue entonces cuando recibió la respuesta que estaba esperando.

—Es cierto. Joshua Hart era tu padre.

Aquella frase rompió el silencio como una piedra cayendo en un estanque.

Georgina sintió que el corazón se le subía a la garganta. Apenas podía pensar con claridad, todas las ideas se le arremolinaban al tiempo en los labios. Tuvo que tragar saliva antes de poder decir nada.

—Te hablé de los cofres y te enseñé la libreta. Sabías cuánto deseaba saber algo más de mis padres y, a pesar de ello, no me dijiste nada. ¿Cómo has podido?

Lady Agatha agitó la cabeza y esbozó un rictus de dolor.

—No podía revelártelo así como así. Nada más nacer tú, tu abuelo y yo acordamos no hablar nunca de ello. Debías

heredar su buen nombre, en lugar de sufrir el destino de tu madre. Tanto tú como tu reputación debíais permanecer a salvo.

Estaba como petrificada. Era verdad: era la hija de Susan Fielding y Joshua Hart. Georgina tuvo que admitir que una noticia temida no resulta menos dolorosa por haberse podido preparar para ella. Alzó la mirada, consternada.

—He estado especulando durante toda mi vida. En el internado había otras niñas cuyos padres habían muerto; sin embargo, ellas sabían algo acerca de ellos, habían heredado recuerdos. Conocían, al menos, sus nombres. —Ella calló, como si hiciera acopio de fuerzas para formular la siguiente pregunta—. Mis padres no estaban casados, ¿verdad?

Lady Agatha se alisó el vestido con un suspiro, a pesar de que ya estaba impecable y sin arruga alguna.

—No. De ser así, te llamarías Georgina Hart.

Georgina se había liberado, por fin, de su parálisis.

—¿Por qué no se casaron? ¿Es que mis abuelos pusieron reparos a su matrimonio?

—Entre otras cosas.

Aquella respuesta tan vaga hizo que le ardiera la sangre. Sintió cómo una oleada de furia ardiente crecía en ella y temió perder la compostura. Para no decir nada de lo que luego pudiera arrepentirse, cogió aire antes de hablar.

—¿Era un médico con un salario magro? ¿Era de orígenes humildes? ¿Quería dejarlo todo para dedicarse a la ciencia? De ser así, quizás el abuelo opinara que era una disciplina poco agradecida que no reportaba beneficios y prohibió a madre casarse con él por eso.

Lady Agatha agitó la cabeza.

—Puede que sea todo eso a la vez, querida. Tu abuelo nunca llegó a contármelo. No puedo decirte nada más que lo

que te he dicho ya. El resto de respuestas tendrás que buscarlas por ti misma, Georgina.

Lady Agatha agitó la cabeza entre suspiros y bebió un sorbo de té, lo que le hizo torcer el gesto. Entonces dio la impresión de sopesar si sería un buen momento para un poco de ginebra.

Georgina la observó, consternada. Nunca en su vida se había sentido tan engañada.

—Debías crecer a salvo de todo ese dolor —dijo finalmente *lady* Agatha con un tono sorprendentemente suave, como si hubiera leído los pensamientos de Georgina—. Evidentemente, tu abuelo no podía sustituir a tus padres. Le faltaba sensibilidad para ello, así como experiencia tratando con niños. No es un hombre demasiado cariñoso, eso ya lo demostró con sus propias hijas. Así pues, le pedí que te enviara a mi casa con regularidad, para poder liberarte de tu tía Anne de vez en cuando. Incluso se lo expliqué con esas palabras. —Una sonrisa se dibujó en sus labios—. El resultado no fue exactamente el esperado.

—Ahora te gustaría deshacer todo lo que has hecho para que yo me someta alegremente a mi destino y me convierta en una buena madre y esposa —dijo Georgina, incapaz de reprimir aquel reproche—. Sin embargo, ya no puedes hacerme olvidar lo que he aprendido de ti. Me has influenciado más que ninguna otra persona.

Lady Agatha le dirigió una mirada que causó en Georgina incluso algo de temor: una mezcla de pesar, preocupación y un toque de orgullo.

—Sí, es posible que tengas razón. Sin embargo, he llegado a preguntarme si habrá sido lo correcto.

Georgina ya no pudo reprimirse más y se levantó de un salto.

—No estamos haciendo otra cosa más que darle vueltas a lo mismo: ¿no te das cuenta? Lo hecho, hecho está.

Intentó al mismo tiempo controlar su miedo y espolear la furia que le daba fuerzas. Sin embargo, no tardó en recibir el siguiente golpe.

—Siéntate, Georgina, por favor. Todavía tengo algo más que decirte.

Lady Agatha utilizó un tono soberano que no dejaba lugar a la réplica.

—Antes de que llegaras a casa, tuve la oportunidad de hablar con el Sr. Martinaw. Me confió que tu abuelo había dado su consentimiento para que el Sr. Martinaw te acompañe a Londres tan pronto como termine su visita a esos amigos suyos. Puede ser cuestión de días. Así pues, debes prepararte para un regreso temprano.

Georgina la miró, perpleja.

—Pero ¡si la temporada no empezará hasta dentro de dos o tres meses! ¿Por qué tengo que regresar tan pronto?

—Porque tu abuelo y tu tía así lo desean.

A pesar de lo tajante de su tono, era evidente que *lady* Agatha no se encontraba cómoda diciendo aquello.

—Pero...

—El que tu abuelo ordene algo así me indica que tiene al Sr. Martinaw en la más alta estima y que confía profundamente en él. Sus instrucciones fueron tan claras que no pude oponerme a ellas —dijo, y rehuyó la mirada de Georgina.

Esta estaba tan fuera de sí que apenas podía articular palabra. Semejante traición confirmaba sus peores temores.

—Pero el Sr. Von Arnau...

En cuestión de segundos, todo aquello que le había proporcionado dicha y emoción en los últimos meses se venía aba-

jo: sus investigaciones, las visitas a Buckland, la compañía de Justus von Arnau.

—No puedo permitir que permanezcas aquí y prosigas una relación con él cuando tu abuelo desea otra cosa. —*Lady* Agatha dejó un segundo que sus palabras surtieran su efecto—. En cualquier caso, siempre queda la correspondencia. —De nuevo, una pausa—. Y puede ocurrir que alguien fuera tan poco cuidadoso como para entregarle una nota con tu dirección en Londres.

Georgina la miró, incrédula. Estaba confusa y ya no sabía qué esperar. ¿De qué lado estaba la tía Aga exactamente? ¿Quería realmente ofrecerle una salida o simplemente pretendía tranquilizarla y dejar de discutir?

Su tía abuela hizo un repentino gesto con la mano para indicar que ya no tenía nada más que decir.

—Quiero echarme un poco, querida. El día de hoy ha tenido demasiadas emociones para mí.

Justus von Arnau iba ya a salir de la posada cuando un hombre le salió al paso en la entrada y le entregó una carta.

—Señor, esto es para usted.

Reconoció, sorprendido, al mozo de cuerdas de Langthorne House. Eso solo podía significar una cosa. Entregó una moneda al hombre quien, acto seguido, se dio la vuelta y se montó en el caballo que tenía atado en la calle.

Justus se hizo hueco en una esquina discreta para leer la carta sin interrupción. Voló sobre las líneas y aquella hoja despertó en él una conmoción inmediata. Sus temores eran infundados. Aún era más: la Srta. Fielding le correspondía. Acudió de inmediato al Queen's Lane Coffee House, se sentó junto a la ventana y sacó de nuevo la carta para estudiarla con detenimiento.

Al parecer, no existía ninguna relación formal entre ella y ese tal Sr. Martinaw, pero por la forma en que ella lo describía, Justus dedujo que Martinaw pretendía estrechar lazos. ¿Y qué si era así? ¿Acaso tenía él el valor de enfrentarse a un pretendiente que parecía haberse ganado ya el apego de la familia?

No pudo evitar recordar la caminata furiosa de hacía unas horas, tras la cual había llegado a la posada con las botas cubiertas de barro, el abrigo sucio y ampollas en los pies. Estaba fuera de sí y se había planteado una marcha prematura. La carta le hacía sentirse algo mejor, pero no calmaba su agitación.

Poco después, reparó en un cartel en la pared que anunciaba un concierto de Bach en la Christ Church Cathedral programado para dentro de tres días. Justus adoraba la música de Bach, aunque hiciera mucho tiempo que él mismo no la interpretaba. ¿Y si Georgina le acompañara? Sí, la invitaría, abiertamente y con toda la inocencia del mundo, a una representación musical contra la que nadie podría tener nada que objetar. Así podría dotar a su relación, que hasta el momento había sido de naturaleza algo incierta, de un carácter más formal y digno.

Lady Agatha, contra todo pronóstico, dio su consentimiento a que Georgina acompañara a Justus al concierto y la liberó de sus obligaciones de la tarde. Era consciente de que su hermano había aceptado al Sr. Martinaw como pretendiente formal a la mano de su nieta. Parecía un hombre honorable y digno y, si había logrado convencer a su hermano y a la petulante hija de este de que tenía buenas perspectivas de futuro, entonces debía ser alguien que cumplía todos los requisitos sociales para ser un buen candidato, a pesar de que, de vez en cuando, mostrara algún extraño asomo de fanatismo. Permitiría que Georgina viajara a Londres en compañía del médico,

como su hermano le había indicado, pero también consentiría en que la muchacha disfrutara de aquella última tarde junto a Justus von Arnau. Al fin y al cabo, lo más probable era que no se volvieran a ver nunca.

Georgina se alegró profundamente, pues no contaba con recibir su aprobación.

Se arregló para la velada con un cuidado especial y eligió para la ocasión un vestido verde claro con el talle estrecho y alto, que resaltaba su busto y conjuntaba maravillosamente con su cabello castaño rojizo. Se echó sobre los hombros un delicado chal de puntilla que dejaba entrever el escote. También hizo que Ellen, que era sumamente habilidosa con el peine, las horquillas y los pasadores, le rizara el pelo y le elaborara un elegante peinado. Se miró al espejo satisfecha, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, dio un paso hacia atrás y giró como una bailarina. Sí, eso sería lo que iba a encontrarse Justus von Arnau.

Lady Agatha no dijo nada, pero su mirada asombrada fue cumplido suficiente. Simplemente posó la mano sobre su brazo durante un segundo y después le acarició levemente la mejilla.

—Que pases una tarde maravillosa, querida.

Justus von Arnau llevaba un frac oscuro muy elegante, con una camisa inmaculadamente blanca y un pañuelo al cuello que le daba, en su conjunto, un aire de inusual formalidad. También él parecía percibir lo especial de aquel instante, aunque ignorara el viaje planeado con St. John Martinaw.

Saludó con solemnidad a *lady* Agatha, quien se retiró sonriendo y dejó solos a los jóvenes. Entonces, él dio un paso atrás y observó a Georgina durante tanto tiempo que ella terminó enrojeciendo.

—Bueno, diga usted algo —protestó ella finalmente.

Él le dedicó una ligera reverencia.

—Esta noche soy el hombre más feliz de todo Oxfordshire.

Entre ellos no hacían falta más palabras.

Después de que él ayudara a Georgina a ponerse la pelli-za abotonada y Ellen le tendiera un manguito con el que protegerse las manos del penetrante frío de aquella tarde, él le prestó el brazo para subir al carruaje y después tomó asiento a su lado. En un principio, ambos permanecieron en silencio, pero después Georgina tomó la palabra y le contó su retorno precipitado a Londres.

Aunque había poca luz en el interior del coche y ella no podía verle el rostro, notó por su voz al contestar que las noticias le habían afectado.

—Es un anuncio un tanto inesperado, Srta. Fielding.

—No solo para usted, Sr. Von Arnau. Yo misma hubiera deseado que las cosas fueran de otra manera. Ahora debemos pensar cómo proseguir con nuestras pesquisas. No he renunciado a ese proyecto, a pesar de las circunstancias.

Él titubeó.

—En su carta me decía que esperaba nuevas revelaciones acerca de Joshua Hart. ¿Me permite que le pregunte si finalmente las obtuvo?

Georgina respiró hondo. Cuando escribió la carta, las palabras habían brotado de la pluma con fluidez, pero hablar abiertamente de sus orígenes era algo muy diferente. Empezó por contarle su infancia, las múltiples preguntas sin respuesta, la ignorancia y los sueños que había albergado. Le habló de cómo había crecido y, poco a poco, se había ido dando cuenta de que la historia de sus padres debía haber sido dramática y oscura. Finalmente, le contó que procedía de una relación extramatrimonial y se alegró profundamente de la penumbra rei-

nante en el coche. No se habría atrevido a mirarle a la cara. Cuando terminó, se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Para su sorpresa, Justus von Arnau no solo no pareció sorprenderse, sino que le preguntó, con preocupación en la voz:

—¿Qué supone para usted descubrir todo esto?

Georgina no esperaba aquella reacción y buscó las palabras para expresar sus emociones en aquel momento.

—¿Cómo explicarlo? Por un lado, estoy lógicamente afectada y desearía que la historia hubiera sido diferente. Sin embargo, el hecho de saberlo finalmente me ha reconciliado con mi pasado. Ahora que sé quién era Joshua Hart y el vínculo que nos une, puedo intentar descubrir más acerca del hombre que me legó dos baúles llenos de piedras y una libreta. —Sonrió, aunque él no pudiera verlo—. En realidad todo esto suena como un melodrama barato, ¿no es cierto? Pero se trata de mí y de mi vida. Por primera vez, puedo mirar al futuro conociendo mi pasado.

Ella notó que él prestaba atención a cada palabra.

—Puedo entenderlo perfectamente. ¿Recuerda que le mencioné una vez a un pariente que tengo en Mánchester? Es mi tía. Fui allí a conocerla. Lógicamente éramos dos completos extraños. Vive en la pobreza. Cuando estuve frente a ella, sentí muy cerca la presencia de mi madre. Había encontrado un fragmento de mi pasado.

—Eso me ocurre a mí —dijo Georgina con vehemencia—. Al saber algo más acerca de mis padres, siento que me conozco mejor a mí misma.

—Es posible que sea así, Srta. Fielding, pero también debe ser usted consciente de que, en su búsqueda, puede desenterrar sucesos aún más tristes que los que ha encontrado hasta ahora. Quizás su abuelo no se opuso por nada a ese matri-

monio: es posible que tuviera motivos que usted desconoce. De ser así, si los descubre, quizás desee poder olvidarlos después, aunque entonces le resultará imposible.

Con ello, tocaba él una cuestión sensible, pero Georgina no quiso claudicar.

—No quiero seguir teniendo miedo o, al menos, no como antes. Hay otras cuestiones... —Ella enmudeció.

—¿Qué cuestiones? —preguntó él con voz queda, y se inclinó hacia ella.

Georgina dudó sobre la conveniencia de seguir revelándole más información personal, pero la necesidad de hacerlo pudo más que la precaución.

—Ya le he contado que el Sr. Martinaw me acompañará en mi anticipada vuelta a Londres. El hecho de que mi abuelo consienta en que esto sea así y lo exprese de forma clara es una señal de que apoya las pretensiones de Martinaw y no se interpondrá a un compromiso entre él y yo. Por el contrario, incluso lo promoverá. Hace tiempo que mi tía y él han estado buscando un marido adecuado para mí, a pesar de... a pesar de mi origen. —No pudo seguir hablando.

Sintió entonces la mano de Justus en la suya. Él la alzó cuidadosamente y se llevó la palma a los labios. Georgina estaba demasiado aturdida como para retirarla, pero tampoco habría querido hacerlo de haber podido. En ese momento recorría su cuerpo una oleada cálida tan agradable como excitante.

—Sus orígenes no me preocupan en lo más mínimo, Srta. Fielding. No juzgo a las personas por su árbol genealógico, sino por su esencia. En Italia, viví entre gente sencilla a la que alguno de los llamados *caballeros ingleses* no les llegaría ni a la suela de los zapatos. Su moral y su sentido de la justicia eran, a menudo, mucho más acentuados, aunque carecieran de modales exquisitos. Según mi experiencia, estos no son más que la

maldita fachada tras la cual los pusilánimes esconden muros quebradizos y profundas grietas espirituales.

Hablaba con gran pasión. Quizás pensaba en su propio padre, de quien se había apartado a cuenta de una discusión por no ver con buenos ojos su estilo de vida.

—Lo que usted ha dicho me conmueve profundamente, Sr. Von Arnau —repuso ella, y eligió sus palabras con sumo cuidado—. Pero debe usted entender que no puedo contradecir los deseos de mi abuelo. Sin su consentimiento no puedo... no puedo contraer ningún compromiso.

Se preguntó, espantada, si habría ido demasiado lejos. Quizás debía haber esperado a que él se expresara de forma más clara.

—Tampoco podría exigírselo, Srta. Fielding. Tengo intención de regresar a Londres dentro de poco y hablar con su abuelo acerca de estas cuestiones. Antes de eso, no obstante, iré a Norfolk, si es que usted así lo desea.

Ella sonrió.

—Por supuesto que sí. Le daré mi dirección para que pueda contarme sus descubrimientos. —Y, después, continuó con voz queda—. Así también sabrá cómo encontrarme a su regreso.

También Justus parecía aliviado por haber salvado aquel escollo.

—Bien, entonces podemos centrarnos ahora en disfrutar de la parte artística de la velada. A continuación vamos a disfrutar del primer concierto de Brandenburgo y de una *suite* para violonchelo. ¿Le gusta Bach?

—Hasta el momento apenas he tenido oportunidad de disfrutar de su música. Tan solo alguna velada al piano, pero nunca en un gran concierto o en una misa. ¿Y usted?

—Cuando era niño, estuve dando clases de piano durante mucho tiempo. Desde que viajo de aquí para allá, siempre

espero encontrar un piano por alguna parte que me permita exhibirme un poco. —Rio—. Si alguna vez me vuelvo sedentario, lo primero que haré será comprar un pianoforte. Hace algunos años tuve incluso el privilegio de escuchar tocar al Sr. Van Beethoven. Fue una experiencia muy impresionante. Por lo que he oído, actualmente se ha quedado completamente sordo y ya no actúa frente al público. La perspectiva de que no pueda volver a oír su maravillosa música... No obstante, Bach es lo más cercano a su nivel. Su música es enérgica y, sin embargo, despierta emociones profundas.

«No hago más que descubrirle nuevas facetas», se dijo Georgina asombrada, y se preguntó qué aspecto tendría Justus sentado al piano, con las finas manos sobre las teclas, ligeramente inclinado hacia delante, ensimismado, perdido en su música.

Fue una velada inolvidable. Georgina disfrutó la dicha de estar sentada junto a Justus en la imponente catedral y deleitarse con la música, que parecía alzarse como las columnas de piedra que sustentaban el templo. Durante la pausa, tomaron un refrigerio y se encontraron con William Conybeare, el amigo de Buckland, quien les preguntó por sus investigaciones geológicas y quiso saber si el Sr. Von Arnau pensaba escribir acerca de la osada gastronomía de la casa de Buckland.

Justus sonrió.

—No puedo descartarlo, Sr. Conybeare. Mis compatriotas se sentirían, sin duda, fascinados por un paladar tan exótico. Sin embargo, me temo que no puedo ofrecerlo como ejemplo de típica cocina inglesa.

—Seguro que puede usted pasar por alto el guiso de cordero y los pasteles salados —replicó Conybeare.

Fue una conversación alegre y desenfadada tras la cual volvieron a tomar asiento. Conforme el fin del concierto se iba

aproximando, a Georgina la embargó de nuevo la tristeza. Quizás fuera aquella la última ocasión de estar junto a Justus en Oxford y quería atesorar cada minuto, dilatar cada sonido hasta el infinito, para que el final nunca llegara.

Sintió el calor que emanaba del cuerpo de Justus y tuvo que reprimirse para no cogerle de la mano. Aunque la música era soberbia, Georgina apenas podía dedicarle parte de su atención, pues no hacía más que pensar en el hombre que tenía a su lado.

De pronto, sonaron aplausos de satisfacción, los músicos se inclinaron y Georgina se unió con sus palmas a la felicitación. Justus se levantó y fue a recoger los abrigos.

En el camino de vuelta, permanecieron en silencio, el uno junto al otro, como si el concierto hubiera sido un último estertor antes de la despedida. El miedo a la separación atenazaba la garganta de Georgina y casi deseó que el trayecto llegara a su fin, pues aquel silencio tenso le resultaba insoportable.

Cuando el carruaje finalmente se detuvo frente a la casa, Georgina dudó un segundo, se mordió los labios y, finalmente, preguntó con voz queda:

—¿Sigue usted decidido a viajar a Norfolk por mí y examinar el manuscrito?

—Sí, Srta. Fielding. Le di mi palabra y tengo por costumbre cumplir lo que prometo.

—Nunca lo he dudado. Si puede usted esperar un segundo... Hay algo que debo recoger.

Sorprendido, la ayudó a bajar del coche y esperó frente a la puerta de entrada. Era demasiado tarde como para entrar y, además, desconocía qué postura mantenía *lady* Agatha a propósito del caballero de Londres y hasta qué punto apoyaba el acuerdo al que parecían haber llegado el susodicho y el abuelo de Georgina. La doncella le dedicó una mirada curiosa, pero él

le indicó con la mano que esperaría fuera y comenzó a dar vueltas por el patio. Finalmente, oyó pasos ligeros y Georgina apareció por la puerta. Le entregó dos hojas de papel.

—Le he escrito aquí mi dirección en Londres —dijo, con voz suave, esperando que él le escribiera o, incluso, la visitara—. Y lo de aquí... —Y señaló la segunda hoja bajo la luz de la lámpara de la entrada.

Cuando Justus lo reconoció, lanzó una exclamación de sorpresa.

—Pero... ¿de verdad quiere usted confiármelo, Srta. Fielding? Si algo le ocurriera, sería irreparable...

—Confío en usted.

Se volvió a ella con una mirada tan penetrante como si quisiera retenerla con los ojos y evitar, así, la separación. Ella apretó de nuevo su mano; después, se dio la vuelta y desapareció en el interior de la casa.

Justus permaneció allí, con la hoja aún en la mano, y contempló la luz del vestíbulo conforme se iba apagando.

CAPÍTULO XVI

Una secta de ignorantes afirma que la naturaleza o el cielo los colocó allí por influencia divina, como si no se hallaran también, en esos mismos lugares, huesos de peces que precisan de largos años para crecer y formarse; como si no pudiéramos leer en sus conchas y caracolas los años y meses que duró su vida, igual que hacemos con los cuernos de las bestias y las ramas de las plantas que nunca se han podado.

LEONARDO DA VINCI

LADY AGATHA SE PASEABA INQUIETA POR EL LABORATORIO. Desde que Georgina se había marchado a Londres, se sentía sola de una manera nunca antes conocida. Hasta el momento siempre había disfrutado de la independencia de otros seres humanos, por lo que ahora se sorprendía del extraño vacío que su sobrina nieta había dejado tras de sí. Cuando se despertaba por la mañana, pensaba espontáneamente qué planes podía organizar aquel día con Georgina, antes de caer en la cuenta de que tendría que pasarlo finalmente sin ella.

Suspiró. Quizás tenía algo que ver con el avance inexorable de la edad, que tiende a reforzar ese tipo de transformacio-

nes. Por otra parte, tenía que admitir que la última visita de Georgina lo había cambiado todo.

Era como si en aquellas semanas hubieran germinado todas las semillas que había ido plantando con los años en la muchacha: el creciente interés por la geología, las inagotables preguntas en torno a su origen y el descubrimiento de nuevas emociones que parecían haber venido de la mano de Justus von Arnau. En el fondo, *lady* Agatha debería haberse alegrado ante la evolución que la joven había experimentado, pero la idea de que, al mismo tiempo, eso hubiera quebrado la intimidad que existía entre ellas le mortificaba.

Lady Agatha no se había atrevido a contarle a Georgina nada más acerca de sus padres. Su mayor deseo sería que la muchacha pudiera continuar su vida y no llegara a descubrir nunca toda la verdad, pero difícilmente podría ver cumplida esa esperanza.

Agitó la cabeza en ademán negativo y acarició descuidadamente un matraz, lleno hasta la mitad de un fluido azul. Se giró y observó su laboratorio que, para su sorpresa, de pronto ya no le importaba. Con frecuencia le había prestado más atención a sus investigaciones que a la gente de su entorno y, hasta la fecha, nunca lo había considerado algo malo. Pero ahora todo era diferente. Quería oír los ligeros pasos de Georgina por la puerta o verla inclinada en su taller sobre una muestra de piedra. Anhelaba incluso sus insistentes preguntas, cualquier cosa era mejor que aquella soledad llena de pensamientos dolorosos.

¿Habría actuado bien? ¿O habría sido un error guiarse únicamente por la razón y favorecer a St. John Martinaw? Sintió una punzada en el pecho y se sentó en una silla, repentinamente mareada. El médico le había dicho que debía permanecer tranquila, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Es-

forzarse por mantener el vigor de su cuerpo era algo factible, pero no había nada que hacer contra los agitados pensamientos que parecían pesar más sobre su corazón que cualquier ejercicio físico. En ocasiones, se sentía rodeada por una oscuridad que parecía envolverla. ¿Sería un preludio de la muerte? La perspectiva de no seguir viviendo mucho tiempo hacía aún más acuciante la preocupación por el futuro de Georgina. Cerró los ojos y respiró hondo, hasta que las punzadas se detuvieron.

¿Y si hablara en persona con el Sr. Von Arnau? Era una idea enteramente fuera de las convenciones sociales pero, haciendo honor a la verdad, lo cierto es que la etiqueta social nunca le había preocupado demasiado. Habida cuenta del modo de vida tan irregular que él llevaba, así como el hecho de que fuera capaz de encontrarse por azar con una mujer vestida de hombre y no espantarse en lo más mínimo, cabía suponer que a él le ocurría lo mismo. Sí, quizás la idea no fuera del todo mala.

Tomó papel y pluma y escribió una breve invitación. Llamó entonces a la doncella y, cuando Ellen apareció, le entregó la carta.

—Envía a Samuel de inmediato a Oxford, a la posada Mitre. Que vaya rápido.

Cuando, poco después del mediodía, Samuel regresó empapado por la lluvia, le entregó de nuevo la carta sin abrir. El caballero hacía días que había abandonado aquel lugar y no había dejado otra dirección.

Lady Agatha se hundió, agotada, en el sillón. Sin embargo, no se rindió. Georgina le había contado que había conocido a Justus von Arnau en las clases de William Buckland y que se lo había vuelto a encontrar en la cena que este había organizado. Quizás el profesor supiera cómo encontrar al escritor.

Puesto que su estado actual desaconsejaba el viaje a Oxford, dirigió una nota breve y cortés a William Buckland en la que se presentaba como una amiga del reverendo Aynscroft y le preguntaba si había sabido algo del Sr. Von Arnau últimamente.

OXFORD, 10 DE NOVIEMBRE DE 1821

Estimada lady Agatha:

Le agradezco mucho su misiva. Disculpe que no haya podido contestarle hasta ahora pero, lamentablemente, me vi obligado a descartar la primera respuesta que redacté, en la que le explicaba que desconocía a dónde había ido el Sr. Von Arnau, tras un encuentro con mi buen amigo William Conybeare. El Sr. Conybeare me comentó de forma fugaz que se había encontrado con el Sr. Von Arnau y con su sobrina nieta hacía poco en un concierto en la Christ Church Cathedral.

Habían conversado animadamente y, en el transcurso de la charla, el Sr. Von Arnau había mencionado un viaje que había planeado realizar al ducado de Norfolk, donde tenía intención de visitar una mansión sobre la que quería informar a sus lectores alemanes. No estoy muy seguro, pero creo recordar que el nombre de la misma era Holkham Hall.

Quisiera aprovechar también la oportunidad de decirle lo grato que me ha resultado conocer a la Srta. Fielding. Me alegraría enormemente poder charlar nuevamente con la joven dama próximamente. Puesto que se encuentra en Londres actualmente, quizás le gustaría acudir, junto con algún familiar, a alguna de las conferencias que daré allí en calidad de miembro de la Royal Society y la Geological Society. ¿Me permite que le solicite la dirección londinense de la Srta. Fielding para poder hacerle llegar la invitación?

Espero haberle sido de alguna ayuda. Reciba mis respetuosos saludos.

William Buckland

Justus von Arnau se sorprendió ante el afectuoso recibimiento que le ofrecieron en Holkham Hall. La mansión se encontraba rodeada por hermosos campos, cerca del mar, y en la posada en la que tomó una habitación le recomendaron que visitara la playa pues, a pesar de la época del año, merecía la pena verla. Conforme cabalgaba por el parque se percató de la presencia de numerosos ciervos, lo que indicaba la posible existencia de un coto personal, e incluso reparó en que disponían de su propio lago.

El propietario insistió en recibirlo en persona y se interesó mucho por sus viajes.

Thomas Coke, conocido como *el Coke de Norfolk*, era un hombre encantador que exudaba una energía desbordante. No parecía ser capaz de mantenerse más de dos minutos seguidos en una misma posición y trasladó la conversación que habían iniciado en el salón, donde había recibido a Justus, a todo el resto del castillo, al tiempo que fue ejerciendo de cicerone particular.

—Debe usted saber que mi tío abuelo, el primer duque de Leicester, fue quien hizo acopio de todos estos maravillosos tesoros. Aprovechó su viaje de juventud por el continente para hacerse con un gran número de obras de arte y manuscritos. Ante usted, la galería de las estatuas.

Abrió una puerta doble y se hizo a un lado para dejar paso a su invitado. Justus no pudo evitar contener el aliento cuando contempló aquella espectacular sala. Parqué auténtico, paredes verde claro con filigranas doradas y, en el extremo opuesto, un saledizo semicircular con un gran ventanal. A lo

largo de la pared, colocados en nichos, numerosas estatuas y bustos de aspecto antiguo. Justus caminó impresionado por toda la estancia, miró a través del ventanal y se volvió para contemplar la galería desde esa perspectiva.

—Debió ser un hombre con una gran sensibilidad artística.

—No solo eso —dijo Thomas Coke—. También valoraba mucho la distribución del entorno natural. Hizo traer los robles perennes que hay en el jardín desde Italia. —Thomas Coke dejó escapar una tos forzada—. Lo difícil es mostrar la galería a las damas que nos visitan. Como puede usted comprobar, las estatuas no están vestidas de acuerdo con las normas del decoro. Sin embargo, no quisiera cubrirlas con paños, pues eso estropearía completamente el efecto.

Divertido, Justus von Arnau pensó en la Srta. Fielding quien, sin duda, no habría mirado al suelo presa de la vergüenza ante la visión de estatuas de tiempos inmemoriales ligeras de ropa. «Pero, evidentemente, la Srta. Fielding es alguien fuera de lo común», pensó, preso de una repentina nostalgia. Puso coto a la melancolía recordando que él se encontraba allí por ella y, de pronto, la sintió muy cercana.

—Yo no soy un experto en arte como lo fue mi antecesor —prosiguió Thomas Coke—. Disfruto viviendo en esta maravillosa mansión, pero no tengo intención de ampliar la colección. Mi cometido es, como quizás ya sepa, una reforma de la agricultura basada en la ciencia.

—He oído hablar de sus méritos —dijo Justus.

Thomas Coke sonrió con satisfacción.

—Perfecto. Entonces no le aburriré con un encendido discurso sobre las bondades del estiércol. Tan pronto concluyamos nuestra visita por la casa, le pondré en las manos de mi bibliotecario, el Sr. Roscoe, quien sabrá contestar a sus preguntas con mucha más precisión y destreza que yo.

William Roscoe resultó ser un anciano de nariz prominente, extremadamente solícito y cultivado, quien no solo ejercía de bibliotecario de Holkham Hall, sino que también era un destacado poeta, historiador, coleccionista de arte, jurista y político. «Es impresionante la cantidad de oficios que un hombre puede llegar a desempeñar en su vida», pensó Justus, lleno de asombro.

Después de que el señor de la casa se hubiera despedido y Justus le hubiera agradecido nuevamente la inesperada visita guiada, el Sr. Roscoe se ofreció a mostrarle seguidamente la biblioteca.

Justus quedó sobrecogido. Las estanterías, decoradas con capiteles clásicos, cubrían las paredes y recordaban a un templo clásico. Algunas albergaban también antiquísimos bustos. Las obras se sucedían una tras otra, forradas en cuero multicolor, con letras doradas.

Se colocó de tal forma que pudo observar una pared entera. La estancia en su totalidad estaba diseñada conforme a estrictos preceptos clasicistas y con gran simetría. En medio, se encontraba la chimenea, coronada con un capitel, flanqueada por estanterías enmarcadas por dos puertas altas de madera, sobre las que había todavía más estantes. Una obra maestra de arquitectura de influencia matemática.

El bibliotecario percibió su mirada de admiración.

—Es una habitación imponente, ¿no le parece, señor?

Justus asintió con reconocimiento.

—Es la estancia ideal para el estudio de escritos eruditos.

—De hecho, así es. —El bibliotecario inclinó ligeramente la cabeza y le miró con interés—. El Sr. Coke me dijo que mostró usted interés por nuestro Códice Da Vinci. No ocurre a menudo. Pocos saben que Leonardo realizó ese tipo de estudios.

Finalmente habían llegado al tema que le había traído hasta allí.

—Eso me han dicho. De hecho, hasta hace poco ni siquiera sabía que se hubieran traído algunos de esos manuscritos a Inglaterra.

—Hace más de cien años, a decir verdad —proclamó el Sr. Roscoe con evidente orgullo, como si hubiera que agradecerle a él mismo tal hazaña—. En los siglos pasados se tenía mayor constancia de su valor, lo que explica también el elevado precio que hubo que pagar por los manuscritos en su momento. Por desgracia, actualmente han caído en el olvido.

—¿Ha estudiado usted el código desde entonces? —quiso saber Justus.

—Evidentemente, lo he analizado a fondo. —El Sr. Roscoe dudó antes de seguir hablando, como si fuera a tratar un tema incómodo—. Por desgracia, he de decir que apenas he sido capaz de descifrar algo. Como usted quizás ya sepa, el manuscrito entero está redactado con escritura especular y en italiano. Lamentablemente, no soy muy ducho en esa lengua. Por otra parte, cuenta con numerosos dibujos que ofrecen algunas pistas sobre su contenido.

—Casualmente, yo he tenido la oportunidad de aprender la lengua hasta dominarla —indicó Justus quien, antes de intentar descifrar el pliego de Georgina, quería tener la oportunidad de observar la totalidad del documento original—. Sería un placer para mí intentarlo, si es posible. Evidentemente trataría el manuscrito con un cuidado exquisito —prosiguió, al reparar en la mirada de preocupación de su interlocutor.

La expresión del bibliotecario recordaba a la de un valeroso custodio dispuesto a pagar con su vida con tal de proteger el precioso tesoro a su cargo.

Aquella reacción resultó hasta cierto punto ofensiva para Justus y temió que el Sr. Roscoe terminara por suponer un escollo en sus planes. Le formuló una pregunta muda con la mirada.

El bibliotecario carraspeó e invitó a Justus a que tomara asiento en el sofá.

—Antes de poder mostrarle los manuscritos, algo que estoy más que dispuesto a hacer, pues me alegra sinceramente que haya alguien capaz de valorar y apreciar semejante tesoro, hay algo que debo confiarle —dijo, con aspecto abochornado—. Es una cuestión delicada y penosa. Debe usted saber que, por desgracia, el códice ya no está completo.

Justus arqueó las cejas.

—¿Que ya no está completo? ¿Quiere usted decir con eso que una sección del mismo se ha perdido, o que se ha destruido?

Nuevos carraspeos.

—Es una cuestión terriblemente delicada. Ocurrió mucho antes de mi llegada aquí, por lo que no es a mí a quien hay que reprochárselo. Por fortuna, he de admitir, pues jamás habría sido capaz de perdonarme semejante falta. —Agitó la cabeza, pensando probablemente en la falta de rigor de su predecesor—. He de explicarle el aspecto del manuscrito. No se trata de un libro encuadernado, sino de una sucesión de hojas sueltas. El códice se compone de dieciocho pliegos del papel lino más fino, doblados por la mitad y cosidos entre ellos, de tal manera que forman setenta y dos páginas. Sin embargo, actualmente solo contamos con sesenta y ocho. En otras palabras: nos falta una de las hojas.

—Y ¿cómo de grande es esa hoja? —quiso saber Justus.

El papel que Georgina le había confiado y que tenía guardado en el bolsillo le fue resultando más pesado conforme el Sr. Roscoe iba detallando su descripción.

—Unas ocho pulgadas y media por once —explicó el bibliotecario—. Y está doblada a la mitad. Es decir, que es un objeto sumamente fácil de ocultar. Sin pistas tangibles que permitan su localización, es como buscar la proverbial aguja en el pajar.

—Y ¿se ha intentado recuperar el pliego desaparecido? —preguntó Justus.

El Sr. Roscoe respondió encogiéndose de hombros.

—Como le he dicho, por aquella época yo ni siquiera había llegado a Holkham Hall. Habría que preguntarle a mi predecesor, si es que aún vive. Hace mucho tiempo que no sé de él, y ya tenía una edad avanzada cuando dejó su puesto aquí.

—Muchas gracias. Quizás podría usted más tarde darme sus señas, si no es molestia.

Aunque Justus no pretendía dejar ver sus ansias, ardía en deseos de ver el manuscrito y apenas podía esperar a tenerlo frente a él. Hubiera disfrutado comparando el documento original con el pliego que estaba en su posesión, pero la presencia allí del Sr. Roscoe lo hacía, lógicamente, imposible.

El bibliotecario pareció percibir su inquietud y se levantó.

—Vayamos, pues, a ver el códice. En cualquier caso, debo pedirle que utilice guantes blancos de algodón para no estropear el valioso papel. Es una medida de precaución de la que yo mismo no me eximo.

Sacó de un cajón un par de guantes de un blanco impecable, planchados con esmero, y se los tendió a Justus.

—Antes me gustaría preguntarle una cosa más, Sr. Roscoe. ¿Cómo se dieron cuenta de que faltaba una hoja si son, como usted mismo ha indicado, hojas sueltas?

El bibliotecario le observó con atención.

—Es una pregunta justificada, Sr. Von Arnau, pero con una respuesta sencilla. Están numeradas. Es decir, en la parte frontal de cada media hoja hay una cifra ordenada. Si se retira

uno de los pliegos, faltan, en consecuencia, cuatro páginas, con sus dos cifras correspondientes. En nuestro caso, el diez y el diecisiete.

Georgina se encontraba sentada frente a su escritorio y observaba el papel que tenía frente a ella, en el que solo había, hasta el momento, un encabezamiento. Su intención era crear un catálogo detallado de la colección de Joshua Hart o, para ser más exactos, de la colección de su padre, pero se veía incapaz de concentrarse.

Había dejado la colección de piedras en casa de *lady* Agatha porque consideraba que allí estarían más seguras. En cualquier caso, durante su estancia en casa de su tía abuela había realizado un resumen aproximado de las características de cada pieza junto con pequeños dibujos de las mismas, para lo cual se había basado en los datos recogidos por su padre en cuanto a lugar y fecha. Había transportado a Londres dichos grabados, así como otros documentos, en uno de los cofres de Hart.

De esta manera, esperaba poder seguir trabajando en ellos en casa de su abuelo sin arriesgarse a que descubrieran la colección.

Hacía tiempo que se había hecho con un gran libro de cuentas, similar al que los negocios utilizaban para plasmar su contabilidad, y lo utilizaba para catalogar su pequeña colección personal. Su intención ahora era incorporar la colección de su padre al catálogo. Sin embargo, por importante que fuera para ella cumplir con esa tarea, en aquel momento tenía demasiadas ideas contradictorias asaltándole la mente.

La lluvia formaba sobre la ventana largos torrentes que se fusionaban entre ellos y dibujaban curiosas cenefas sobre el cristal. Ignoraba cuánto tiempo llevaba allí sentada, escudriñando las letras con tan pobre resultado que bien podrían haber sido

jeroglíficos. Recordó espontáneamente al francés Champollion, quien durante años intentó en vano descifrar la extraña escritura egipcia. De allí, sus pensamientos saltaron como movidos por un resorte a un enigma distinto, la escritura especular de Da Vinci, y de ahí a las pocas, preciosas horas que había compartido con Justus von Arnau. ¿Dónde se encontraría ahora exactamente? Solo había vuelto a saber de él en una ocasión desde su retorno a Londres, cuando había recibido una breve misiva suya en la que le anunciaba que había solicitado por escrito al Sr. Thomas Coke que le permitiera visitar Holkham Hall. Esperaba recibir una respuesta afirmativa. Sin embargo, esas cosas llevaban tiempo y a ella le asfixiaba la impaciencia.

Su línea de pensamiento carecía de lógica y, no obstante, tenía la sensación de que, si el Sr. Martinaw pedía su mano antes de que el Sr. Von Arnau regresara de Norfolk con nuevos descubrimientos, estaría perdida. Era como si viviera atrapada en medio de una carrera contrarreloj entre los dos hombres. Por eso, vivía bajo el diario temor de que Martinaw apareciera en su casa y expresara su deseo de hablar a solas con ella, o le enviara una nota personal dirigida a su nombre.

En los diez días que llevaba de nuevo en Londres, solo habían invitado al cirujano a una cena en Bloomsbury. Debido a lo exigente de su trabajo, no disponía de tiempo para visitarla durante el día o para invitarla a un concierto o al teatro, lo que alegraba profundamente a Georgina. Aunque el regreso a la oscura mansión de su abuelo le resultaba asfixiante, prefería la estrechez y oscuridad de aquel edificio a un encuentro con el Sr. Martinaw.

Su tía había regresado igualmente a la ciudad, a pesar de que aún quedaba mucho tiempo para el inicio de la temporada. Eso también indicaba que toda la familia se estaba preparando seriamente para una inminente petición de mano por parte del

Sr. Martinaw. *Lady* Anne no se cansaba de repetir que esperaba que Georgina se mostrara encantadora. Por fortuna, no había visto la carta de Justus von Arnau, pues de ser así, habría tenido que soportar un aluvión de preguntas incómodas. *Lady* Anne solo toleraría que se relacionara con un escritor si se trataba de un poeta laureado con la palabra *sir* antes de su nombre y habituado a visitar la corte. A sus ojos, cualquier otro autorzuelo no era más que un artista desarrapado de pobre reputación.

St. John Martinaw, por el contrario, era muy del gusto de *lady* Anne, pues un amigo de confianza le había revelado en la más estricta confidencialidad que era cuestión de tiempo que le nombraran caballero. No le habían dado más que buenas referencias sobre él. Incluso algunos miembros de la familia real habían solicitado su asesoramiento médico. Era un perfil extremadamente prometedor, por lo que no se cansaba de hacer entender a su sobrina que no cabía esperar otra cosa de ella más que el que fuera capaz de valorar en su justa medida las grandes virtudes de aquel hombre.

Georgina, por su parte, entendía mucho mejor, desde su retorno de Oxfordshire con las noticias acerca de su origen, el afán de su tía por concertarle un matrimonio respetable. Sin embargo, procuraba apartar sus pensamientos de aquellas reflexiones tan perturbadoras que, al mismo tiempo, le recordaban a las semanas transcurridas en Langthorne House, que tan rápido habían llegado a su fin.

Había pasado largas estancias con *lady* Agatha cada año de su vida y, sin embargo, ninguna otra podía compararse con aquella. Recordaba, con una sonrisa triste, las profundas e interesantes conversaciones con William Buckland y los breves instantes de libertad que experimentó vestida de hombre lo que, a su vez, evocaba sus primeros encuentros con Justus von

Arnau. Ensimismada, repasaba en su memoria la visita al viejo archivero que había realizado acompañada del alemán, y el concierto durante su última noche juntos.

¿Se habría acabado todo entre ellos? ¿Tendría en un futuro que conformarse con simplemente escuchar las conversaciones eruditas ajenas, sin poder participar de ellas ni realizar ninguna investigación propia? O, peor aún, ¿tendría que recluirse en el salón de las damas tras cada cena y parlotear sobre moda y sobre el gobierno de la casa, mientras los caballeros podían retirarse sin preocupaciones a beber *brandy* y fumar puros junto a la chimenea? Era incapaz de imaginar que St. John Martinaw le concediera la misma libertad que Justus von Arnau le otorgaba. Sin embargo, lo que más le asustaba era la perspectiva de compartir cama con él y tolerar su abrazo. Recordaba con placer los fugaces contactos con Justus von Arnau. No es que la cercanía de Martinaw no le provocara el mismo cálido escalofrío, es que no le provocaba ninguna emoción en absoluto.

Georgina se obligó a, al menos, dibujar una línea horizontal sobre el papel sobre la que numerar las casillas del uno al cuatro. «Ha quedado muy bien», trató de animarse, aunque en el fondo no lograra nada. Se levantó y sacó el único cofre que había traído de Oxfordshire del armario. Tenía la puerta del cuarto cerrada, pues aún le preocupaba que alguien pudiera descubrir la colección.

Tan sumida en sus pensamientos estaba que se sobresaltó cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Sí?

—Hay una carta para usted, señorita —oyó decir a Betsy, la doncella.

—Voy.

Se levantó, giró la llave y abrió la puerta. Betsy, una criada tímida cuyo cabello parduzco y fosco tendía a escapársele

constantemente por debajo de la cofia, la saludó con una reverencia y tendió a Georgina una bandeja de plata sobre la que reposaba una carta.

—Muchas gracias.

Georgina asintió con la cabeza a modo de amistosa despedida y cerró de nuevo la puerta antes de dirigirse al escritorio. Dio vueltas en la mano a la carta, sin decidirse a girarla y leer el remitente. Esperaba de todo corazón que proviniera de Justus, pero al mismo tiempo temía que fuera de Martinaw. Cuando, finalmente, hizo de tripas corazón comprobó, para su sorpresa, que no se trataba ni del uno, ni del otro.

William Buckland, D. D., F. R. S., Corpus Christi College, Oxford.

«Esto sí que es una sorpresa inesperada», se dijo, y rompió de inmediato el lacre. Después, desplegó la hoja.

OXFORD, NOVIEMBRE DE 1821

Estimada Srta. Fielding:

He sabido por su tía abuela que había regresado a la capital sin que hubiéramos podido vernos de nuevo, cosa que lamento profundamente. Me impresionó vivamente su interés en la geología y me hubiera gustado haber tenido la oportunidad de conversar nuevamente con usted. Por ese motivo, espero que pueda usted el año próximo volver a deleitarnos con el placer de su compañía aquí en Oxfordshire.

Vayamos ahora, no obstante, al auténtico motivo de esta misiva: como quizás usted ya sepa, soy miembro de la Geological Society y, por ese motivo, visitaré Londres próximamente con el objeto de intercambiar impresiones con mis compañeros. A resultas de esto, daré también una conferencia abierta al público y

sería un placer poder presentarle esa tarde en nuestra sede londinense a los ilustrados miembros de nuestra asociación. Muchos de ellos asistirán y, sin duda, podrán ofrecerle una velada amena e inspiradora.

Mi intención es la de escribirle nuevamente tan pronto como sepa las fechas concretas de la conferencia. Hasta entonces, espero que se encuentre usted bien y que sea capaz de encontrar tiempo entre sus obligaciones sociales para proseguir con sus esfuerzos científicos.

Si volvemos a tener la oportunidad de encontrarnos en Oxford, me alegraría enormemente poder invitarla de nuevo a una de mis cenas, en la que poder disfrutar de más succulentas delicias gastronómicas. Como quizás sepa, me he propuesto firmemente no servir dos veces la misma criatura.

*Reciba mis más cordiales saludos. Atentamente,
William Buckland*

CAPÍTULO XVII

*En las llanuras de Italia, sobre las
que hoy sobrevuelan los pájaros, anta-
ño nadaban bancos de peces.*

LEONARDO DA VINCI

JUSTUS VON ARNAU ESTABA SENTADO EN LA POSADA, PRESO de una muda fascinación por el papel que tenía extendido frente a él. No era consciente del devenir del tiempo: había olvidado todo a su alrededor. El fuego de la chimenea se había apagado, pero no sentía el frío que comenzaba a colarse por cada esquina de la habitación. Para él, no existía nada más que aquella hoja amarilleada, cubierta con marcas y filigranas y caracteres de difícil comprensión escritos con tinta marrón, que creaban y recreaban nuevos enigmas.

Cada vez que levantaba la vista, tenía que tomarse un segundo para recordar dónde estaba. Entonces, pensaba con cierto pesar en lo injusto que era que él estuviera allí, en aquella habitación no muy lejos de Holkham Hall, mientras Georgina Fielding, la auténtica descubridora del tesoro, no podía disfrutar de aquel viaje. Sin ella, él nunca habría llegado hasta allí, nunca habría podido tener en sus manos aquellas hojas de incalculable valor, aquellas páginas que el gran Leonardo había rellenado trescientos años atrás con su volátil escritura inversa. Era como si ella estuviera observándolo todo a su espalda. Podía sentirla muy cerca de él.

El Sr. Roscoe le había pedido que esperara mientras él recogía el manuscrito. Estaba guardado en una funda forrada de tafilete pardo con la forma de un libro. Antes de que el bibliotecario lo abriera, señaló el escudo de armas de la familia Coke, grabado en dorado sobre el lomo. En la parte trasera podía leerse en letras de oro: L. DA VINCI DELLA NATURA & C. DELLE ACQUE MS. ORIGINALE DELL'AUTORE ALLA MANCINA. El texto, por tanto, trataba de la naturaleza y del agua y se escribió de derecha a izquierda. El bibliotecario abrió entonces la cubierta y tomó una funda de cuero rojo igualmente decorada en oro y que contenía el manuscrito propiamente.

Justus colocó la encuadernación con precaución sobre la mesa, la abrió y se quedó sin aliento. Lo primero que apareció fue una cubierta de cartón, que contenía un texto en italiano: «Una obra recopilada por Leonardo Vinci sobre el sol, la luna, el curso de las aguas, sus puntos y sus movimientos». «Ni una palabra sobre la tierra o las piedras, pero eso no significa nada», se dijo, para tranquilizarse.

—¿Qué quiere decir con «sus puntos»? —preguntó Justus.

El bibliotecario agitó la cabeza.

—Me figuro que se referirá a puntos en el sentido matemático de la palabra y que contendrá cálculos sobre el comportamiento de las aguas —contestó, y señaló unos agujeros diminutos sobre el papel—. Como puede usted ver, las páginas están cosidas entre sí.

Justus recordó inmediatamente la hoja individual de Joshua Hart. De haber estado entonces las hojas concienzudamente cosidas, no habría sido posible arrancar una sin causar daños. Los agujeros en la hoja de Georgina debían ser diminutos orificios de aguja y, sin embargo, no se apreciaba ninguna señal de violencia.

El Sr. Roscoe señaló nuevamente el manuscrito.

—Si observa con mucho detenimiento las uniones, comprobará usted que hay una hilera doble de agujeros. Me supongo que uno de los enlaces antiguos se soltaría y se volvieron a colocar las hojas juntas de nuevo, lo que explica la existencia de más orificios. Por desgracia no soy capaz de decirle cuándo se produjo esto. Evidentemente habría tenido más sentido volver a unir las hojas por el mismo punto: perforarlas de nuevo es, a mi juicio, una lamentable muestra de incompetencia. En cualquier caso, apenas afecta al valor total del manuscrito.

Así pues, era de imaginar que Joshua Hart se habría encontrado una colección de hojas sueltas durante su visita a Holkham, que habría tomado una de ellas y que, con posterioridad, se habrían vuelto a coser.

—¿Podría hojearlo personalmente? —preguntó Justus con cortesía.

El bibliotecario sopesó la idea durante unos instantes, como a quien le piden poder sostener a su hijo recién nacido, pero entonces comprobó que el visitante llevaba correctamente colocados los guantes blancos y asintió.

—Por favor —dijo, y se hizo a un lado.

Justus pasó con precaución la primera página, sobre la que podían verse tres dibujos. Había una esfera grande conectada por diversas líneas rectas a una esfera más pequeña. Reflexionó unos instantes antes de comprender de qué se trataba. Por lo que había leído, sus apuntes trataban, entre otras materias, sobre la luna y el sol, por lo que las esferas no podían ser otra cosa. Observó fascinado las líneas que cruzaban ambos cuerpos celestes, marcados con caracteres diminutos. Junto al dibujo había una fina columna en la que, probablemente, se describían las investigaciones a las que aludía el grabado.

Pasó página. En la parte posterior había también imágenes similares. Justus observó fascinado una ilustración que representaba tres cuerpos celestes en los que podían intuirse el sol, la luna y la tierra. Era como si Leonardo hubiera querido comprobar cómo afecta al sol y a la tierra la luz de la luna. ¿Quién habría podido pensar que el pintor había sido, al mismo tiempo, un astrónomo?

A continuación, aparentemente se había dedicado a realizar experimentos que se asemejaban al método del ensayo y el error utilizado en química.

Justus alzó la mirada al sentir los ojos del bibliotecario sobre él.

—Discúlpeme: estaba tan sumido en la investigación que me he comportado de forma un tanto grosera. Pero este manuscrito es verdaderamente fascinante. ¡Debe usted encontrar a alguien que lo descifre y lo traduzca al inglés o al alemán!

William Roscoe asintió.

—Cabe esperar que, algún día, alguien aceptará tan titánico cometido. Sin embargo, mientras no se comprenda bien la escritura, seguirá siendo un tesoro por descubrir.

Sonrió con cierta tristeza, como si temiera no llegar a vivir ese día.

Justus sacó un espejo de mano del bolsillo de su levita.

—¿Me permite?

—Por supuesto. Yo mismo lo he intentado, pero la escritura es demasiado difícil de descifrar y, por desgracia, desconozco el idioma. Así pues, inténtelo usted con calma.

Justus tomó la página marcada con un pequeño cuatro en la esquina superior derecha y colocó el espejo perpendicular al papel. La escritura aparecía de manera sorprendentemente clara: «Del color del cielo». Era difícil precisar sobre qué podía tratar esa página, pues no incluía ilustraciones. Quizás tuviera

algo que ver con la volubilidad de la climatología, que coloreaba el cielo de azul, gris o negro a su voluntad.

Giró la página casi con reverencia. La tarea de descifrar y traducir el libro entero era, realmente, titánica. Él mismo carecía de los conocimientos de ciencias naturales sobre los que Da Vinci parecía escribir mayoritariamente en aquella obra. Solo debería traducirse aquello que se conoce. La lectura, no obstante, resultaba fascinante.

Siguió pasando páginas con precaución. Al llegar a la página ocho descubrió una ilustración diminuta de dos hombres que parecían estar situados sobre un balancín. Era un tablero sencillo colocado sobre una piedra y los dos individuos lo mantenían en equilibrio con su peso.

Observó entonces la parte posterior, visualmente menos atractiva. En un arrebatado de inspiración, colocó el espejo junto al texto e intentó descifrar el título. La forma en la que se posicionó en esta ocasión era más complicada y tuvo que hacer frente a la mirada crítica de Roscoe.

—No es tan sencillo como yo pensaba —aseguró Justus—. Pero no me doy por vencido tan rápido. Déjeme intentar algo.

Sacó su propio cuadernillo y observó el espejo detalladamente. Finalmente, con un ligero silbido, escribió algo y se lo mostró, triunfante, al bibliotecario.

—«Del diluvio universal y las conchas marinas».

A Georgina le encantaría. Se acordó de la cena en casa del Sr. Buckland y su encendido discurso sobre el diluvio y los días de la creación. ¿Podría ser que Da Vinci hubiera albergado ideas propias acerca de la gran inundación bíblica que nadie conocía y con las que se adelantó en siglos a otros científicos? No podía precisar si tendría algo que ver con la geología, pero sin duda resultaría provechoso poder estudiar con deteni-

miento aquella página. Justus pasó a la página nueve lleno de emoción.

Allí aparecían tres dibujos que mostraban las diversas maneras en las que fluye el agua. Sin embargo, era de suponer que aquella hoja tan densamente poblada de texto contendría más información sobre el diluvio, las conchas y las piedras. Tendría que examinarla con detenimiento. Tan pronto como regresara a la posada, quería estudiar también el pliego de Georgina. Había observado detenidamente las ilustraciones de la página diez y se había preguntado por qué Hart había escogido precisamente aquella, cuyos dibujos no parecían guardar gran relación con su afición, si bien era cierto que en una misma hoja podían incluirse diversos temas.

—Sr. Roscoe —dijo Justus y comprobó que, en el tiempo en el que él había permanecido sumido en el estudio, el bibliotecario se había retirado silenciosamente.

Justus se levantó y miró a su alrededor. Entonces oyó que una puerta lateral se abría y una doncella apareció por ella portando una bandeja con una tetera plateada y un platillo con galletas. Ella le saludó con una inclinación de cabeza y colocó la bandeja sobre la mesa.

—El Sr. Roscoe me ha indicado que le ofreciera un refrigerio, señor. En caso de que necesite usted algo más, por favor, haga sonar la campanilla.

Tras algunos minutos el bibliotecario volvió a aparecer, limpiándose la boca con el envés de sus guantes blancos. Apparentemente él también había aprovechado para tomarse un tentempié.

—Sr. Von Arnau, ¿qué puedo hacer por usted?

—¿Podría decirme si cada página del manuscrito se corresponde con un tema o si en una misma hoja pueden entremezclarse varios pensamientos?

William Roscoe se sentó e hizo un ademán como de quien toma impulso.

—Por fortuna, hay datos concretos que puedo darle al respecto. Leonardo redactó por sí mismo todo un compendio de temas individuales, pensamientos o como quiera usted llamarlos. Eso nos indica que el código no es un libro en el sentido estricto de la palabra, pues no mantiene una estructura coherente y cohesionada desde la primera hasta la última página que ofrezca una sucesión ordenada de temas. Tampoco dobló dieciocho pliegos y se dispuso a escribir en ellos desde el principio al fin como en una libreta convencional, sino que fue añadiéndolos posteriormente, uno a uno. Por ese motivo, es posible que escribiera en la página tres sobre el movimiento de las aguas y volviera a retomar esa idea varias hojas después.

—Entiendo. —Justus sacó el reloj de bolsillo y le echó un vistazo—. Ya es muy tarde. No quisiera retenerle más tiempo, Sr. Roscoe. ¿Me permite que regrese mañana?

No podía esperar a poder estudiar con calma la hoja de Georgina a la luz de sus recientes descubrimientos.

—Por descontado, Sr. Von Arnau. Será usted bienvenido cada vez que quiera usted venir. Me encuentro aquí en la biblioteca a partir de las diez.

Se despidieron y Justus fue a recoger su caballo, que había estado al cuidado de uno de los mozos de cuadra del castillo. Aunque no era cazador, supuso que aquella debía ser la sensación que se experimentaba cuando por fin se da con la huella de la tan ansiada pieza.

James Fielding se acarició las canosas patillas. Miró, escrutador, a su nieta, quien se encontraba sentada en un sillón junto a la chimenea y estudiaba un libro de aspecto formal y complejo. Había recibido una carta de su hermana que había

incomodado el placentero estado de autocomplacencia en el que le gustaba vivir. Una carta que había reabierto heridas antiguas, largo tiempo olvidadas, pues por primera vez desde hacía años mencionaba el nombre de Susan. Entre ellos había existido desde hacía mucho tiempo el acuerdo silencioso de no mentar a su hija perdida bajo ninguna circunstancia. De esa manera, había logrado proteger a Georgina y, por extensión, a toda la familia de la historia de su concepción o, al menos, eso había pensado hasta ahora. La carta indicaba que se encontraba en un error. Su nieta parecía haber descubierto, a través de una fuente desconocida, lo que él mismo y todos los restantes habitantes de su casa habían logrado mantener en el más estricto secreto. Había descubierto, incluso, el nombre de su padre, información que su tía abuela no había podido más que confirmar.

Pero ¿a dónde demonios pretendía llegar Georgina con todo esto? En su momento habían tenido incluso que amenazar con despedir al personal del servicio más antiguo, los que aún conservaban recuerdos de la madre, en caso de que a alguno se le ocurriera mencionarle esas cuestiones a la Srta. Fielding. Estaba completamente seguro de que ninguno había incumplido con su palabra. Y sin embargo, de alguna manera, debía haberse enterado.

Aunque creía a su hermana capaz de alguna indiscreción que otra, no consideraba que Georgina hubiera descubierto tantas cosas a través de ella. No, debía haber alguien más que conociera la historia y que no perteneciera ni a la familia ni al personal. Pero ¿quién?

Le había hablado de todo aquello a su hija Anne, quien le había escuchado llena de preocupación, mientras se retorció las manos durante toda la narración. Lo único que a ella le preocupaba era, evidentemente, el futuro de Georgina, el matri-

monio respetable que esperaba acordar para su sobrina. Él había intentado tranquilizarla pues, por lo que *lady* Agatha le había dicho, Georgina no conocía todos los detalles. Y nunca debía conocerlos. La reputación de la familia estaba en juego.

Lady Anne le había mostrado su apoyo incondicional y decidido: no lo descubriría, no, nunca. Aquel temor había perseguido siempre a la juiciosa dama como la peor de sus pesadillas y ahora, finalmente, cobraba forma real. Conocía a su sobrina. Georgina era de una naturaleza extraordinariamente obstinada y, si verdaderamente se obcecaba en averiguar la verdad, no descansaría nunca hasta lograrlo. Y entonces, ¿qué ocurriría? Pero, sobre todo, ¿quién, aparte de ellos, sabía algo del tema? *Lady* Anne se había prometido a sí misma descubrirlo a cualquier precio y silenciar a la fuente desconocida de inmediato.

El anciano miró nuevamente a su nieta, por la que nunca había sido capaz de experimentar un afecto real, aunque en el fondo siempre había sido una muchacha adorable. Sin embargo, todo en ella, su tozudez, su rebeldía, sus pintorescas ocurrencias, el hábito de mostrarse tan poco femenina... Todo aquello le recordaba a su hija perdida y su triste destino.

James Fielding no era la clase de hombre que se preocupa mucho por cuestiones sentimentales. Se había forjado él mismo su propia vida y estaba satisfecho con lo que había logrado: poder acudir al club o sentarse junto a la chimenea a fumar su cigarro favorito. Sin embargo, aquella carta había perturbado su placentera y ordenada rutina. Era como una gigantesca y molesta roca que hubiera caído en el camino y le impidiera proseguir un, hasta entonces, plácido y tranquilo trayecto.

Por eso, se hacía aún más acuciante la necesidad de casar bien a Georgina y, con ese propósito, la sugerencia de Anne de

ir un paso más allá con el médico aquel, ese tal St. John Martinaw, le pareció espléndida. Si bien era cierto que aquel hombre no tenía una posición particularmente acomodada, se rumoreaba que no tardaría en ser nombrado caballero y eso era más de lo que podía esperar una muchacha de origen dudoso. Era de vital importancia que Georgina se comprometiera con aquel hombre, en eso estaba de acuerdo con su hija. Ya no era ningún jovencuelo y, por eso, probablemente trataba de regularizar su situación antes de que fuera demasiado tarde.

En el club había podido conversar brevemente con el coronel Austin, quien le había contado cosas muy interesantes sobre Martinaw. Había tratado personalmente al rey Jorge IV cuando este aún era príncipe regente y ocupaba el lugar de su padre, quien sufría de demencia. El rey no lo había olvidado y se decía que habían llamado a la corte a un joven Martinaw para realizar una operación de emergencia al monarca. Se rumoreaba que el cirujano no tardaría en convertirse en médico real, lo que supondría un importantísimo paso adelante en su carrera. James Fielding no pudo evitar frotarse las manos al imaginarse tan gozosas circunstancias.

Aquel hombre buscaba de manera manifiesta la cercanía de la familia Fielding y parecía sentir especial predilección por Georgina. Debían invitarle sin demora a comer en casa, dentro de un círculo íntimo de comensales, para asentar definitivamente las bases de su relación.

Sin embargo, sus pensamientos retornaron entonces al punto de partida: la carta de su hermana. Coqueteó con la posibilidad de hablarle abiertamente a Georgina del espinoso tema de su origen y explicarle su postura al respecto, pero no se sentía capaz. Deseaba seguir esquivando aquellas preguntas y que una conversación bajo aquellos términos nunca llegara a tener lugar. Se dijo que lo más sencillo sería mantener el silen-

cio que habían sabido guardar durante todos aquellos años. Era una perspectiva grata.

En cualquier caso, no podía hacer daño mostrar un poco de buena voluntad y tener un gesto de simpatía hacia su nieta. Por ese motivo, se levantó, se colocó junto a ella y observó por encima de su hombro el libro que ella sostenía sobre su regazo.

—¿Qué estás leyendo, querida?

Georgina dio un respingo, pues estaba profundamente sumida en la lectura y no le había oído aproximarse. Instintivamente fue a cerrar el libro, pero él alzó la mano.

—Déjame que le eche un vistazo.

Ella alzó el pesado volumen y él comprobó el título: *Identificación de las capas de la tierra mediante los fósiles comunes. Con impresiones a color de los hallazgos más característicos de cada estrato. De William Smith, topógrafo*. Georgina leyó la incompreensión en el rostro de su abuelo y desistió de tratar de explicárselo con más detalle.

El libro contenía ilustraciones a color de conchas, caracolas y amonitas, pero para James Fielding no eran más que trivialidades sin importancia, como él mismo admitía sin cortapisas. Para él, nada podía haber más trascendental que lo que una persona había conseguido en su vida, si disfrutaba de una reputación intachable de hombre acomodado y emprendedor. La investigación científica, salvo que conllevara descubrimientos tan provechosos como la máquina de vapor o el telar mecánico, no era a sus ojos más que un pasatiempo, un mero entretenimiento para los ricos. En aquella ocasión, no obstante, decidió controlar su reacción.

—Parece muy bonito, querida.

Georgina sonrió y deseó con fervor que se marchara para dejarla leer en paz. El repentino interés de su abuelo le resultaba sospechoso y temía que este solo quisiera mostrarse pacien-

te y amable porque estuviera trazando algún plan relativo a su futuro. Recelaba pensando que, quizás, aquellas muestras de atención y simpatía fueran el preludio de un ejercicio tiránico de su derecho como cabeza de familia.

De nuevo en su cuarto, Georgina prosiguió con la catalogación de la colección de Joshua Hart. Pasó a limpio la lista de descubrimientos que había realizado en casa de su tía. No era una actividad particularmente emocionante, pues solo consistía en copiar, pero le distraía y creaba una especie de conexión invisible con Justus von Arnau quien quizás, en ese mismo momento, estuviera enfrascado en el estudio de las anotaciones de Da Vinci y, según esperaba ella, no tardaría en escribirle para ponerla al día.

La obra de William Smith que su abuelo había estado observando procedía de Langthorne House. Quería buscar personalmente en aquel libro sus propios hallazgos y los de Joshua Hart y colocarlos, así, en estratos concretos, algo para lo cual la obra tan prolíficamente detallada de Smith ofrecía una guía inestimable. Por fortuna su padre había señalado con precisión el lugar en que había hallado cada pieza, lo que resultaba de gran ayuda en su identificación.

A pesar de ello, suponía un considerable esfuerzo que había puesto seriamente a prueba la paciencia de Georgina, aunque esta no había cejado en su empeño. Era como si no quisiera darse por vencida hasta finalmente recibir correo o una visita de Justus von Arnau.

Leyó la entrada más reciente: Madrepora. Era un coral petrificado de aspecto hermoso que ella misma había encontrado en una cantera. Comprobó su identidad mediante el libro de Smith. Después, buscó en qué terrenos podían encontrarse dichos fósiles: caliza coralina y pisolita, o piedra guisante. Qué

nombre más gracioso. Sin embargo, la mención del coral era lo más llamativo, pues lo más habitual era asociarlo con mares más meridionales. ¿Cómo podría haber sobrevivido en Inglaterra, una tierra habituada a la lluvia y no caracterizada, precisamente, por su calor tropical?

Dejó a un lado la pluma y se recostó, pues los ojos le dolían de forzarlos bajo la luz crepuscular.

Georgina miró el reloj. No tardaría en servirse el té y se esforzaba por ser escrupulosamente puntual y no despertar, así, la furia de su abuelo. Estaba firmemente decidida a acudir a la anunciada conferencia de William Buckland y, para ello, necesitaba su permiso. Abrió el cofre y colocó dentro el libro. Cuando iba a cerrar ya la tapa, algo que había hecho cientos de veces sin reparar en nada inusual, sus dedos toparon con la esquinita de un papel que sobresalía de un listón de madera medio suelto. Georgina sacó el cofre y lo puso bajo la luz para sacar con cuidado el papel de su sitio. Lo debía haber pasado por alto, a pesar de que debía llevar allí escondido desde el principio.

Se dirigió hacia la lámpara y desdobló la nota. Era papel barato, amarilleado, quebradizo y en el que solo aparecía anotado: «William Jessop, prestamista, Lawrence Street, St Giles, Londres». Debajo, en una letra apenas legible y visiblemente inclinada hacia la derecha, se había añadido: «Dos baúles, para custodia». Y, más abajo, con una tinta diferente: «Recogidos y pagados el 4 de octubre de 1805».

Atónita, Georgina observó la casi ilegible nota que tenía en la mano. ¿Cómo había llegado hasta allí aquel recibo? ¿Qué tenía que ver esa casa de empeños y por qué habían llevado los baúles hasta allí para su custodia? ¿Habría sido el propio Joshua Hart? Todo indicaba que aquel hombre al que aún le costaba asociar con una figura paterna se había limitado a dejar aquellos cofres allí almacenados, no empeñados.

Leyó de nuevo la nota. ¿Por qué habría ido su padre hasta un barrio así? Evidentemente, ella misma nunca había estado en aquel lugar, pero recordaba que era el tipo de sitio sobre el que la gente hablaba en susurros. Había escuchado alguna vez al servicio cuchichear sobre él y en los periódicos aparecían, de vez en cuando, informes sobre un barrio particularmente degradado al que se había dado en llamar las *rookeries*. La mayoría de la gente que debía pasar por la zona prefería dar un gran rodeo para evitar St Giles y Seven Dials: un oscuro muro de pobreza y delincuencia parecía rodear el barrio entero.

¿De verdad podría acudir ella misma hasta allí y visitar la casa de empeños? Pondría en riesgo no solo su reputación, posiblemente también su vida si lo hiciera. La gente que vivía en lugares como aquel poseía un sexto sentido para reconocer a la gente en una posición económica más acomodada que la suya que resultarían, por tanto, buenas víctimas para sus actividades delictivas. Sin embargo, debía saber de dónde había salido aquella nota. Sentía que, de aquella manera, lograría respuestas que no obtendría de otra forma.

Evidentemente Georgina desconocía si aún existía aquella casa de empeños. William Jessop podía llevar largo tiempo muerto, haber vendido su negocio o haberse gastado en la bebida todo su capital. Probablemente tampoco se acordara de un hombre que, dieciséis años atrás, hubiera dejado dos cofres almacenados en su local. ¿Merecía la pena correr el riesgo en el que, sin duda, incurriría con su excursión?

«Sí», se dijo, reuniendo nuevas fuerzas, «por supuesto que lo merece». Las huellas que su padre había dejado tras de sí eran tan escasas que no podía renunciar a ningún indicio por pequeño que fuera.

Guardó la nota y cerró el cofre. Se echó por encima una manta, se levantó y caminó arriba y abajo, pues solía pensar

mejor cuando se encontraba en movimiento. ¡Si Justus estuviera allí y no en el distante Norfolk, entonces podría acompañarla! Para un hombre no era tan difícil moverse a placer, tenía mucha más libertad de movimiento y no debía preocuparse constantemente por su reputación.

De inmediato, la voz de la razón la reprendió por reprochar tan injustamente a Justus von Arnau su ausencia, cuando él se encontraba de viaje por encargo suyo. Sus únicas opciones ahora eran o bien esperar por un tiempo indeterminado a que él regresara a Londres, lo que naturalmente él solo haría tras concluir su investigación y que, en consecuencia, quedaba totalmente descartado, o bien podía seguir adelante a pesar del riesgo e ir hasta allí ella sola.

Mientras aún lo pensaba, llamaron a la puerta.

La doncella Carrie entró y la saludó con una inclinación de cabeza.

—El té está listo, señorita.

—Gracias, Carrie.

Georgina le indicó con la mano que podía marcharse. Una vez estuvo cerrada la puerta, se presentó frente al espejo y se observó. Entonces, asintió decidida.

Durante el té, Georgina se mostró particularmente solícita con su abuelo para darle una buena impresión, incluso prestó atención a los cotilleos económicos que habitualmente rehuía, preguntó por las últimas novedades teatrales y por las óperas que se estrenarían aquella temporada invernal, hasta el punto de hacer que *lady* Anne la observara, entre atónita y satisfecha.

Cuando esta mencionó fugazmente que la tarde del día siguiente iba a encontrarse con una vieja amiga que acababa de regresar tras una larga estancia en el extranjero, Georgina sonrió para sí. Al día siguiente, entonces.

Por fin había encontrado un cometido que, finalmente, le proporcionaría información fresca. Una vez hubieron recogido los restos del té, se retiró con la excusa de tener que volver a su cuarto a escribir una carta.

En su habitación, Georgina paseó inquieta arriba y abajo, acongojada por una mezcla de euforia y miedo. Apenas podía esperar a escribirle a Justus von Arnau el día siguiente y trató de imaginarse todo lo que tendría que contarle. ¡Quizás él también le respondiera con novedades!

CAPÍTULO XVIII

Y el diluvio no pudo llevarlos hasta allí, pues aquello que es más pesado que el agua no se deja arrastrar por las corrientes.

LEONARDO DA VINCI

HACÍA YA ALGUNAS SEMANAS QUE ANTHONY SHAYLE trabajaba en el London Lock Hospital y se había consagrado de tal manera a su labor que, poco a poco, había ido ganando confianza. El poder volver a contar con unos ingresos regulares y estables era muy satisfactorio, si bien la tarea era particularmente dura y los enfermos, en su mayoría, eran unos pacientes espantosos. Con frecuencia descubría que muchos no tardaban en regresar al hospital apenas al darles el alta, pues no entendían las causas de su enfermedad y no tomaban ninguna medida para prevenir nuevos brotes. Por las noches regresaba, agotado, junto a su mujer y su hijo e intentaba contentarse con el nuevo rumbo que había tomado su vida. Quizás lograra forjarse una buena reputación y, en algún momento, abrir una consulta rica o encontrar un puesto en otro hospital.

Emily no le hacía ningún reproche, pero a él le hubiera gustado tener algo más que ofrecerle, hacer de ella algo más de lo que ahora era: la esposa de un médico pobre que trataba en-

fermedades de penoso origen. Cómo le hubiera gustado poder proporcionarle una buena vida social, en la que los compañeros de trabajo les invitaran a tomar el té en sus hermosas viviendas, o poder traerle un regalo a casa de vez en cuando. Sin embargo, no era momento para pensar en esas cosas.

Había otro pensamiento que no le permitía descansar: la conspiración urdida en su contra, el intento de destruir su reputación. ¿De quién podía haber hablado *sir* Edwin cuando mencionó a un médico muy influyente? ¿De St. John Martinaw? No tenía ningún sentido, él siempre se había mostrado encantador y se había preocupado personalmente por él. Mientras su esposa llevaba a Jeremy a la cama y le acunaba y cantaba para dormirle, Shayle, sentado en el salón, cavilaba. Había empezado a escribir a antiguos compañeros para descubrir si, en el tiempo en que ellos habían estado trabajando en aquel hospital, se había dado el caso de más médicos que hubieran perdido su empleo. No todos respondieron. Shayle desconocía qué motivos les habrían dado al notificarles su despido y pensó que, quizás, algunos temieran que se encontrara en dificultades económicas y quisiera infundirles lástima o pedirles dinero. Sin embargo, aquellos que se molestaron en contestarle confirmaron su sospecha de que él había sido el único que había perdido su puesto.

Se sentó allí, hundido, con la mirada perdida en las velas parpadeantes que arrojaban sombras estremecidas contra las paredes, como si representaran una obra teatral. «Déjalo estar, que solo sean suposiciones», se dijo, «disfruta lo que tienes: un nuevo empleo, una familia, un hogar». Pero el hecho de que alguien hubiera urdido un plan directamente contra su persona, de naturaleza risueña y sin malicia, le resultaba inconcebible. Shayle hundió la cabeza en las manos y miró el reloj. Emily no tardaría en regresar y le reprendería por estar sentado allí,

en la penumbra, mirando la nada. Así pues, encendió una lámpara de aceite y cogió el periódico para tratar de desviar la mente a rincones más gratos. Apenas estaba hojeando el diario cuando su mirada recayó en un titular junto al que aparecía la imagen de alguien muy familiar.

UN NUEVO MÉDICO PARA EL REY

Según ha anunciado hoy la corte, el reputado cirujano St. John Martinaw ha sido nombrado nuevo médico real. Compartirá ese honroso cometido junto con algunos compañeros de otras especialidades y él se encargará de las dolencias que puedan requerir de una intervención quirúrgica en el seno de la familia real. El comunicado de la corte ha expresado la convicción de que el Sr. Martinaw cumplirá con su delicado cometido con la precaución, esmero y discreción que su puesto requiere.

Martinaw es director del Departamento Quirúrgico del hospital St Thomas y, además del cumplimiento de sus funciones médicas, es un experimentado naturalista con amplios conocimientos científicos.

Se ha podido saber, además, que Martinaw será nombrado caballero en la próxima investidura, algo que, a la luz de sus méritos médicos y de su nombramiento como nuevo médico real, no puede considerarse sino como una recompensa justa y merecida.

La ilustración mostraba a St. John Martinaw rodeado por caballeros con ropas elegantes que le felicitaban por su nombramiento. No había cambiado en absoluto desde los tiempos en los que Shayle y él trabajaban juntos en el St Thomas: aún conservaba aquel aspecto serio y formal.

El joven médico se levantó de golpe, dejó el periódico a un lado y comenzó a vagar por el cuarto llevándose el dedo índice a los labios, mientras trataba de recordar la conversación que había tenido lugar entre ambos tras el despido.

Martinaw había sido el único que había mencionado sus «inclinaciones afrancesadas». Casi sonaba como una de las enfermedades con las que ahora tenía que tratar. Recordó con qué precisión había hablado el cirujano sobre las investigaciones científicas de Shayle, cómo se había referido explícitamente a las tesis de Lamarck y la manera en que las había tachado de poco cristianas. En su carta de despido no le habían comunicado nada que no fuera que ya no seguían precisando sus servicios.

¿Debía considerar la posibilidad de que Martinaw estuviera hablando en su propio nombre, que estuviera expresando sus propios reproches aunque los disfrazara de acusaciones impersonales para engañar a Shayle? ¿Que hubiera ofendido las creencias religiosas de Martinaw? De ser así, probablemente habría considerado las investigaciones de Shayle como una lepra en el seno del hospital y habría hecho todo lo posible por expulsarle de allí.

Sintió que en sus entrañas se gestaba una rebeldía, un deseo de insurrección que apenas podía controlar. Le hubiera gustado llamar de inmediato a Emily para hacerla partícipe de sus sospechas, pero se contuvo, pues no eran más que pura especulación que precisaba de fundamentos lógicos para sostenerse. ¿Acaso podía permitirse acusar de semejante ignominia a un hombre de reputación intachable? No, su mujer no debía poder verle como a un paranoico que viera fantasmas tras las cortinas y sobreactuara ante cualquier situación. No le contaría nada hasta no disponer de pruebas irrefutables.

Pero ¿dónde encontraría dichas pruebas? Abordar directamente a Martinaw quedaba, lógicamente, descartado. A la vista de los innumerables honores que se le estaban concedien-

do y de la posición social tan asentada de la que gozaba, como el propio artículo del periódico había dejado patente, una confrontación directa no parecía una acción demasiado sensata. Era preferible informarse discretamente a través de sus antiguos compañeros, por si alguno podía revelarle algún dato esclarecedor del pasado de Martinaw.

Recordó a un anciano señor de nombre Audley con quien había colaborado en el hospital St Thomas y que siempre se había mostrado amistoso con él. También había intentado consolarle cuando perdió el empleo. Quizás aún trabajara allí y pudiera darle algo de información. Shayle se propuso acudir a él al día siguiente, tras terminar su jornada laboral, con la excusa de ir a visitar su antiguo lugar de trabajo.

Con el acicate de un plan ya trazado, Shayle abrió la puerta del salón más animado y llamó a su mujer, pues tras un largo día en el hospital añoraba enormemente el consuelo de su presencia.

Durante el desayuno, *lady* Anne mostró a su sobrina una noticia del periódico del día anterior y señaló con insistencia la imagen que la acompañaba.

—¿Has leído ya esto? Es una noticia excelente, a mi entender.

Georgina dedicó un vistazo fugaz al papel, pero le devolvió rápidamente su atención cuando reconoció a quien figuraba en la imagen y leyó el artículo entero. Se mordió los labios y trató de pensar con rapidez cómo debía reaccionar. Era evidente lo que su tía esperaba: alegría, si no absoluto deleite, cosa que ella no sentía. Sin embargo, lo más sensato era ocultar sus emociones, por lo que formuló una respuesta amable.

—Sin duda es un gran éxito para el Sr. Martinaw, tía Anne. Alguna vez ha lamentado que el trabajo de los cirujanos

no reciba el reconocimiento que merece, pero a la vista está que eso va a cambiar. Le daré la enhorabuena tan pronto como tenga la oportunidad.

¿Sería una respuesta lo suficientemente satisfactoria? Tampoco debía demostrar una euforia excesiva para no despertar sospechas. Así pues, miró a su tía a la espera de su reacción.

—*Sir* St. John Martinaw —repuso *lady* Anne, pronunciando con solemnidad y parsimonia el nombre con su título asociado—. Esto va a hacer que su posición social suba como la espuma —señaló y, con ello, quedaba aún más patente que, en su opinión, era ahora incluso mejor partido que antes—. ¿Qué tal te suena *lady Martinaw*? A mí me parece de lo más elegante.

Georgina se mordió nuevamente los labios. Poco a poco iba quedándose sin tiempo. Necesitaba recibir noticias pronto. ¿Cuándo iba a volver finalmente Justus von Arnau a Londres? Debía mantener la calma a cualquier precio. Nada debía derribar sus planes.

—Fielding es un nombre igualmente hermoso, aunque no vaya acompañado de ningún título.

Su tía la miró con decepción evidente.

—Soy incapaz de entenderte, Georgina. ¿Cómo puede ser que...?

Por fortuna, en ese mismo instante apareció Betsy con el correo. *Lady* Anne recogió las cartas. Observó durante largo rato uno de los mensajes y Georgina percibió cómo su tía dirigía hacia ella una mirada escrutadora. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Se dio cuenta en seguida de quién debía haberle escrito, pero *lady* Anne parecía decidida a mantenerla en vilo. Siguió mirando el montón de cartas y de pronto exclamó, alegre:

—¡Mira! Una carta del Sr. Martinaw. Pero está dirigida a mí.

La abrió y la leyó mientras su rostro parecía irse iluminando por momentos. Finalmente, la miró con las mejillas encendidas.

—Georgina, no te lo vas a creer. El Sr. Martinaw nos pide nuestro consentimiento para invitarte a su investidura y a la posterior recepción en su casa.

—¿Investidura?

Georgina no podía pensar más que en la carta que su tía había dejado ostensiblemente a un lado y dio un respingo cuando *lady Anne* golpeó la mesa con el puño.

—¡Ya está bien! Te exijo que me escuches, Georgina. Van a nombrar caballero al Sr. Martinaw y te pide que tú estés presente. Si quiere que aparezcas allí a su lado es porque no va a tardar en declararse. ¡Es una oportunidad que no puedes dejar pasar bajo ningún concepto!

Georgina se esforzó por disimular su desesperación y mostró una sonrisa forzada.

—Es, sin duda, un gran honor, tía Anne.

—Es mucho más que eso, querida, mucho más. *Sir Richard* y tu abuelo se pondrán como locos de contentos —reflexionó un instante—. Evidentemente es lamentable que exista aún ese clasismo reinante entre los médicos contra los cirujanos, pero cuando se honra de esa manera a alguien como el Sr. Martinaw e incluso se le concede un título nobiliario...

—¿Es para mí esa carta? —preguntó Georgina, quien ya no pudo contenerse más y seguir esperando a que su tía terminara de divagar.

Lady Anne recogió la primera carta y le dio vueltas en la mano, como considerando si debía o no entregársela. Entonces, volvió a colocarla sobre la mesa muy despacio, sin apartar los ojos de Georgina.

—¿Conocemos a ese caballero? —preguntó con una voz que no aceptaba excusas.

Georgina tragó saliva. No se dejaría intimidar, esta vez no. Durante el verano se había deshecho de aquella parte de su ser que era insignificante, vacilante, temerosa. Ya no era la antigua Georgina, aunque no quisiera dejarlo ver de forma manifiesta. Durante las últimas semanas se había mostrado sumisa para evitar cualquier confrontación, pero se daba cuenta ahora de que no podría seguir guardando las apariencias durante mucho tiempo. Eso sería como traicionar a Justus von Arnau y los hermosos recuerdos de aquel verano en Oxfordshire.

—No.

—¿Y?

Lady Anne no se daría tan rápido por vencida. No podía permitir bajo ningún concepto que su sobrina conociera a hombre alguno que no pasara por un exhaustivo análisis, mucho menos después de una invitación tan importante como la que había recibido.

—Le conocí cuando estaba en casa de tía Aga.

—¿Os conocisteis en su casa?

Aquella pregunta era, más bien, una afirmación, como si *lady Anne* no quisiera ni plantearse ninguna otra posibilidad. Georgina decidió no sacarla de su error y asintió.

—Sí.

—Querida, no quisiera tener que sacarte cada palabra como con un sacacorchos —le advirtió *lady Anne* a su sobrina—. Eres una joven en edad casadera que tiene un candidato solícito y formal con unas expectativas de futuro inmejorables —dijo, con los ojos puestos en el artículo sobre el Sr. Martinaw—. En caso de que mantengas alguna amistad con algún caballero, es necesario que tu abuelo o yo sepamos, al menos, de su existencia y lo cierto es que nunca habías mencionado

hasta ahora a este tal... —continuó, y leyó el nombre del remitente— Sr. Von Arnau. Es, ciertamente, un gran error por tu parte, ¿no es cierto?

Su voz tenía la extraña particularidad de una hoja de acero insuficientemente disimulada bajo un ligero paño de cortesía.

—Nunca le he mencionado porque no hay nada que mencionar —respondió Georgina—. Hemos conversado en alguna ocasión y ahora me ha escrito una carta.

En el cuello de *lady* Anne se pintaron manchas rojizas, en un claro y poco halagüeño indicio de que estaba a punto de perder la compostura. Dejó a un lado la taza y el platillo y fijó la mirada en su sobrina.

—Te gusta mucho simplificar.

—Y a ti te gusta meterte en cosas que no son de tu incumbencia, tía Anne. En mi correspondencia, por ejemplo. El hecho de que esté en edad casadera no te autoriza a vigilarme, examinarme y exhibirme como si fuera... como si fuera una maldita vaca en una feria de ganado. Y ahora, por favor, discúlpame.

Georgina se levantó, agarró la carta y dejó la habitación sin decir una palabra más. Ya fuera, se apoyó en la puerta respirando con dificultad. No podía negar que perder el dominio de sí misma de aquella manera y haber soltado aquellos exabruptos tan desmedidos no había sido lo más sensato, y mucho menos aquel día que tenía planeado ir hasta St Giles, pero la sensación de sentirse constantemente bajo acecho y tener que soportar aquellas miradas críticas había sido demasiado. ¿Cómo iba a poder escapar de aquella casa si no era mediante el matrimonio? Sin embargo, la idea de casarse con St. John Martinaw se le antojaba inconcebible. Habían ocurrido demasiadas cosas desde su primera conversación cortés que, al fin y

al cabo, no había sido más que eso: una conversación cortés. Sin embargo, si ella aparecía a su lado en la corte, ya no habría marcha atrás.

Recordó, entonces, la carta que llevaba prieta contra el pecho. Se apresuró en llegar a su habitación para leerla con calma.

NORFOLK, 24 DE NOVIEMBRE DE 1821

Mi estimada Srta. Fielding:

De nuevo he de disculparme una y mil veces por haber tardado tanto en hacerle llegar noticias mías. Esta falta de cortesía por mi parte es aún más imperdonable, habida cuenta de que usted esperaba recibir noticias mías con urgencia. Le ruego que me dé la oportunidad de excusarme mediante la lectura de mis siguientes líneas, pues contienen novedades sumamente reveladoras.

¿Puede usted creer que he tenido el mismísimo manuscrito en mis manos? Más aún: he empleado días enteros no haciendo otra cosa más que estudiar ese texto, que es tan fascinante como asombroso, lo cual resulta absolutamente emocionante. ¿Por qué, se preguntará usted, me encuentro tan entusiasmado con él, si no soy ningún filósofo naturalista, ni ningún científico habituado a sentarse en oscuras salas de estudio a descifrar quebradizos pergaminos? Si bien todo eso es cierto, también lo es el hecho de que este manuscrito no es meramente un papel cualquiera que se haya conservado durante mucho tiempo pero que haya perdido su vigencia en el presente en el que vivimos.

No, es mucho mucho más que eso. El manuscrito trata de muy diversos temas: la luna, la tierra, las mareas... Incluye, además, numerosas ilustraciones de la mano del maestro. Naturalmente solo he podido descifrar palabras aisladas pues, a pesar del

uso de un espejo, su escritura sigue siendo sumamente difícil de comprender. Aunque, a lo largo de los años, me he ido familiarizando con la lengua italiana, de la misma manera que con el alemán y el inglés, me he encontrado nuevos términos y giros y algunas expresiones antiguas ya en desuso. Sin embargo, a pesar de todas las adversidades que no hacen más que presentar escollos en el camino, he sido capaz de formarme una imagen aproximada del contenido general del manuscrito.

El hecho de que las páginas estén numeradas no se debe a Da Vinci, sino que, al parecer, escribió los números una mano mucho más tardía. No obstante, gracias a ello he sido capaz de descubrir dónde estaba colocada la hoja de Joshua Hart dentro de la serie. Ahora puedo declarar que se encuentra inmediatamente después de diversas anotaciones sobre el diluvio universal y las conchas marinas, por lo que podría tener alguna conexión con la geología.

En los próximos días me dedicaré al estudio de nuestro papel, que ahora podré descifrar con mayor facilidad después de haber aprendido tanto en Holkham Hall. El bibliotecario aquí se ha mostrado sumamente solícito y amable, y casi me produce mala conciencia el valerme de él para averiguar más acerca del manuscrito mientras le oculto que la página que falta se encuentra en mi poder o, para ser más exactos, en el suyo.

Nada ha ocurrido sin su conocimiento ni consentimiento, se lo aseguro, mi adorada Srta. Fielding. Tan pronto como haya concluido mis estudios del manuscrito regresaré a Londres para presentarme ante usted. Apenas puedo esperar para contarle en persona mis fascinantes encuentros con ese testigo único de una época largo tiempo perdida. Espero que para entonces haya podido resolver todo de una manera que le resulte satisfactoria y tenga, entonces, la oportunidad de contarle a mi lectora una historia tan apasionante como enriquecedora.

Deseo que se encuentre usted bien y disfrute de las alegrías y emociones de la metrópolis. Con ello y todo, yo disfruto recordando las alegrías y emociones de aquella pequeña ciudad universitaria que recorrimos juntos.

Reciba mis más afectuosos saludos.

Siempre suyo,

Justus von Arnau

«Siempre suyo», así había concluido la carta Justus von Arnau. Contempló ensimismada aquella última línea como si el resto de la carta careciera de significado. Evidentemente, no era el caso y, después de que Georgina se recompusiera, leyó de nuevo el escrito entero con atención. Aunque no había hecho ningún descubrimiento reseñable, Justus parecía estar convencido de que no era más que una cuestión de tiempo. Su cometido, no obstante, era cualquier cosa menos sencilla.

Era importante, no obstante, pues era la esperada confirmación de que la visitaría en Londres, algo que había adquirido una importancia capital, particularmente tras la agitada conversación con su tía. Había anhelado enormemente contar con aquella certeza y ahora le daba nuevos bríos para proseguir, asimismo, con su propia investigación.

Era una tarde inhóspita de noviembre, oscura y húmeda, y la tenue luz de las escasas lámparas de gas que flanqueaban la amplia avenida no alcanzaba hasta los callejones y bocacalles, los patios traseros y las esquinas que hacían que la oscuridad de Londres se volviera tan peligrosa.

Georgina había alegado dolor de cabeza durante la comida y se había retirado a su cuarto, donde había rechazado cualquier bebida o medicamento y había declarado con firmeza

que, en casos como aquel, la mejor solución era un poco de paz. Entonces, había escuchado con atención hasta que había oído a *lady* Anne dejar la casa. Su abuelo pasaba la tarde en la biblioteca, por lo que tenía el camino libre.

Se desvistió, buscó el peor vestido de los que poseía y se echó encima un abrigo viejo que le quedaba algo estrecho en los brazos y estaba bastante pasado de moda. Una cofia sosa y sin adorno alguno completaba su camuflaje. Se deslizó, entonces, por la escalera trasera, guardando cuidado de no toparse con nadie, e incluso se deslizó por el marco de una puerta para que Carrie no la viera. Cuando cerró la puerta tras de sí, respiró hondo.

Debido al clima, había pocos viandantes por la calle. Georgina miró a su alrededor. Un coche se aproximó y ella levantó la mano para indicarle que se detuviera. La lluvia la salpicó y le mojó la pelliza. El cochero saltó del pescante, abrió la puerta y la invitó a pasar. Cuando Georgina indicó al hombre la dirección, él la miró asombrado, pero no dijo nada.

Georgina se recostó mientras el cochero ponía el coche en marcha y pensó en la otra excursión secreta por Londres, con la que había empezado toda aquella aventura. Aquella vez, en Bethnal Green, poco había podido saber de lo que desencadenaría aquella carta: el descubrimiento de la colección de Joshua Hart, el encuentro con Justus von Arnau y por último, pero no menos importante, la revelación de la identidad de su padre. Sin embargo, rechazó aquellas ideas, pensando en que lo prioritario era ahora descubrir el secreto de la libreta. «Sus orígenes no me preocupan en lo más mínimo, Srta. Fielding. No juzgo a las personas por su árbol genealógico, sino por su esencia». Por un segundo creyó oír en su mente realmente su voz y se preguntó si St. John Martinaw también pensaría así. Agitó la cabeza, como queriendo lim-

piar de ella todos los pensamientos que pudieran distraerla de su cometido actual.

Miró hacia la calle. El coche rodaba junto al mercado de Covent Garden y ella observó fascinada a los viandantes que, a pesar de lo inhóspito del tiempo, llenaban las calles. Sobre los mostradores y dispersos en grandes cestos había repollos, salchichas, calcetines, lana y velas, utensilios del hogar y bisutería barata. Los comerciantes competían por vociferar con más fuerza sus ofertas y creaban una algarabía ensordecedora que se mezclaba con el constante chirrido de las ruedas del carruaje sobre los adoquines y el chapoteo de los cascos equinos en una sinfonía incongruente. Incluso aquel era un barrio al que Georgina no solía tener acceso, pues era a donde se dirigía el servicio para comprar.

Las damas de la buena sociedad resolvían sus cuestiones en distritos tan diferentes a él que parecían encontrarse en un planeta diferente: con tiendas forradas en madera adornadas con exclusivos tapices y con campanillas tintineantes anunciando la entrada. Incluso cuando ella dirigiera la casa, como era lo habitual, los alimentos los transportarían hasta su vivienda o sería el servicio quien iría a comprarlos, mientras la dama de la casa no tendría que preocuparse más que de comprar ropa o elementos decorativos.

Aquellas reflexiones apagaron hasta cierto punto su entusiasmo, pero cuando el carruaje comenzó a abandonar la colorista compañía del mercado y a adentrarse en calles notablemente más oscuras, fue consciente finalmente de lo osado de su empresa. Si Justus von Arnau la hubiera acompañado se habría sentido notablemente más segura. Sin embargo, ya no había vuelta atrás, se lo impedía su orgullo.

Cruzaron la esquina en Bow Street y llegaron hasta los tribunales desde donde los célebres Bow Street Runners, las

fuerzas policiales fundadas por el escritor Henry Fielding, daban caza a la escoria de la metrópolis. El hermano del escritor, *sir* John Fielding, había sido un magistrado ciego que los había dirigido con eficiencia. Se decía que tres mil delitos se habían resuelto gracias a su agudeza.

El coche se aproximó a su destino. Las calles se volvieron más estrechas y tan embarradas que las ruedas amenazaban constantemente con atorarse. Atravesaron una plazuela con forma de estrella que se abría hacia siete calles distintas. En cada esquina había una taberna, lo que hacía muy sencillo para cualquiera de los notorios borrachos de la zona, que no eran pocos, encontrar rápidamente un nuevo tugurio en el que proseguir su embriaguez tan pronto como les expulsaran del anterior. Por todas partes pululaban niños harapientos, descalzos, desnutridos, con la mirada asilvestrada, que recordaban más a un gato o a un zorro que a un ser humano.

Georgina tragó saliva. ¿Qué habría buscado su padre en aquel barrio? Aquella pregunta la torturaba. ¿Cómo había podido moverse en aquel ambiente de suciedad y miseria el mismo hombre que había amado a su madre? ¿Por qué había tenido que depositar su valiosa colección precisamente allí? Entonces, se le ocurrió una idea consoladora. Quizás estaba habituado a frecuentar aquel barrio en calidad de médico caritativo. ¿Habría sido un filántropo, un ejemplo de generosidad? Sin duda, aquello supondría una explicación, pero algo en su interior le decía que no se correspondía completamente con la verdad.

Finalmente, el coche se detuvo en una calle que no se diferenciaba demasiado de las demás. Viviendas venidas a menos, con techos hundidos, ladrillos llenos de grietas, canalizaciones con desagües inmundos por los que se asomaban las ratas y los niños pequeños correteaban descalzos. De las cuerdas de pared a pared colgaban trapos llenos de agujeros que

apenas podían reconocerse como prendas de vestir y las ventanas estaban tapadas con trapos o tablones para evitar las inclemencias. Ni siquiera las que aún conservaban el cristal permitían el acceso a la luz, de tan tiznado de hollín como estaba el vidrio. Muchachas jóvenes se apoyaban en las paredes, vestidas con muy poco decoro, ofreciendo sus cuerpos a cambio de una comida o una botella de ginebra.

—Hemos llegado, señorita.

Georgina se resistió a levantarse. Estaba como petrificada en su asiento. Tragó saliva. Ahora que había llegado tan lejos y que se había expuesto a semejante riesgo, debía vencer su temor. Pensó en la carta que Justus le había escrito, se reprendió a sí misma y se levantó.

—Por favor, espéreme —le rogó al cochero—. No tardaré.

Él fue a replicar algo, pero la moneda que ella le colocó en la mano le hizo enmudecer.

—Si me espera y me lleva sana y salva de vuelta a casa, recibirá otra como esta.

Él mostró su conformidad llevándose la mano al sombrero y se volvió a subir al pescante con una visible reverencia.

Georgina miró a su alrededor y descubrió las tres esferas doradas sobre la puerta del establecimiento. Volvió los ojos al suelo para evitar cualquier contacto visual y se dirigió hacia el edificio, pero se detuvo de pronto y se llevó instintivamente la mano al cuello, lo que le permitió sentir su pulso acelerado. Su padre debía haberse encontrado en algún momento en ese mismo lugar, llevado por el impulso de ocultar en aquel agujero algo que era precioso para él. Cuatro años después había regresado para recuperarlo.

Cerró un instante los ojos e intentó evocar lo que Joshua Hart habría experimentado en aquel momento. De pronto se

dio cuenta de que probablemente nunca podría llegar a averiguar qué aspecto tuvo. Lo único que podía hacer era mirarse al espejo y preguntarse cuál de sus rasgos podía haber heredado de él: ¿la curvatura de sus cejas, la nariz recta con la punta ligeramente hacia arriba, los ojos verdes, la barbilla enérgica?

Se llamó a sí misma al orden. No debía poner a prueba su suerte más de lo necesario y demorarse en aquel barrio peligroso, sino regresar a las calles iluminadas con sus vecinos bien alimentados y sus aceras limpias, donde nadie la agarraría de la falda o trataría de introducir una mano mutilada por la ventanilla del coche.

Finalmente, se encontró frente a la puerta de la tienda. La campanilla de la entrada resonó con un chillido agudo y Georgina dio un respingo al penetrar en aquel establecimiento sumido en penumbras. Era un paisaje de mercancías que se exhibían de forma poco clara y que ofrecían un aspecto un tanto extraño bajo aquella luz crepuscular, si bien la mayoría eran objetos de uso cotidiano, muchos de ellos muy usados y gastados.

Iba a llamar cuando percibió movimiento en una esquina de la tienda. Georgina se aproximó con cuidado.

—¿Hay alguien ahí?

—Venga.

Era una voz de anciano con un matiz inexplicablemente grasiento. Se encendió una lámpara, que arrojó un haz de luz sobre su contorno más inmediato. Un hombre de aspecto extremadamente viejo se encontraba sentado tras un mostrador. Estaba vestido con una especie de camisola de dormir y tenía el cabello blanco y plumoso y unas patillas que, junto a una red de venillas de aspecto insano, enmarcaban sus gruesas mejillas.

Georgina se colocó frente al mostrador y le miró con lo que ella misma esperó que fuera una expresión valiente.

—¿Es usted el Sr. Jessop?

El anciano asintió.

—¿Con quién tengo el placer de hablar, señorita? —Su cuerpo torpe no fue capaz de ocultar el destello lascivo de su mirada—. Por desgracia, damas selectas como usted no suelen acudir a mi pequeño refugio. Estas no son más que baratijas sin valor —dijo, y señaló con su gruesa mano a su alrededor—. En el cuarto de atrás es donde guardo los objetos auténticamente de valor.

«Probablemente robados», pensó Georgina, con un escalofrío.

—En realidad no quiero comprar nada.

—Ah —replicó su interlocutor, y una sonrisa codiciosa se dibujó en su rostro—. Necesita dinero.

—Tampoco —respondió, mientras pensaba que no empeñaría nada allí ni aunque necesitara el dinero de la manera más desesperada—. Lo único que quiero es información.

—Pues me temo que de eso no vendo.

Ella se mordió los labios.

—Pero me estaría haciendo un gran favor con ello. ¿Es que eso no cuenta para nada?

Él se tomó su tiempo para contestar.

—Eso se lo diré cuando sepa de qué tipo de información estamos hablando.

Georgina sacó la nota con el nombre de Joshua Hart del bolsillo de su abrigo y se lo tendió al anciano.

—Seguramente lo recordará usted, ¿no es así, Sr. Jessop?

Un repentino ataque de tos le sobrecogió y se llevó un pañuelo grande y no del todo limpio a la boca.

—La edad. —Tosió—. Tengo casi ochenta años. He vivido mucho tiempo —dijo, y la miró con ojos astutos, como si acabara de hacer un descubrimiento extraordinario—. Envejecer es un horror, puede usted creerme, señorita. A veces desea-

ría haber muerto a los sesenta, tras una buena comida, dos botellas de vino y en la cama de una mujer hermosa.

Cuando vio la expresión de repugnancia de Georgina, sonrió, malicioso.

—Debe usted disculpar mis pobres modales, pero como ya le he dicho, no suelen pasar por aquí damas selectas como usted. Bueno, enséñeme esa nota.

Se colocó unos anteojos que llevaba colgados al cuello con un cordel y observó el recibo detenidamente.

—Sí, es mío. De hace mucho tiempo. ¿Qué quiere saber de él?

Georgina se armó de valor.

—Me gustaría saber quién era ese tal Joshua Hart que dejó sus cofres depositados aquí. ¿Fue simplemente un cliente o le conoció más íntimamente? —dijo, y pensó un instante—. En caso, obviamente, de que sea usted capaz de recordarlo.

—Y ¿por qué se interesa una dama joven por una historia tan vieja? —quiso saber Jessop, observándola con curiosidad con aquellos oscuros ojos suyos, apenas visibles tras sus gruesos párpados—. Debía ser usted apenas un bebé por aquel entonces.

—Así es. No llegué a conocer personalmente a ese caballero. Solo sé que era médico de profesión y que dejó aquí almacenados un par de cofres durante un tiempo, sin empeñarlos.

El anciano se rascó la cabeza.

—Mmm... Espere, dos baúles... Sí, ya me acuerdo. Era poco habitual que un señor como aquel se adentrara en este barrio pues era, en fin, un señor, como yo mismo he dicho. En su momento me pagó para que guardara aquí aquellos cofres, que eran endemoniadamente pesados, si me perdona la expresión. Pero eso no era lo más extraño de todo.

Georgina le observó con una mirada implorante. El anciano se tomó su tiempo, pero ella no quiso presionarle.

—¿Y qué era, Sr. Jessop?

—Pues que tardó mucho tiempo en regresar a por ellos. Ya tenía pensado abrir aquellos trastos y comprobar si podía deshacerme del contenido. Como comprenderá, a pesar de que había pagado, cuatro años en una casa de empeños es una eternidad —dijo Jessop, y alzó la barbilla—. Acabo de recordar cómo me pagó. Me dio un reloj muy valioso, pues no disponía de dinero al contado. Evidentemente no le pregunté de dónde lo había sacado. Prefiero no hacer preguntas en esos casos: es mejor para todas las partes. Logré venderlo a un muy buen precio.

—¿Por eso se acuerda tan bien de él, Sr. Jessop? ¿Porque no empeñó sus posesiones, pero tampoco volvió a recuperarlas hasta pasados cuatro años? Hace ya dieciséis años de aquello.

—Sí, soy consciente de ello cada día, en cuanto me levanto de la cama.

—¿Tiene usted idea de qué pudo haber sido de él?

En su voz debía haber cierto matiz desesperado, pues el empeñador replicó con voz suave:

—Escúcheme, joven dama, para saber más tendrá usted que pagar algún precio. Este no es un barrio al que se venga a pasar el rato —añadió, y la observó de la cabeza a los pies—. Sé de inmediato quién es de aquí y quién no en cuanto los veo. Y usted no es en absoluto una muchacha de St Giles, aunque se haya intentado vestir para pasar desapercibida.

Georgina pensó rápidamente qué precio debía pagar y decidió de forma espontánea decirle la verdad. No tenía nada que perder. En cualquier caso, lo más probable era que nunca volviera a ver a aquel hombre; así pues, bien podía mostrar todas sus cartas.

—Joshua Hart era mi padre. No supe de él hasta que no recibí sus cofres como herencia. En uno de ellos es donde encontré esa nota. —Cogió aire. Le latía el corazón con tanta fuerza que creyó que el anciano podría verlo retumbar bajo el abrigo—. Se lo ruego, Sr. Jessop, no puedo permanecer demasiado tiempo aquí —insistió—. Dígame si sabe usted algo de Joshua Hart.

William Jessop era, sin duda, un hombre duro y sin escrúpulos. De no ser así, jamás habría podido sobrevivir entre la gentuza de aquel lugar, conservar un negocio e incluso hacer dinero: era un zorro viejo poco dado a sentimentalismos. Sin embargo, en sus ojos se dibujó un asomo de compasión.

—Mi joven dama, debe ser usted indulgente con mi memoria, pues ya no es lo que era. Estamos hablando de historias muy antiguas que, a estas alturas, ya son agua pasada. Además, una dama joven y bonita como usted tampoco debería andar por aquí, por St Giles. No obstante, hay algo que puedo decirle, aunque no sea mucho: leí ese nombre una vez en el periódico. Lo que no sé decirle es cuándo.

Cerró los ojos e intentó recordar el periódico hasta que, de pronto, se inclinó hacia ella. Georgina intentó contener la respiración para no olerle el aliento repugnante.

El dueño de la tienda abrió nuevamente los ojos y la miró, penetrante.

—Recuerdo solo una cosa: era algo relacionado con un juicio. En el Old Bailey, si no me falla la memoria.

CAPÍTULO XIX

*En la geología se encuentra la llave
a uno de los reinos de la naturaleza.*

WILLIAM BUCKLAND

JUSTUS VON ARNAU SE LEVANTÓ DE GOLPE, CON LO QUE ESTUVO a punto de tirar el vaso de vino que tenía sobre la mesa. Horrorizado, observó la preciosa hoja de papel que había estado cerca de echar a perder con vino tinto y depositó el vaso a distancia segura, sobre la cómoda. Se pasó las manos por el pelo, se volvió de nuevo hacia la mesa y leyó lo que acababa de escribir, tachar y corregir una y otra vez, hasta finalmente dar con una redacción fluida y satisfactoria. A pesar de sus limitados conocimientos lingüísticos y de la dificultad añadida que suponía la antigüedad del texto, que parecía cubrir su contenido con un velo de misterio, había sido capaz de valorar lo importante de su significado.

Ahora, podía leerlo:

Cualquier lecho marino contiene moluscos. Y los moluscos quedan petrificados junto con el lecho/la tierra (¿?). Debido a su resistencia/dureza y unidad algunos podrían creer (¿?) que estas criaturas fueron arrastradas por el diluvio universal hacia lugares lejos del mar.

Una secta de hombres estúpidos/ignorantes explica que la naturaleza o el cielo los creó allí, en estos lugares, por influencia

divina, como si no se hallaran también, en esos mismos lugares, huesos de peces que precisan de largos años para crecer y como si no pudiéramos leer en las conchas y en las caracolas los años y meses de su ~~duración~~ vida, como ~~hacemos~~ podemos hacer con los cuernos de los toros y los bueyes y con las ~~ramas~~ ramos (¿?) de las ~~plantas~~ árboles que no se han podado nunca.

No era ningún científico, pero había escuchado suficiente a la Srta. Fielding y a los geólogos de Oxford como para hacerse una idea de la trascendencia de aquellas frases. La segunda oración, de hecho, resultaba abiertamente blasfema y Justus se preguntó qué responderían a su lectura los honorables profesores universitarios, religiosos en su mayoría.

Leonardo dudaba abiertamente de la influencia de Dios en la naturaleza. En otros puntos del mismo código ya se había planteado cómo podían haberse encontrado restos petrificados de moluscos y de otras bestias marinas en las cimas de altas montañas.

Justus ya había oído hablar del tema en las lecciones de Buckland y le había parecido algo fascinante. Se imaginó a sí mismo cruzando los Alpes, como ya había hecho en numerosas ocasiones, y encontrarse en sus alturas, para su sorpresa, con los restos de animales que solo podrían subsistir en el agua o, para ser más precisos, en el mar. ¿Cómo habrían llegado hasta allí? ¿Es que hubo un tiempo en que todo aquello habría sido agua? Pero ¿cómo podría él haber imaginado algo así: un océano en la cumbre de una montaña? Buckland había explicado aquel fenómeno mediante las poderosas fuerzas despertadas por el diluvio. Sin embargo, si Justus había entendido bien aquel texto, Leonardo había dudado de aquella tesis hacía ya siglos.

Recordó entonces algo. ¿Qué era eso que estaba escrito en el diario de Joshua Hart? *Y he aquí que yo traigo un diluvio*

de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya aliento de vida bajo el cielo. Todo lo que hay en la tierra morirá. El diluvio. Volvía a aparecer, una y otra vez desde el momento en el que había llegado a Inglaterra y Georgina Fielding había entrado en su vida. No podía ser coincidencia que Hart hubiera anotado precisamente aquella cita en su libreta.

Siguió pensando. Incluso en aquella época seguía habiendo científicos que, como Buckland, estaban convencidos de la realidad del diluvio y de la posibilidad de demostrarla por procedimientos científicos. La teoría contenida en el código debía haber sido aún más demoledora en tiempos de Leonardo, cuando dudar del contenido de la Biblia podía suponer poner en peligro tu vida. La Iglesia habría tachado semejantes ideas de herejía.

Algunos fragmentos del rompecabezas comenzaban a encajar, pero aún quedaba mucho por hacer. Justus se frotó los ojos. Era tarde y había pasado demasiadas tardes a la luz de la vela de su cuarto, encorvado sobre la hoja, con los dedos manchados de tinta como un erudito en su torre de marfil, un papel insólito en él que nunca había deseado. Prefería encontrarse entre la gente, hacer nuevas amistades y poder contar historias, en lugar de refugiarse en la soledad de su habitación y contemplar una hoja de papel hasta que le dolieran los ojos. Sin embargo, aquel pliego le fascinaba de tal manera que se olvidaba de sus inclinaciones y seguía trabajando, espoleado por la idea de poder poner al día a la Srta. Fielding en Londres y contemplar la felicidad en su rostro.

¿Por qué encontramos huesos de grandes peces, así como ostras y corales? ¿Y otras/más conchas y caracolas marinas en las cumbres de altas montañas, en los océanos e incluso en pequeñas charcas?

Para traducir aquellas escasas líneas había necesitado días enteros en los que apenas había salido de casa. Había comparado una y otra vez caracteres, letras y palabras, para poder descifrar finalmente aquel texto ilegible. Había rastreado sus recuerdos, casi realizado auténticas excavaciones en el terreno de sus conocimientos de italiano. Finalmente, había logrado componer aquella breve anotación y su relevancia era tan evidente que ya no podía esperar más.

Esa misma mañana se despediría de William Roscoe y partiría hacia Londres al día siguiente. Escribió algunas líneas a Georgina, pero hizo una bola con la nota y la arrojó al fuego, donde las llamas la recibieron, la desenrollaron y la redujeron a cenizas. No, no se anunciaría de antemano, era mejor acudir directamente a verla sin enviarle una carta previa. No era la mejor muestra de buena educación, pero así sus parientes no podrían impedir que se encontrara con Georgina.

Ya era hora de ir a Londres y volver a encontrarse entre otros seres humanos. Justus pensó en la alegría que sentiría Georgina cuando le contara todo. Eso la acercaría a aquel padre desconocido para el que tan importante había sido aquel papel. Se recreó imaginando la expresión de aquel rostro amado cuando él le contara sus descubrimientos y se los pudiera mostrar en persona.

Aquella idea, no obstante, generaba la menos dichosa cuestión de cómo habría podido acabar aquella página del código en manos de Joshua Hart. ¿Acaso aquel hombre no solo había sido médico y geólogo, sino también un ladrón? No estaba seguro de si debía hacerle una pregunta tan incómoda a Georgina y prefirió apartar de su mente un tema tan desagradable. Ordenó sus cosas, desperdigadas por la habitación, y colocó la maleta y la bolsa de viaje junto a la puerta. Un sueño

reparador, un desayuno opíparo y, después, cogería la primera diligencia hacia Londres.

Al principio, Georgina se sentó de golpe como aturdida. Se había despedido rápidamente del prestamista, había abandonado la tienda, le había hecho una señal al cochero y se había subido al simón. «Vámonos de aquí», pensó, como si aquella marcha acelerada pudiera hacer desaparecer las palabras del usurero. ¿Qué había tenido que ver su padre con el más célebre de los tribunales londinenses, en el que se juzgaban los delitos más graves? ¿Podía haber algo peor? De alguna forma se había conformado, incluso estaba satisfecha con la perspectiva de que hubiera sido un médico pobre que, aunque honrado, no hubiera podido permitirse casarse con su madre. Sin embargo, ahora sentía que la historia era aún más larga.

Georgina intentó calmarse. Aquel hombre era muy mayor, quizás sus recuerdos se entremezclaran. ¿Acaso merecía el más mínimo crédito? E, incluso, de ser así: cada año se juzgaba a miles de personas en el Old Bailey y muchos no habían hecho nada malo, eran incluso totalmente inocentes. Se había dejado asustar por aquel mugriento anciano sin exigir ningún tipo de prueba de sus argumentos. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Se sintió repentinamente furiosa consigo misma. Había permitido que aquel viejo la espantara en lugar de preguntarle por los detalles. Con una sola frase habría bastado, pero ahora había perdido su oportunidad.

Siempre se había considerado una muchacha valerosa que no rehuía el peligro. Le había hecho frente a su familia y había descubierto por sus propios medios quién era su padre. Y sin embargo, antes de lograr averiguar ni el más mínimo detalle sobre él, había creído lo que le había contado un prestamista de dudosas intenciones que, dieciséis años atrás, le había

guardado a Joshua Hart dos baúles, como si lo que saliera por su boca fuera palabra de Dios.

Aquel desconocido que era su padre le había dejado en herencia una posesión harto preciada para él y ahora era su obligación descubrir qué había sido de él. Le debía conseguir algo más de información en lugar de romperse la cabeza constantemente con Justus von Arnau y St. John Martinaw.

El carruaje cruzó por Bloomsbury Square y Georgina respiró hondo. Pronto estaría en su cuarto y podría reflexionar con tranquilidad sobre lo ocurrido y rehacer sus planes. Con suerte su tía aún seguiría fuera, lo que haría más fácil entrar en casa sin ser vista.

Hizo que el coche se detuviera a cierta distancia, pagó al cochero con generosidad, entró en la vivienda por la puerta del servicio y subió por las escaleras hasta su cuarto.

Se quitó el abrigo y miró por la ventana. Seguía lloviendo y había poca gente por la calle. Algún que otro coche pasaba siseando por los profundos charcos, salpicando de agua a los viandantes, que debían prestar atención para no acabar empapados. Los tilos aún jóvenes de la plaza se combaban bajo el peso de la lluvia y recordaban, con las hojas caídas diseminadas a su alrededor, a una dama a la que el viento le hubiera levantado la falda.

Georgina agitó la cabeza para apartar aquella idea tan extraña de su mente.

¿Cómo podía descubrir si las palabras del viejo usurero eran verdad? ¿Se podía ir tranquilamente al Old Bailey y solicitar poder revisar sus viejos archivos? Por desgracia desconocía cuándo habían juzgado a Hart, si es que el viejo no le había mentado. Sin embargo, no había ningún motivo aparente para ser deshonesto. Georgina se llevó un dedo a los labios y caviló.

En un país civilizado como Inglaterra debía haber expedientes judiciales. Así pues, en alguna estantería polvorienta debía existir algún tipo de discreto portafolios que contuviera el pergamino con los detalles de la vida de su padre.

Entonces, cayó en la cuenta: ¡ella vivía con un abogado! Por lo general, no se interesaba por el oficio de su abuelo, que le parecía soso y carente de emoción pero que, en aquella ocasión, podía resultar realmente de ayuda. Solo le restaba pensar cómo actuar de la manera más habilidosa posible para no despertar suspicacias. Evidentemente no le podía preguntar abiertamente a su abuelo, si hasta la fecha había hecho todo lo posible por mantener la existencia de Joshua Hart en secreto. Debía igualmente tener cuidado con su tía, para que esta no le pusiera sobre aviso.

Los señores que se habían reunido aquella tormentosa tarde de otoño en el número 20 de Bedford Street, en Covent Garden, escuchaban con suma atención la ponencia de su colega, Isaac Sunderland, quien estaba leyendo una disertación sobre las peculiaridades geológicas del condado de Derbyshire. En aquel círculo siempre se originaba una animada conversación posterior a las intervenciones que ofrecía la oportunidad de debatir cuestiones interesantes. Aquel día, se encontraban entre los miembros presentes algunos socios fundadores de la Geological Society, como George Bellas Greenough, quien había sido su presidente hasta hacía poco tiempo, y científicos reputados como William Conybeare y William Buckland quien, siempre que su labor docente se lo permitía, viajaba de Oxford hasta la capital para tomar parte en las dos reuniones mensuales de la asociación.

El propio William Buckland no estaba aquella tarde muy concentrado en el tema pues, por iluminadores que hubieran

podido ser los conocimientos de Sunderland sobre los cuerpos calcáreos del Peak District y las aplicaciones prácticas de las rocas en la construcción, sus pensamientos vagaban una y otra vez hacia sus próximos planes. Cuando, siendo joven, había trabajado junto a Kirkdale en Yorkshire, había descubierto una gruta en la que había hallado los huesos del animal más peculiar que había visto. Al consultarle a un naturalista, este había asegurado que se trataba de los huesos de un hipopótamo, algo absolutamente increíble, puesto que en el norte de Inglaterra nunca había habido, ni podía haber, semejante criatura, tan grande y conocida por residir únicamente en regiones tropicales.

El propio Buckland, durante un viaje a Europa, había visitado Alemania y examinado una cueva cerca de la aldea de Gailenreuth, en Franconia, en la que se habían localizado huesos de hiena, león, zorro, ciervo y lobo, así como restos humanos de edad indefinida que otorgaban al conjunto un auténtico atractivo científico. Desde entonces, sus pensamientos habían regresado con periodicidad a aquella cueva de sus inicios, y estaba decidido a regresar a Kirkdale e investigar allí tan pronto como la meteorología se lo permitiera.

Hacía tiempo que en su espíritu se iban asentando los cimientos de una gran obra que trataría extensivamente el diluvio y sus huellas geológicas. Ya comenzaban a asomar los muros y a extenderse hacia el cielo, buscando su conclusión. Su libro no solo enaltecería la ciencia y la fe, sino que proporcionaría al propio William Buckland una gloria imperecedera. Él era no solo un hombre de Dios, sino también un ser humano... con sus consiguientes debilidades.

El comedor no le parecía tan oscuro como de costumbre aquel día, algo sin duda debido a la agitación que Georgina

experimentaba en su interior. Con algo de suerte, nadie se daría cuenta de lo inquieta que se sentía, pero era difícil escapar de la mirada escrutadora de *lady Anne*. Por fortuna, su abuelo comenzó pronto a hablarles de un encuentro con un joven colega que había defendido en un juicio muy notorio a un hombre acusado de asesinato.

—¿Podéis creerlo? Hace un momento que me topé con el joven Percy Hogg, el hijo de uno de los mejores abogados que jamás ha dado el campo legal en Londres, y el muy fanfarrón me llamó para hablar en confidencia. No se podía aguantar las ganas de hablar del tema, pero ¿a quién puede extrañarle? Al fin y al cabo, su madre era española. ¡Qué carácter más pasional el suyo! En cualquier caso, me habló del juicio que se está produciendo ahora mismo en el Old Bailey. Un muchacho joven y bien parecido que se hace pasar por artista, pero cuyo arte principal consiste en pasarse el día mano sobre mano pintando mujeres casquivanas, logra enamorar a una viuda rica y entrada en años. La familia se disgusta lo indecible cuando la pareja inicia un idilio que acaba finalmente en el altar. Sin embargo, la dama está tan enamorada que no permite que nada se interponga en su felicidad y, durante algunos meses, todo parece ir bien. Entonces, su salud comienza a flaquear. No es de extrañar, o eso piensa todo el mundo en un principio, pues ya no es una jovencita y está pasando por las emociones de un matrimonio reciente: es demasiado para su constitución —dijo él y miró de reojo a su hija, como si sopesara si aquella historia podía herir su sensibilidad—. Su estado empeora. Sufre constantes mareos y convulsiones. Los médicos no saben qué hacer. Tras algunos meses más, la dama muere y su joven marido hereda la mayor parte de sus posesiones que, llevada por el impulso de su felicidad, había puesto a nombre de él. Sin embargo, la familia recela y, de pronto, le acusan de haberla envenenado.

Lady Anne parecía ligeramente consternada por el hecho de que su padre hablara en la mesa de un tema tan poco apropiado, pero James Fielding no solo no se dejó influir, sino que tomó de buen grado un buen trago de vino y se recostó satisfecho.

—Y ¿cómo lo hizo? —preguntó, mirándole con atención.

Aquella historia quizás le permitiera indagar sobre el tema que le interesaba sin hacerle a su abuelo preguntas incómodas.

—¡Con arsénico! —anunció él, solemne—. La fallecida padecía de asma, y es un conocido remedio que, utilizado en dosis demasiado altas, puede resultar mortal.

—¡Qué morboso! —se lamentó *lady Anne* dirigiendo una mirada de disgusto a su padre—. Pero ¿cómo pueden saber eso?

—Esa es la cuestión, querida. Naturalmente en los armarios de la mujer había pocas cantidades del medicamento, lo que realmente no quiere decir nada, pues el marido tuvo numerosas oportunidades de hacer acopio de las dosis necesarias. Lo más probable es que no quede más opción que realizar una autopsia.

—¡Padre, que estamos en la mesa! —protestó *lady Anne*—. No puedo tolerar que cuentes historias tan repulsivas mientras comemos, y mucho menos en compañía de tu nieta.

Dobló la servilleta e hizo amago de levantarse de la silla.

—Pero es precisamente hoy cuando puedo aprovechar la ocasión, querida. Debo disfrutar el hecho de que hoy solo nos encontremos nosotros cenando aquí y no tengamos que mantener la compostura frente a ningún invitado —señaló James Fielding con un inesperado arranque de buen humor.

Lady Anne se levantó y salió apresuradamente de la habitación, mientras Georgina y James Fielding mantenían con la mirada una conversación muda.

—A mí me ha parecido que tu historia era muy interesante, abuelo.

—Tu interés en ella es muy poco apropiado para una dama, pero hoy no seré demasiado severo contigo. Por lo que se ve, has heredado de mí un estómago fuerte.

—¿Le harán una autopsia? —quiso saber ella.

El viejo jurista tomó un nuevo trago de vino.

—Eso debe decidirlo el juez. En cualquier caso, eso tampoco nos dará más indicios, pues la medicina aún no es capaz de detectar el arsénico en el cuerpo. Quizás en un futuro se encuentre un método que lo permita, pero todavía queda mucho para que ese momento llegue.

—¿Y entonces solo se han podido encontrar testigos? —señaló Georgina.

James Fielding asintió con reconocimiento.

—No está mal. Vas por buen camino.

Georgina no pudo reprimir cierto orgullo al escuchar de labios de su abuelo un elogio positivo. Así espoleada, se animó a seguir adelante.

—¿En el Old Bailey solo se juzgan casos de asesinato?

—No, también todos los demás delitos graves cometidos en Londres.

—Y esos delitos, ¿cómo se castigan?

James Fielding pareció dudar un instante, como si soportara si semejante información podría horrorizar a su nieta o exigir demasiada fortaleza de espíritu. La jurisprudencia no era un tema del que se charlara en compañía de damas.

—En su mayoría, con la muerte.

Georgina sintió como si le hubieran atravesado el corazón. Experimentaba una mezcla de frío y de calor que solo podía confiar que su abuelo no percibiera. Hizo, no obstante, acopio de valor para seguir preguntando.

—Y ¿por qué tipo de delitos se castiga con la muerte a los condenados en el Old Bailey? Aparte del asesinato, quiero decir.

—Pues, por ejemplo, la falsificación, el hurto o el robo con violencia —replicó Fielding con tranquilidad mientras disfrutaba de un nuevo sorbo de vino.

—Pero esos son delitos mucho más leves, en comparación —se indignó ella—. En esos casos, ¿no es la pena de muerte una condena injusta y cruel?

Su abuelo alzó la cabeza, desafiante, antes de dirigirle una mirada penetrante.

—El derecho inglés nunca es cruel: es justo. Además, olvides la clase de chusma que comete esos crímenes. No solo se trata de castigar al malhechor por sus fechorías y librar a la sociedad de su perniciosa presencia, sino también de servir de escarmiento para los que sigan sus pasos. Solo el miedo al patíbulo les impide tratar de enriquecerse de forma ilícita o poner en peligro las vidas de la gente de bien.

Georgina, que no estaba familiarizada con la dureza de la justicia británica, le observó disgustada. «¡Mi padre no era uno de ellos!», era el pensamiento que la acosaba una y otra vez.

—Pero ¿debe establecerse alguna diferencia entre los crímenes más graves, como el asesinato y el asalto, y aquellos que no lo son tanto! No me cabe duda de que debe haber gente que vive en la miseria, que no puede permitirse pagar por la comida, y eso les obliga a robar.

Pensó en toda la miseria que había contemplado en St Giles. Sin duda allí el robo debía estar a la orden del día y era imposible que pudieran colgar a tanta gente.

James Fielding agitó la cabeza, pensativo.

—No, querida, la pobreza no es excusa para un comportamiento inmoral. Cualquiera pueda hacer uso de sus propias

manos para trabajar y, quien no lo hace, tiende a pretender enriquecerse a costa de las propiedades que tanto les ha costado obtener a los demás.

Georgina pensó, no sin cierta insolencia, que aquel discurso sonaba como el sermón de un predicador.

—Con eso y todo, la pena de muerte me parece excesiva para un hurto —insistió ella.

—Bueno, sea como fuere, no es tan habitual que se condene a un reo a la pena capital. Con frecuencia se opta por otras más leves, como la deportación o la marca con hierro candente.

Georgina sintió repulsión y prefirió cambiar de tema. Lo principal era averiguar si el viejo prestamista había dicho la verdad.

—¿Y no es cierto que en los juzgados debe haber montones y montones de expedientes? ¿No hay montañas de papeles guardados Dios sabe dónde?

—Sí, claro, los expedientes ocupan muchísimo espacio —respondió él, acariciándose las canosas patillas—. Evidentemente, los juzgados tienen también sus archivos, que es donde se almacena la documentación. Podría contarte historias muy interesantes...

—Y ¿se pueden consultar? —porfió Georgina, mientras le dirigía una mirada escrutadora.

—Ignoraba que te interesara tanto la jurisprudencia, Georgina. Es una faceta nueva en ti —dijo su abuelo con cierto orgullo, como si se percatara por primera vez de que su nieta podía haber heredado también algo de él—. Siempre he pensado que no tenías en la cabeza más que libros y piedras, además de las inapropiadas excursiones con tu tía abuela. No es que el interés por las peculiaridades de la justicia sea algo particularmente femenino, pero en fin. En respuesta a tu pregunta: sí,

realmente cualquiera puede consultar esas actas, siempre y cuando realice una solicitud formal. Sin embargo, hay una manera mucho más sencilla de estudiar los procesos.

Georgina sintió que el corazón le martilleaba con fuerza, pero se esforzó por no dejarlo ver. Asintió con interés para animarlo a continuar con su lección.

—Desde hace ya algunas décadas, los casos más interesantes se publican en los llamados *Proceedings*. Antaño el pueblo llano los leía y comentaba como si fueran novelas o folletines. Se horrorizaban con los relatos sobre criminales célebres, sobre sus últimas palabras y sus ejecuciones posteriores. Probablemente el auténtico atractivo de aquellas historias residía en el hecho de que eran reales. Podían comprarse los números en la calle por muy poco dinero. Hoy en día vivimos, gracias a Dios, en tiempos civilizados y es la ciudad de Londres la que publica las actas de manera oficial.

—Así que, ¿se pueden comprar sin más? —preguntó Georgina, sin aliento.

—Sí, se pueden conseguir en librerías. En cualquier caso, la demanda hoy día no puede ser muy grande, puesto que actualmente hay folletines disponibles más que de sobra. Todas esas novelas escalofriantes llenas de castillos, monjes inquietantes, hombres creados artificialmente... ¿Quién iba a interesarse por faltas tan pequeñas e insignificantes como una estafa o un robo?

En ese momento, *lady* Anne entró en la habitación.

—Espero que hayáis puesto fin de una vez a ese desagradable tema de conversación —dijo, lanzándole a su padre una mirada cargada de significado—. Soy de la opinión de que Georgina debería concentrarse en sus obligaciones sociales, en lugar de seguir escuchando tus relatos criminales, padre. La investidora del Sr. Martinaw tendrá lugar dentro de tres semanas y la modista vendrá mañana para realizar la primera prueba.

Georgina asintió con humildad y les deseó buenas noches. De camino a su cuarto, se notó llena de unas energías renovadas. Encontraría la manera de llegar hasta una librería o, mejor aún, hasta un anticuario, donde poder consultar ediciones viejas de los *Proceedings*. Sentía que había recuperado el orgullo, la satisfacción consigo misma. Había tomado las riendas de su destino y había ido a St Giles, en lugar de esperar a Justus sin hacer nada.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo se miró al espejo de la cabeza a los pies. Se quitó las horquillas y pinzas del pelo y dejó que le resbalara suelto por los hombros. Desabrochó los corchetes de su vestido, se quitó las mangas y permitió que cayera al suelo sin inmutarse. Frente al espejo, en ropa interior, se agarró el pelo con las dos manos y se lo arremolinó de forma descuidada sobre la cabeza, de tal forma que solo le cayeran algunos rizos sobre la cara. Observó su reflejo detenidamente. Los brazos finos, la suave curvatura de las caderas, los pechos, que se le marcaban tenuemente bajo la camisa. Durante largo rato se imaginó que eran un par de ojos distintos a los suyos los que la contemplaban, pero no se atrevió a llevar más allá sus pensamientos.

Allí de pie, frente al espejo, se fue formando un pensamiento en su mente, una idea, una realidad que hacía largo tiempo que había descubierto, pero que nunca hasta ahora se había atrevido a formular en voz alta: «Soy una mujer».

CAPÍTULO XX

En todos y cada uno de los miles de ejemplos que delatan la existencia de una finalidad y de un plan bondadoso podemos sentir la mano de un constructor todopoderoso.

WILLIAM BUCKLAND

LA BÚSQUEDA RESULTÓ MÁS DIFÍCIL DE LO ESPERADO. Anthony Shayle solía permanecer hasta tan tarde en el hospital que pasó bastante tiempo hasta que finalmente pudo realizar la esperada visita al St Thomas. A pesar de haber trabajado allí durante años, aquel edificio se le antojó extraño y desconocido y no logró encontrar ninguna cara conocida, algo probablemente casual pero que no hizo sino aumentar su malestar. Se dirigió al mostrador de administración y preguntó a un joven de expresión solemne y con el cuello abotonado hasta arriba dónde podía encontrar al Sr. Audley. El joven le miró, inquisitivo, y se volvió hacia un compañero de mayor edad que estaba buscando algo en un archivador.

—Sr. Hoskins, este caballero pregunta por el Sr. Audley quien, aparentemente, trabaja aquí. ¿Le resulta familiar ese nombre?

El Sr. Hoskins se irguió, se apartó el pelo grasiento de un rostro enrojecido con esa tonalidad particular que delata la propensión al alcohol y miró a Shayle con curiosidad.

—Hace poco que el Sr. Audley se jubiló —dijo, y frunció el ceño—. ¿Es posible que nos hayamos visto alguna vez con anterioridad, señor?

Shayle decidió que no tenía nada que ocultar.

—Probablemente. Yo solía trabajar aquí. Pasaba casualmente por la zona y pensé en entrar a saludar al Sr. Audley. Pero, por lo que se ve, ha sido un viaje inútil —comentó y, después de pensar unos instantes, prosiguió—. ¿Les importaría darme su dirección personal? Así podría ir a visitarle a su casa.

El Sr. Hoskins y su joven compañero intercambiaron miradas y, finalmente, se encogieron de hombros.

—¿Y por qué no? —indicó finalmente Hoskins—. Ha tenido usted suerte, pues soy el único empleado en el departamento administrativo que puede proporcionarle esa información. Si tiene la amabilidad de esperar un momento...

Con amplias zancadas se dirigió hacia la sala auxiliar, de donde no tardaron en surgir los rumores de puertas de armario y papeles hasta que, finalmente, reapareció con un grueso tomo y señaló una página con el dedo.

—Aquí lo tenemos: *Sir* Audley, John, Spicer Street 68, Whitechapel.

Torció ligeramente el gesto al leer el nombre del distrito y Shayle se preguntó fugazmente lo que aquel administrativo pensaría si viera su propia vivienda adosada con su sala de consultas que ejercía, al mismo tiempo, de salón. Por otro lado, probablemente los ingresos del Sr. Hoskins no excedían a los de su predecesor y lo que ocurría era que el Sr. Audley prefería vivir una vida sencilla o había pasado por una época de dificultades económicas que no le permitían residir en un barrio mejor.

—¿Señor? —preguntó el Sr. Hoskins, y Shayle dio un respingo.

¿Por qué se preocupaba tanto por el destino de otras personas cuando lo que él había ido a hacer allí era averiguar más cosas sobre St. John Martinaw? Entonces, se le ocurrió una idea. El Sr. Hoskins parecía ser el tipo de persona que se tomaba a sí mismo muy en serio y, en consecuencia, disfrutaba exhibiendo sus conocimientos ante los demás. Quizás pudiera aprovechar aquella debilidad. Así pues, Shayle se hizo el ingenuo y preguntó:

—Sr. Hoskins, antes trabajaba aquí un cirujano muy reputado llamado Martinaw. ¿Sabe si ese caballero sigue aquí en St Thomas?

Hoskins le observó, perplejo, y respondió con una voz que denotaba el más absoluto desprecio:

—Pero, señor mío, ¡eso es incuestionable! Ha de saber que consideramos todo un honor que el futuro cirujano de cabecera de su majestad pertenezca a esta casa —dijo, con el tono de alguien que consideraba el hospital St Thomas como su propiedad personal—. Es un caballero honorable que siempre se muestra amistoso y cortés con todo el mundo. Hace poco me saludó y me preguntó qué tal me encontraba... Llevaba el brazo en cabestrillo después de haberme caído por la escalera.

«Un engreído pomposo... pero útil para mí», pensó Shayle, y observó a Hoskins con interés.

—Pero ¡qué me cuenta usted! ¡Cirujano del rey! ¡Cómo es posible que no haya sabido de estas buenas nuevas! Sin duda merece un puesto tan honroso y de tan gran responsabilidad, pues siempre ha sido un hombre entregado a su trabajo.

No mentía con ello, pues Martinaw solía permanecer en el hospital hasta última hora de la tarde, sumido en sus investigaciones científicas.

—Ciertamente, señor. Además, van a nombrarle caballero, lo que nos llena a todos de orgullo —añadió Hoskins, exal-

tado, y prosiguió su discurso—. Pero es, ante todo, un buen cristiano, un hombre piadoso. Cuando realizamos la colecta para los necesitados en Navidad, su contribución siempre es la más generosa.

—Entonces, sin duda, necesitará la ayuda de médicos auxiliares para que se preocupen de su trabajo en el hospital cada vez que tenga que ocuparse de las emergencias de la corte —sugirió Shayle.

—¿Es que acaso está usted buscando trabajo, señor? —preguntó Hoskins con desconfianza.

—Oh, no, no, yo ya estoy bien servido al respecto, Sr. Hoskins. Estaba pensando en un conocido mío que busca un nuevo empleo. ¿Sabría decirme si debería presentar su candidatura ante el Sr. Martinaw en persona?

Hoskins asintió con diligencia.

—El Sr. Martinaw se preocupa de todo lo concerniente a su departamento. Suelen verse luces en su despacho hasta ya entrada la noche, no se concede ni un minuto de descanso. Cada vez que se contrata a un médico o una enfermera, habla con ellos personalmente, pues no solo le otorga gran importancia a sus conocimientos médicos, sino también a su ética y su moralidad. Al menos, así lo explicó en una ocasión.

Shayle tuvo que hacer un esfuerzo notorio para no delatarse con la expresión de su rostro.

—Eso es algo ciertamente de admirar, Sr. Hoskins. Ahora debo despedirme. Le agradezco de corazón su ayuda.

Tomó el papelito en el que había anotado la dirección del Sr. Audley y, despidiéndose con un gesto de la cabeza, salió de la oficina.

Lo que más le hubiera gustado hacer a Justus von Arnau nada más regresar a Londres habría sido acudir inmediatamente

te a Bloomsbury Square para volver a ver a Georgina Fielding, pero la razón terminó imponiéndose y, finalmente, optó por buscar alojamiento en primer lugar. Antes de partir a Norfolk le había preguntado a William Buckland por un lugar adecuado, dada la asiduidad con que este visitaba la capital. El geólogo le recomendó la pensión de la Sra. Williamson, en la que Justus había solicitado por escrito una habitación y esperaba recibir la consiguiente respuesta afirmativa.

Así, Justus se encontró con su maleta en una mañana fría y brumosa frente a aquella casa de Bayswater. Llamó a la puerta con el llamador de latón en forma de cabeza de león que sostenía un aro en la boca. Al sonido de la aldaba no tardaron en responderle los ladridos insolentes de un perro.

La puerta se abrió y una dama de aspecto cuidado, vestida con un ostentoso vestido de seda decorado con delicadas filigranas chinas, apareció frente a él. Llevaba sus cabellos grises recogidos en la nuca lo que, unido a su vestimenta, le otorgaba un cierto aire oriental. Le observó con unos ojos pardos que destellaban de inteligencia. A su lado había un diminuto perro de pelaje dorado y rizado que levantó la cabeza hacia él.

—El Sr. Von Arnau, supongo. Lo estábamos esperando. Es un placer darle la bienvenida a mi casa. Por favor, entre. Puede dejar aquí su equipaje, para empezar. —Señaló entonces al perro—. Permítame que le presente: Dmitri, mi bolonka zwetnaya.

Cuando Justus entró en la pensión, comprendió de pronto lo que había resultado tan atractivo para Buckland: poseía un aire no muy diferente del de su propio despacho en el *college*. Los pasillos estrechos le recordaron de una manera fascinante a un museo etnológico. Las paredes estaban cubiertas de máscaras, pinturas sobre seda, grabados en papel de arroz y otros objetos.

El perrito saltó sobre un gran jarrón chino y estuvo a punto de hacerlo volcar. Al segundo intento logró llegar hasta el borde, pero enganchó la garra en la superficie pulida de la porcelana y terminó por caer de cabeza en el interior del recipiente. La Sra. Williamson liberó al animal de su prisión y lo colocó de nuevo junto al jarrón sin inmutarse.

—Debe usted disculparlo, pero es un recuerdo vivo de mi difunto marido y le tengo mucho aprecio. Mi marido se trajo a los padres de Dmitri de Rusia. Regalé al resto de cachorros, pero no he sido capaz de separarme de Dmitri —concluyó, y agitó la mano ante la frente, como si quisiera espantar pensamientos tristes para, seguidamente, abrir la puerta del salón—. Por favor, entre, señor. Es un placer contar con un viajero experimentado entre mis huéspedes. Me encanta escuchar historias de tierras lejanas. Quizás pueda usted darme la alegría de hablarme de sus viajes.

—Será un placer, *madam* —dijo Justus von Arnau con una ligera reverencia.

Miró entonces, impresionado, a su alrededor y contempló el salón decorado con numerosos recuerdos, como fuentes de arroz y tapices de seda pintados a mano.

—Sin embargo, ahora que veo su casa tengo la impresión de que los lugares que he visitado son de lo más común en comparación. Nunca he llegado más lejos de Italia y Grecia, mientras que su colección, por otra parte, indica una procedencia indiscutiblemente asiática.

—Es cierto, señor. Mi marido trabajó para una gran sociedad mercantil y viajó por Rusia y Asia. Se trajo todas estas cosas maravillosas de allí —dijo, acariciándose el vestido—. Este tejido procede de China y fue allí donde él hizo que confeccionaran el vestido. Por mí, no llevaría otra cosa, pero hay personas que preferirían verme eternamente vestida de luto.

Hace ya cinco años que mi marido murió. Siempre he pensado que lo que a Henry le haría realmente feliz sería verme llevando estas maravillosas telas.

Conforme avanzaba la conversación, a Justus von Arnau le fue pareciendo cada vez más inusual, cuando no abiertamente chocante, que una mujer que era una completa extraña le hablara tan abiertamente de su vida y de sus relaciones familiares. Se alegró, no obstante, por haber encontrado un alojamiento en el que pudiera entrar y salir cuando quisiera sin tener que dar explicaciones ni rendir cuentas por lo peculiar de sus horarios. Numerosos conocidos le habían ofrecido que se quedara en sus respectivos hogares mientras permaneciera en la ciudad, pero Justus prefería estar libre y sin restricciones y solo aceptar las invitaciones sociales que le resultaran imposibles de rechazar. Además, así tampoco tendría que responder preguntas peligrosas sobre su relación con Georgina Fielding.

Se dio entonces cuenta de que la Sra. Williamson había abierto una cigarrera de madera y la tendía hacia él, invitadora. Él lo agradeció, cogió un cigarro y comprobó, para su sorpresa, que su anfitriona también tomaba uno. Ella encendió una viruta en la chimenea y se la ofreció primero a él antes de darse fuego a ella misma para, seguidamente, aspirar el humo con deleite.

—Por favor, siéntese. Haré que nos traigan el té.

Ella tiró del cordel de un timbre, lo que hizo surgir de pronto a un criado chino vestido con librea.

—Té, por favor, Song-Li.

El chino le dedicó una reverencia y desapareció sin un ruido, igual que había llegado.

Justus no se pudo reprimir:

—¿También es un recuerdo de sus viajes?

La Sra. Williamson se echó a reír.

—Usted lo ha dicho, Sr. Von Arnau. Proviene de Shangái y trabajaba en un hotel en el que mi marido se alojó. Tenía algunos problemas con las autoridades, aparentemente algo relacionado con el opio, pero soy incapaz de creer que sea cierto. Es un muchacho tan formal... En cualquier caso, mi marido lo tomó como criado y yo lo he heredado, por así decirlo. No se puede tener empleado mejor que él.

«Una viuda fumadora con un traficante de opio chino como criado... No podía haber topado con nada mejor», pensó Justus, divertido. Se alegró solo de pensar en poder hablarle a Georgina de su peculiar casera. Lo que podría opinar su familia al respecto era algo en lo que prefería no pensar.

La Sra. Williamson emitió una impresionante voluta de humo.

—Por lo que usted me escribió, no está usted seguro de durante cuánto tiempo necesitará la habitación. Pero no se preocupe, Sr. Von Arnau, que eso no es inconveniente. Dispongo de tres habitaciones que se alquilan por un periodo indeterminado y otras dos destinadas a estancias breves. Puede permanecer en una de ellas, la que yo llamo *la habitación ciruela*, tanto tiempo como quiera. El precio ya se lo indiqué por correspondencia.

—Eso se ajusta perfectamente a mis necesidades —dijo Justus, y se preguntó fugazmente qué aspecto tendría la habitación ciruela.

El tiempo que permaneciera allí dependía única y exclusivamente de Georgina. Deseaba de todo corazón que nada hubiera cambiado entre ellos, pero también sabía que Oxford había sido un mundo completamente diferente en el que ambos habían gozado de total libertad, algo de lo que él estaba convencido que ella carecía en la capital. Había que añadir, además, que St. John Martinaw había despertado sus celos

pues, durante las últimas semanas, probablemente habría procurado mantener un contacto estrecho con Georgina, mientras que él permanecía en Norfolk en una gélida biblioteca.

Tan pronto como llegara a su habitación, reuniría todos los documentos que quería mostrarle a Georgina. Tenía ilustraciones de las páginas más importantes del códice y había pasado a limpio su traducción. Quizás Georgina pudiera acercarse a algún importante científico, como Buckland, y mostrarle sus descubrimientos. Mejor aún, en Londres existía esa sociedad geológica que probablemente también se interesaría por sus hallazgos.

—¿Tiene algún conocido aquí en Londres, si me permite que se lo pregunte? —quiso saber la Sra. Williamson, y le arrancó así de sus pensamientos.

Estaba sentada en un sillón, rodeada por una nube de humo, y algo en ella recordaba a una hechicera que hubiera surgido de la nada.

Iba él ya a contestar cuando la puerta se abrió y el sirviente chino apareció con la bandeja del té. Puso dos delicadas tazas de porcelana sobre la mesa, sirvió el té y colocó una fuente de pastas de aspecto exquisito a su lado. Después, se inclinó y desapareció sin emitir un solo sonido con las suelas de los zapatos.

—Realmente parece ser un hombre notable —comentó Justus, pensativo.

—¡Si usted supiera lo que he tenido que soportar en materia de doncellas! Inútiles descocadas que salían huyendo en cuanto un hombre les prometía la luna. Algunas volvían a aparecer semanas después y pretendían recuperar su puesto, pero yo siempre me mantengo en mis trece. Si se fue una vez, se puede ir una segunda, así que nunca las vuelvo a aceptar.

«Esta mujer es realmente muy poco reservada para ser inglesa», pensó Justus para sus adentros. Una dama de la alta

sociedad jamás habría podido tener empleado a un criado chino, pero quizás para la dueña de una pensión masculina no fuera tan grave. Solo deseaba que no fuera particularmente curiosa, como por desgracia solía ocurrir con aquellas mujeres que se ganaban la vida alquilando habitaciones. La charlatanería en sí misma no le suponía habitualmente ninguna desventaja, pues con frecuencia se aprovechaba de las lenguaraces caseras para averiguar información jugosa; sin embargo, cuando la curiosidad de las anfitrionas por sus huéspedes se volvía excesiva, podía resultar ciertamente incómodo. Las excéntricas maneras de la Sra. Williamson, no obstante, le agradaban y decidió confiar en ella.

Tras agradecerle el té, el sirviente procedió a acompañarlo hasta su cuarto.

Justus tuvo que reprimir una carcajada. Ya no tuvo dudas sobre el motivo por el cual su habitación recibía su nombre. La funda del colchón, la manta, el dosel y las cortinas eran todas de un oscuro tono violeta que, de hecho, recordaba al de las ciruelas maduras. El terciopelo otorgaba a la habitación una cierta calidez, una sensación acogedora, a pesar de que ese no sería el color que él mismo escogería para la decoración de un dormitorio.

De las paredes colgaban grabados chinos de exquisita calidad que, observados de cerca, revelaban una sorpresa. Las escenas representadas, si se las observaba con atención, eran de una naturaleza tan descarada que Justus no pudo sino desear que aquel establecimiento acogiera únicamente a caballeros.

Se le ocurrió entonces un pensamiento divertido. ¿No se había alojado en aquel lugar el propio William Buckland? Sin duda la Sra. Williamson no habría hospedado a un hombre de la Iglesia en la habitación ciruela. ¿O acaso procedían de allí las efusivas recomendaciones de la pensión? Justus observó con

atención las parejas representadas con delicados trazos, situadas en las más variadas posiciones, y se preguntó si todas las habitaciones estarían decoradas de una forma tan peculiar o si ese especial placer estaría reservado únicamente a él.

Entre carcajadas, se volvió hacia la cama y empezó a deshacer el equipaje.

Georgina llevaba tiempo pensando a qué librería debía acudir para consultar las publicaciones de los informes procesales, pero la empresa se le antojaba sumamente difícil. Su tía había aceptado incontables invitaciones a las que Georgina estaba obligada a acompañarla.

Inquieta, daba vueltas por su habitación.

Durante la prueba del vestido que la modista le estaba confeccionando, apenas había sido capaz de reconocerse al contemplarse frente al espejo con el modelo ya casi terminado. Era de un suave tono gris perla con detalles brillantes de satén. Las mangas cortas de globo y el escote discreto, como correspondía según la etiqueta moralmente intachable de la corte, estaban rematados con delicado encaje y, como detalle especial, una sobrefalda de gasa transparente cubría el satén y le otorgaba al vestido un aire etéreo, como una nube. En cuanto lo tuvo puesto y se miró al espejo supo al momento que nunca había tenido un aspecto más magnífico. Si tan solo aquel maravilloso vestido estuviera destinado a una ocasión diferente... Ojalá Justus von Arnau pudiera verla así vestida.

Incluso *lady* Anne parecía impresionada, si bien eso no le impidió criticar numerosos detalles, aunque solo fuera para que la Sra. Tetley, la modista, no tuviera un concepto demasiado alto de su obra aún inconclusa y no exigiera, con el pretexto de lo laborioso de la confección, un precio más elevado de lo pactado originariamente.

—Bueno, el terciopelo podía haberse cosido con más esmero y el encaje no casa perfectamente donde debería pero... Sí, por lo demás, es un vestido bastante notable.

—A mí me parece magnífico —replicó Georgina con franqueza y sonrió a la Sra. Tetley.

—Sin duda el Sr. Martinaw pensará lo mismo —explicó *lady* Anne y prosiguió, volviéndose a la Sra. Tetley—. Es el futuro cirujano de cabecera del rey, un conocido nuestro. Mi sobrina lucirá este vestido ante la corte, durante la ceremonia de investidura como caballero de nuestro amigo.

Georgina sintió un escalofrío de disgusto. ¿Es que su tía tenía que contárselo a todo el mundo para que la noticia circulara todavía más rápido por todo Londres? «Claro, sin duda esa debe ser su intención», se dijo Georgina entonces, «la tía Anne quiere poner a su candidato favorito en un compromiso con una política de hechos consumados». Cualquiera gozo que hubiera podido sentir a consecuencia de su vestido se había esfumado. Era como si un cordel muy prieto le oprimiera el pecho y comenzó a notar sudores fríos. Se dirigió rápidamente a la habitación de al lado para quitarse el vestido.

Una vez allí, se apretó con las manos las mejillas, que hacía un segundo bullían de vida, y pensó en cómo podía revertir aquella situación. Si la opinión pública comenzaba a considerarla abiertamente la prometida de Martinaw, ya no tendría escapatoria. Habría perdido a Justus para siempre.

—¿No te encuentras bien, querida? —preguntó *lady* Anne, recelosa.

—Sí, sí, estoy bien. Es la emoción del vestido —respondió Georgina mientras se pasaba la mano por el pelo—. Si alguien pudiera ayudarme con el corsé...

La modista entró en la habitación lateral y comenzó a desabrocharle la espalda con dedos ágiles.

—Está usted maravillosa con este vestido, Srta. Fielding —le susurró al oído.

Georgina asintió para no delatarse. No quería romper a llorar frente a la modista.

Su mal humor no desapareció tras la comida. Como un tigre enjaulado, iba de la ventana a la cama y, de ahí, vuelta a empezar, mientras pensaba en los *Proceedings* y en la investidura que despertaba tal terror en ella. El día iba aproximándose sin remedio y seguía sin volver a ver a Justus. Habían transcurrido ya semanas desde su despedida y aquellos días en Oxford le parecían ahora como un sueño que amenazaba con escapársele, a pesar de que quería recordar hasta el más mínimo detalle. Entonces la atacaba de nuevo la impaciencia, a pesar de que el hecho de que Justus se hubiera dirigido a Norfolk y no hubiera vuelto aún a Londres se debía, sin duda, a su investigación.

Se sentía como en una habitación cuyas paredes iban estrechándose poco a poco y cuya puerta, la única vía de escape, se fuera haciendo cada vez más pequeña. Cuando se volvía particularmente estrecha, a veces se preguntaba si verdaderamente tenía sentido poner sus esperanzas en Justus von Arnau. Su familia lo recibiría con desconfianza, lo tacharía de vagabundo y de buscavidas, incapaz de ganarse el pan de una manera honorable e incuestionable.

Debía hacer algo o se iba a volver loca en aquella habitación. Se dirigió una vez más hacia el escritorio y observó el recibo de la casa de empeños, que no había hecho más que despertar nuevas preguntas en lugar de proporcionar respuestas.

Allí de pie, de pronto, surgió la idea. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Tan extraño sería que su abuelo guardara alguna copia en la biblioteca de la publicación de los expedien-

tes que necesitaba y no lo hubiera mencionado únicamente porque no le pareciera una lectura adecuada para una muchacha joven?

Georgina pensó con rapidez. Solo tenía que esperar a que toda la casa durmiera, incluyendo el servicio, para poder colarse en la biblioteca. Durante la noche tendría más tiempo para realizar una búsqueda intensiva, puesto que durante el día viviría con el temor constante a que la descubrieran. Nadie debía enterarse, nadie debía saberlo. Con ese pensamiento en mente, bajó a cenar.

Como siempre que se espera algo con impaciencia, las horas parecían prolongarse hasta el infinito. Su tío, *sir* Richard Fellowes, comía con ellos tras una sesión en el Parlamento y amenizaba la tarde con anécdotas a las que ella contestaba con una sonrisa decorosa. No comenzó a prestar atención real hasta que no oyó mencionar el nombre de St. John Martinaw.

—He estado hablando con lord Londonderry, que es conocido personal del Sr. Martinaw, y lo retrata como un cirujano muy notable y como hombre de honor. Señaló que hacía ya tiempo que merecía esa investidura.

Tras decir esto, dirigió a Georgina una mirada escrutadora; ella bajó los ojos para no delatarse.

Procedió entonces su tía a relatarles la prueba del vestido, que le quedaba a Georgina como un guante. Los tres siguieron charlando como si ella no estuviera presente, lo que en el fondo le aliviaba, pues le evitaba tener que participar de la conversación, si bien le resultaba, al mismo tiempo, extrañamente desconsiderado. Era una mujer adulta, y sin embargo aquellos tres la seguían tratando como a una chiquilla a la que había que hablarle con discreción y a la que se podía manipular contra su propia voluntad. «No por mucho tiempo», se juró a

sí misma, y ensartó con el tenedor, decidida, un trozo de pera de la macedonia que le habían servido como postre.

—Georgina causará sensación en la corte con este vestido, estoy convencida —señaló *lady Anne*—. No habrá joven que pueda apartar la vista de ella en toda la tarde. Ni tampoco ningún hombre maduro —añadió, con una sonrisa de satisfacción.

Aquella cena de pesadilla terminó finalmente y los caballeros se retiraron a la biblioteca a fumar y a tomarse un *brandy*. Georgina permaneció sentada y permitió a su tía ponerle al día de qué joven dama se había dejado ver por Hyde Park con qué joven caballero, sobre qué otro se decía que estaba pasando serios apuros económicos y qué se estaba representando en los teatros en ese momento. Nada de todo eso le interesaba, pero de alguna manera llenaba el tiempo que restaba antes de poder retirarse a su habitación.

Georgina tuvo que esperar hasta las once, cuando todos se habían ido ya a la cama y las doncellas habían apagado las chimeneas. En las calles reinaba el silencio, tan solo pasaba algún que otro carruaje y apenas algún peatón que, entre el tiempo inmisericorde y la hora tardía, desearía estar en casa más que nada en el mundo.

Ella cogió una lámpara de aceite y abrió la puerta. Miró con cuidado a izquierda y derecha y escuchó, pero la casa estaba en un silencio total. Cerró sin un ruido la puerta tras de sí y cruzó el pasillo pisando el suelo de madera, cuyos crujidos le parecían resonar de forma insoportable. Lo más peligroso de todo era la escalera, pero ya se había preocupado de averiguar qué puntos eran particularmente ruidosos y debían evitarse en la medida de lo posible. Finalmente se encontró frente a la puerta de la biblioteca y giró el picaporte.

Aquella oscura habitación nunca le había parecido tan similar a una gruta como aquella noche, y se dio cuenta de la

poca luz que era capaz de producir la lámpara. No se atrevía, no obstante, a encender más, por lo que tendría que conformarse con eso. Con la lámpara en la mano fue de una estantería a la siguiente, pero se detuvo en cuanto cayó en la cuenta de algo que le permitiría ahorrar mucho trabajo. Los libros de su abuelo estaban ordenados por materias y ella se encontraba frente a la librería de obras históricas. La de tema jurídico estaba justo enfrente. Se giró e iluminó con la lámpara los lomos de aquellos volúmenes. Naturalmente habría ayudado saber qué aspecto tenía la publicación que buscaba; también cabía la posibilidad de que al no tratarse de gruesos tomos como los demás, su abuelo hubiera guardado las publicaciones en alguna caja o funda para protegerlos. Georgina se subió a una escalera para observar los libros desde arriba.

Tardó un par de minutos en encontrarlos. ¡Allí estaban! Eran tomos forrados de cuero azul en cuyo lomo podía leerse *Proceedings*. Al parecer, había unificado varias ediciones y las había hecho encuadernar juntas para poder conservarlas de manera más sencilla y eficaz. Cuando Georgina leyó las fechas, tuvo el fugaz pensamiento de que aquella colección debía tener un valor notable. Algunos tomos se remontaban incluso al siglo XVII.

Georgina reflexionó. Joshua Hart había reclamado sus cofres en la casa de empeños en torno al 4 de octubre de 1805, hacía algo así como dieciséis años. A partir de ahí se le perdía la pista. ¿Debía empezar a buscar a partir de esa fecha? No, debía haber tenido un motivo para ocultar su colección en aquel tenebroso establecimiento y volver a recogerla cuatro años después. ¿Habría pasado ese tiempo en prisión o se habría dado a la fuga? Y eso suponiendo que la palabra del usurero fuera, realmente, digna de confianza.

Comenzaría la búsqueda en junio de 1801, pues la última entrada de su libreta estaba fechada en mayo de ese año. Geor-

gina buscó el tomo correspondiente, lo posó sobre la mesa y lo abrió.

En la primera página se encontró con el *ex libris* de su abuelo: una diosa Iustitia con los ojos vendados y una balanza en la mano sobre una banda ondulada en la que se leía el apellido *Fielding*.

Por desgracia, los tomos no estaban estructurados de una manera tan clara como a ella le hubiera gustado. No solo tenía que volver a empezar la búsqueda desde el principio cada vez que cambiaba de ejemplar de la publicación, sino que los procesos tampoco estaban ordenados por el nombre del acusado, sino por la numeración del expediente. En cada jornada se llevaban a cabo numerosos procesos que, simplemente, se iban enumerando uno tras otro en la publicación.

Georgina seguía con el dedo las columnas en las que se exponían los procesos de una u otra forma, así como los nombres de los acusados, los hechos que se les imputaban y la sentencia correspondiente. Casi todos se trataban de robos en las más diversas versiones, y las penas solían ser, en su mayoría, de deportación o muerte. Algún que otro acusado era declarado inocente. Georgina tuvo que reprimir el impulso de leer cada artículo y conocer, así, las historias personales de cada uno de aquellos sujetos.

De pronto, se estremeció, asustada ante un ruido inesperado. Miró a su alrededor, hacia la ventana, y suspiró aliviada. Solo había sido el viento, que había empujado una rama contra la ventana. En el interior de la vivienda no se oía un alma.

Pasó página tras página, siguiendo con el dedo la progresión de nombres que parecían volverse borrosos bajo la luz tenue de la lámpara de aceite. Leía mes tras mes sin encontrar nada. Era como si avanzara por un cuarto oscuro cuyo con- torno no pudiera concretar y cuya salida apenas se entreviera,

pero que ocultaba entre las tinieblas un objeto tan pequeño como importante. Entre tanto, había llegado a octubre de 1801 y aún no había descubierto nada.

Recordó, desesperada, que Jessop le había hablado de un periodo de unos cuatro años, aproximadamente. ¿Podría ser, entonces, enero de 1802? De ser así, habría revisado un año entero y perdido mucho tiempo. Se obligó a mantener la calma y prosiguió, paciente, con su búsqueda página tras página.

Sus esfuerzos se vieron recompensados. En el número correspondiente a la jornada del 2 de diciembre de 1801 encontró, finalmente, la siguiente entrada:

JOSHUA THOMAS HART, juzgado por el robo malintencionado de un valioso pergamino perpetrado en junio de 1801 en el castillo de Holkham Hall, en el condado de Norfolk, que se encuentra en propiedad de la familia Coke.

John Lester, declaración jurada: «Arresté al acusado. El objeto robado no pudo encontrarse entre sus propiedades».

Edwin Carruthers, declaración jurada: «No he sido testigo del robo como tal, pero sí del hecho de que el acusado llevó a cabo una investigación en la biblioteca bajo mi custodia y que ha tenido en las manos dicho manuscrito. Afirmo que, tras su partida, el códice ya no se encontraba completo. Se trata de un manuscrito irremplazable que solo puede tener valor para especialistas muy versados y cuyo valor no me atrevo a estimar en cifras».

Fallo del tribunal: Gracias a los detallados testimonios aquí recogidos, que el acusado no ha podido desmentir, se considera probado el robo.

Sentencia: Siete años de deportación en Australia.

CAPÍTULO XXI

Mediante la geología se puede demostrar que hubo un tiempo en el que no existía ningún organismo vivo: por consiguiente, los organismos vivos debieron aparecer por primera vez en un momento posterior, y ¿dónde puede hallarse ese origen si no es en la voluntad y fiat de un creador inteligente y omnisciente?

WILLIAM BUCKLAND

ANTHONY SHAYLE, EFECTIVAMENTE, HABÍA ENCONTRADO un nuevo lugar de trabajo, pero el hecho de saber la existencia de la intriga de Martinaw en su contra le había robado la serenidad. Una ligera amargura había anidado en él e iba formando paulatinamente una red que amenazaba con estrangular su alma. No lograría descansar hasta averiguar qué tipo de persona era Martinaw y qué motivos le impulsaban a actuar como lo hacía. ¿Habría sido él su única víctima o se habría tomado la justicia por su mano en otras ocasiones, hundiendo la reputación y la vida de aquellos que tuvieran una perspectiva científica distinta a la suya, unos principios divergentes a los suyos?

Desdobló con curiosidad la carta que su mujer le había dejado sobre la mesa. Shayle había decidido establecer contac-

to por correspondencia con John Audley, su antiguo compañero del hospital St Thomas, y preguntarle por lo que pudiera recordar acerca de St. John Martinaw. En caso de que aquel hombre se hubiera sentido incómodo ante la posibilidad de hablar abiertamente acerca del cirujano, siempre podía contestar su carta con una negativa cortés o, simple y llanamente, no contestar. En cualquier caso, darle la oportunidad de decidir al anciano era lo menos que podía hacer para no actuar con grosería. La carta del Sr. Audley, no obstante, era tan larga que Shayle comenzó a albergar esperanzas en cuanto la abrió:

Mi estimado Sr. Shayle:

He de decir que me sorprendió su carta, pues hace algunos meses que ya no trabajo en el St Thomas y, por tanto, ya no frecuento mi antiguo lugar de trabajo. El estado de mis piernas me dificulta la tarea de ejercer mi oficio y ahora apenas salgo de mi barrio. Sin embargo, esta carta no tiene el propósito de informarle a usted sobre mis penurias, sino contestar a sus preguntas que, evidentemente y de acuerdo igualmente con sus propios deseos, trataré con la mayor discreción.

Efectivamente, me acuerdo de usted. Nos vimos con frecuencia en la oficina de administración cuando tenía usted preguntas personales o cuando el Sr. Martinaw lo enviaba por algún encargo. Lamenté enormemente que perdiera usted su puesto de trabajo. Por lo que usted me escribe, le dijeron que ya no se precisaba de sus servicios en el hospital. No sé nada al respecto, si bien puedo decirle que no se ha despedido a ningún otro médico. Naturalmente, ya no poseo acceso a los archivos, pero cuento con buena memoria que, afortunadamente, no se ha visto afectada por el peso de los años.

Por eso recuerdo que los documentos que ordenaban hacerle a usted entrega de sus papeles y suspender el pago mensual

de sus honorarios estaban firmados por el Sr. Martinaw. Tiene el poder de contratar y despedir al personal, por lo que sus actos entraban dentro de su marco de competencias. Los motivos que le llevaron a ello, no obstante, escapan a mi entendimiento.

En lo relativo a que otros hospitales puedan haber recibido advertencias contrarias a contratarlo a usted es algo que no está en manos de la sección administrativa, lo cual no exime el hecho de ser un procedimiento tan inusual como sorprendente. En cualquier caso me alegra oír que ha encontrado usted un nuevo puesto de trabajo, Sr. Shayle.

En relación a su última y, a mi juicio, también más extraña pregunta: quería usted saber si el Sr. Martinaw había ordenado en el pasado el despido de alguna otra persona por motivos de naturaleza personal. Me temo que mis conocimientos sobre el tema no llegan tan lejos.

No obstante, recuerdo una historia que se remonta a unos veinte años atrás, lo que puede servirle para hacerse una idea del tiempo que he estado unido a este hospital.

Un médico londinense fue acusado de hurto. Sin embargo, no se había hecho con ninguno de los habituales objetos de valor en estos casos, sino con algún tipo de documento antiguo. Aparentemente, había dedicado sus ratos de ocio a estudiar un escrito en una biblioteca privada y, si bien desconozco los detalles más específicos del caso, por lo que sé, debió robar el texto en cuestión o una parte del mismo, aunque ignoro con qué propósito. Quizás quería vendérselo a algún coleccionista para saldar alguna deuda.

El Sr. Martinaw conocía bien al médico en cuestión, que no trabajaba en el St Thomas, por cierto, y declaró en su contra. Siempre me sorprendió un poco que fuera capaz de actuar como testigo en el juicio contra un amigo pero, por otra parte, es un hombre con unos principios morales muy elevados y declaró con-

tra la persona que había cometido el hurto, sin importarle quién fuera. Este fue declarado culpable, pero no sé qué más fue de él. Sin embargo, quizás esta historia pueda ofrecerle a usted una idea de hasta qué punto los principios morales del Sr. Martinaw quedan por encima de sus afectos personales y en consecuencia, es tan estricto consigo mismo como con los demás.

Espero que mis recuerdos le hayan sido de ayuda, Sr. Shayle, y le deseo lo mejor para su futuro.

*Atentamente,
John Audley*

Shayle agradeció mentalmente al anciano que se hubiera tomado la molestia y el tiempo necesario para escribir aquella carta. Evidentemente en la historia que John Audley había narrado en su misiva faltaban detalles que permitieran una valoración objetiva de los hechos y, sin embargo, Shayle no pudo evitar experimentar una sensación extraña. No ponía en duda que un hurto era un delito que debía castigarse con dureza: aquello era incuestionable. Se preguntaba, no obstante, por qué el médico habría testificado en contra de su amigo en lugar de tratar de hablar con él y convencerle de acudir a las autoridades y devolver el bien robado a su legítimo propietario.

En ese momento, Emily entró en la habitación y le dirigió una mirada cargada de reproches.

—¿Se puede saber qué te ocurre, Anthony? Te he llamado varias veces, pero tú ni te has inmutado. ¿En qué estabas pensando? Últimamente te sientas aquí tú solo y te quedas ensimismado y en silencio. ¿Es que tienes algún problema en el trabajo?

En sus ojos se reflejaba una cierta preocupación. Él sabía bien lo mucho que ella se había alegrado cuando había obtenido aquel nuevo empleo y debía tranquilizarla, al menos, en lo

relativo a esa cuestión. Le acarició el cabello con ternura y le besó los rizos.

—No, cariño, todo va bien. Vamos a la cocina a comer: allí hace más calor.

No quería hablarle a Emily de sus investigaciones porque sabía que ella le aconsejaría que dejara atrás el pasado y se centrara en el futuro. Por otra parte, debía admitir que había terminado por cogerle gusto a su investigación y decidió proseguir con ella un poco más. Quizás terminara por descubrir algún que otro borrón en el aparentemente immaculado e impoluto historial de St. John Martinaw, cirujano de cabecera del rey.

Aquella había sido la primera vez en su vida que Georgina pasaba una noche sin dormir. Había salido de la biblioteca como por inercia, después de lograr, aún no sabía muy bien cómo, volver a colocar el tomo azul en la librería. Era incapaz de quitárselo de la cabeza: un ladrón condenado, siete años de deportación, una condena vergonzosa. Había oído hablar de los barcos de transporte, de las intolerables condiciones que los presos tenían que soportar, de las colonias que se estaban erigiendo sobre las espaldas de los reos. ¡Y su padre había sido uno de ellos!

Cuando, finalmente, se levantó porque no aguantaba más en la cama, tenía oscuras bolsas bajo los ojos y se sentía enferma de puro cansancio. Con un poco de suerte, su tía y su abuelo no se percatarían de nada, porque de no ser así tendría que responder a unas cuantas preguntas incómodas. Además, aquella tarde St. John Martinaw les había invitado a ella y a su tía a una cena formal en el Rules y no sabía muy bien cómo iba a poder soportarlo.

No había otra solución, tenía que intentar recomponerse hasta cierto punto. Se lavó con agua fría para espabilarse, se

puso un vestido verde que le iba bien con el color de su pelo y se pellizcó las mejillas para darles un toque de color. Después, bajó a desayunar.

Su abuelo estaba parapetado tras el periódico y *lady Anne* leía una revista femenina. Ambos asintieron con la cabeza y le desearon buenos días, pero no se tomaron la molestia ni el tiempo de echarle un vistazo más detallado a Georgina. El desayuno transcurrió, pues, en absoluto silencio, cosa que a ella le pareció bien. Cuando ya esperaba poder escabullirse indemne, su tía dejó a un lado la publicación y la miró, escrutadora.

—¿No te encuentras bien, Georgina?

—Sí, tía. Solo estoy un poco nerviosa por la cena de esta noche.

Su tía sonrió.

—Puedo entenderlo perfectamente. Sin embargo, el Sr. Martinaw es un hombre tan encantador que sin duda será una velada deliciosa.

Georgina tragó saliva.

—Sí, por supuesto.

Por su mente apareció el pensamiento de que cualquier clase de William Buckland le parecía mucho más encantadora que la cena que le esperaba, pero no lo dijo en voz alta.

—En cualquier caso, no me gusta el color que tienes esta mañana. Quizás deberías ir a dar un paseo para que te dé un poco el aire. —*Lady Anne* frunció el ceño—. Qué inoportuno que no tenga tiempo para acompañarte.

—Puedo ir yo sola, tía. Conozco bien el barrio, no habría problema.

Lady Anne negó con la cabeza.

—No, no es adecuado que una joven dama vaya ella sola por la calle. Tendremos que renunciar a ello, será mejor que te quedes un ratito en casa.

Georgina intentó encontrar rápidamente una manera de salvar aquella posibilidad de disfrutar un poco de libertad.

—Tía Anne, ¿y si Carrie me acompañara? Es una muchacha decente y honrada y estoy convencida de que podrían prescindir de ella una hora en casa.

Lady Anne miró a su padre.

—¿Tú qué opinas?

James Fielding se encogió de hombros y apenas apartó un segundo y de mala gana la vista del periódico.

—¿Sobre qué?

—Georgina tiene hoy un aspecto algo cansado. He sugerido que debería salir a dar un paseo para que se recupere para esta noche. ¿Qué te parece que Carrie la acompañe, puesto que yo misma no puedo?

James Fielding asintió y contestó con un mero gesto de la mano que podía significar cualquier cosa.

En ese momento, sonó el timbre.

—¿Es que no voy a poder leer el periódico en paz?

El anciano se levantó malhumorado y salió de la habitación.

Cuando Georgina oyó a quién anunciaba la doncella, el corazón se le detuvo un instante.

Justus von Arnau estaba agitado como un chiquillo cuando se presentó, vestido con su mejor levita y un oscuro abrigo de viaje, frente a la puerta de la casa de Bloomsbury Square. Llevaba tanto tiempo esperando aquel instante que inevitablemente la idea de volver a ver a Georgina le ponía nervioso. Llevaba en el bolsillo interior del abrigo importantes documentos que quería mostrarle a Georgina a toda costa. Había pasado una noche muy tranquila en su habitación ciruela y el recuerdo le hacía sonreír, divertido. Se alegraba ante la pers-

pectiva de poder hablarle a Georgina de su peculiar alojamiento, si bien aquella era una cuestión secundaria. Era mucho más importante comprobar cómo le recibiría ella tras la separación, cómo le miraría, si experimentaría la misma calidez que en su último encuentro. Por fin había comprendido que, a pesar de los obstáculos, no podía vivir sin ella.

Una doncella abrió la puerta.

—¿A quién debo presentar, señor?

Carraspeó.

—Me llamo Justus von Arnau. Quisiera saludar a la Srta. Georgina Fielding —dijo, y le tendió su tarjeta de visita.

La doncella asintió, le permitió pasar, colocó la tarjeta de visita sobre una bandeja de plata y le pidió que esperara un momento. Justus se sentó en el vestíbulo. Era espacioso, decorado con pinturas y muebles selectos, con la escalinata formando un arco frente a él y, a pesar de todo, toda la estancia daba una sensación de oscuridad. No pudo evitar pensar en lo asfixiante que debía haber sido allí la infancia de Georgina. Aún estaba sumido en sus pensamientos cuando la doncella volvió y le invitó a entrar en el salón. Le guio escaleras arriba hasta el primer piso donde, gracias a un amplio ventanal que daba a la calle, había algo más de luz.

La sirvienta abrió la puerta y le presentó.

Las esperanzas de Justus no se vieron decepcionadas. Aunque en un primer momento Georgina no pudo articular palabra, sus ojos resplandecían. Antes de que él mismo pudiera decir algo, una dama de unos cuarenta años, con un rictus severo y labios prietos, salió a su encuentro. Su mirada delataba que ya había oído hablar de él y no era particularmente bienvenido.

Él se inclinó con formalidad.

—Permítame que me presente: Justus von Arnau —dijo, y devolvió el apretón de manos que se le ofrecía.

—*Lady Anne Fellowes* —se presentó la dama—. Es un placer conocerlo. Ya conoce usted a mi sobrina, por lo que tengo entendido.

Le hizo una señal a Georgina para que se levantara y saludara con una inclinación de cabeza.

—Es muy amable por su parte venir a visitar a la Srta. Fielding, pero por desgracia no ha sido el día más adecuado para ello. Georgina no se encuentra muy bien y esta noche estamos invitados a una cena importante.

Georgina dio un paso lateral, como si quisiera librarse de la esfera de influencia de su tía, y miró a Justus suplicante.

—Tía Anne, te ruego que no permitas que el Sr. Von Arnau se marche tan rápido. Es un conocido de la tía Aga con quien mantengo una grata amistad —dijo, y la miró implorante para hacerla entender que él no había hecho nada para tener semejante recibimiento.

Le latía el corazón con fuerza, pero deseaba que su tía no se diera cuenta. Llevaba demasiado tiempo esperando aquel momento. Ahora que por fin había llegado, ella no estaba sola. Evidentemente no se había hecho ilusiones sobre otro posible escenario, puesto que su tía prácticamente vivía en aquella casa cada vez que Georgina estaba en la ciudad, pero la sensación de que los observaran durante su primer reencuentro y no poder dar rienda suelta a sus sentimientos suponía una grave decepción.

—Siéntese, por favor, Sr. Von Arnau —dijo *lady Anne*, quien por fortuna se había dado cuenta de que no era correcto mostrarse tan descortés.

Al fin y al cabo, ¿qué garantías tenía de que aquel joven extranjero no se dedicaría a publicar sus experiencias con los londinenses de alta sociedad?

—¿Puedo ofrecerle una taza de té?

—Me encantaría, *lady* Anne.

Después de que su anfitriona llamara a la doncella, Justus tomó asiento y recorrió con serenidad el salón con la mirada.

Georgina no pudo sino admirar su presencia de ánimo y el corazón le palpitó aún más rápido cuando él le dio las gracias a su tía con una sonrisa embriagadora.

—¿Tiene usted pensado permanecer mucho tiempo en la ciudad? —preguntó *lady* Anne con gentileza.

—Como quizá ya sepa, soy escritor de viajes. La duración de mis estancias depende de lo interesante de las experiencias que viva en cada lugar y que pueda, posteriormente, contarle a mis lectores —respondió Justus.

Lady Anne sonrió con malicia.

—Sí, Georgina ya nos ha hablado de sus actividades. Qué inusual.

El tono con el que pronunció la palabra *actividades* bien hubiera podido valer para referirse a acciones criminales.

Justus, no obstante, permaneció impertérrito.

—Ignoro qué puede tener de inusual escribir sobre tierras extrañas y sus moradores. Es algo que ya han hecho otros antes que yo.

En aquel momento llegó Carrie con la bandeja del té. Cuando la hubo colocado sobre la mesa, Georgina la empujó por descuido y una cucharilla cayó al suelo. La doncella se agachó para recogerla y Justus creyó oír algunas palabras dichas en voz baja, pero *lady* Anne aparentemente no se percató de nada.

Cuando la sirvienta se hubo ido, Georgina retomó el hilo de la conversación.

—¿Me permite que le pregunte por dónde ha viajado usted después de abandonar Oxford?

—Por supuesto, Srta. Fielding. Me dirigí al condado de Norfolk, cuya soledad y cercanía al mar me resultaron muy im-

presionantes. Visité, además, un magnífico castillo que contaba con una biblioteca maravillosa —dijo, y arqueó las cejas de una manera casi imperceptible.

Georgina contestó con una sonrisa. Era como si mantuvieran una conversación privada entre ellos, mientras que para su tía se trataba únicamente de una charla cortés.

—¿Cómo se llama ese castillo, Sr. Von Arnau? He estado en una ocasión en Norfolk y conozco alguna de sus casas señoriales.

—Holkham Hall —respondió Justus—. Se encuentra cerca de la pequeña localidad de Wells-next-the-Sea.

—Pero ¡qué coincidencia! —exclamó *lady Anne*—. Fíjese usted que mi marido es un miembro electo del Parlamento y conoce bien al propietario de esa mansión, el Sr. Coke. Incluso nos invitaron una vez a visitarla. Es, ciertamente, un edificio magnífico.

Justus no se dejó confundir.

—Me alegra enormemente que sepa usted, entonces, de lo que estoy hablando, *lady Anne*. ¿Tuvo usted el privilegio de visitar la biblioteca? ¿No? Es una lástima. Conservan allí algunos manuscritos muy valiosos que disfruté enormemente examinando. Pasé allí varias horas y mantuve interesantísimas conversaciones con el bibliotecario.

Georgina tuvo que dominarse para no mostrar su excitación. Evidentemente ella no podía hablarle con la misma discreción de sus propias averiguaciones. ¿O quizás sí?

Fue como si le hubiera leído el pensamiento.

—Espero que esté usted disfrutando de una grata estancia en Londres, Srta. Fielding. Tuve la impresión de que se sentía muy feliz en casa de su tía abuela, por lo que pensé que quizás sería usted del tipo de persona que se encuentra más a gusto en el campo que en la gran ciudad.

Georgina sonrió.

—Me gustan ambos: el campo y la ciudad. Es muy grato poder combinar esos dos mundos, te despierta el espíritu y el alma. Además, aparte de mis obligaciones sociales, no he estado del todo inactiva. He leído mucho acerca de geología y otras cuestiones. Nuestro conocido común, el Sr. Buckland, dará próximamente una conferencia y me ha invitado a asistir. ¿Quizás le sería posible acudir conmigo? Naturalmente, siempre y cuando te parezca correcto —dijo, rápidamente, dirigiendo una mirada lateral a su tía, como si acabara de recordar que no se encontraban los dos solos.

Lady Anne le respondió con una sonrisa agria.

—Ya hablaremos de eso, querida. Ahora, es importante que te prepares para la velada de esta noche. No te olvides de tu paseo —dijo, y llamó con el timbre a la doncella mientras miraba a Justus—. Como ya le he comentado, mi sobrina se encuentra algo cansada y necesita paz y aire fresco. Si es tan amable de disculparnos...

Cuando Carrie apareció por la puerta, le dijo:

—¿Te importaría acompañar al Sr. Von Arnau hasta la puerta? Ha sido un placer.

No podía permanecer más allí sin desobedecer el protocolo social relativo a las visitas matutinas. Así pues, se levantó, se despidió de las damas y siguió a la doncella escaleras abajo. Encontraría la manera de volver a ver a Georgina.

Sin embargo, no tuvo que pensar mucho en ello. Cuando iba ya a cruzar el umbral camino a la calle, sintió un roce en la mano derecha y oyó un suave crujido. Miró y descubrió una nota. Iba a volverse para preguntar, pero Carrie ya había cerrado la puerta.

Eran un par de palabras, anotadas con prisa:

La siguiente esquina a la derecha. Espere.

Georgina se puso otro vestido, se arregló el pelo, se echó un abrigo por encima y bajó al recibidor, donde Carrie la esperaba ya como *lady* Anne había ordenado. Esta se encontraba a su lado y dirigió a su sobrina una escrutadora mirada severa.

—Tienes un aspecto algo más saludable, Georgina, pero sin duda un paseo no te irá mal. No permanezcas mucho tiempo en la calle: debes descansar algo y, además, todavía tienen que peinarte.

Georgina alternó nerviosa un pie con otro y miró a Carrie, quien asintió de manera apenas visible. Había entregado el mensaje.

Cuando *lady* Anne terminó finalmente su discurso, Georgina respiró hondo y cruzó la puerta. Era un día frío, pero seco, y un ligero viento arrastraba las hojas marchitas. Había pocos paseantes por la calle. Una niñera de mejillas coloradas empujaba un carrito y murmuraba una cantinela popular. Las dos mujeres caminaron un rato juntas antes de que la joven se atreviera a decirle en voz baja:

—Carrie, tengo que pedirte un favor.

La doncella asintió, solícita.

—¿Qué debo hacer, señorita?

Georgina le puso una moneda en la mano.

—Beber té y comer pastel.

Carrie la miró, sorprendida.

—No lo entiendo, señorita...

—El caballero al que le diste la nota espera en la siguiente esquina. Es imperativo que conversemos sin que se nos moleste.

Esperaba poder confiar en Carrie.

—Bien. ¿Dónde debo esperarla, señorita? Sería más seguro si volviéramos las dos juntas.

—Así es —repuso Georgina, y pensó unos instantes—. Digamos que a las doce aquí en la esquina. Ten cuidado de que no te vea nadie de la casa.

Dirigió una mirada penetrante a la muchacha, a la que Carrie contestó con un asentimiento que cerró el trato antes de desaparecer apresurando el paso.

Georgina se acercó a la esquina con el corazón latiéndole desbocado. Volvió la vista una vez más y estuvo a punto de chocar con Justus von Arnau.

—No tan de prisa —dijo él, y se llevó a los labios las manos de ella—. Cuánto he esperado este momento —añadió con cierto temblor en la voz.

Ella le agarró las manos y se las apretó como si su vida dependiera de ello.

—Y yo —susurró—. Y yo.

—¿Dónde podemos hablar sin que nos molesten? —preguntó él con un tono imperativo.

Ella reflexionó un instante. No era tan sencillo. Sin embargo, pronto dio con una idea.

—Cerca de aquí hay una iglesia, St George. A esta hora del día suele estar bastante tranquila. Si viene alguien, siempre podemos hacer como que estamos rezando.

Cuando llegaron a la iglesia, Justus miró a su alrededor, asombrado. Al contrario que muchas catedrales oscuras, cuyas ventanas apenas ofrecían alguna luz, aquel era un edificio claro y bien ventilado, con paredes de un suave tono crema que resplandecían a pesar del inmisericorde tiempo en el exterior.

Se dirigieron a uno de los bancos que se encontraban algo apartados y se sentaron. Como habían esperado, no había nadie en la zona y era casi seguro que *lady Anne* no entraría allí a esas horas.

Justus agachó la cabeza.

—Este no era exactamente el lugar que yo hubiera deseado para nuestro reencuentro, pero siempre será mejor que... —dijo él, y dirigió una mirada interrogativa a su interlocutora, para comprobar que esta sonreía.

—Que el salón, con mi tía —completó su frase Georgina—. Tiene usted toda la razón, Sr. Von Arnau.

Ella posó una mano sobre su brazo con ligereza, como una pluma, pero su mero contacto les hizo felices a ambos.

—En cualquier caso, no fue un mal momento, pues mi tía suele realizar visitas por las mañanas. Solo hoy ha cambiado su rutina, debido a la cena de esta noche. Ay, no sabe usted...

Rápidamente le narró los pormenores del inminente homenaje a St. John Martinaw y la invitación para tomar parte en esa velada.

—No puedo rechazar la cena de hoy porque mi tía sospecharía. —Tragó saliva—. Deseaba tanto su llegada...

Existía una ley no escrita que establecía una prohibición tajante a que una dama joven cometiera la insensatez de confesar su impaciencia, pero eso ya no le importaba.

—No me queda mucho tiempo. Si aparezco en la corte con el Sr. Martinaw, a los ojos de la opinión pública será como si estuviéramos prometidos.

Justus posó con cuidado un dedo sobre los labios de ella.

—Encontraremos la manera de evitarlo. ¿Cuándo se celebrará esa investidura?

—En solo tres semanas —respondió Georgina, desesperada.

—Entonces, aún tenemos tiempo —replicó él, con seguridad—. Escúcheme bien, Srta. Fielding. He descubierto cosas importantes. —Y extrajo una hoja doblada del bolsillo de su abrigo y se la tendió—. Debe usted leer esto cuando se encuen-

tre sola y sin que nadie la moleste. Después, volveremos a encontrarnos y hablaremos de ello en profundidad.

Ella pudo percibir la agitación en su voz. Sintió una oleada de calor recorriendo su cuerpo, como si pudiera leer sus pensamientos. Justus se aproximó a ella, la tomó de la mano y le acarició el guante. Finalmente, le besó la palma. Georgina tragó saliva y él la miró, consternado.

—Discúlpeme, no quise...

—No —se apresuró a responder ella—. Es solo... Llevaba tanto tiempo deseándolo...

—Georgina.

Era la primera vez que decía su nombre, aunque fuera en un susurro.

—Justus —dijo ella, y su nombre nunca había sonado tan hermoso—. Yo también tengo cosas importantes que contarle. Sobre Joshua Hart. Hay novedades.

Había reflexionado largo tiempo sobre si debía confiarle o no aquella historia, si sería capaz de superar la vergüenza que le suponía. Recordó entonces cómo había reaccionado él a la confesión sobre su concepción fuera del matrimonio y reunió el valor suficiente. Justus no la decepcionó.

—Pero ¿cómo podía estar en 1805 en Londres si le condenaron a siete años de deportación? ¿Recibió algún indulto prematuro? —preguntó sin asomo de conmoción, solo vivo interés.

—No lo sé —susurró ella, con furia—. Tampoco he podido descubrir qué fue de él desde entonces. Sus huellas se pierden después de dejar los cofres en la casa parroquial. Evidentemente, pudo haber marchado al extranjero y haber empezado allí una nueva vida con un nombre diferente... —Se encogió de hombros, impotente—. No tengo idea.

Justus miró a su alrededor y después posó el brazo sobre los hombros de ella. Georgina se recostó junto a él. Una oleada

cálida la recorrió y tuvo que enjugarse los ojos. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan a salvo como en aquel momento, en aquella iglesia silenciosa, una isla en medio de la fría y ruidosa capital.

Escucharon, entonces, pasos que se aproximaban y se separaron de golpe, para agachar la cabeza como sumidos en la oración. Un religioso vestido con una sotana negra salió de la sacristía y les dedicó un asentimiento a modo de saludo antes de dirigirse a una de las capillas laterales.

—Tenemos que irnos —dijo Georgina.

—Escuche —dijo él, obligándola con ternura a levantar la cabeza empujándole la barbilla con un dedo—. Vaya a esa cena esta noche, como había planeado. Diviértase. Y, después, lea la traducción que le he dado. Esa será la recompensa a sus esfuerzos.

—Lo haré, Justus. Sería maravilloso si pudiera usted venir pasado mañana al coloquio del Sr. Buckland.

Justus asintió.

—Con mucho gusto. Siempre y cuando obtenga usted el permiso para ir —dijo, con lo que revelaba que había comprendido el talante de *lady Anne* a la primera—. Quizás pueda entonces hablarle usted a Buckland de eso —añadió, señalando la hoja que le había dado—. Entra dentro de su campo de especialidad.

Todavía les quedaban demasiadas cosas que contarse, pero Georgina no quería poner a prueba su buena fortuna, por lo que se metió el papel en el abrigo y abandonó la iglesia acompañada de Justus. En ese momento, dieron las doce. Le miró, preocupada.

—Debemos separarnos, Carrie me espera a las doce en la esquina.

—La acompañaré. Piense en lo que hemos acordado.

Con pasos acelerados llegaron al punto de encuentro, donde Carrie les esperaba ya. Justus se despidió con una cortés reverencia.

—Ha sido un placer, Srta. Fielding. Hasta nuestro próximo encuentro.

Se inclinó nuevamente.

—Casi lo olvido: en el papel está también apuntada mi dirección en Londres. Por favor, envíeme los detalles sobre la conferencia.

Y dicho esto, desapareció.

Georgina se había retirado a su cuarto tras la comida con la excusa de ir a descansar un poco, pero no aprovechó ese tiempo para reposar, sino para disfrutar de su encuentro con Justus von Arnau como si se tratara de un sabor exquisito que permanece largo tiempo en la boca aunque la golosina haga tiempo que se haya desvanecido. Tenía los ojos cerrados y la mano que él había besado, colocada junto a la mejilla. Era como si su aliento permaneciera junto a ella y le permitiera sentir su cercanía, como si todavía estuviera allí, a su lado. ¿Cómo iba a poder ocultar sus sentimientos esa noche, cuando St. John Martinaw le dedicara sus atenciones con esa manera tan tranquila y gentil de actuar que tenía? Era un hombre inteligente y afable con las mejores intenciones, pero la simpatía que había experimentado hacia él en su primer encuentro no podía compararse con los sentimientos que Justus von Arnau despertaba en ella.

Entonces, se incorporó de un salto. ¡El documento! ¿Cómo había podido olvidarlo? Tuvo que reírse de sí misma. ¿Tan malo era mostrarse un poco indulgente consigo misma y, por una sola vez, dar rienda suelta a sus emociones en lugar de pensar únicamente en cuestiones tan serias como su historia

familiar? Sin embargo, ya era el momento de regresar a la realidad y centrarse en lo verdaderamente importante, pues Justus von Arnau, al fin y al cabo, también formaba ya parte de esa realidad y no solo de aquel mundo de ternura en el que parecía perderse cada vez que pensaba en él.

Por desgracia, el papel continuaba en el bolsillo de su abrigo. Abrió con cuidado la puerta de su cuarto, miró en ambas direcciones y descendió con cuidado por las escaleras. No le quedaba sino esperar no encontrarse con su tía. El abrigo estaba en la habitación lateral del vestíbulo. Una vez localizado, rebuscó en los bolsillos hasta dar con el papel. Lo apretó con fuerza contra su pecho y subió rápidamente por las escaleras, tras lo que estuvo a punto de chocar con su abuelo.

—¿A dónde vas con tanta prisa, querida? ¿Te encuentras mejor? Será mejor que te echas un rato: estás muy pálida.

Georgina, por el contrario, tenía la sensación de que el rostro le ardía, pero logró llevarse discretamente a la espalda la mano con el papel y formular un rápido: «Eso iba a hacer».

De nuevo en su cuarto, respiró hondo. No podría seguir soportando tanto secretismo mucho tiempo más. Ocultarle tantas cosas a su familia le resultaba agobiante y, sin embargo, por el momento no veía ningún otro camino. Más tarde o más temprano todo terminaría por llegar a su fin, si bien cuál sería ese fin era algo que ella aún desconocía.

Lo importante ahora era concentrarse en la lectura de aquel texto en el que Justus había puesto tantos esfuerzos. Georgina se sentó en el escritorio, colocó la hoja frente a ella y la desdobló. Encima estaba el documento que había encontrado en el cofre de Joshua Hart. Estaba en perfecto estado, sin un solo rasguño, aunque no habría esperado menos de Justus.

Lo dejó a un lado y observó con curiosidad la otra hoja, que parecía una especie de resumen. En ella, Justus explicaba

la historia del documento, cómo se había convertido en posesión de la familia Coke y guardado en su biblioteca. Georgina leyó todo el relato con atención, pero esperó con impaciencia su conclusión para llegar a la parte que realmente le interesaba:

Cualquier lecho marino contiene moluscos. Y los moluscos quedan petrificados junto con la tierra. Su resistencia y la forma dispersa en la que se les ha hallado podría llevar a pensar que estas criaturas fueron arrastradas lejos del mar por el diluvio universal.

Una secta de ignorantes afirma que la naturaleza o el cielo los colocó allí por influencia divina, como si no se hallaran también, en esos mismos lugares, huesos de peces que precisan de largos años para crecer y formarse; como si no pudiéramos leer en sus conchas y caracolas los años y meses que duró su vida, igual que hacemos con los cuernos de las bestias y las ramas de las plantas que nunca se han podado.

Georgina sintió que el corazón le latía con fuerza, hasta el punto de agitarla como nunca antes lo había hecho la palabra escrita. ¡Leonardo da Vinci estaba poniendo en duda en aquel documento algunos de los dogmas esenciales de la fe cristiana! Dudaba de la existencia del diluvio, de que este hubiera podido arrastrar diversas especies hasta las cumbres de las montañas, e incluso que la posibilidad de que todas las bestias de la tierra se hubieran creado con su forma definitiva y no necesitaran años de evolución. Aquellas no eran las ideas de un artista, ¡eran las ideas de un erudito! No podía permanecer más tiempo sentada en la silla: agarró la hoja y continuó leyendo la traducción mientras caminaba en círculos por su cuarto.

Aunque se asevere con obstinación que el diluvio arrastró tales conchas a cientos de millas de distancia del mar, tal suceso no pudo ser posible, pues el diluvio se originó a causa de la lluvia. Sin embargo, la propia naturaleza de la lluvia obliga a los ríos a precipitarse hacia el mar llevando con ellos todo aquello que arrastran consigo, y no a transportar cadáveres procedentes de las orillas del mar hasta las montañas.

Georgina estaba perpleja. ¿Realmente podían aquellos pensamientos tener trescientos años de antigüedad? ¿Por qué permanecían inéditos para la comunidad científica? ¿Conocía William Buckland, el mismo hombre que intentaba con tanto ahínco compatibilizar lo escrito en la Biblia con sus propias experiencias científicas, aquellas revolucionarias ideas? Probablemente no, pues de ser así, las habría tenido en cuenta en sus reflexiones. Por otra parte...

Se mordió los labios. ¿Hasta qué punto traicionaban aquellos pensamientos la fe de Buckland? Al fin y al cabo, era un sacerdote de la Iglesia anglicana. Evidentemente ya no se quemaba a nadie en la hoguera por expresar ideas que pudieran catalogarse como heréticas, ni se encerraba en sus casas a aquellos que no compartieran la misma visión del mundo que la Iglesia. Sin embargo, ¿no se había atacado duramente a James Hutton porque, apenas hacía unas décadas, había puesto en duda la auténtica duración de los seis días de la creación? No era sencillo exponer una opinión cuando esta atentaba contra la creencia de la mayoría, pero podía volverse aún más complicado para un hombre de la Iglesia.

Le estaba infinitamente agradecida a Justus por haber hecho todo aquello por ella y haber realizado el esfuerzo de descifrar aquel texto. ¿Qué ideas fascinantes custodiarían las restantes sesenta y ocho páginas? Lamentó profundamente no

haber podido contemplar el manuscrito con sus propios ojos: era algo que debía solucionar a toda costa.

Georgina estaba tan maravillada por el texto que no recordó hasta ese momento cómo había llegado a parar a sus manos. ¿Habría quedado su padre igual de sorprendido, igual de maravillado? ¿Se habría convertido en un ladrón por eso? ¿Dominaría la lengua italiana o simplemente se habría figurado el tesoro que suponía aquel manuscrito? ¿Conocía a alguien que podría traducírselo? Una vez más, había muchas preguntas sin ninguna respuesta.

Decidió hablarle de todo aquello a William Buckland en cuanto tuviera oportunidad. Hacía dos días había recibido una carta suya en la que le explicaba la fecha y hora concreta de su ponencia y la invitaba cordialmente a acudir. Quizás allí tendría la oportunidad de hablarle del extraordinario manuscrito. Incluso en ese momento ya estaba fuera de sí de la emoción. ¿Realmente podría tener en sus manos algo significativo y relevante de lo que los principales geólogos británicos no supieran nada?

Siguió pensando. Quedaba descartada la posibilidad de que Justus la acompañara de manera oficial. Sin embargo, William Buckland era un religioso. Quizás el hecho de que la invitara personalmente, así como el que gozara de una reputación intachable, llevaran a *lady* Anne a dar su consentimiento. Siguió leyendo, fascinada.

La Old Bell Tavern, con su campana dorada en el cartel sobre la puerta, era una de las tabernas más antiguas de Fleet Street y, durante las horas del almuerzo, se llenaba de los numerosos periodistas procedentes de las oficinas de los diarios circundantes para tomar algo rápido, acompañado de una pinta. Shayle miró a su alrededor y se dirigió hacia la barra que,

según su experiencia, era el mejor sitio para iniciar una conversación.

La taberna respiraba historia. El célebre *sir* Christopher Wren la había hecho erigir para los trabajadores que debían levantar la iglesia de St Bride's de acuerdo con sus planos, después de que el gran incendio de Londres la hubiera reducido a cenizas hacía ya ciento cincuenta años. «¡Qué hombre más notable!», pensó Shayle, «capaz de pensar no solo en su propio proyecto de construcción, sino también en el bienestar físico de sus trabajadores. Al fin y al cabo, quien acude al trabajo hambriento y sediento, lo hace de mal humor».

Con ese pensamiento en mente, pidió media pinta. No era juicioso pedir más cantidad, pues quería mantener la cabeza clara para proseguir con sus investigaciones. Tomó un trago, se limpió la boca con la manga y posó la jarra sobre la barra. Se volvió entonces hacia el hombre junto a él, quien estaba dando buena cuenta de un impresionante pastel de carne.

—¿Me lo recomienda?

El hombre asintió sin dejar de masticar y bajó el bocado con un buen trago de cerveza.

—Es el mejor de la zona, señor.

Shayle pidió lo mismo y preguntó como por casualidad:

—¿Suele venir por aquí?

—Sí, trabajo en el *Times*. No sería capaz de aguantar todo un día de trabajo sin mi pastel del mediodía.

—¿Escribe para un periódico? —quiso saber Shayle, que no podía creer en su propia suerte: su primer intento y ya tenía éxito.

—Sí. Sobre carreras de caballos y ópera —respondió el hombre.

—Qué combinación más peculiar.

—No tanto. Las damas de alto copete se emperifollan lo mismo para un gran derbi que para el Covent Garden —señaló, burlón, el periodista—. Nunca lo había visto por aquí. ¿También escribe?

Shayle negó con la cabeza.

—No, soy médico, pero eso no viene al caso. ¿Hace mucho que trabaja para el periódico?

—Para ser alguien que no escribe para un periódico, es usted un hombre muy curioso, amigo mío —señaló el hombre, y pidió una nueva pinta.

—Discúlpeme.

Lo que siguió a continuación fueron una fuerte palmada entre los omóplatos y la ruidosa carcajada del extraño.

—No tan de prisa, amigo. Cuando se junte con periodistas va a tener que soportar ese tipo de bromas. James Tickley —dijo, y tendió la mano a Shayle.

Este sonrió, aliviado.

—Anthony Shayle.

—Un placer. ¿Qué es lo que tiene usted tanto interés en averiguar, amigo?

Shayle decidió evitar un largo prólogo e ir directamente al grano. No tenía la impresión de que Tickley fuera el tipo de persona con el que hubiera que andarse con muchos miramientos.

—Me interesa un caso criminal que se remonta a varios años atrás. Unos veinte años, para ser más exactos.

Tickley se rascó la cabeza.

—Tengo buena memoria, amigo. ¿De qué se trata? ¿Asesinato? ¿Asalto? ¿Secuestro?

—De un hurto.

Aquella respuesta pareció decepcionar a Tickley.

—¿Un hurto? Qué banal. ¿Y por qué iba yo a acordarme de algo semejante?

—Bueno, el objeto robado era algo poco usual: un antiguo manuscrito extraído de una biblioteca privada.

El periodista se mostró tan escéptico como antes.

—¿Y eso es valioso?

Shayle se encogió de hombros.

—Imagino que su valor es sobre todo de naturaleza intelectual. Desconozco si el documento volvió a encontrarse o si se vendió.

—Lo mismo de siempre: el robo de algún papelazo. No es una historia como para llenar páginas, Sr. Shayle —señaló Tickle, sin mucho interés—. ¿No tiene nada mejor que ofrecer?

Shayle decidió echar toda la carne en el asador.

—St. John Martinaw podría ser un buen acicate para usted, ¿me equivoco?

Tickle estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

—¿San Martinaw? ¿Fue él quien afanó el papel?

Shayle negó con la cabeza.

—No, un amigo suyo. Al parecer el Sr. Martinaw declaró en su contra.

En aquel momento, un hombrecillo vigoroso con el pelo rojo se aproximó a ellos y propinó a Tickle un golpe amistoso en las costillas.

—¿Es el nombre de Martinaw el que acabo de oír, Jamie?

—Sr. Shayle, este es Hal Willoughby, un colega mío. Hal, permíteme que te presente al Sr. Shayle, quien se interesa mucho por el divino médico de cámara.

Shayle se sintió de repente dentro de una comedia en la que los actores se fueran dando la entrada los unos a los otros y miró alternativamente a sus interlocutores.

—¿Debo suponer que tienen ustedes alguna reserva en torno al Sr. Martinaw, mis estimados señores?

Los aludidos rompieron a reír.

—¿Reservas? En absoluto. Es, sin duda, un médico excepcional, pero quizás excesivamente piadoso...

—... y tan reaccionario que da miedo.

Fue Shayle entonces quien empezó a sentir curiosidad y dirigió nuevamente sus preguntas al Sr. Willoughby. Este asintió de inmediato.

—Por supuesto. Hace mucho tiempo de aquello, pero en lo que a Martinaw se refiere, mi memoria es mejor que la de un elefante.

Shayle le hizo una señal al tabernero para que sirviera tres pintas. La boca de un informante tiende a researse con facilidad.

—Es una historia jugosa, Sr. Shayle —dijo Willoughby, satisfecho, pues parecía disfrutar limpiándole las telarañas a las anécdotas del pasado—. Mi venerado colega Ticklely no está muy versado en el tema pues, de ser así, le habría dicho que no solo testificó contra Hart sino que fue quien le acusó de robo.

—¿Quién es ese Hart? ¿El que robó el manuscrito?

—Ese mismo. También era médico. Se dedicaba también a la investigación de las ciencias naturales y por eso se llevó el papelucho en cuestión. Y el bueno de St. John Martinaw, respetuoso con la ley como él solo, lo delató.

Shayle alzó la mano porque se veía incapaz de seguir el desarrollo de los hechos que Willoughby le ofrecía.

—Disculpe un momento, por favor. No quisiera perderme: le ruego que empiece de nuevo.

El posadero colocó los vasos sobre el mostrador y Willoughby bebió un trago antes de iniciar la narración.

CAPÍTULO XXII

Las aguas subían de nivel y crecían desmesuradamente sobre la tierra, hasta que en todas partes quedaron sumergidas incluso las más elevadas entre las montañas.

GÉNESIS 7: 19

ST. JOHN MARTINAW SE COLOCÓ LA CORBATA, COMPROBÓ que el elegante alfiler con una perla gris que le servía como único adorno estaba adecuadamente fijo y se alisó el pelo con las manos. Aunque no era un hombre que se dejara llevar por impulsos apasionados, se permitió en aquella ocasión demorar la vista en el espejo hasta asegurarse de estar completamente satisfecho consigo mismo. Según sus expectativas, su carrera profesional estaba a punto de llegar a su cima, si bien este triunfo le llegaba no de manera precisamente inesperada. Hasta el momento se había permitido la pequeña fantasía de encontrarse arrodillado sobre un cojín de terciopelo frente al rey, recibiendo su ordenación como caballero, y vueltos hacia él los ojos de todos aquellos que, no hacía tanto, le habían tratado de manera desdeñosa o, incluso, habían arrugado la nariz ante él por ser cirujano.

La Srta. Georgina Fielding también entraba dentro de esa ensoñación, pues una mujer era precisamente lo que com-

pletaba la perfecta imagen de su vida ideal. Estaba absolutamente encantado con su elección. Desde el momento en que la había conocido, estaba convencido de que ella, y solo ella, podía ser su compañera. Era racional e inteligente, sin dejar de tener una cierta aura de inocencia infantil. Quería compartir sus éxitos con ella y ascender a su lado la vertiginosa montaña que tenía frente a él. Para que todos sus sueños más osados pudieran cumplirse, era preciso que ella estuviera a su lado. Si bien era cierto que la muchacha se había mantenido algo distante hasta la fecha, él lo achacaba a una timidez lógica a tenor de su juventud. El roce hace el cariño: he ahí un sabio proverbio tan antiguo como frecuentemente menospreciado.

En un principio había decidido no presionar a la Srta. Fielding y darle tiempo suficiente, contando con su indecisión juvenil. Había dejado transcurrir todo el verano sintiéndose satisfecho con las escasas cartas que había recibido pero deseando a toda costa un acercamiento mayor que le permitiera, finalmente, una situación adecuada para presentarle su proposición de matrimonio.

A todas luces, aquella velada en el Rules, seguida a continuación de su investidura, garantizarían el éxito de su declaración. Cuando se presentara en público con él, al día siguiente lo sabría todo Londres. Lo que se contara en la ciudad sería poco menos que hechos consumados difíciles de contradecir. «No», se dijo a sí mismo, sereno y sin asomo de triunfalismos, «tras la recepción en la corte, ya no habrá marcha atrás para la Srta. Georgina Fielding».

Justus von Arnau deambulaba por Maiden Lane, observó el escaparate de la librería Ballard y decidió entrar en el establecimiento que le habían recomendado, pues el tiempo era,

simple y llanamente, demasiado inmisericorde como para andar vagando por las calles.

Era un restaurante bastante nuevo para los estándares londinenses: se había fundado a finales del siglo anterior y había adquirido rápidamente una reputación excelente. Quien visitaba aquel país e informaba a los locales de su deseo de probar los mejores exponentes de la cocina inglesa, recibía la inmediata recomendación, si no directamente una invitación, a visitar aquel establecimiento. Así pues, Justus von Arnau se dirigió allí aquella tarde, siguiendo el encendido consejo de la Sra. Williamson. Aunque era un hombre sociable, de vez en cuando disfrutaba pasando una tarde solo y poder, así, concentrarse en la escritura, en lugar de enredarse en conversaciones sobre temas que solo Dios sabía en qué podían acabar.

Se sentó en una pequeña mesa con un mantel impecablemente blanco, cubertería de plata pulida y servilletas impolutas en la que no tardó en atenderle un camarero, quien le ofreció un excelente oporto blanco. Después de estudiarse a conciencia la carta, se decidió por una docena de ostras, el pastel de caza del día con guarnición de verduras y puré de patatas y, como única concesión a su paladar continental, la *crème brûlée* con *macarons* de chocolate. Ya solo le restaba esperar con total tranquilidad la llegada de las *delicatessen*.

Tomó un sorbo de oporto mientras observaba los trofeos de caza y los óleos de damas y caballeros de expresión formal y pensaba en el encuentro de aquella mañana, que le había mantenido durante todo el día como envuelto en un chal de calidez que lo protegía del frío. Era cierto que se había imaginado el reencuentro con Georgina de otra manera, más romántico y sin presencias molestas, pero la conversación clandestina en la iglesia le había compensado el frío recibimiento de su tía en el salón. Su relación, no obstante, parecía estar marcada por aque-

lla clase de reuniones tan poco convencionales. Justus se alegró de encontrarse finalmente en Londres, aunque no supiera muy bien cómo abordar a la familia de Georgina. Por lo que parecía, St. John Martinaw contaba con la máxima aprobación por parte de los Fielding, algo nada sorprendente a tenor de su inminente investidura como caballero y sus éxitos profesionales. ¿Cómo iba a poder competir contra eso?

En cualquier caso, no pensaba darse por vencido sin haber tenido siquiera la oportunidad de luchar. Si la opinión de Georgina servía de algo, él era su indiscutible favorito, de eso estaba aún más convencido tras haberla visto aquel día. Sin embargo, ¿qué influencia iba a poder tener una muchacha huérfana cuyos familiares habían hecho sus propios planes para con ella? Era una paradoja que su familia tuviera que mantenerse al margen de aquello que, precisamente, les había unido a los dos: la escapada vestida de hombre, la búsqueda de Joshua Hart, sus secretos... Era el precio que tenían que pagar por su peculiar vínculo.

Echó limón a las ostras que le habían servido entre tanto y comenzó a comérselas. De inmediato tuvo la impresión de estar saboreando el viento y el mar.

Justus disfrutó el marisco, se recostó en la silla y probó un sorbo de vino. Solo tres semanas, tres semanas era todo lo que le quedaba para ganarse a Georgina. Si ella aparecía junto a Martinaw en la corte, lo único que podría evitar su compromiso sería un milagro o un escándalo.

Mientras reflexionaba sobre aquel dilema, recordó la ponencia de William Buckland que Georgina le había recomendado. Era una oportunidad excelente de hacer algo juntos y afianzar su relación aún más en la geología. Se preguntó, en cualquier caso, si aquella tía suya tan estricta daría su consentimiento a que la acompañara. En aquel momento, sus perspectivas parecían ser poco prometedoras.

Entre tanto, se sentía satisfecho de poder cenar solo, pues no habría sido capaz de ofrecer una compañía demasiado grata a nadie, encontrándose su ánimo tan abatido. Durante el postre, cuya suave costra rompió con una cucharilla antes de disfrutar del ligero sabor a caramelo, tomó la decisión de declararse a Georgina y esperar su reacción. Estaba convencido de que ella le correspondía, pero debía dar aquel último paso y expresarlo en palabras. No le quedaba mucho tiempo pues, a todas luces, Martinaw le llevaba una buena ventaja.

Cuando hubo terminado y pagado la cuenta, lo que le recordó que debía escribir con urgencia algún artículo para poder asegurar su estancia en Londres, hizo que le trajeran el abrigo y se dirigió a la salida. Estaba ya en la puerta cuando un carruaje se detuvo ante el edificio.

Un hombre con un abrigo oscuro y un sombrero de copa ayudó a bajarse a dos damas. La acera era estrecha y en la cuneta se había acumulado el agua. Justus no prestó ninguna atención al hombre, que estaba de espaldas a él, pero habría podido reconocer a Georgina Fielding entre otras mil mujeres. Recordó entonces la invitación a cenar de la que ella le había hablado y se sintió aliviado de no encontrarse ya en el restaurante. Se caló el sombrero hasta los ojos y salió del recibidor por un lateral para que Georgina no reparara en él y poder, así, evitarle una situación embarazosa.

Se estaba inclinando ligeramente para poder captar al menos una imagen fugaz de la joven cuando de pronto chocó con un viandante. Este le esquivó dando un gran rodeo, se dirigió directamente hacia el grupo y agarró del brazo al acompañante de las damas.

Justus comprobó, molesto, que el ala de su sombrero go-teaba y no le dejaba ver bien lo que ocurría. Se subió el cuello del abrigo, se apartó un poco y escuchó sin reparos la escena

que se desarrollaba frente a él y que, a su juicio, resultaba prometedor.

—¿Me recuerda, Sr. Martinaw?

El aludido se giró y la luz que salía a través de las ventanas del restaurante le iluminó la cara. Su expresión delató que sí reconocía a aquel hombre.

—¡Sr. Shayle! ¡Qué casualidad!

—Yo no diría tanto, Sr. Martinaw. ¿O debería decir *sir* St. John?

Martinaw agitó la cabeza con pudor.

—Aún no, Sr. Shayle, todavía quedan tres semanas. Me alegro mucho de haberle visto pero ahora, como puede usted figurarse... No es correcto que las damas permanezcan aquí a la intemperie. Que tenga usted buenas tardes.

Sin embargo, el hombre al que había llamado Shayle no le soltó el brazo.

—No tan rápido, Sr. Martinaw. Mientras usted puede permitirse disfrutar de este restaurante, para mí, por razones que usted bien conoce, queda absolutamente fuera de mi alcance invitar a nadie a cenar aquí.

Martinaw abrió la puerta y le indicó a las damas que entraran, a pesar de que esto contradecía notablemente las normas de la cortesía. Se giró, entonces, bruscamente hacia Shayle.

—No sé de lo que me...

—¿De lo que le estoy hablando, quiere usted decir? —le interrumpió el Sr. Shayle—. Pero yo sí, Sr. Martinaw. Gracias a sus desinteresadas atenciones, no solo perdí mi empleo en el hospital St Thomas, sino que he tardado meses en lograr encontrar un nuevo trabajo.

—Es muy lamentable, Sr. Shayle, pero ya le expliqué durante nuestra conversación aquel día que sus investigaciones

han molestado a ciertas personas. Y ahora, le rogaría que deje usted de importunarme: estoy en compañía de dos damas.

Iba a volverse de nuevo hacia la entrada, pero el Sr. Shayle se interpuso en su camino.

Justus escuchó fascinado.

—Sr. Martinaw, no es tan sencillo. Fue usted quien se encargó de que yo perdiera mi empleo. Y fue usted quien se dedicó a calumniarme por todos los hospitales de Londres.

«Ojalá la luz fuera algo mejor», pensó Justus, deleitándose en imaginar la expresión de Martinaw en aquel momento.

Sin embargo, este agitó la mano con fuerza.

—¡Déjeme tranquilo y no me moleste con sus peroratas, Shayle! Simplemente es usted incapaz de soportar que a los demás les vaya mejor que a usted —dijo, y se giró para entrar finalmente en el restaurante.

—¿Y qué tiene que decir de Joshua Hart?

Martinaw se detuvo, pero no se giró.

—No conozco el nombre de ese caballero —repuso con frialdad, y dejó que la puerta del restaurante se cerrara a sus espaldas.

Shayle se detuvo, con los hombros hundidos, y miró hacia delante. Justus valoró la situación y decidió que el desconocido no seguiría a Martinaw para montarle una escena frente a las damas. A juzgar por su manera de hablar, era un hombre ilustrado y bien educado.

Shayle se iba ya a volver para marcharse cuando Justus le puso la mano en un hombro.

—¿Me permite que le invite a una cerveza, Sr. Shayle?

Martinaw entró en el local, agitó su sombrero mojado y se lo tendió a un empleado junto con el abrigo. Georgina se dio cuenta de que *lady* Anne le observaba con una mirada que fluc-

tuaba entre la desconfianza y la curiosidad. Era la primera vez que su tía acudía a un restaurante a esa hora del día sin más compañía masculina que la de su protegido y el comportamiento de Martinaw había sido muy peculiar. ¿Qué había podido querer de él aquel hombre?

—Parece que hubiera usted visto un fantasma, Sr. Martinaw —dijo Georgina con ligera sorna—. Espero que ese encuentro no haya concluido de manera poco amistosa.

—No, no, en absoluto, Srta. Fielding —se apresuró él a asegurar—. Simplemente me sorprendió porque hacía mucho tiempo que no veía al Sr. Shayle. Él solía trabajar conmigo en el St. Thomas —y añadió, ligeramente inclinado hacia *lady Anne*—: discúlpeme, me resulta sumamente incómodo que hayan tenido que entrar ustedes solas, pero prefería no seguir exponiéndolas a los rigores del clima.

El camarero les llevó hasta su mesa y anotó una orden de vino jerez.

Aunque Martinaw había esquivado la pregunta de Georgina, parecía que el encuentro le había afectado. De hecho, aunque siguió parlotando de aquella manera tan formal suya sobre las novedades en el hospital y los preparativos para su gran día en la corte, no se le veía del todo centrado. *Lady Anne* había decidido, a todas luces, pasar por alto su falta de tacto y comentar esto y aquello como si no hubiera ocurrido nada relevante.

No así Georgina. Aunque el nombre de Shayle no le decía nada, no tardó en empezar a pensar cómo podría informarse acerca de sus pormenores, pues parecía estar revelando poco a poco un lado distinto del Sr. Martinaw. ¿Qué había querido decir aquel Shayle? ¿A qué se refería con que no se podía permitir agasajar a invitados en aquel restaurante? ¿Y por qué Martinaw conocía los motivos? Podía significar muchas cosas,

entre otras, que tuviera problemas económicos. Pero, de ser así, ¿por qué le hablaba a Martinaw de ellos? ¿Es que le quería reprochar algo o, quizás, pedirle dinero? ¿Sería un médico agobiado por las deudas que abordara a un antiguo compañero en plena calle para pedirle ayuda? No, no podía ser eso. Su curiosidad crecía por momentos.

—¿Georgina?

Dio un respingo. *Lady Anne* la perforaba con la mirada.

—Le contaba al Sr. Martinaw lo del maravilloso vestido que la Sra. Tetley está confeccionando para ti. Está lleno de candidez y de majestuosidad al mismo tiempo, Sr. Martinaw: estoy convencida de que le gustará. Evidentemente, Georgina es consciente del honor que le hace con su invitación.

Georgina se apresuró a asentir para no molestar a nadie, mientras su mente trabajaba febril centrada en pensamientos muy distintos.

—¿Me permite que le pregunte por los avances en sus investigaciones científicas, Sr. Martinaw?

Él les habló entonces de análisis anatómicos sobre huesos y dientes de mamíferos vivos y fosilizados y del último tratado que había redactado al respecto.

Georgina escuchó con atención y realizó preguntas inteligentes mientras *lady Anne* alternaba la mirada en uno y en otro, insegura, puesto que no entendía de aquellas cuestiones. Georgina, entonces, aprovechó la ocasión para hacer una pregunta atrevida, sin pararse a pensar en la desaprobación que, sin duda, recibiría por parte de *lady Anne*:

—Sr. Martinaw, ¿cómo cree usted que han llegado a parar conchas de animales a las cimas de las montañas?

Él estaba a punto de tomar un sorbo de jerez y tosió como si se hubiera atragantado. Cuando volvió a recomponerse, preguntó a su vez:

—¿Me permite que le pregunte cómo le ha surgido a usted esa cuestión, Srta. Fielding?

—Oh, veré, hace poco leí un tratado geológico que se hacía numerosas preguntas al respecto —respondió ella con tono vago—. Lo cierto es que me dio que pensar.

—Como usted sabrá, la geología no es mi campo de especialidad, Srta. Fielding. No entiendo nada de estratos, ni de vulcanismo, ni de piedras calcáreas, ni de arenisca o granito. Mi vocación está en los restos de seres vivos y en las incontables maravillas del cuerpo humano.

El camarero trajo la carta, tras lo cual se produjo una breve pausa, pero Georgina estaba decidida a no darse por vencida tan rápido.

—Sin embargo, se diría que los caparzones petrificados pertenecen a la categoría de restos de seres vivos, ¿no es así? ¿Cómo es posible que llegaran a encontrarse en lo alto de las montañas, tan lejos de los mares y de los ríos de los que proceden?

Lady Anne le dirigió una mirada llena de reproches, pero *Martinaw* no pareció perturbarse: juntó las puntas de los dedos y contestó con un tono reflexivo:

—Mi querida Srta. Fielding, yo diría que la solución a un enigma tan aparentemente irresoluble se encuentra fácilmente en la Biblia —dijo, e hizo una pausa dramática—. Cito textualmente: «Las aguas subían de nivel y crecían desmesuradamente sobre la tierra, hasta que en todas partes quedaron sumergidas incluso las más elevadas entre las montañas». Se trata del diluvio, tal y como se menciona en el libro del Génesis, capítulo 7, versículo 19. Si las aguas ascendieron hasta tal punto que anegaron toda la tierra, sería posible que algunos moluscos llegaran hasta las cimas de las montañas y allí quedaran petrificados.

—Cierto es, Sr. Martinaw. Tiene usted toda la razón.

Georgina sabía con certeza que, si continuaba, le iba a retar, algo que se consideraba tan impropio como insensato en una joven, pero no pudo contenerse: tenía que demostrar aquellos conocimientos que había obtenido gracias a Justus.

—Sin embargo, encuentro algo que objetar a su teoría —dijo, ignorando la mirada furiosa de su tía, cuyo cuello comenzaba a mostrar manchas rojizas, como si se hubiera salpicado con un oporto—. Quizás no esté tan versada en el tema de la Biblia como usted, pero creo recordar que lo que causó el diluvio fue un fuerte temporal.

—Así es, Srta. Fielding: «Y llovió durante cuarenta días y cuarenta noches sobre la tierra». Esas son las palabras de las Sagradas Escrituras y es lo que los hombres hemos creído siempre.

—Pues el clima hoy me recuerda enormemente al del diluvio —intentó bromear *lady* Anne para suavizar la situación, sin conseguirlo.

Georgina se sintió como arrastrada por una fuerza que no venía de su interior, sino de algún demonio que se hubiera aposentado sobre sus hombros y le susurrara las palabras que debía usar para molestar a Martinaw.

—Mi objeción es la siguiente, Sr. Martinaw.

Lady Anne carraspeó con insistencia, pero Georgina no se dejó incomodar.

—La Biblia dice, pues, que el diluvio lo originó la lluvia. La lluvia puede provocar que los ríos y los arroyos se desbordeen y se salgan de sus cauces para tratar de llegar a sus desembocaduras de las formas más violentas. Esas desembocaduras se encuentran habitualmente en una corriente mayor o en el mar. Por ese motivo pueden encontrarse elementos en el fondo de depósitos o masas de agua, porque la fuerza de la riada los ha arrastrado hasta allí.

Cabe señalar que la habitual serenidad de Martinaw se había visto ya afectada por el encuentro en la puerta y, ahora que Georgina estaba explicando su teoría, amenazaba con reventar del todo.

—Así es, Srta. Fielding —admitió él, algo forzado.

—El diluvio hace que el nivel del agua sobre la tierra aumente, de tal manera que los caparazones de los moluscos ascienden. Pero ¿por qué se encuentran sobre las cimas de las montañas si el agua tiende a moverse en dirección a la desembocadura, que estaría precisamente en la dirección contraria? Por ejemplo, el Rin: ¿arrastraría las conchas hasta los Alpes o lo haría al mar del Norte? ¿Y el Danubio, los llevaría a las montañas o al mar Negro?

Martinaw permanecía en silencio, sentado, inmóvil. Tan solo una vena en su sien parecía palpar. Entonces, alzó la cabeza como si acabara de despertar de un largo sueño y la miró con ojos encendidos.

—¿De quién ha sacado eso? ¿Esas ideas, esas preguntas? Siempre se había mostrado usted interesada en mis investigaciones, lo que me alegraba profundamente, pero nunca había hecho preguntas de una manera tan... ¿Cómo expresarlo? Tan llena de dudas.

—¿Insinúa usted que alguien me ha sugerido esas preguntas? Quizás me las haya formulado yo misma, Sr. Martinaw. Pensar es un mal hábito que tengo, debo admitirlo, pero no lo puedo evitar.

Georgina observó que la mano derecha de su interlocutor, que reposaba sobre el blanco mantel, comenzó a temblar de manera casi imperceptible. Era una reacción peculiar. Cualquiera otro hombre se habría marchado o habría intentado demostrar que su teoría era ridícula, pero él parecía auténticamente afectado. Estuvo cerca de sentir lástima por él, pero

tuvo la impresión de que había algo oculto tras la agitación de Martinaw que aún no había salido a la luz.

Lady Anne golpeó la copa con un cubierto.

—Disculpen que interrumpa esta fascinante conversación, pero me parece que ya va siendo hora de que alcemos nuestras copas por el gran homenaje que el Sr. Martinaw va a recibir próximamente. Le deseamos lo mejor en el futuro y esperamos de todo corazón que su camino profesional quede adornado de éxitos igualmente impresionantes. ¡Por St. John Martinaw!

Ella y Georgina alzaron sus copas y bebieron a su salud.

El resto de la velada se desarrolló sin incidentes, pero Georgina percibió que St. John Martinaw se mostraba inseguro por primera vez, aunque tratara de ocultarlo. Parecía desaprobar que ella albergara ideas propias y opusiera resistencia a sus argumentos, una característica que casi todos los hombres que ella conocía parecían, lamentablemente, compartir. No era eso lo que ella había esperado de él.

Su tía siguió hablando sobre conocidos comunes e hizo como si no se hubiera producido ninguna desavenencia entre ellos. Georgina, por el contrario, sabía lo que le esperaba al llegar a casa. Un comportamiento tan poco apropiado tendría su castigo.

Frente a la puerta, St. John Martinaw llamó a un coche y se disculpó al mismo tiempo por no poder acompañarlas hasta casa en su propio coche, algo que, por lo que aseguró, se solucionaría en cuestión de semanas, pues ya tenía ofertas para diversos transportes. Mientras los tres permanecieron en el carruaje, *lady* Anne tuvo que contenerse, pero en cuanto la puerta de casa se cerró tras ellas dos, dirigió a su sobrina una mirada glacial y le ordenó que fuera al salón y se sentara en el sofá.

Ella se quedó en pie, rígida como una vela y contemplando a Georgina desde arriba.

—Espero que tengas una buena explicación para tu conducta. La manera en que te has comportado me ha dejado sin palabras. No vas a irte a la cama hasta que me quede bien claro qué ha querido decir esa actitud tan hostil y descarada que has mostrado contra el Sr. Martinaw. Ya sería bastante impertinente viniendo de cualquier otra mujer, pero de su futura prometida... Se lo voy a contar a tu abuelo y esperemos volver a tener la suerte de poder recibir al Sr. Martinaw en esta casa.

—Pero yo no puedo... —Georgina solo podía pensar en Justus, en su encuentro en la iglesia, en sus caricias fugaces...

—¡Ya lo creo que puedes! Ser una persona adulta, ya que tanto te gusta insistir en lo adulta que eres, supone también ser capaz de pensar en los demás antes que en uno mismo y actuar en consecuencia. Los niños pueden abalanzarse sobre la tarta antes de que ninguna otra persona se haya servido, o dar rienda suelta a sus sentimientos en público. Pero una mujer adulta no puede —dijo, y miró a Georgina con severidad—. Vas a escribirle una carta al Sr. Martinaw en la que te disculpes por tu actitud y la justifiques por una indisposición. Después de eso, solo nos queda esperar y desear lo mejor. Debemos pensar en tu futuro, querida.

—¿En mi futuro?

Georgina no pudo reprimir el impulso de cerrar las manos en puños. Una vez más, *lady* Anne trataba de dirigir su vida. Y, una vez más, lo hacía sin preguntarle a Georgina. Creyó que la cabeza le iba a estallar. El encuentro con Justus, la recepción en la corte, los avances del Sr. Martinaw, el destino de Joshua Hart y la conferencia de William Buckland. Debía pensar con calma, diseñar un plan para poder resolver todos los frentes que se abrían ante ella. Sin embargo, no le quedaba tiempo.

—Yo también pienso en mi futuro. Pero... no sé si sería capaz de ser feliz con ese hombre. —Quiso retenerse, pero las palabras surgían de su boca como una riada abriéndose paso en una presa en mal estado—. Soy adulta, y sin embargo pretendéis darme órdenes y que yo me contente con acatar vuestros planes. El abuelo y tú, los dos os habéis dedicado a buscarme un marido y a esperar que acepte sin más vuestro criterio. Y lo que es más, pretendéis que os esté agradecida porque llevéis las riendas de mi vida sin dejarme participar. Tengo que disculparme cuando vosotros lo estimáis oportuno, ser obediente cuando vosotros lo consideráis adecuado y casarme con quien vosotros habéis designado.

—Georgina... —pudo pronunciar únicamente su tía.

—Hace tiempo que me lo llevo callando, pero se acabó. Me disculparé con el Sr. Martinaw porque es posible que le haya hablado con demasiado descaro, pero no porque me arrepienta del contenido de mis palabras. Si no es capaz de aceptar que tenga mis propias opiniones, jamás seré capaz de sentir ningún tipo de afecto por él.

Lady Anne había palidecido y apretaba los labios con fuerza.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono, Georgina? Todo lo que he hecho para favorecer tu relación con el Sr. Martinaw lo he hecho por tu bien...

La decepción y la rabia que habían ido gestándose durante años en el alma de Georgina explotaron de pronto como una violenta erupción.

—¿De verdad ha sido todo por mi bien? ¿No será más bien que yo he sido siempre esa carga molesta que te recordaba a tu hermana mayor, a la que preferirías haber olvidado sin más?

—Eso es muy injusto —repuso su tía con un tono sorprendentemente entrecortado—. Nunca he pretendido olvidar

a Susan. No habría podido aunque hubiera querido. Pero su recuerdo era doloroso y, como la mayoría de las personas, procuro evitar el dolor.

Georgina estaba dominada por su juvenil arrebató y, después de tantos años de autocontrol y silencio, no se iba a lograr dominar tan fácilmente.

—¿Y qué hay de mi dolor? ¿Quién me ha preguntado a mí si yo también quería huir de él? Quizás hubiera preferido llamarlo a gritos porque al menos eso me hubiera permitido de una vez saber de dónde vengo, quién soy, quiénes fueron mis padres. —Notó cómo el peinado se le iba descomponiendo a medida que las horquillas se le soltaban y el pelo le resbalaba por la cara, pero no le importó—. Sé más de lo que tú te piensas. Por ejemplo, quién era mi padre.

Se levantó de un salto e iba ya a salir del salón con cajas destempladas para que su tía se quedara a solas con la noticia cuando, finalmente, se giró y declaró con la seguridad en sí misma que le debía a su reencuentro con Justus:

—Pasado mañana pienso ir a la conferencia del Sr. Buckland, de Oxford. Es un religioso y, por consiguiente, no hay nada que deba impedir que vaya yo sola.

Lady Anne tragó saliva. La vena del cuello le latía con violencia. Georgina nunca la había visto así: incapaz de una réplica.

En ese momento, se abrió la puerta y apareció James Fielding, que se encontraba en la biblioteca y había oído los gritos desde la planta baja. Miró a su hija con una pregunta en los ojos.

Lady Anne se obligó a responderle con una sonrisa desdibujada.

—Es solo un arrebató emocional, padre. Georgina está muy alterada tras la cena con el Sr. Martinaw. Lo comprenderás, sin duda.

James Fielding asintió, aliviado. No quería tener nada que ver con lágrimas ni amoríos de juventud. Eso eran cosas de mujeres frente a las cuales lo único que podía hacer un hombre sensato era desaparecer.

Lady Anne se levantó, rígida como un palo de escoba y con los hombros erguidos, como si quisiera quitarse un peso que la aprisionara o mostrar que había tomado una decisión.

—Georgina, no voy a prohibirte que acudas a esa conferencia. Pero exijo que escribas la carta.

«No ha perdido las esperanzas», pensó Georgina, «pues bien. Así no tendrá sospechas de Justus». Quizás lo más recomendable fuera, de hecho, que siguiera pensando durante tanto tiempo como fuera posible que Georgina se conformaba con la idea de un matrimonio con St. John Martinaw.

—Espero que nos hayamos entendido.

Georgina asintió y dejó el salón con la sensación de haber salido de aquel encuentro invicta y más fuerte que nunca.

CAPÍTULO XXIII

Según nuestra cronología, ese inicio se encuentra al caer la noche del vigésimo primer día de octubre del año 710 conforme al calendario juliano. Es decir, el año 4004 antes de Cristo.

OBISPO JAMES USSHER

HACÍA MUCHO TIEMPO QUE NO TENÍA AQUEL SUEÑO, pero aquella noche regresó. El campo de batalla, los gritos de los soldados, los chillidos de los caballos heridos que pataleaban y coceaban de pánico, el retumbar de los cañones... Todo, de nuevo en torno a él.

Justus von Arnau se sentó y se apartó el cabello sudoroso de la frente. Durante un segundo no supo dónde estaba, pero poco a poco los recuerdos fueron volviéndole conforme se dibujaban a su alrededor los contornos de la habitación. Tanteó en busca de la lámpara de aceite sobre su mesilla de noche y la llevó hasta la chimenea, en la que aún ardía algún rescoldo. Se arrodilló, enganchó con unas tenazas un pedazo de madera aún refulgente y encendió con él la lámpara.

La colocó sobre la mesa y se echó sobre los hombros helados una manta. Se sirvió agua en un vaso de una jarra cercana y se sentó en un sillón. Después de haber bebido, apretó las

manos entre los muslos para tratar de controlar la tiritona y pensó en qué había podido provocar que su sueño retornara.

La respuesta no fue muy difícil de encontrar. Aunque el detonante más habitual fuera una conversación sobre la guerra o un estruendo fuerte y repentino, sus tribulaciones personales o un ánimo alterado también podían causar aquella reacción. Y aquella tarde había estado plagada de ese tipo de emociones.

Después del encontronazo en el restaurante y de abordar a Shayle, habían ido a un *pub* cercano, donde se había presentado al sorprendido médico y había ordenado dos pintas de cerveza. Los parroquianos eran ruidosos y poco comedidos, pero Justus quería aprovechar la oportunidad y temía que Shayle recelara de él si pretendía llevarlo a algún lugar más lejano.

—Se preguntará por qué escuché su conversación y me he dirigido a usted, Sr. Shayle —empezó.

—Así es.

El médico sacó una pipa del bolsillo, la relleno con profusión y la encendió con un ascua. Después absorbió varias veces el humo hasta que el tabaco prendió definitivamente, expulsando una nube oscura que pasó a formar parte de la densa niebla que flotaba sobre sus cabezas.

—Puesto que soy de naturaleza curiosa, escucharé lo que tenga que contarme —añadió y, con un gesto, le indicó a su interlocutor que iniciara su narración.

Justus le habló de su relación con Georgina, cuyo nombre Shayle no dio muestras de reconocer.

—Discúlpeme, pero jamás había oído hablar de esa dama —dijo, aún sorprendido.

—Sin embargo, usted mencionó el nombre de Joshua Hart cuando hablaba con el Sr. Martinaw, ¿me equivoco?

Shayle negó con la cabeza.

—¿Qué tiene esto que ver con Joshua Hart? Ese hombre lleva ya mucho tiempo muerto.

La suposición se volvía certeza: un nuevo fragmento del rompecabezas ocupaba su lugar.

—¿Cómo murió? ¿Y por qué lo sabe?

—Antes de contestarle todas esas preguntas a un completo desconocido, Sr. Von Arnau, me gustaría saber qué es lo que está usted buscando. No quisiera ofenderle, pero tendrá usted que admitir que su forma de actuar es un tanto inusual.

Justus hizo un esfuerzo por dominar su impaciencia. Aquel hombre tenía razón: le había llevado hasta aquella taberna a pesar de que no se conocían de nada y no había hecho otra cosa hasta el momento más que interrogarlo. Todo llevaba su tiempo.

Así pues, comenzó su relato desde el principio, hablándole de cómo había conocido a la Srta. Fielding y cómo había llegado a apreciarla, sin extenderse en los detalles más delicados de su peculiar relación. Le describió los misteriosos baúles, la colección de minerales y la libreta de aquel hombre llamado Joshua Hart, del que la Srta. Fielding nunca había oído hablar y que, no obstante, le había dejado en herencia aquella posesión tan preciada. No añadió que Georgina sospechaba que se tratara de su padre desconocido.

—Es una historia del todo increíble, Sr. Von Arnau. Podría usted escribir una novela.

—Y sin embargo, es verdad del principio al fin. Debido a mi profundo afecto por la Srta. Fielding, estoy decidido a ayudarla a descifrar el enigma de su pasado.

A la conclusión de su relato, no le pasó desapercibida la mirada de preocupación del joven doctor.

—¿Hay algo que no le satisfaga de mi explicación, Sr. Shaylor? —preguntó, con recelo.

El médico pidió otra ronda al tiempo que declaraba. «Esta ronda corre de mi cuenta, señor» y se mordía los labios, como temiendo el momento en que tendría que admitir una verdad incómoda.

—Bien. Por lo que usted ha dicho, la Srta. Fielding se encontraba esta noche en compañía del Sr. Martinaw en el Rules.

—Así es.

—¿Existe una relación estrecha entre ambos o se trataba únicamente de una reunión social convencional?

Justus suspiró.

—Digamos que el Sr. Martinaw tiene la intención de hacerle una proposición importante en un futuro próximo que la familia de ella no solo aprueba, sino que intenta fomentar por todos los medios.

Shayle le miró horrorizado.

—Tiene usted que impedirlo, señor.

—Esa es mi intención, aunque mis motivos parecen ser de naturaleza distinta a los suyos. ¿Me permite que le pregunte cuáles son?

El médico le miró directamente a los ojos.

—Usted me ha contado su historia. Ahora debe escuchar la mía.

Le habló entonces de su despido y de su larga búsqueda de un nuevo empleo.

—¿Cómo se le ocurrió que el Sr. Martinaw podía estar detrás de esa intriga en su contra? El director del hospital no mencionó específicamente su nombre, ¿verdad?

—Lo insinuó. Leí entonces en los periódicos lo del nombramiento de Martinaw como médico de la corte y recordé la conversación que tuve con él en la que había criticado mi interés por las teorías de *monsieur* Lamarck. Hasta entonces habíamos tenido buena relación e incluso me había alabado públicamente,

por lo que le creí cuando me dijo que había intercedido a mi favor en este caso. Sin embargo, en retrospectiva, terminé por llegar a la conclusión de que no habían sido las objeciones de los directores de aquellos hospitales, sino las suyas propias, las que habían jugado en mi contra.

Justus von Arnau se terminó la cerveza y pidió dos más, pues en la taberna la temperatura era alta a causa del calor corporal de la multitud y la garganta se secaba con rapidez.

—Entiendo. Pero ¿cómo descubrió usted la conexión entre el Sr. Martinaw y Joshua Hart?

Shayle le contó cómo había ido siguiendo las pistas y con quiénes había hablado para irse formando una imagen del auténtico carácter de Martinaw fragmento a fragmento. Cuando llegó a la parte de la conversación en Fleet Street, Justus agudizó los oídos.

—¿Me está queriendo decir que Martinaw acusó personalmente de robo a un amigo y declaró en su contra en un juicio? ¿Y que ese amigo era Joshua Hart?

—Eso fue lo que me contaron aquellos periodistas. Disfrutaron mucho relatándome con todo detalle aquella historia a la que, por lo demás, no le falta ni un ápice de dramatismo.

Justus respiró hondo. Lo que estaba descubriendo en aquel momento iba a ser algo decisivo en su vida, podía sentirlo. Si realmente pudiera encontrar alguna mancha en la impecable reputación de Martinaw, podría contárselo a Georgina para que esta persuadiera a su familia de no seguir adelante con ese matrimonio. Sin embargo, no se sentía del todo satisfecho con ello. Hubiera preferido una conversación abierta con su tía y su abuelo, pero *lady* Anne le había mostrado abiertamente su antipatía.

—La condena fue efectiva a pesar de que no se llegó a encontrar el objeto robado. Quizás sepa usted que, en ocasio-

nes, los tribunales ingleses han establecido sentencias draconianas para sentar precedentes claros ante delitos destacados. Ese fue el caso de Joshua Hart. Le enviaron siete años deportado a las colonias de Australia.

Justus fingió sorpresa, pues no quería admitir frente a Shayle que ya conocía ese dato.

—¿Solo por robar una hoja de papel? —preguntó.

—Una hoja muy valiosa.

—Cierto, pero... ¿era consciente Martinaw de aquello a lo que se enfrentaba su amigo cuando declaró en su contra?

Shayle se encogió de hombros.

—Solo el Sr. Martinaw podría contestar esa pregunta. Sin embargo, la historia no ha terminado ahí. ¿Otra ronda?

Justus declinó la oferta. Quería mantener la frente fría, escuchar con atención y después pensar qué debía hacer con el conocimiento adquirido.

—Siete años, esa fue la sentencia. Sin embargo, Hart no pudo esperar tanto. Tuvo un retorno prematuro o, en otras palabras, se fugó y volvió a Londres cuatro años antes del fin de su condena. Nadie sabría decir por qué corrió ese riesgo, pues podría haber empezado una nueva vida en cualquier otro lugar del mundo. Pero no lo hizo. Regresó a Londres, donde más tarde o más temprano alguien lo reconocería, como de hecho ocurrió. Lo arrestaron frente a una casa parroquial en Bethnal Green, donde supuestamente residía su hermano. Aparentemente devolverlo a Australia para proseguir su deportación no les pareció un castigo lo suficientemente severo. Así pues, recibió una sentencia distinta.

Justus tragó saliva. La casa parroquial, ¡claro! Georgina ya le había hablado de ella. ¡Allí era donde había recogido los baúles!

—¿A qué le condenaron? —preguntó, aunque suponía la respuesta antes de oírla.

—Le colgaron.

Justus se terminó de un trago la cerveza que le quedaba y se limpió la boca con la mano. No le pareció un comportamiento inadecuado, habida cuenta del entorno.

Shayle se percató de su consternación.

—Disculpe que le haya causado tal malestar, pero la jurisprudencia inglesa es bastante severa, por decirlo con delicadeza. No se puede considerar a Joshua Hart como un criminal en el sentido más habitual de la palabra. Probablemente no era más que un hombre curioso que, en un momento de su vida, cometió un error y lo pagó de la manera más cruel. No creo que mereciera ese destino, pero evidentemente es una opinión personal.

—Si lo he entendido bien, no se le puede reprochar nada al Sr. Martinaw. Es más, desde un punto de vista estrictamente legal, actuó con total corrección, ¿no es así?

Shayle asintió.

—Si hay algo que se le pueda achacar es desde el punto de vista cristiano o moral. Podría haber amonestado a su amigo, amenazarle con hacer públicos los hechos si no devolvía el documento. Quizás el propietario habría renunciado a presentar una denuncia. Sin embargo, no hay ningún indicio de que Martinaw procediera de esa forma.

—Y con eso se cierra un círculo, Sr. Shayle. En aquella ocasión, destruyó la vida de Joshua Hart y ahora, muchos años después, ha estado a punto de destruir la suya.

Shayle asintió.

—Ese es también el motivo por el cual se lo he contado. Lo que veo aquí es un patrón de conducta. Martinaw antepone sus principios a cualquier otra cosa, sin importar el qué. Nadie supo decirme si lo que le empujó en aquella ocasión fueron sus convicciones religiosas o si mantenía algún tipo de rivalidad

con Hart pero, en lo que a mí respecta, sé con certeza que sus motivos fueron mis estudios científicos. Es un hombre piadoso, es cierto, pero no es menos verdad que una fe demasiado fervorosa puede acabar en fanatismo. Y un fanático no tiene escrúpulos y no conoce la piedad con aquellos que se interponen en su camino.

—Solo he tenido la ocasión de conversar con él una vez, hace ya tiempo, y en aquel momento me causó una profunda impresión. Todavía me sorprende el hecho de que expresara sus ideas religiosas en medio de una cena formal. Por lo que sé de los ingleses, no son muy dados a comentar cuestiones tan personales en la mesa.

—Tiene usted razón —señaló Shayle, sonriendo—. El tiempo, la política, las carreras de caballos... Todo eso está permitido. Por lo demás, somos del parecer del señor Thomas Jefferson: «No digas nada de mi religión. Solo a Dios mismo y a mí nos concierne».

Justus estaba tan turbado que sintió el irrefrenable deseo de estar solo y pensar con calma en todo lo que había averiguado. Pagó la cuenta y se volvió hacia Shayle.

—Nunca podré agradecerse lo suficiente. No solo me ha regalado su tiempo, sino que también me ha contado cosas que nunca habría podido descubrir sin su ayuda —dijo, y pidió al tabernero una hoja de papel y un lápiz para anotar su dirección—. En caso de que se le ocurra a usted algo más, Sr. Shayle. Le agradecería igualmente si pudiera darme usted sus señas.

Shayle asintió y escribió su nombre y su dirección.

—Le deseo mucha suerte en su nuevo empleo. Sin duda será para usted un consuelo saber que ha habido otros que han sufrido las despreciables maquinaciones de Martinaw.

Shayle asintió con seriedad.

—Así es. He perdido para siempre mi antiguo puesto, pero con tiempo y suficiente esfuerzo espero poder labrarme una nueva reputación. Lo deseo, antes que nada, por mi familia.

Tras esto, se separaron y desaparecieron en la noche, sumidos cada uno en sus pensamientos.

De vuelta en su habitación, Justus había permanecido largo rato despierto, a pesar de que Song-Li le había servido un grog por recomendación de la Sra. Williamson. Para cuando por fin se había dormido, su vieja pesadilla lo había atormentado y arrancado de los brazos de Morfeo.

Se le habían enfriado los pies hasta tal punto que ya no parecían ser parte de su cuerpo, por lo que volvió a acostarse y se tapó hasta la barbilla.

No tenía elección. Debía contárselo todo a Georgina, aunque eso le causara un gran dolor. Ya sabía algunas de aquellas cosas, pero la muerte de su padre arrojaría una sombra permanente sobre su vida. Solo esperaba que ella no decidiera pagarlo con el mensajero o, lo que era lo mismo, con él. Si había alguien que merecía su ira, ese era St. John Martinaw.

A la mañana siguiente, Justus von Arnau recibió una carta de Georgina Fielding en la que le anunciaba que iba a asistir a las ocho y media del día siguiente a la conferencia del Sr. Buckland en el número 20 de Bedford Street, en Covent Garden. Era la sede de la Geological Society. Se alegraría de poder encontrarse con él allí y presentar sus respetos a William Buckland. Estaba fascinada por la traducción que él había realizado y no podía esperar para poder hablarle al Sr. Buckland de ella.

Justus se encontró, así, ante un dilema. Tras aquella noche en vela, había esperado poder compartir con Georgina las

novedades tan pronto como fuera posible, pero en su nota ella parecía tan animada que él no podía ni imaginar la idea de develar la terrible verdad en un momento como aquel. Quizás, tras la conferencia todavía tuviera otra oportunidad de hablar a solas con ella.

¿Cómo podría matar las horas hasta la tarde siguiente? No podía ir a visitar a Georgina, pues eso despertaría, sin duda, la ira de su tía.

Así pues, decidió salir a pasear por la ciudad y tratar de pensar en otras cosas.

St. John Martinaw se había refugiado en su trabajo en la biblioteca para escapar de los pensamientos inquietantes que le acuciaban desde aquel día. Con cada paso que daba por los pasillos del hospital esperaba encontrarse de improviso con Shayle. ¿Cuánto sabía aquel hombre?

Era cierto que, tras el despido de este, Martinaw le había indicado a sus compañeros de otros hospitales que, probablemente, no tardaría en llamar a sus puertas un médico de dudosa reputación moral solicitando un empleo. Aquello había sido lo más correcto, y lo había hecho pensando únicamente en el bienestar de los pacientes. Al fin y al cabo, ¿quién querría ponerse en manos de un médico cuyas convicciones religiosas no estuvieran fuera de toda duda? ¿Alguien que no se guiara por la palabra de Dios solo porque, en sus ratos de ocio, había leído las obras de un francés afectado y excesivo?

¿Habría descubierto Shayle realmente que había sido él quien había dado la voz de alarma o aquel reproche habría sido su manera de dar palos de ciego? Era imposible precisarlo tras un intercambio de palabras tan breve.

Sin embargo, ahora se preguntaba si Shayle habría sido capaz de encontrar un nuevo empleo. ¿Habría algún director

de hospital capaz de ignorar sus recomendaciones? Tenía una influencia incuestionable en los círculos médicos, cualquier cosa que él dijera era relevante.

Y, sin embargo, debía haber encontrado trabajo, pero bien era cierto que ser rencoroso era poco cristiano. Y había otras cuestiones que le suponían mayores dolores de cabeza, una sola frase que, escuchada de sus labios, había bastado para encender un fuego en su interior imposible de extinguir.

«¿Qué habría dicho Joshua Hart?».

Un nombre que llevaba sin escuchar quince años. Un nombre que despertaba una sensación de desasosiego, mezclada con vergüenza y arrepentimiento.

Se habían conocido en Cambridge. Por aquel entonces, Martinaw ya era un hombre callado e introvertido, un estudiante diligente jamás dado a los excesos o a las broncas, consagrado únicamente a terminar sus estudios tan pronto como fuera posible para independizarse cuanto antes de sus padres y librarles de la dura carga económica que suponía para ellos su manutención.

Joshua Hart había sido su radical opuesto. Despreocupado, despierto y capaz de aprender con rapidez, estimado entre sus semejantes, atractivo, pero también inconstante e incapaz de centrarse en una sola labor. Con frecuencia renunciaba al trabajo duro cuando aparecía alguna otra cosa que atrajera su interés y se lanzaba a ese nuevo objetivo con vehemencia, pero sus pasiones no duraban mucho, solo hasta que surgiera la siguiente tentación.

Diferentes como eran, y como suele suceder en esos casos, surgió entre ellos una amistad basada en la ayuda mutua. Hart le proporcionó los contactos sociales que a Martinaw tanto trabajo le costaba conseguir por su naturaleza solitaria, mientras que este le ayudó a sacar adelante no pocos exámenes.

Tras concluir sus estudios, lo que a Hart, por motivos obvios, le llevó algo más de tiempo, volvieron a encontrarse en Londres. Martinaw ya estaba trabajando en un hospital y su carrera avanzaba a buen paso, mientras que Hart había optado por montar una consulta propia que le permitiera mantenerse independiente y no tener que rendir cuentas a nadie. Sus innegables dotes para la medicina no tardaron en procurarle los primeros pacientes y todo le habría ido bien de no haber sido por aquella nueva pasión suya que surgió de pronto y que no tardó en poner en peligro su sustento.

Hart comenzó a coleccionar piedras. Era una afición que a Martinaw no le resultaba del todo carente de interés, pero que no dejaba de ser un mero pasatiempo para el que no contaba con horas suficientes en el día dada su absoluta devoción por su trabajo. Si bien era cierto que la joven ciencia de la geología tenía algo de fascinante a lo que ni él mismo podía resistirse del todo, su estudio era más adecuado para los caballeros que la adoptaran como afición y que no tuvieran que preocuparse por ganarse el pan a diario. Así se lo dijo él mismo a Hart, pero este solo se rio y señaló que a Martinaw le faltaba la imaginación para figurarse algo que no fueran los detalles anatómicos del cuerpo humano.

De vez en cuando, gracias a su nada desdeñable capacidad de convicción, Hart lograba confundirlo con sus embriagadores discursos sobre fósiles y capas geológicas que despertaban una serie de preguntas y reflexiones que a Martinaw, como creyente convencido, le desagradaban en grado sumo. Pero, por otra parte, en Cambridge habían formado un vínculo muy estrecho y Martinaw, como tantas personas de naturaleza fría, sentía afinidad por el carácter apasionado de Hart.

Sin embargo, en un momento dado, hubo un cambio decisivo en el rumbo de su amistad. Aunque Hart nunca llegó a

contarle nada, tenía la sensación de que una mujer había aparecido en su vida. Su mirada, su forma de hablar, hasta su actitud habían cambiado. El hecho de que no le presentara a la dama en cuestión le dio que pensar. O bien ella no era una persona socialmente bien considerada, o bien estaba fuera del alcance de Hart, cuya consulta sufría constantes turbulencias debido a su hábito de marcharse de improviso a canteras de los alrededores o a condados más lejanos, en lugar de preocuparse por el bienestar de sus pacientes.

Un día, Hart apareció, presa de una profunda agitación, en casa de Martinaw y le mostró, tras rogarle la máxima discreción, un antiguo documento, un manuscrito que, aparentemente, era obra de Leonardo da Vinci. «Estoy en posesión temporal de este documento para poder proseguir mis investigaciones». Aquella había sido la explicación que Hart le había dado, y Martinaw no había tenido motivos para dudar de ella.

Cuando le había preguntado a Hart que desde cuándo se interesaba por el arte renacentista, este había respondido que no se trataba de arte, sino de ciencia. Le explicó que Leonardo había escrito un tratado sobre el diluvio universal y los fósiles, mientras señalaba con exaltación la hoja que tenía en las manos.

Martinaw le había respondido que aquello no eran más que tonterías. ¿Cómo lo iba a saber él? Era imposible que aquella hoja estuviera escrita en inglés. Incluso de haber sido capaz de descifrar las anotaciones de Da Vinci, sin duda estas habrían tratado de arte y no de cuestiones tan diametralmente distintas y que, además, podrían haberle granjeado una persecución por parte de la Iglesia.

Su respuesta había sido que un bibliotecario había especulado con esa posibilidad. Estaba redactado con escritura invertida pero, tras largas y meticulosas horas de estudio, Hart había logrado descifrar algunas palabras. Entre ellas, había

dado con el término *diluvio*. En cuanto fuera capaz de decodificar la totalidad del texto, se la llevaría a un profesor de canto italiano que vivía cerca de él y le pediría que se lo tradujera.

Hart, en su incontrolable empeño, declaró que, quizás, en aquella página hubiera información sobre el diluvio que la Biblia no pudiera proporcionar. ¡Quizás ni siquiera se hubiera producido realmente! El escocés James Hutton también había señalado, no hacía mucho tiempo, que la edad de la tierra podía superar con mucho las estimaciones que la humanidad había hecho al respecto hasta la fecha, mucho más de lo que se pudieran figurar. Después, se burló del cálculo realizado por el obispo Ussher, quien consideraba que la tierra debía tener unos seis mil años.

Martinaw le había respondido que él no quería escuchar nada de todo aquello, que él confiaba en la palabra de Dios que, hasta el momento, le había guiado bien en la vida. Para él, la ciencia solo servía para demostrar las huellas de Dios en el mundo y no para desmentirlas.

Pero Hart no desistía en su impulso de sobrepasar barreras y destruir dogmas. ¿Quién podía saber qué antigüedad tendrían aquellos fósiles que no hacían más que aparecer por todas partes? ¡Nadie debía situar la Biblia en un segundo plano en sus pensamientos!

Y así siguió siempre, dos posiciones irreconciliables, dos hombres obcecados en sus ideas. Martinaw hubiera preferido taparse los oídos ante aquel debate inútil, pues le desagradaba incluso la propia conversación. En una ocasión llegó incluso a despedirse de improviso para no tener que seguir escuchando y salió a la calle, con la respiración entrecortada, a por algo de aire fresco. Tomó entonces la determinación de cortar toda relación social con Joshua Hart. No quería perder más tiempo con un hombre así.

Los días siguientes, se encontró sumamente ocupado en el hospital y apenas tuvo tiempo de pensar en Hart hasta que, una tarde, pudo disfrutar de un instante de ocio y decidió sentarse frente a la chimenea a leer el periódico. Así fue como descubrió la noticia de un robo en Holkham Hall, una impresionante mansión en el condado de Norfolk. El diario decía que se había sustraído de su biblioteca un valioso manuscrito, si bien no especificaba más datos del ladrón ni del contenido del texto. Al día siguiente, St. John Martinaw se dirigió a Bow Street a presentar una denuncia.

CAPÍTULO XXIV

¿Por qué nadie reconoce que los fósiles en sí mismos ya justifican una teoría sobre el origen del mundo que nadie habría sido capaz ni de soñar de no ser por ellos, y que establece que hubo diversas etapas consecutivas en la formación de la tierra?

GEORGES CUVIER

POR FORTUNA, EL TIEMPO HABÍA MEJORADO. LAS NEVADAS habían remitido y los copos se derretían formando charcos sobre los adoquines negros y brillantes por la humedad. Frente al edificio de la Geological Society se arremolinaban numerosos caballeros y, también, alguna que otra dama en dirección a la entrada, de tal forma que a sus puertas se había formado una pequeña cola. Resultaba sorprendente que tanta gente se sintiera atraída por una conferencia que llevaba por título *Intento de explicación de los hallazgos óseos en grutas antediluvianas, como el caso de la cueva de Gailenreuth*. Semejante temática no solía despertar una expectación así, más propia de un evento de ocio orientado a un público convencional.

Justus von Arnau aguardaba bajo el saledizo, vigilando y a la espera del coche que debía traer a Georgina. Aún no estaba seguro de si realmente llegaría sola o en compañía de su tía

con el objeto de guardar las formas, si bien esa segunda opción desterraría completamente la posibilidad de una conversación tranquila y sin incidentes. ¿Es que no iban a lograr nunca poder verse sin que nadie los molestara?

Tan sumido en sus pensamientos estaba que bajó la guardia precisamente en el momento en que el coche de los Fellowes aparecía por fin y el cochero ayudaba a Georgina a bajarse de él. ¡Estaba sola! Ella le buscó con la mirada y, cuando los ojos de ambos se encontraron, él se apresuró hacia la acera y le dedicó una reverencia avergonzada.

—Srta. Fielding, le ruego que me disculpe —dijo, sonriendo abochornado—. ¿Me permite que la acompañe al interior?

La sonrisa resplandeciente de Georgina hizo que, durante un segundo, se olvidara de los acontecimientos de la noche anterior. No, definitivamente no era aquel el momento para contarle todo lo que había averiguado. Más tarde, más tarde habría tiempo.

Georgina se mostraba realmente entusiasmada ante el inminente reencuentro con Buckland pero, sin duda, también por efecto del manuscrito. El hecho de que su padre se hubiera hecho con él por medios poco honrados no le restaba un ápice de valor científico. Y, además de todo lo dicho, intuía que también influía el que ellos dos pudieran verse de nuevo.

—Su traducción me ha parecido excelente —dijo ella, entusiasta—. Cómo me hubiera gustado poder ver el manuscrito completo en persona. Debemos ir a Norfolk a toda costa...

Justus alzó la mano en ademán de súplica y la reprendió:

—Será mejor esperar hasta que su futuro quede resuelto antes de empezar a hacer planes, Srta. Fielding —dijo en voz baja, para que nadie de los alrededores pudiera escucharlos.

Un sirviente vestido con una librea sostenía la puerta que daba acceso a un vestíbulo agradable y cálido. Había visitantes por doquier y un murmullo expectante llenaba la sala. Una vez hubieron entrado en la estancia en la que Buckland iba a hablar, oyeron una voz amistosa a sus espaldas.

—¡Qué sorpresa más grata! —exclamó William Conybeare con una reverencia—. Es un placer encontrarme de nuevo en su presencia, Srta. Fielding, Sr. Von Arnau. Al parecer nuestro amigo común, Buckland, nos ha reunido de nuevo.

Comenzaron así una charla que versó sobre las investigaciones más recientes de Conybeare y el descubrimiento de la cueva de Kirkdale, que Buckland visitaría el año siguiente para estudiarla más a fondo.

—No es capaz de hablar de otra cosa —dijo Conybeare con una sonrisa burlona pero amistosa—. En momentos así, es como un niño que ha descubierto un juguete nuevo.

—¿Y qué hay de su zoológico gastronómico? —preguntó Justus, divertido, recordando bien las *delicatessen* al estilo Buckland.

Conybeare alzó la mano, como si quisiera anunciar algo importante.

—No lo van a poder creer: ha encargado que le traigan una hiena desde África.

Georgina le miró con desconfianza.

—Espero que esté usted bromeando, Sr. Conybeare.

—Me temo que no.

Se echó a un lado para dejar pasar a un hombre mayor vestido con una levita que le estaba amonestando discretamente.

—Dice que la necesita para sus investigaciones. Que en diversas grutas por toda Europa han encontrado huesos de hiena y que, por ello, quiere estudiar la constitución física y el

comportamiento de esos animales. En vivo, por así decirlo. Discúlpenme, creo que acabo de revelarles parte del contenido de su ponencia. En cualquier caso, soy de la opinión de que se ha hecho traer al animal también por cierto interés culinario.

—Bajo esas circunstancias, no sé si volveré a visitar la casa del Sr. Buckland —declaró Georgina, con lo que sus dos acompañantes rompieron a reír.

Conybeare miró hacia atrás.

—Debemos entrar ya, Srta. Fielding. ¿Les parece bien que nos sentemos los tres juntos?

Les guió hasta una hilera en la que había asientos reservados para él y les ofreció las sillas junto a la suya. Para alegría de Justus, Conybeare tuvo la gentileza de dejarles tomar asiento primero para que pudieran permanecer juntos. Tenían una visión inmejorable del atril del orador. Una vez hubo suficiente silencio en la sala, William Buckland entró por una puerta auxiliar y recibió un caluroso aplauso. Llevaba una levita negra y una camisa blanca con cuello alto. Resultaba chocante verlo sin su toga de profesor universitario.

Realizó una reverencia, se dirigió hacia el atril y miró en derredor.

—Me alegra mucho poder saludar esta tarde a todos los presentes. No esperaba encontrar un público tan numeroso y espero que mis declaraciones en torno al tema de las grutas no les decepcionen.

Su mirada recayó entonces en Georgina y Justus, a cuya presencia respondió con una amistosa inclinación de cabeza.

Inició, así, la conferencia, en la que habló de diversas cuevas que ya había visitado y se detuvo en una detallada explicación de la cueva de Gailenreuth, en Alemania, que había tenido la oportunidad de examinar hacía cinco años, durante un extenso viaje por Europa.

—Los hallazgos óseos realizados allí son impresionantes. Me atrevería a decir incluso que, en cuanto a cantidad y calidad, es el yacimiento más asombroso que he visto hasta la fecha —dijo, y miró a su alrededor—. Se preguntarán ahora de qué manera esos hallazgos pueden guardar relación con el diluvio bíblico. Algunos de mis apreciados colegas han sugerido que las masas de agua podrían haber arrastrado esas especies exóticas procedentes de las latitudes tropicales hacia el norte, donde habrían terminado por posarse y quedar sepultadas en cuevas en las que, tiempo después, el hombre las encontraría y las reconocería como restos biológicos. Yo, por el contrario, soy de una opinión diferente. —Y realizó una pausa escénica—. Supongamos que esos animales residieran realmente en aquellas cuevas y, dentro de su periodo vital, se vieran sorprendidos por el diluvio. Las masas de lodo y sedimentos arrastrados por la corriente sepultarían los cadáveres y preservarían los huesos hasta nuestros días.

Un murmullo recorrió la sala y Conybeare miró a sus vecinos, escrutador.

—Esto también es nuevo para mí —susurró.

—¿Y cómo he podido llegar a esa conclusión, estimados damas y caballeros? Tomemos, por ejemplo, la hiena. En la cueva de Kirkdale, en Gales, que tengo la intención de estudiar próximamente, se han encontrado huesos de hiena en gran cantidad, lo que haría que el hecho de que la fuerza de las aguas fuera capaz de arrastrarlas en tal número hasta el mismo sitio fuera una coincidencia llamativa. Además, muchos de los huesos aparecen astillados de una manera que hace pensar no en la influencia de una fuerza natural, sino en los dientes de depredadores, como por ejemplo, de un gran oso.

Los espectadores se miraron los unos a los otros, atónitos.

—En otras palabras: propongo la teoría de que en nuestras latitudes existieron hienas, que llegaron a habitar, a alimentarse y servir de alimento, y que sus huesos quedaron atrapados por el lodo y la sedimentación a causa del diluvio universal.

Buckland hablaba de una manera vivaz, resaltaba sus argumentos con gestos, no reparaba en chascarrillos y lograba, así, ganarse a la audiencia. Cuando terminó, se preparó para responder preguntas e inició un animado diálogo con el público.

Surgió el tema de su perspectiva acerca de la duración de la creación y él defendió una vez más su teoría, especificando que debían interpretarse las palabras «En el principio, creo Dios el Cielo y la Tierra» no literalmente, sino como un espacio prolongado e indefinido de tiempo que se extendía desde el origen del mundo hasta la actualidad. Las criaturas existentes hoy en día habían ido apareciendo poco a poco, por lo que era necesario entender los siete días de la creación como una parábola y no como una medida exacta de tiempo.

—Es una teoría muy vanguardista —dijo Justus a Georgina en voz baja—. Me pregunto si también compartiría los argumentos de Da Vinci.

—De eso tengo la intención de hablar con él, aunque no en público.

Justus asintió y redirigió su atención a Buckland, quien proseguía su debate con el auditorio. Había también entre los presentes mentes más conservadoras que no se mostraban partidarias de apartarse de las Sagradas Escrituras y, por tanto, se negaban a interpretar su valor histórico. Buckland regateó con elegancia entre sus objeciones pues, como hombre de la Iglesia, no podía arremeter contra ellas de manera demasiado crítica. Finalmente, se despidió del público.

Conybeare les explicó que la Geological Society había preparado para sus miembros y los invitados de estos un aperitivo durante el cual podrían seguir conversando. Por descountado, ambos estaban invitados de buen grado.

Georgina miró a Justus presa de una gran emoción. Los caballeros la escoltaron fuera de la sala y escaleras abajo, donde les esperaba un refrigerio en una estancia revestida de madera. Los numerosos invitados desperdigados por toda la habitación debatían animadamente.

—¿Son todos estos señores miembros de la asociación?
—quiso saber Justus von Arnau.

—No, pero a este tipo de eventos suelen acudir muchos profanos interesados en la materia —explicó William Conybeare—. Los debates en las veladas de puertas cerradas son mucho más especializados, demasiado como para atraer a un público tan amplio.

—En cualquier caso, es asombroso el favor del que ha llegado a gozar la geología en los últimos años —señaló Georgina—. Lo único que lamento es que no se admita a ninguna dama en su sociedad, a pesar de que me consta que hay más de una realizando actualmente investigaciones tan concienzudas como productivas.

Conybeare le dedicó una tibia sonrisa.

—Me figuro que debe usted estar refiriéndose a la extraordinaria Srta. Anning.

—Sí, entre otras.

—La Srta. Anning es un fenómeno fuera de lo común, sin duda —replicó Conybeare, respetuoso—. Más si cabe, teniendo en cuenta sus orígenes y su género, que hacen de ella algo sensacional, si me permiten una expresión tan infrecuente.

En ese momento, William Buckland se presentó ante ellos y les saludó calurosamente.

—Srta. Fielding, Sr. Von Arnau, qué alegría verlos a ambos aquí. Estoy profundamente conmovido. No piense usted, Conybeare, que no me satisface igualmente su compañía, pero me temo que las emociones que despierta un rostro al que estamos habituados son más serenas que las originadas por aquellos con los que no tenemos el placer de coincidir tan a menudo.

Conybeare le saludó con una reverencia y una sonrisa divertida.

—Disculpas aceptadas, mi querido Buckland. Y ahora, tras una conferencia tan árida como la suya, creo que iré a procurarnos algunos refrescos para apaciguar nuestras pobres gargantas.

Y, tras aquella broma bienintencionada, se alejó en dirección a la mesa en la que estaban sirviendo diversas bebidas.

—Me mira usted con vehemencia, Srta. Fielding —dijo William Buckland—. ¿Qué le ronda la mente? Espero que no haya sido mi conferencia la que la haya turbado.

Georgina se armó de valor.

—No, su conferencia ha sido excepcional, Sr. Buckland. Es que hay algo importante que quisiera contarle —dijo ella, y miró a su alrededor, a aquella estancia tan repleta de gente—. Sin embargo, preferiría poder hacerlo en privado. Por desgracia, no siempre me es posible moverme a mi antojo y mi asistencia a su conferencia ya ha bastado para provocar una pequeña conmoción doméstica.

Buckland miró a Justus con una pregunta en los ojos.

—No me encuentro aquí en calidad de acompañante oficial de la Srta. Fielding —dijo él con voz tenue y esforzándose por expresarse con neutralidad—. Existen ciertas reservas en relación a mi persona, por lo que la Srta. Fielding ha acudido ella sola. No quería perderse su conferencia bajo ningún concepto.

Buckland asintió.

—Por desgracia, las personas mayores no siempre entienden el interés de la juventud, y muy particularmente de las jóvenes damas, por campos que a ellos mismos no les resultan igualmente fascinantes. Personalmente no encuentro nada de escandaloso en que una dama se interese por mis investigaciones —dijo, y asintió en dirección a Justus—. Si quisiera usted tomar una copa con mi buen amigo Conybeare... En este piso hay un cuarto tranquilo en el que la Srta. Fielding y yo podríamos hablar en privado.

Justus mostró su consentimiento de buen grado, ante lo cual sus interlocutores abandonaron la estancia. Conversó animadamente con Conybeare, quien había regresado con cuatro copas de ponche, pero se había encontrado con un único invitado. Decidieron disfrutar ellos dos solos de la deliciosa bebida y charlaron jovialmente sobre las últimas pesquisas de Conybeare. Justus consideró que era buena señal que Georgina y Buckland tardaran tanto en regresar, pues eso demostraba que Buckland mostraba interés por el manuscrito y confirmaba las mejores expectativas de Georgina.

De pronto, oyó pasos tras él y William Buckland apareció a sus espaldas. Su aspecto se había transformado radicalmente: estaba crispado, pálido, con los labios en tensión, presa de una visible agitación. Justus lo miró sin comprender.

—Sr. Von Arnau, debería ir a ver a la Srta. Fielding.

—¿Ha ocurrido algo, Sr. Buckland? —preguntó, preocupado, y se dio cuenta de que Conybeare alternaba la mirada de uno a otro, igualmente sorprendido.

—Ha habido una pequeña discrepancia en nuestros puntos de vista, por así decirlo. Sin embargo, la Srta. Fielding se ha indignado profundamente y se ha marchado escaleras abajo a toda prisa. Quizás debería usted acompañarla y asegurarse de

que nada le ocurra —dijo el geólogo, quien se había llevado un dedo al cuello de la camisa para aflojárselo, como si repentinamente le faltara el aire.

Justus se despidió de ambos señores con una reverencia y salió apresuradamente de la habitación. No se veía a Georgina por ninguna parte. Bajó las escaleras hasta la puerta, que un sirviente sostenía para él.

Allí fue donde finalmente la localizó, totalmente sola en la acera. Había alzado una mano para llamar al cochero, que se encontraba sentado en el pescante, fumando en su pipa a cierta distancia.

Justus corrió hacia ella y le tocó el hombro con suavidad. Ella dio un respingo y se giró.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él, preocupado.

Ella tenía la respiración acelerada y entrecortada.

—No puedo hablar de eso ahora. Aquí no.

—¿Me permite al menos que la acompañe a casa? No quisiera dejarla sola en este estado, Srta. Fielding —insistió él, adoptando el tono formal que le pareció más acorde con las circunstancias—. Debo ir al guardarropa un momento. Le ruego que me espere.

Ella asintió sin palabras, aguardó a que el cochero le abriera la puerta del carruaje y se montó en este.

Justus recogió su abrigo y miró hacia atrás, temeroso de que Georgina se dejara llevar por el impulso de ordenar marchar al cochero sin él. Rápidamente subió también en el carruaje. Cuando este se puso en marcha con un suave tirón, ella se recostó en el asiento acolchado y cerró los ojos.

—Dígame que ha ocurrido, por favor, Srta. Fielding. El Sr. Buckland ha mencionado una discrepancia en sus puntos de vista.

Ella soltó una carcajada sorda y sin alegría.

—¿Discrepancia en nuestros puntos de vista? Qué manera más elegante de expresarlo.

—Por favor, cuéntemelo todo.

Una vez más se encontraban sentados en la oscuridad de un carruaje, como aquella vez en Oxford, cuando él le habló de sus pesadillas. Una vez más parecían encontrarse ajenos al mundo exterior, en las tinieblas, y eso ayudaba a confesar pensamientos sombríos.

Ella carraspeó.

—Al principio, él parecía muy interesado y me pidió que le describiera el manuscrito con más detalle, algo que naturalmente solo pude hacer de acuerdo con su relato y con la única hoja de la que dispongo. Resultó que era un gran admirador de Da Vinci, que incluso había tenido la oportunidad de observar personalmente algunas de sus obras originales. Desconocía que un tesoro tan infrecuente se encontrara en Inglaterra. Entonces, quiso saber de qué trataba el manuscrito. Le dije que Da Vinci escribía, entre otras cosas, acerca de lo que hoy en día conocemos como geología.

—¿Y entonces?

—Le resumí lo que entendí de su traducción. De pronto, se le ensombreció la cara. Al principio pensé que no me había creído o que se había tomado a mal mi osadía, puesto que no soy una geóloga profesional, tan solo una aficionada con mucho interés que se entretiene con cuestiones científicas. Así pues, seguí explayándome, tratando de convencerle de la importancia del manuscrito. Incluso cité uno de los pasajes.

Justus emitió un gemido quedo.

—Déjeme que adivine: «Una secta de ignorantes afirma que la naturaleza o el cielo los colocó allí por influencia divina».

Georgina asintió.

—Me dejé llevar hasta tal punto por el entusiasmo que me olvidé completamente de su condición de religioso.

Justus se inclinó hacia delante e intentó distinguir sus ojos en la oscuridad.

—Georgina, no debe usted afligirse por eso. Es un científico, pero también es un hombre de Dios. Su fe inquebrantable le impide aceptar algunas ideas. Además, él no es el único geólogo de Inglaterra.

Percibió cómo ella parecía sosegar un poco. En seguida sonrió y permitió que él la tomara de la mano.

—Pero sí uno de los más influyentes —porfió ella con tono dolido—. Ha declarado que no podía consentir semejante despropósito, que una idea tan herética no tenía cabida en la ciencia de un país cristiano. Que sería preferible que me dedicara a coleccionar piedras bonitas, o a secar hojas y flores, como otras damas, en lugar de contaminar mi mente con semejantes teorías.

Georgina tragó saliva y prosiguió.

—Lo que me mueve no es lograr la gloria personal. Tengo la sensación de que en ese manuscrito se ocultan verdades con las que aún no nos hemos atrevido ni a soñar. Y Joshua Hart... —Se detuvo un instante—. Mi padre se dio cuenta de ello. Todo lo que hizo, lo hizo por una buena causa, si bien no eligió la mejor manera. Yo... Yo esperaba... ¿Cómo decirlo? Llegué a tener la esperanza de poder limpiar el nombre de mi padre si lograba que ese manuscrito recibiera el reconocimiento que merece. Pero, a pesar del tiempo transcurrido, parece que los obstáculos todavía son demasiado grandes.

Súbitamente, Justus recordó la manera en que St. John Martinaw había traicionado a su amigo porque sus teorías científicas no le habían agradado y habían puesto en tela de juicio sus propias convicciones. Y todo por aquel manuscrito, por el

mismo manuscrito. De haber sido supersticioso, habría llegado a pensar que el documento estaba maldito.

Era una tontería, por supuesto, pero aquel incidente le contuvo una vez más de hablarle a Georgina de su encuentro con Anthony Shayle. Aunque la historia del médico le quemaba por dentro y sentía la necesidad de compartir finalmente con ella todo lo que sabía, le pareció falto de tacto, habida cuenta del estado de decepción y desolación de Georgina, confesarle que su padre había muerto en la horca como un vulgar criminal.

Cuando el carruaje se detuvo finalmente frente a Bloomsbury Square, Georgina no hizo amago de salir del vehículo. El cochero fue a abrirle la puerta, pero ella dijo:

—Un momento. —Se volvió hacia él y, con voz tenue, añadió—. Tengo mucho en que pensar. Recibirá noticias mías, Justus.

Su voz sonaba cansada y sin fuerzas, muy diferente a lo habitual en ella.

Preocupado, la observó mientras ascendía los escalones con pasos pesados y utilizaba el llamador de latón.

Él sentía que algo en ella se había roto aquella tarde. Por primera vez comprendió lo importante que aquel escrito era para ella, las esperanzas que había puesto en su investigación.

Georgina había intentado construir un puente hacia aquel padre al que no había llegado a conocer, pero un hombre cuya opinión ella valoraba profundamente no solo no la había tomado en serio, sino que la había ninguneado abiertamente.

Justus cedió al impulso de salir corriendo tras ella. No podía dejarla ir así.

—¿Me permitirá que le escriba, Srta. Fielding?

Ella asintió. La doncella abrió la puerta y Georgina desapareció en el rectángulo luminoso de la puerta. Y ya no se volvió más.

CAPÍTULO XXV

La historia antigua de nuestro globo debe explicarse con lo que puede observarse en la actualidad.

JAMES HUTTON

—SEÑORITA, HA LLEGADO UNA CARTA PARA USTED —DIJO Carrie, que había abierto la puerta a Georgina y recogido su abrigo—. La ha entregado un cochero. Un religioso le pidió que se la trajera desde Oxfordshire. Es urgente, por lo que dijo.

No era infrecuente encargar a otras personas la entrega del correo ajeno, para evitar pagar las elevadas tasas de envío. Georgina, no obstante, tenía otras cosas en la cabeza y se limitó a extender la mano para recibir la carta sin mirarla. Después, entró en el salón, donde su tía se encontraba bordando.

—Georgina. Espero que hayas disfrutado de una placentera velada —dijo, con un tono sorprendentemente jovial, que quedó rápidamente explicado—. Imagínate qué sorpresa más grata: el Sr. Martinaw me ha escrito para preguntarme por ti y por tu estado de salud. Ha recibido tu carta y ha entendido perfectamente que los dolores de cabeza te volvieron algo impertinente y excitable, algo tan impropio de ti. Le complacería sumamente volver a verte y querría dirigirse a ti personalmente.

Georgina se sentó en el sofá sin prestar atención a las palabras de *lady Anne* y apoyó la carta en las rodillas. Un escalofrío de espanto la recorrió al leer la dirección del remitente. Provenía de Langthorne House, pero era el reverendo Ayns-croft quien la había escrito. ¿Por qué escribía él desde la casa de su tía? Angustiada, rompió el lacre y desdobló la hoja.

LANGTHORNE HOUSE, DICIEMBRE DE 1821

Mi querida Srta. Fielding:

Me dirijo hoy a usted bajo tristes circunstancias. El estado de salud de su tía abuela se ha deteriorado grave y repentinamente en los últimos días. Quizás sepa usted que la anciana dama ha venido padeciendo del corazón desde principios de año, si bien ha logrado mantener sus dolencias a raya mediante medicación y mucha calma. Sin embargo, ha sufrido una inesperada recaída que da pie a los peores temores. Su tía abuela se ha sumido en un estado de profunda debilidad del que todavía no ha logrado reponerse. El médico está haciendo todo lo posible para controlar sus dolencias cardíacas, sin embargo no podemos albergar demasiadas ilusiones en lo relativo a la mejora de su estado.

Aunque su tía abuela puede hablar, no es capaz de escribir por sí misma y, por ello, me ha pedido que realice esa tarea por ella, como estoy haciendo en este momento. Para ella es cuestión de suma importancia volver a verla a usted antes de que, como no nos queda sino esperar, se reúna con el Creador en un futuro no muy lejano.

Personalmente, celebraría, siempre que a usted le sea posible, si lograra acercarse a Langthorne House en los próximos días, Srta. Fielding. No se inquiete, pues rezaré por lady Agatha y por que el Señor cuide de su cuerpo y su alma.

Me alegraría sumamente verla pronto, si bien las circunstancias en las que ese encuentro se produciría me causan gran pesar. Lamento, asimismo, no ser portador de mejores noticias. Reciba mis mejores deseos.

*Atentamente,
Edward Aysncroft*

Georgina dejó caer la carta sobre la mesa con un gesto lento e inerte y recordó aquellos momentos en los que el comportamiento de la tía Aga le había parecido tan incomprensible. ¿Se habría dado cuenta de que ya no iba a vivir mucho más y querría asegurar el futuro de su sobrina? ¿Sería la consciencia de su fragilidad lo que habría inspirado sus reservas hacia Justus von Arnau y las simpatías con las que había recibido los avances de Martinaw, para gran decepción de Georgina? Ya no cabía duda alguna.

—¿De qué trata esa carta? Te has puesto muy pálida —preguntó *lady* Anne con voz severa al percatarse de la expresión desconsolada de Georgina.

Ella le tendió el papel con la mirada hundida.

Lady Anne ojeó el escrito.

—Dios mío, ¡qué inesperado! Es una triste noticia. Informaré de ello a tu abuelo —dijo, con un tono adecuadamente piadoso, pero sin revelar ninguna emoción real.

Georgina alzó la cabeza con decisión.

—Debo partir mañana mismo. La tía Aga quiere que esté a su lado.

Lady Anne alzó la mano como advertencia.

—Preferiría que esperaras a la próxima visita del Sr. Martinaw. Se ha mostrado muy amable en su carta. Además, en fechas tan cercanas a la Navidad...

—Podría morir antes de que el Sr. Martinaw anuncie su siguiente visita —protestó Georgina con tono decidido—. Sabes bien lo unida que estoy a tía Aga.

Percibió cómo su tía daba un respingo al oír aquellas palabras y se alegró de ser capaz de acobardarla.

—No puedo dejar a la tía Aga en la estacada. Siempre estuvo allí para mí cuando la necesité. Saldré mañana.

Lady Anne comprendió que, en ese momento, toda negociación con su sobrina acabaría en discusión, por lo que emprendió la retirada.

—Informaré al Sr. Martinaw de que te has visto obligada a salir de viaje por motivos familiares. Eso deberá bastar para ganar su comprensión. Esperemos que puedas estar de vuelta en la ciudad para la investidura.

Enmudeció al percatarse de la mirada preñada de reproches que Georgina le dirigió, pues tal y como se había expresado, parecía desear que *lady Agatha* muriera antes de esa fecha.

Cuando Georgina se encontró nuevamente en su habitación, cayó de rodillas, se llevó las manos al rostro y sollozó. En el espacio de unas pocas horas, la más profunda desdicha la había asaltado dos veces. Aquella conversación con Buckland había sido como perder nuevamente a su padre. Si tía Aga moría, perdería su única puerta de escape, la aliada con la que siempre podía contar. Sintió de pronto el irrefrenable deseo de hablar con Justus para aliviar su corazón y explicarle su terror a una vida junto a Martinaw. Nadie en aquella casa querría oír algo así.

Cuando logró recuperar la respiración, se levantó, se quitó el vestido y se echó en ropa interior sobre la cama. Cruzó los brazos tras la cabeza y miró al techo, donde la vela que ardía sobre la mesilla de noche proyectaba sombras que se deslizaban como animales nocturnos.

¿Cómo iba a ser capaz de recomponer su vida? Era como si todo se estuviera resquebrajando en mil pedazos, como si ya nada encajara. Nunca se había sentido tan desolada e insegura. Apenas se había permitido soñar con un futuro junto a Justus von Arnau, disfrutar del reconocimiento al trabajo que su padre había iniciado y que ella había continuado. Se había imaginado a sí misma traduciendo mano a mano con Justus cada segmento de aquel texto que trataba de la tierra, de su historia y formación. Ahora, todo aquello estaba en peligro. No había logrado disuadir a St. John Martinaw de sus propósitos y, probablemente, tampoco lograría encontrar a ningún geólogo que prestara atención al manuscrito si el propio Buckland lo había tachado de inmoral y de escaso valor científico. ¿Debería conservar aquella hoja o devolvérsela a su legítimo propietario? Con ello repararía el daño hecho, desde el punto de vista legal.

Imposible. Mientras ignorara el destino de su padre, se aferraría a aquella hoja que él le había legado.

Se echó a un lado, cerró los ojos y se hundió, finalmente, en un sueño intranquilo.

A la mañana siguiente, por primera vez en su vida le pidió algo a su tía que excediera la categoría de insignificancia, un auténtico favor: que *lady* Anne le permitiera disponer de su propio coche para poder salir de inmediato sin tener que depender de los horarios de partida oficiales en los servicios de diligencia entre la capital y Oxford. Además, así no necesitaría el correspondiente acompañante, pues el cochero de confianza de la familia estaría con ella.

Después de que *lady* Anne consultara con su marido, mostró su consentimiento a que Georgina partiera a mediodía, siempre y cuando no hicieran más que las paradas estrictamente necesarias. Quería guardar a su sobrina de la inapropiada

compañía que podría encontrar en fondas y posadas y que podría suponer un peligro para cualquier dama que viajara sola. Tras llegar a aquel acuerdo, *lady* Anne no quiso centrarse en otra cosa que no fuera en disfrutar de su desayuno, mientras la segunda doncella se ocupaba del equipaje.

James Fielding permanecía aún en su habitación. Las noticias sobre el próximo fallecimiento de su hermana le habían afectado más de lo que él mismo quería admitir y prefería refugiarse en la soledad para evitar delatar sus sentimientos, como obedecía a su carácter.

La paz matutina se vio truncada de nuevo cuando Carrie anunció una visita temprana.

—Justus von Arnau, señora.

Georgina, que hasta aquel momento había permanecido sumida en sus pensamientos, pues su mente estaba ya de camino a Langthorne, alzó la cabeza.

—No a estas horas, desde luego —repuso *lady* Anne, indignada—. Por principios nunca recibo a nadie antes de las once, mucho menos a un visitante que no se ha anunciado previamente.

Carrie carraspeó.

—Discúlpeme, señora, pero el caballero ha preguntado por la Srta. Fielding.

Georgina se levantó de la mesa.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó su tía, disgustada.

—Voy a recibir a mi visita en el salón, tía Anne, para que tú puedas proseguir con calma tu desayuno.

Antes de que *lady* Anne pudiera replicar, Georgina ya había salido de la habitación.

Mientras se dirigía al salón, un sinnúmero de pensamientos entrecruzados surcaban su mente. Poco a poco todo parecía escapar de su control. Debía partir de inmediato a Langthorne y

no tenía tiempo de mantener una conversación demasiado prolongada con Justus. No sabía cuánto tiempo permanecería él en Londres, ni cuánto tiempo juntos les restaba. También su relación con Martinaw quedaba irresoluta. Sin embargo, no podía calcular cuánto tiempo permanecería junto a tía Aga, pues todo dependía de su enfermedad. Temía sentirse fraccionada, dividida de forma horrible, al encontrarse junto al lecho de muerte de su tía abuela y pensar al mismo tiempo en Justus y Martinaw e, incluso, llegar a desear un pronto final. No, eso nunca debía ocurrir.

Justus se encontraba de pie en medio de la estancia con una postura algo apocada. A pesar de su desconcierto, Georgina se dio cuenta de que estaba inusualmente pálido y con aspecto de haber dormido tan poco como ella, lo que le recordó aquella vez, en el simón, en que le había hablado de sus pesadillas. ¿Se habrían vuelto a reproducir?

Después de que Carrie cerrara la puerta tras de sí, él se dirigió hacia ella y la cogió de las manos.

—Srta. Fielding, usted me pidió tiempo para pensar, pero no puedo esperar. Llevo caminando por la ciudad desde las seis de la mañana, por ser incapaz de permanecer en la cama. Me consta que la velada de anoche fue poco grata, pero hay cosas que debe usted saber de inmediato.

Justus intentó encontrar palabras adecuadas, pero simplemente no existía forma alguna de embellecer la ejecución de su padre. Además, había acudido allí firmemente decidido a declarar que eso no había cambiado en absoluto sus sentimientos hacia ella. Se inclinó sobre sus manos y se las besó. Como Georgina permanecía en silencio, alzó la cabeza y la miró, preocupado.

—¿Qué ocurre? Discúlpeme si he ido demasiado lejos, pero...

—No, no es eso, Justus. Por favor, siéntese. Yo también tengo algo que contarle y me gustaría, si me lo permite, ser la primera en hablar.

Cuando él tomó asiento, ella le explicó lo de la carta y su repentino viaje. A la vista de que aquellas noticias aciagas, cualquier debate acerca del desencuentro con Buckland quedaba fuera de toda discusión, y las novedades de las que Justus se proponía informarla debían descartarse con mayor motivo. Así pues, por muy acuciante que fuera su necesidad de sincerarse, tuvo que hacer nuevo acopio de paciencia.

—¿Hoy mismo? —preguntó sorprendido—. Entonces, no nos queda más tiempo para hablar con calma.

—Me temo que no. Discúlpeme, pero ahora mismo tengo demasiadas cosas en mente como para prestarle la atención adecuada.

Notó con claridad la decepción del alemán.

—Por favor, Justus, no pretendía ser tan grosera como parece. Por supuesto que quisiera escuchar lo que tenga que contarme, y más pronto que tarde, pero... Mi tía abuela es la única persona en mi familia que realmente significa mucho para mí. Ha sido para mí un padre y una madre al mismo tiempo. Sin ella, no habría podido aprender tantas cosas, no habría visto nada de todo lo que el mundo tiene para ofrecer. —Enrojeció—. Todo aquello que usted pueda apreciar, según espero, de mí, se lo debo a ella. El valor que he mostrado alguna vez surgió en mi interior siguiendo su ejemplo. Ella me animó a formularme preguntas científicas en lugar de entretenerme con la costura y las conversaciones en francés. Langthorne fue mi refugio, el lugar al que deseaba volver en el momento en que, tras las vacaciones, debía regresar a casa de mi abuelo. Si ella muere antes de haberla visto de nuevo, jamás me lo podré perdonar.

Justus se levantó y la abrazó sin decir palabra. Ella se lo permitió. No intentó besarla, simplemente rozó con sus labios sus cabellos.

—Esperaré. Escríbame si me necesita. Conozco el camino, puedo llegar rápidamente a caballo.

—Lo sé —repuso ella sonriendo.

Él dio un paso hacia atrás y la observó, como si quisiera conservar aquella imagen.

—Así pues, debemos despedirnos de nuevo. ¿Es que nunca ha de acabar todo esto?

—¿Desea, pues, que acabe?

Formuló aquella pregunta con voz queda y sorprendida de su propio valor. ¿Habría ido demasiado lejos?

—Sí. ¿Acaso no lo sabía? —dijo él, con expresión profundamente ofendida.

Georgina posó sobre sus labios el dedo índice.

—Lo sé.

Dio un paso hacia la puerta, lentamente y sin ganas, como si no fuera capaz de apartarse de él.

—Debo hacer algunos preparativos para el viaje. Le escribiré tan pronto como llegue.

Entonces, desapareció.

El trayecto hacia Langthorne transcurrió sin escalas y Georgina se sintió realmente agradecida porque su tía le hubiera permitido utilizar su coche. De no haber sido así, el camino habría sido mucho más pesado. Mientras el cochero paraba a abreviar a los caballos, Georgina aprovechó para comer algo. Cuando se fueron aproximando a Oxford, recordó con nostalgia el verano pasado, en que había recorrido aquel camino llena de alegría y entusiasmo. ¡Qué horas más emocionantes había tenido frente a ella, cuántas cosas habían ocurrido desde

entonces! El verano le había regalado muchos momentos felices y lo mejor que le había dado había sido conocer a Justus von Arnau. Sin embargo, el tiempo transcurrido tras su retorno había sido difícil y, en ocasiones, incluso opresivo. Ahora se encontraba perdida en una espantosa incertidumbre y dejaba sin resolver numerosos frentes.

Georgina era el tipo de persona que prefería actuar con la verdad por delante, pero hasta el momento todas las oportunidades de ser abiertamente sincera con St. John Martinaw habían terminado en fracaso. En el Rules le había contradicho, le había atacado en su propio terreno y le había mostrado, de esa forma, que no era capaz de imaginarse un futuro a su lado. Sin embargo, él no lo había entendido. Su tía había atribuido su comportamiento a una supuesta rebeldía innata, pero no al hecho de que sintiera un rechazo real por aquel hombre.

Era incapaz de precisar qué era lo que le repelía de Martinaw, aparte del hecho incuestionable de que no le amaba. Pocos matrimonios se basaban en el amor. No, debía haber otra razón por la cual su simpatía inicial se había ido transformando con rapidez en repugnancia.

Lo peor, no obstante, era que había tenido que separarse de nuevo de Justus, aunque lo cierto era que, desde su llegada a Londres, tampoco habían podido pasar demasiado tiempo juntos. Tan solo aquel encuentro furtivo en la iglesia, la breve conversación de aquella mañana y la tarde anterior, que tan feliz prometía ser y que tanto había disfrutado en un principio junto a Justus, antes de tener un amargo final. Deseaba estar a solas con él y, por una vez, permanecer largo rato en silencio para disfrutar de su proximidad.

Finalmente, el coche entró por el familiar sendero de acceso a la mansión. El cochero le abrió la puerta y, tan pronto como sus zapatos tocaron la grava del camino, el reverendo

Aynscroft abrió la puerta principal y salió a su encuentro con los brazos abiertos.

—Mi querida Srta. Fielding, cuánto me alegro de que haya podido llegar tan pronto. Por favor, entre, hace un día muy desapacible. Discúlpeme si actúo como señor de la casa —añadió, con una sonrisa avergonzada.

Ya en el interior, Georgina tendió su abrigo a la doncella Katie y entró en el salón, donde el fuego de la chimenea crepitaba y crujía. La Sra. Wright, la cocinera, en quien era visible la preocupación por su señora, la saludó también y dijo:

—Katie le traerá de inmediato té y algo de comer.

Cuando Georgina se sentó, se volvió hacia el anciano predicador:

—No es necesario que se disculpe, Sr. Aynscroft. Le agradezco profundamente que se haya ocupado con tanto esmero de mi tía. Tras recibir su carta, decidí ponerme en camino tan rápido como fuera posible. —Tragó saliva—. ¿Es su estado tan preocupante como me indicó?

El religioso asintió y se sentó frente a ella en un sillón.

—Por desgracia sí, Srta. Fielding. No soy médico, pero a lo largo de mi extensa vida he visto a mucha gente enferma y cercana a la muerte, y me temo que *lady* Agatha pronto nos dejará.

Para Georgina fue como si una pesada losa le cayera sobre el pecho, como si su corazón hubiera dejado de latir.

—Evidentemente durante el verano noté ya que se comportaba de manera extraña. Le pregunté en su momento y ella admitió que no se encontraba del todo bien. Pero nunca llegué a pensar que fuera tan grave.

—A mí también me llamó la atención la aparente pérdida de su habitual espíritu de contradicción, de su osadía natural. Para mí, fue un indicio preocupante, pues siempre he tenido a

su tía abuela en alta estima. Por fortuna, es una mujer creyente que confía en la sabiduría del Creador. Eso la confortará.

Georgina no estaba tan convencida de esas cuestiones como el religioso, pero tampoco era infrecuente que personas escépticas buscaran el consuelo de Dios cuando se aproximaba la muerte.

—Me gustaría ver a mi tía abuela, Sr. Aynscroft. ¿Está despierta?

—Tomó una bebida tranquilizante hará un par de horas —repuso el religioso—. Deberíamos darle aún algo de tiempo.

—¿Tiene dolores?

—Su padecimiento no es tanto el dolor como unos repentinos ataques de asfixia. Al principio, estos síntomas se manifestaban únicamente cuando realizaba esfuerzos físicos, pero últimamente aparecen también cuando se encuentra en calma. Eso le provoca una terrible angustia. El médico le dio calmantes que la tranquilicen y polvo de ojo de perdiz, para fortalecer el corazón. Sin embargo, resultó no ser suficiente, por lo que le recetó tintura de dedalera con valeriana.

Se produjo entonces un silencio en el que ambos se refugiaron en sus propios pensamientos. Llamaron a la puerta y Katie entró con la bandeja del té. Georgina aprovechó la ocasión para cambiar de tema, pues no quería seguir hablando de la tía Aga.

—Por cierto, en Londres me encontré con el Sr. Buckland.

—¿De verdad? Cuénteme, se lo ruego.

—Me invitó a una de sus conferencias, en la que habló de grutas y hienas. El Sr. Conybeare también estuvo allí.

El religioso la miró atónito.

—¡Qué tema más curioso! Bueno, de Buckland ya nada puede sorprenderme. Sin embargo, no me cabe duda de que

en Londres tendría usted otros entretenimientos que echará de menos aquí.

Georgina negó con la cabeza, decidida.

—Ciertamente la capital ofrece muchas distracciones. Sin embargo, a tenor de lo sucedido, permaneceré aquí tanto tiempo como *lady* Agatha me necesite.

Aynscroft sonrió con ternura.

—Querida, usted es joven y disfruta de la compañía de otros seres humanos, lo cual no tiene nada de reprobable. No obstante, me di cuenta en seguida de que usted y su tía comparten un profundo afecto, Srta. Fielding.

—Es usted un hombre sabio, Sr. Aynscroft.

Georgina no pudo evitar pensar en su tía Anne, en su continua supervisión, en su manera de criticar todo lo que hacía y de intentar cambiar todos sus puntos de vista. Las siguientes palabras de su interlocutor la hicieron, no obstante, dar un respingo.

—¿Ha sabido usted algo de aquel escritor de viajes alemán que vino de invitado a la cena del Sr. Buckland? Qué hombre más agradable.

La expresión en el rostro del religioso era tan inocente que no podía albergar ninguna segunda intención.

—Sí, él también acudió a la conferencia del Sr. Buckland. Por lo que se ve, ha tomado interés en la geología.

—Srta. Fielding —dijo Aynscroft alzando la mano—. Discúlpeme si la interrumpo de una manera tan repentina, pero acaba de venirme algo a la mente. Hace algún tiempo, *lady* Agatha me preguntó si sabía a dónde había marchado el Sr. Von Arnau. Había querido escribirle, pero no llegó a saber dónde se encontraba. Le recomendé que le preguntara al Sr. Buckland y, desde entonces, no he vuelto a saber del tema.

Georgina frunció el ceño. ¿Qué podía querer la tía Aga de Justus? Él no podía haber recibido la nota en cuestión, pues le habría hablado de ella o lo habría mencionado en su carta desde Norfolk. Por otra parte, apenas habían podido verse en Londres. Un misterio más que aguardaba resolución.

—Ese Sr. Von Arnau me gustó mucho, la verdad. Para ser extranjero, he de reconocer que era simpático y jovial —explicó el reverendo, despertando una tímida sonrisa en Georgina—. Parecía un... ¿Cómo lo diría yo?... Una especie de vagabundo. Ese es el tipo de vida que lleva, errante, aunque naturalmente se mueve en compañías adecuadas, pero también viaja por todo el mundo y escribe sobre lo que ve, como si no tuviera un hogar, un lugar en el que echar raíces. —El religioso enmudeció—. No debo estar diciendo más que tonterías. Apenas conozco a ese hombre y simplemente me estoy figurando cosas.

—En una ocasión me contó que se encuentra en malos términos con su padre —dijo Georgina—. Tuvo una fuerte desavenencia con él y desde entonces evita su patria y prefiere viajar por países lejanos.

—Qué inusual. Yo siempre he sido una persona muy ligada a mi tierra, casi como un árbol.

—A mí la perspectiva de conocer otros países me parece sumamente emocionante —dijo Georgina—. Por desgracia, es muy difícil para una mujer emprender ese tipo de travesías —concluyó, incapaz de disimular su pesar.

El religioso la miró con una sonrisa indulgente.

—Nuestro país también es maravilloso, Srta. Fielding. Le aseguro que hallar la felicidad en casa es posible igualmente, créame.

En ese momento, llamaron a la puerta y la doncella Katie entró en la estancia.

—Srta. Fielding, señor, la señora se ha despertado y pregunta por ustedes.

Georgina se levantó de golpe y se dirigió hacia la puerta a una velocidad que hacía casi imposible para el pobre reverendo seguir su ritmo.

No tardó en quedar patente que la visita de Georgina no duraría mucho. Tan solo la esperanza de volver a ver a su sobrina había mantenido a *lady* Agatha con vida. Durante los oscuros meses del otoño su estado de salud había empeorado enormemente y Georgina apenas podía reconocer a la mujer que se encontró al entrar en el dormitorio.

Lady Agatha yacía en la cama parapetada entre cojines. Tenía los labios azulados y la piel pálida, translúcida como el papel fino, lo que creaba la impresión de que había envejecido dramáticamente. Intentó incorporarse cuando vio entrar a la joven, pero en seguida desistió, agotada. Georgina se inclinó sobre ella, la besó en la frente y se sentó junto a ella en una silla que el religioso le ofreció. Él se inclinó ligeramente sobre la cama y dijo con voz queda a Georgina:

—La dejaré sola con su tía abuela, Srta. Fielding. Si me necesita para algo, estaré fuera.

Dubitativo, como si prefiriera permanecer allí, se dirigió finalmente hacia la puerta y se marchó.

Una mano fría agarró la de Georgina. Se sorprendió de la fuerza con la que aferró sus dedos.

—Por fin has venido, mi niña —dijo la anciana, luchando por respirar—. Temí que no llegaras a tiempo. Conozco a tu tía... —Susurró con una sonrisa cansada pero pícaro.

—Tan pronto como recibí la carta del Sr. Aynscroft, ya no pude permanecer más en la ciudad.

—Sin duda tendrás cosas importantes que hacer allí.

Georgina la miró sin comprender, pues había algo llamativo en el tono de su tía. ¿Sería que podía percibir por lo que había pasado en los últimos meses?

La anciana señaló el escritorio que había junto a la ventana. Por toda la casa había habitaciones con su correspondiente escritorio y secreter, como si quisiera asegurarse de que siempre tendría un lugar en el que poder anotar todos sus pensamientos. «Nunca volverá a escribir en ellos», fue el doloroso pensamiento que brotó repentinamente en la mente de Georgina.

—Hay una carta. Cógela.

Lady Agatha se expresaba con frases breves y entrecortadas, como si cada oración le supusiera un esfuerzo colosal.

Georgina se levantó y se dirigió hacia el escritorio. En la esquina superior izquierda había una carta, ya doblada y con una dirección escrita. La tinta estaba un poco deslucida, como si el papel se hubiera mojado. La cogió y miró a *lady* Agatha, inquisitiva.

—Lee —le dijo, y su tono de voz no admitía réplica.

LANGTHORNE, OCTUBRE DE 1821

Estimado Sr. Von Arnau:

Se preguntará por qué me dirijo a usted. No soy del tipo de personas que se pierden en largas explicaciones, y espero que sepa usted comprenderme si le expongo mi ruego en pocas palabras y sin ningún rubor.

No hemos tenido la ocasión de conocernos a fondo. Soy una mujer mayor y enferma, por lo que no me resta más que la palabra escrita para hacerle llegar mi petición.

Usted ha conocido a mi sobrina nieta Georgina y, por lo que creo, le ha tomado afecto. Es una muchacha joven e inexper-

ta y su bienestar me preocupa tanto como si fuera mi propia hija. Con la mejor de las intenciones le recomendé que separara la razón del corazón y eligiera a un hombre bien situado. Le aconsejé abiertamente que aceptara a St. John Martinaw como esposo tan pronto como este pidiera su mano.

Sin embargo, en este tiempo me ha dado por pensar si mi actuación perseguía realmente el bienestar de Georgina. Yo misma rara vez, si es que llegó realmente a ocurrir en alguna ocasión, me he dejado guiar por el criterio de los demás a la hora de tomar las decisiones que me afectaban. Por ese motivo, quisiera pedirle únicamente una cosa, estimado Sr. Von Arnau:

Si de verdad estima usted en algo la felicidad de mi sobrina y si tiene usted para con ella intenciones honorables, entonces no pierda más tiempo entre dudas y declárese. Si Georgina realmente lo ama, su familia no podrá ser nunca obstáculo suficiente. En cualquier caso, debe usted actuar de prisa.

Espero que disculpe usted esta carta tan poco convencional. Una persona mayor que se encuentre al final de sus días debe poder expresarse abiertamente y no prestar atención a los convencionalismos sociales.

*Reciba un cordial saludo,
Lady Agatha Langthorne*

Georgina, con lágrimas en los ojos, dejó caer la carta y se sentó junto a la cama.

—¿Por qué todavía la tienes aquí?

—Llegué muy tarde. Ya se había ido. No dejó dirección. Pregunté a Buckland. Tampoco sabía nada. Solo algo sobre Norfolk. Georgina asintió.

—Sí, fue allí por mí. Estuvo en Holkham Hall investigando en la biblioteca. —Tragó saliva—. Ojalá hubiera recibido la carta.

La tía Aga se asustó y comenzó a tener problemas para respirar. Georgina quiso salir por ayuda, pero la anciana la aferró con puño de hierro.

—¿Estás prometida? ¿Con Martinaw?

Georgina negó con la cabeza.

—Creo que nunca podría casarme con él. No estamos hechos el uno para el otro. Pero, ante todo, no le amo. Lo comprobé con creces en nuestro último encuentro. Me sentí constantemente impulsada a contradecirle y a molestarle y eso no es algo que se le haga a alguien a quien se ama, ¿verdad?

—Creo que tú contradirías a cualquiera. Igual que yo —tosió la tía Aga—. Pero se puede hacer con cariño o con animosidad.

—Si tuviera que contradecir a alguien, preferiría que fuera al Sr. Von Arnau —dijo Georgina sin pudor.

La anciana asintió.

—¿Os habéis vuelto a ver?

—Sí, hace poco que vino a Londres. Apenas hemos tenido la oportunidad de hablar, pero ambos sabemos lo que sentimos el uno por el otro. En cualquier caso, tendré que hacer entender mi decisión al abuelo y a la tía Anne y no será fácil. Ambos desean que me case con el Sr. Martinaw, sobre todo porque pronto le nombrarán caballero.

Lady Agatha se agitó con impaciencia.

—Paparruchas. Un título no te hará más feliz.

Aquellas últimas oraciones, producto de la indignación, que llegaron a recordar al menos durante un instante a su antiguo ser, la dejaron exhausta. Señaló la mesilla de noche, sobre la que se encontraba una botella con medicamento.

—Un vaso pequeño —logró pronunciar—. Es láudano. Me ayuda.

Georgina echó con cuidado algo del fluido en un vaso pequeño y se lo puso a su tía sobre los labios. Esta bebió y cerró los ojos. Después dijo, con voz queda:

—Debo descansar. Mañana sabrás más.

Y con esas palabras, se durmió.

La tarde transcurrió con calma. El reverendo Aynscroft se quedó a tomar una cena temprana durante la cual hablaron de temas diversos y triviales y finalmente se marchó a casa, por lo que dijo, a ocuparse de los temas de su comunidad. Prometió, no obstante, regresar al día siguiente. Georgina permaneció largo rato junto a la chimenea, con una manta sobre las rodillas, reflexionando largo y tendido. La casa parecía más fría que de costumbre, pero sin duda debían ser imaginaciones suyas, sensaciones que reflejaban su estado de ánimo.

Le dolía ver a la tía Aga tan débil. Nada quedaba de aquella energía y ansia de vivir que tanto habían maravillado a Georgina. Echaba de menos a Justus. Le hubiera gustado enseñarle la carta que él nunca llegó a recibir y dejar que él la consolará. Así pues, tomó papel, pluma y tinta y se dispuso a narrarle su primer día en Langthorne para ahuyentar la soledad.

Desnudó su corazón sobre el papel mientras le hablaba de las primeras visitas a Langthorne House y las horas felices que había pasado en el jardín y en el taller. Describió aquel viaje a Lyme Regis, tan lejano en el tiempo, y el encuentro con Mary Anning, quien la había llevado a ver el maravilloso descubrimiento que había hecho en los acantilados. Plasmó en aquella carta todo lo que no había podido decirle en el breve tiempo que habían pasado juntos en Londres.

Georgina escribió, febril, sin prestar atención al reloj. Sobre su té, ya frío, se formó una capa brillante, mientras la pluma volaba sobre las páginas. Le confió sus sentimientos más

íntimos, le habló de sus días de soledad en su infancia y del insalvable vacío que sus padres habían dejado, como si una fuerza invisible los hubiera arrancado de cuajo. Solo entonces respiró hondo y se recostó. Era casi como si hubiera hecho un gran esfuerzo físico.

Entonces, la asaltaron de nuevo las dudas.

¿Qué había querido decir la tía Aga con su última frase? ¿Qué debía confesarle aún? Georgina dudaba que aquella noche pudiera dormir bien, debido a toda la información que bullía en su mente. En algún momento dado, el fuego de la chimenea se apagó y ella se dirigió a la habitación en la que siempre dormía cuando estaba en Langthorne y que conocía como la palma de su mano. Se había destemplado de puro cansancio. Arrojó su ropa de cualquier manera sobre una silla y cayó en la cama como un fardo. A pesar de sus tribulaciones, durmió hasta bien entrada la mañana siguiente, sin que los malos sueños o las sombras del pasado pudieran perturbarla.

Tras el desayuno, el médico de cámara, el Sr. Ingram, apareció para examinar a *lady* Agatha y declaró que nada había cambiado en su estado. Repitió a Georgina todo lo que el reverendo Aynscroft le había contado el día anterior. La muerte de su tía abuela era inminente y no había lugar a esperanza. Los medicamentos que él le procuraba asegurarían que *lady* Agatha no sufriera dolor alguno y, probablemente, realizara una suave transición al más allá. Hablaba con brevedad y sin mostrar emoción alguna, algo que a Georgina ya no le preocupaba, pues era consciente del estado de su tía Aga y no esperaba consuelo alguno por parte del doctor. Tras despedirse, ella regresó al lado de su tía.

Sorprendida, observó que la manta de la anciana estaba cubierta de viejas cartas. Esta alzó la cabeza al ver entrar a su sobrina y la miró con seriedad.

—Siéntate. Tengo algo que contarte.

Georgina se sentó en la misma silla que el día anterior y miró con curiosidad las cartas.

—Debí habértelas dado hace mucho tiempo. Estabas en tu derecho. A veces, intentar ahorrarle el dolor a alguien es un error. Debías haberlo sabido antes.

Georgina intentó comprender el significado de aquellas frases. ¿De quién eran aquellas cartas?

—Me las escribió tu madre —dijo la tía Aga, respondiendo a la pregunta que Georgina no había llegado a formular—. Nos llevábamos muy bien, como tú y yo. Las guardé todas. Para ti. Para dártelas algún día. Por desgracia, esperaré demasiado.

Haciendo un esfuerzo, empujó las cartas sobre la manta en dirección a Georgina, quien las tomó rápidamente y, de haber podido, se hubiera consagrado a su lectura en aquel mismo momento.

—En ellas está casi todo explicado, aunque no todo. Tu madre murió antes que tu padre. Por eso no sabes nada de su muerte.

Lady Agatha comenzó a luchar por respirar y miró a su sobrina con miedo en los ojos. Georgina fue a levantarse para pedir ayuda, pero la anciana alzó una mano, que había adquirido un tono azulado.

—No —dijo, respirando con dificultad, y señaló su medicación.

Georgina iba a darle el láudano, pero *lady* Agatha negó con la cabeza.

—La otra.

—¿Cuánto?

—Treinta gotas en un vaso de agua.

Georgina midió la tintura de dedalera y llevó el vaso a los labios de su tía. Esta se hundió de nuevo entre cojines y cerró

un instante los ojos. Parecía estar reuniendo fuerzas para continuar.

—Tu padre fue el médico Joshua Hart. Ya lo sabes.

—Sé algo más —la interrumpió Georgina—. Un tribunal lo condenó en el año 1801. Le juzgaron en el Old Bailey por hurto y lo condenaron a siete años de deportación. Pero antes de eso, llevó su colección de minerales y algunos importantes documentos personales a una casa de empeños en St Giles. Hablé personalmente con el usurero. Es un hombre anciano, pero recordaba bien a Joshua Hart.

Lady Agatha la miró con asombro.

—Mis respetos, Georgina. Un trabajo sobresaliente.

Georgina sonrió con tristeza.

—Ojalá no hubiera costado tanto trabajo descubrir todo eso. Su tía abuela adoptó una expresión avergonzada.

—¿Qué más sabes?

—Solo que recogió sus baúles en octubre de 1805 y probablemente se los confió a su hermano, el párroco de Bethnal Green. A partir de ahí, perdí su pista.

Vio el dilema en el rostro de su tía. Parecía estar luchando consigo misma y Georgina temió un ataque al corazón, pero la anciana alzó la mano en gesto de advertencia.

—Lo juzgaron de nuevo en el Old Bailey, en 1805. Le condenaron a muerte.

Georgina la miró, horrorizada. Nunca había llegado a esperar realmente que su padre permaneciera aún con vida, pero aquello... Había muerto como un criminal. Tragó saliva con esfuerzo, antes de romper a llorar. Cuando por fin pudo recomponerse, le dijo:

—Cuéntame más.

—Huyó de allí. De Australia. Para conocer a su hija. Cuando llegó a Londres descubrió que Susan estaba muerta y

que su hija vivía con sus abuelos. Que le habían dado su apellido. Que su pequeña nunca había oído hablar de él, nunca lo había visto.

Georgina estaba tan conmocionada que se levantó de un salto y se dirigió hacia la ventana para observar aquel sombrío día invernal. Sentía la penetrante mirada de la anciana a su espalda.

Nada de todo lo que se había imaginado de niña cada vez que pensaba en sus padres se había acercado en lo más remoto a la realidad. Claro que se había supuesto hacía tiempo que habría motivos para aquel silencio, pero la verdad superaba con creces sus peores temores. Su madre había mantenido una relación escandalosa con un hombre y le había dado una hija bastarda; su padre era un ladrón condenado al que colgaron por sus crímenes. Georgina se había enfrentado con frecuencia a los convencionalismos y sentía por primera vez hasta qué punto su vida se alejaba de ellos. Llevaba un doble estigma social que la cubría como una oscura mancha. ¿Habría heredado de sus padres aquellos malos hábitos?

Se le ocurrió entonces un nuevo pensamiento perturbador. Antes de partir, Justus había querido hablar con ella a toda costa, pero ella le había pedido que aguardara a su regreso. ¿Sabría él de todo esto y no habría podido contárselo?

Georgina se levantó y acarició la mejilla de su tía.

—Intenta dormir. Debo pensar con calma sobre todo esto.

La anciana asintió.

Georgina recogió las cartas de la cama y se volvió para irse. Un impulso la llevó a volverse de nuevo hacia la enferma.

—Gracias. Por todo.

Apretó contra su mejilla la enjuta mano de la anciana, plagada de manchas pardas, y dejó después la habitación.

Lady Agatha Langthorne murió en paz, mientras dormía, apenas dos horas después. Era como si hubiera estado reservando todas sus fuerzas para el reencuentro con su sobrina. Ahora, todo estaba dicho. El resto del camino debía recorrerlo Georgina ella sola.

CAPÍTULO XXVI

Ignoro qué imagen tendrá el mundo de mí, pero en lo que a mí mismo respecta pienso que solo he sido un niño jugando en la playa, que se divierte encontrando de vez en cuando un guijarro más brillante o una concha más bonita de lo habitual, mientras que el gran océano de la verdad permanece frente a mí, aún sin descubrir.

ISAAC NEWTON

GEORGINA LEYÓ LAS CARTAS POR LA TARDE, FRENTE A LA chimenea. Para cuando terminó, le dolían los ojos y el corazón. Le temblaba todo el cuerpo por los sollozos. La Sra. Wright, que tenía los ojos enrojecidos, la observó y le preguntó si quería tomar un chocolate caliente. No le pareció necesario preguntar más, pues la tristeza de Georgina era fácilmente atribuible a la muerte de *lady* Agatha.

Y ella lloraba por su tía abuela, sin duda, pero aún más por su madre y su padre, a los que no había conocido en persona y que tomaban finalmente forma en aquellas cartas. Por primera vez, la voz de su madre le hablaba directamente a ella, salvando el abismo de los años, en forma de descoloridas volutas de tinta sobre el papel que, no obstante, la hacían parecer tan viva como si estuviera sentada junto a ella tal y como

había sido por aquel entonces: joven, entusiasta y sin preocupaciones.

Querida tía Aggie:

Apenas me atrevo a plasmar sobre el papel estas palabras, por temor a que caigan en las manos equivocadas. Ya conoces a Anne, que tiene ojos por todas partes. Sin embargo, hay algo que debes saber, pues necesito compartir mi secreto con alguien. Quizás te sorprenda que haga tanto tiempo que no te escriba, pero han ocurrido tantas cosas... Déjame que te las cuente desde el principio.

He conocido a un hombre absolutamente maravilloso, pero padre y madre no saben nada al respecto. Eres la primera en saberlo y debes seguir siendo la única. Cuando leas cómo nos conocimos y cuál es su empleo, entenderás por qué mis padres encontrarán no pocos reparos si, Dios no lo quiera, alguna vez llegan a figurarse algo.

Fue una increíble coincidencia la que nos unió aquel día, e incluso me atrevería a decir que he llegado a considerarlo obra de Dios. ¡Qué osadía más imperdonable por mi parte!

En cualquier caso, me encontraba yo de camino a nuestra costurera para encargarme unas modificaciones en el vestido que luciré en mi primer baile. Naturalmente madre me habría acompañado de no ser porque, en el último momento, apareció para hacer una visita una tal lady Parson a la que no se debía ofender de ninguna manera. La dama en cuestión pertenece, al parecer, a un comité responsable de las invitaciones a los grandes eventos sociales, entre ellos el baile en el que se me debe presentar en sociedad.

Pues bien, estaba bajando del carruaje frente al taller de la costurera cuando tuve la mala suerte de resbalar y torcerme el tobillo. El dolor era tan grande que me dejó aturdida. Se dice

que un esguince es incluso más desagradable que la rotura de un hueso.

El cochero iba ya a entrar al taller en busca de ayuda cuando un joven, a mi entender tan hermoso como Apolo, llegó a toda prisa desde el otro lado de la calle, me ayudó a levantarme y me sostuvo para que entrara con seguridad en el taller. Allí se presentó como Joshua Hart. Es médico de profesión y se ofreció a examinar mi tobillo en presencia de la costurera.

Cada movimiento me causaba un dolor insoportable, pero el Sr. Hart me explicó que no tenía nada roto. Sin embargo, debo mantener el pie elevado durante varios días, no moverme y aplicarle frío. Entonces, quedará como nuevo.

Se lo agradecí de todo corazón y le pregunté su dirección para poder pagarle la factura, a lo cual él se negó rotundamente. Cuando la costurera abandonó brevemente la estancia, él se inclinó hacia mí y me dijo con voz queda: «Me gustaría volver a verla».

Esto me sorprendió tanto que me mareé de la turbación. Hay quien podría interpretarlo como desfachatez, o como una infracción imperdonable de las buenas maneras, y quizás tengan razón, pero lo cierto es que su encanto me subyugó.

«Entonces, así fue como empezó todo», pensó Georgina. Un encuentro casual en la calle que su madre interpretó como una señal del destino. Susan Fielding había percibido de inmediato que aquel día cambiaría toda su vida, pero también que no podía hablarles a sus padres de ello. Se sintió repentinamente muy próxima a su madre.

Lo mismo le había ocurrido a ella con Justus von Arnau. Ya en su primer encuentro ella había sabido que aquellas horas preciosas le pertenecían solo a ella y que nadie, salvo la tía Aga, podía saberlo. Ahora entendía que había semejanzas incuestionables entre su vida y la de su madre.

Siguió leyendo, cada vez más rápido, incluso con ansia, sumergiéndose en aquella vida tan lejana, perdida hacía tanto tiempo, pero a la que la ataba un vínculo tan cercano.

Por favor, no me condenes de antemano cuando leas lo que ocurrió a continuación. Algunos días después, recibí un paquete o, lo que es más exacto, se lo dieron a la cocinera cuando volvía del mercado. ¿Qué crees que había dentro? Una piedra, tan brillante y suave como si estuviera pulida, y muy pesada. Incluía una nota breve con tan solo algunas palabras: «No hay corazón de piedra, mas sí una piedra por corazón». Y nada más. ¿Qué podía hacer con eso? Decidí conservarlo y lo guardé en el cajón de mi escritorio, pensando y pensando quién podría haberme enviado aquel misterioso regalo.

Poco después asistí con mi madre a un concierto y, al regresar a casa por la noche, encontré en el bolsillo de mi abrigo un retazo de seda en el que había envuelto un hermoso mineral. Era como una caracola, perfecta y armoniosa. «Mi piedra es tuya», decía la única línea que la acompañaba. Era un misterio cada vez más intrincado. Tampoco les conté esto a mis padres, pero lo mantuve oculto sobre todo de Anne.

No descubrí la verdad sino por casualidad. Estaba visitando una exposición con mi madre cuando nos encontramos con el hombre que me había ayudado con mi accidente. Se acercó a mí, se presentó y se interesó por mi estado de salud. Llevada por algún extraño impulso no le había contado nada a mis padres de aquel encuentro, pero en aquel momento ya no pude evitarlo, así que le expliqué a madre lo amable que aquel caballero había sido conmigo.

Por ese motivo, mis padres invitaron al Sr. Hart a tomar el té y le agradecieron su ayuda y el generoso gesto de aborrarnos el pago de sus servicios. Así fue como acabó sentado frente a mí en

nuestro salón, contándonos de forma fugaz que emplea sus horas de asueto estudiando geología. Entonces, me miró con tal intensidad que lo supe en lo más profundo de mi corazón. Joshua Hart, ese era el desconocido que me hablaba a través de las piedras. Debía haber averiguado mi dirección a través de la costurera.

¿Qué puedo decir? ¡Es maravilloso! Tengo el corazón tan lleno de felicidad que apenas puedo soportarlo. ¡Deberías ver sus manos! Tiene unos dedos finos y ágiles, capaces de manejar un escalpelo o pulir una piedra. Todo lo que hace, lo hace con el mayor cuidado y atención, como si temiera poder romper cada cosa que toca.

Padre y madre lo recibieron de manera amistosa, pero no tardó en quedar patente que no tenían intención de cultivar una amistad con él, pues no lo consideraron de una posición social adecuada. La posibilidad de que lo acepten como yerno es inconcebible. No hace mucho que ha abierto una consulta propia, pero se encuentra en un barrio muy pobre que no le augura buenas perspectivas de labrarse una gran reputación. Mis padres esperan conseguirme otro tipo de pretendiente, un hombre que posea incluso algún título nobiliario que haga olvidar el hecho de que padre se gana la vida con la abogacía.

Pero ya no hay marcha atrás: me he enamorado de él.

Georgina se pasó nerviosa la mano por el pelo que se le había soltado del moño y le caía por la cara. La historia estaba dando un giro que la asustaba. Había un cierto tono implícito de amenaza en aquellas palabras, que desentonaba como una nota desafinada y triste en una melodía alegre. Evidentemente ella ya conocía el final de la historia, como si se hubiera leído el último capítulo de una novela, solo que, en este caso, no se trataba de ficción. Era la vida real de sus padres y, por extensión, la suya.

Sé que no debí haber permitido que sucediera, pero ha sido todo tan rápido... Como estar en éxtasis, como si me hubiera arrastrado una ola, como si una fuerza invisible me hubiera asaltado y tirado a la lona, y todas las demás comparaciones inútiles que se te puedan ocurrir y que no sirven ni remotamente para reflejar lo que realmente se siente cuando algo así ocurre.

Me he escapado de casa. Más de una vez. Cuando padre y madre han salido, me escabullo por la escalera de atrás después de alegar que tengo dolor de cabeza e instruir al servicio para que no me molesten.

Hace poco me hizo un regalo: un medallón que no guarda ningún mechón de pelo, ni ningún retrato, sino la imagen minúscula y delicada de un acantilado. Allí fue donde él encontró algunas piedras maravillosas, por lo que esa imagen debe recordarme a él. Evidentemente, hubiera preferido que fuera su rostro, pero entonces habría vivido en el constante temor de que lo descubrieran. El acantilado es más inofensivo, podría haber sido el regalo de una amiga del colegio.

Georgina apenas se atrevía a seguir leyendo, consciente de a dónde llevaría todo aquello, del terrible giro que tomarían los acontecimientos. Su madre había corrido riesgos aun mayores que los que ella misma había asumido en Oxford.

Joshua hizo hace poco una excursión al campo y me trajo algunos minerales de aspecto impresionante. Son como mensajeros de un pasado remoto que ahora yacen en mis manos, primero fríos, luego más calientes, hasta que alcanzan la temperatura de mi cuerpo. Él sueña con dejar alguna vez su profesión y poder dedicarse a la ciencia, pero es una esperanza remota. Para lograr un puesto en Oxford o Cambridge no solo debería

aprender mucho más sobre geología, sino que además debería ser religioso.

Ayer me habló de un plan que, si Dios quiere y se cumple, lo acercaría a lograr su meta. Guarda relación con un viejo manuscrito, pero no quiso decirme más y me hizo jurar que yo tampoco lo contaría. Debo guardar, pues, silencio, para no traicionar su confianza.

Su padre había puesto muchas esperanzas en aquel manuscrito, igual que ella. El reconocimiento científico, quizás un empleo que le permitiera dejar la medicina y dedicarse completamente a su pasión.

Resultaba casi estremecedor descubrir tantos paralelismos entre el devenir de sus padres y su propia vida. Sintió un nudo en la garganta, un peso en el pecho que le impedía respirar. Dobló la carta y se preguntó cómo era posible que su tía Aga hubiera guardado silencio durante tanto tiempo. Las declaraciones de su madre habían sido muy alarmantes, y hubiera sido su deber como tía avisar a sus padres. ¿O es que aquellas exaltadas palabras no le habían dado suficientes indicios de la profundidad en la relación entre su sobrina y el joven médico? Georgina tomó la siguiente carta, escrita tan solo unas semanas después. La escritura era inestable, las hojas aparecían llenas de manchas de tinta, como si su madre la hubiera escrito a toda prisa.

Querida tía Aggie:

Estoy fuera de mí. ¡Han arrestado a Joshua! Quería visitarlo, así que fui a la casa en la que vive de alquiler, pero nadie me abrió la puerta. Miré a mi alrededor, desesperada, pero tampoco me atrevía a preguntar a nadie, hasta que la casera abrió la puerta y me observó de arriba abajo. Le pregunté por Joshua: «Le han cazado», respondió con desprecio. «¿Cazado?», pregun-

té. «Sí. Al parecer robó algo. ¡Mientras vivía en mi casa!». Y continuó: «Será mejor que se aleje de ese hombre, si una señorita como usted me permite que le dé un consejo».

Puedes imaginarte en qué estado volví a casa. No tenía a nadie a quien pedir consejo o que me pudiera explicar qué había ocurrido.

Al día siguiente lo leí en el periódico. Joshua realmente había robado un viejo documento que guardaban en un castillo de Norfolk. Debe tratarse del manuscrito del que me había hablado con tanto entusiasmo.

Durante horas di vueltas por mi habitación. ¿Qué podía hacer? Era impensable visitarlo en la prisión, no podía arriesgarme a un escándalo semejante. Y, sin embargo, yo sabía bien que no era ningún criminal, que no podía ser cierto.

Al día siguiente apenas me podía dominar. Me encontraba mal, dormí casi todo el día y madre se preocupó, pero lo excusé todo diciendo que estaba muy nerviosa y que tenía el estómago revuelto. He permanecido en mi cuarto todo el día dando vueltas a cómo podría ver a Joshua o, al menos, escribirle y asegurarle mi amor y mi confianza.

Georgina tuvo que interrumpir la lectura. Se levantó y comenzó a dar vueltas, tratando de dar rienda suelta a su agitación. Todo lo que había sospechado y descubierto tras sus investigaciones se estaba confirmando ahora con un testimonio de primera mano. Que su padre no había tenido la posición social suficiente pero que su madre, a pesar de todo, había iniciado con él una relación secreta, que él coleccionaba piedras y, quizás en un arrebato de impulsiva insensatez, se había llevado una hoja de la biblioteca de Holkham Hall. Sin embargo, era totalmente diferente leer aquella historia en palabras de su madre, quien expresaba abiertamente su felicidad y su desesperación.

Georgina volvió a sentarse: quería terminar lo que había empezado. Prefería que el dolor explotara con virulencia y se extinguiera antes que tener que soportar un sufrimiento prolongado y progresivo.

He descubierto por el periódico cómo llegaron a arrestar a Joshua. Un amigo suyo descubrió lo del robo y le traicionó. Él dice que lo hizo llevado por motivos morales, pero en sus palabras se aprecia una soberbia que me produce náuseas. Se conocían, fueron compañeros en la universidad y, después, eligieron el mismo oficio.

Fue un presentimiento, nada más. Como en un trance, Georgina releyó la última oración y apenas se atrevió a volver la hoja. En su reverso, tenía pegado un pequeño recorte de periódico:

«En lo que a cuestiones de moral, justicia y orden se refiere, mis relaciones personales no cuentan con prioridad alguna. Lo correcto es lo correcto», explicó St. John Martinaw, cirujano en el hospital St Thomas de Londres, cuando se le preguntó por los motivos que le habían impulsado a denunciar el robo cometido por su amigo.

Estuvo a punto de arrojar al fuego aquella carta. Martinaw conocía a su padre, había sido alguien cercano a él, ¡y había provocado su desgracia! Reprimió la ira creciente que rebullía en su interior, pues ya habría tiempo para la furia más tarde, y en lugar de perder el control cogió la última carta, fechada unos meses más tarde.

Queridísima Aggie:

Mi vida se resquebraja y se me escapa entre los dedos. Soy una prisionera en casa de mis padres y, debido a mi estado, no se me permite relacionarme con otras personas. Aunque los sirvientes desconocen lo ocurrido, al cruzarme con ellos me parece que me observan con una mezcla de compasión y desprecio.

¡Qué diferente me había imaginado mi vida! Lo que soñé durante aquellas horas que pasé con Joshua, sin contar con el destino. Nos vi a los tres de excursión en coche en un maravilloso día de verano: entre él y yo, un pequeñín o una niña de largas trenzas. Nos sentábamos a la sombra de un árbol y Joshua trabajaba entre las piedras mientras nosotros le observábamos. Yo le leía un cuento a nuestra criatura o le ayudaba a guardar piedrecitas en una cesta para que después se las mostrara a su padre, lleno de orgullo. Vivíamos en una casa humilde, pero confortable, y nos conformábamos con aquello que la vida nos había dado.

Pero la vida no hace regalos. Todo tiene su precio. Fue solo un sueño y el despertar no ha podido ser más amargo. Ambos, Joshua y yo, tuvimos que decidir en un momento dado entre los sentimientos y la razón, entre la ambición y la pasión y la conciencia, y ahora tenemos que pagar por nuestras elecciones. Sin embargo, me pregunto si el castigo no ha sido demasiado severo.

Cuando él vuelva a casa, si es que sobrevive a la deportación, pues la supervivencia no está garantizada para todos los presos, nuestro pequeño tendrá seis o siete años y nunca habrá visto a su padre. Quizás yo esté casada con otro hombre, si es que hay alguien dispuesto a pasar por alto mi vergüenza, que mi hijo le recordará de forma constante.

No lo sé. Me siento impotente, no puedo escapar de aquí y debo esperar a que mis padres decidan mi destino. Me hubiera

gustado tener a mi hijo en el campo, contigo, pero ya sabes que mis padres no aprueban tu modo de vida. Alguna vez incluso han insinuado que mi comportamiento tiene su origen en tus peculiares perspectivas que, con tanta frecuencia, llegaste a expresar frente a mí. Su único consuelo es que nadie sabe de mi relación con Joshua y, por tanto, nadie puede relacionar al niño con un criminal condenado.

Hay algo que quisiera decirte abiertamente, querida Aggie, porque sé que quizás tú serás capaz de comprenderme. Por mucho que el destino nos haya golpeado y por desesperada que parezca ahora mi vida, no me arrepiento de amar a Joshua. Jamás podrán arrebatarme la felicidad que sentí durante las horas que pasé con él. Y el niño que él me dio me recordará a él. Quizás encuentre alguna vez el valor de hablarle a mi hijo o a mi hija de su padre, de aquel hombre inteligente y bueno al que una insensata tendencia en su naturaleza, una impulsividad excesivamente osada, le llevó a hacer lo que hizo.

Aquella era la última carta. Se le cayó de las manos. Georgina posó los brazos, inertes, sobre la mesa y hundió en ellos la cabeza.

Nunca en su vida se había sentido tan sola y traicionada. Todas las personas que tenía a su alrededor se habían visto involucradas: la tía Aga, su abuelo, su tía, St. John Martinaw. ¿Cómo habría podido la tía Aga callarse lo que Martinaw había hecho, o incluso llegar a plantearle un matrimonio con él? ¿Es que su enfermedad le había hecho perder la razón? Desesperada, Georgina cerró las manos en un puño. Ya era demasiado tarde para preguntárselo.

O ¿estaba siendo demasiado dura con ella, llevada por la desesperación? No podía ignorar el hecho de que aquellas cartas se habían escrito veinte años atrás. Georgina tendría que

consolarse con la idea de que su tía abuela, a pesar de todo, había tenido las mejores intenciones para con ella. Nunca lograría confirmarlo del todo.

Sin embargo, todo aquello no le era de gran ayuda. Debía pensar cómo iba a poder plantearse su vida a partir de entonces. ¿Qué ocurriría si les hablaba a su abuelo y a su tía de Martinaw y de su padre? ¿Entenderían que para ella sería imposible casarse con él, o seguirían anteponiendo el hecho de casarla con un hombre distinguido por encima de los reparos personales? Al fin y al cabo, Joshua Hart era un extraño para ellos, que había mancillado a su hija y hermana y había destrozado su vida.

Una vez más, estaba ella sola con sus preguntas. ¿Debía incomodar a Justus con todo aquello? ¿Qué diría al descubrir que a su padre lo habían deportado como a un criminal, para finalmente colgarlo?

Georgina se levantó y dio vueltas, como si eso pudiera ayudarla a pensar. En un momento dado, acabó tan cansada que sus pasos se volvieron inseguros y se dirigió, finalmente, a su cuarto. Tan pronto como se tumbó en la cama, se le cerraron los ojos de puro agotamiento. Tampoco aquella noche la turbaron los malos sueños o, al menos, no logró recordar nada al respecto al despertar.

A la mañana siguiente, surgió una tarea que la apartó por primera vez de sus pesares. La doncella entró en la habitación y le ofreció una bandeja en la que había una carta.

Georgina miró el remitente: era un abogado de nombre Thomas Gray. La tía Aga había mencionado alguna vez que él se ocupaba de todas sus cuestiones legales. Georgina supuso de qué se trataba y se dispuso a leer la misiva.

El Sr. Gray expresaba sus más sinceras condolencias y alababa el carácter y la generosidad de la fallecida. Añadía que

era su penoso deber abrir el testamento y deseaba establecer la fecha y hora adecuada para visitarla con tal propósito.

Georgina redactó de inmediato una respuesta en la que le ofrecía visitar Langthorne House aquel mismo día y hablar con ella de todo lo necesario. De esa manera, podría apartar de su mente aquella figura estática y fría que yacía sobre la cama en la planta superior, adecuadamente vestida, con el pelo recogido con esmero, los ojos cerrados, la mandíbula fija y, junto a ella, sobre la mesita de noche, una vela encendida. Georgina solo había entrado en aquella habitación una vez para despedirse de tía Aga. No volvería a entrar hasta que no fueran a meter el cuerpo en el ataúd, pues había decidido recordar a su tía tal y como había sido en sus mejores momentos: única, irreverente, vivaz, algunas veces algo áspera, pero siempre divertida y, en lo más profundo de su ser, absolutamente adorable.

Por la mañana, habló con el reverendo Aynscroft a propósito de los preparativos para el entierro, al que asistiría una gran comitiva fúnebre. El viejo religioso se mostró absolutamente inflexible en cuanto a la idoneidad de ser él mismo quien celebrara el servicio. Georgina estaba dispuesta a dejar en sus manos todos los preparativos necesarios mientras ella se preparaba para el encuentro con el abogado.

Más tarde, escribió una carta a su abuelo en la que le explicaba, con pocas pero sentidas palabras, la muerte de su hermana.

El Sr. Gray hizo acto de presencia en torno a las cuatro. Era un hombre de edad avanzada con rostro severo que revelaba una inteligencia aguda. Las arrugas en torno a sus ojos, típicas de quien ríe a menudo, delataban, no obstante, que no siempre se mostraba tan serio como en aquel momento. Volvió a expresar a Georgina su pesar y a mostrar su comprensión ante la rapidez con la que ella había querido resolver su

visita. Le invitó a entrar en la biblioteca e hizo que le sirvieran el té.

Posó una carpeta oscura sobre la mesa, se colocó unos quevedos y dirigió a Georgina una mirada escrutadora por encima de su taza de té.

—No sé si conocerá usted el contenido del testamento de *lady* Agatha...

Georgina negó con la cabeza.

—No, nunca hemos hablado de eso.

—Bien.

Primero, leyó el formalismo que declaraba que *lady* Agatha había redactado aquel testamento encontrándose en plenas facultades mentales. A continuación, siguió una lista de pequeñas propiedades que había legado al servicio y donaciones caritativas destinadas a distintas causas de la zona.

—Ahora llegamos a las cuestiones relevantes, Srta. Fielding —dijo él, y carraspeó de nuevo—. «Lego todas mis restantes posesiones materiales, incluyendo Langthorne House, así como las correspondientes tierras aledañas y la totalidad de mi patrimonio, a mi sobrina nieta, la Srta. Georgina Fielding».

Georgina le miró, atónita, pero él alzó la mano para evitar cualquier tipo de pregunta.

—Por favor, permítame continuar. Hace algunas semanas, la fallecida añadió un comentario: «Espero que actúe con responsabilidad y emplee el dinero de la manera que estime correcta. Le proporcionará la independencia de la que su madre nunca pudo disfrutar. Deseo que haga uso de ella de la forma en la que pueda obtener una mayor felicidad». Es un comentario peculiar, pero también es cierto que *lady* Agatha era una mujer fuera de lo común —dijo el abogado con una sonrisa que demostraba su auténtica naturaleza bajo aquella fachada de objetividad fría—. ¿Acepta usted esta herencia, Srta. Fielding?

—Sí.

Georgina no necesitó decir más. No podía pensar con total claridad, en su cabeza se arremolinaban demasiados pensamientos. Tardaría días en comprender la totalidad de lo que aquel testamento suponía. Apenas había tenido tiempo de asimilar todos los acontecimientos sucedidos en los últimos tiempos.

—Por lo que veo, se ha obviado a otros miembros de su familia en el testamento, Srta. Fielding. Espero que esto no le cree desavenencias con ellos, como por desgracia suele ocurrir con las familias en estos casos. Sea como fuere, estaré siempre a su disposición para asesorarla, en caso de que así lo desee.

—Se lo agradezco —dijo Georgina sucintamente, y pensó en qué diría *lady Anne* al conocer lo que decía el testamento.

Probablemente no contara con recibir una generosa herencia de su tía, pero que Georgina heredara todo sin duda provocaría su ira. Hasta el momento, el hecho de que Georgina no pudiera depender eternamente de su abuelo había sido el principal argumento de su tía para justificar su obcecada búsqueda de un matrimonio prometedor. Sin embargo, ahora ella quedaba libre para tomar sus propias decisiones.

El abogado se levantó y volvió a cerrar la carpeta en la que se encontraba el testamento.

—Me ocuparé de todo lo demás y dejaré que se preocupe de sus restantes obligaciones. Sin duda tiene usted mucho que hacer ahora, y mucho en lo que pensar, Srta. Fielding. Por descontado, acudiré al entierro para presentarle mis respetos a su tía abuela. Conocerla fue para mí un auténtico honor —y con estas palabras y una reverencia, se despidió y abandonó la biblioteca.

Georgina se levantó lentamente. Apenas podía creerlo. Era libre. De pronto, poseía sus propios bienes, lo que hacía de

ella una mujer independiente que ya no tenía que pedir permiso para comprar nada, para salir de viaje o acudir a una conferencia. La idea era tan inusual como absolutamente abrumadora. Significaba también que ya no tenía que aceptar un matrimonio de conveniencia, sino que podía decidir ella misma si quería o no casarse, y con quién.

Sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Las emociones la superaron. La decepción por Buckland, la muerte de su tía abuela, la historia de sus padres y la verdad acerca de Martinaw, pero, sobre todo, la sensación de verse libre de una jaula. Y, por supuesto, su amor por Justus. Todo eso cayó sobre sus hombros con el peso de una montaña y, simplemente, no podría sostenerlo sola.

Si ella se casaba, todas sus posesiones pasarían a manos de su marido, lo que la dejaría de nuevo con las manos vacías. Aún peor que no poseer ningún dinero era la sensación de haber saboreado su libertad durante un segundo para regresar inmediatamente a la prisión.

Pues ¿no sería un tipo diferente de cárcel casarse con Justus? Aquella pregunta brotó de manera espontánea en su conciencia y le produjo un profundo malestar. ¿Tenía realmente derecho a pensar así? ¿No le había demostrado él una y otra vez que respetaba sus opiniones y no pretendía doblegar su voluntad? Y, sin embargo, la duda permanecía. También la generosidad con la que William Buckland había declarado que las mujeres debían tener sus propias opiniones había tocado techo cuando Georgina le había hablado de las teorías de Da Vinci.

Su declaración de independencia que, en un primer momento, había aparecido como un regalo caído del cielo, la arrastra ahora a la decisión de elegir entre la libertad y el amor.

Aquella noche no logró conciliar el sueño.

CAPÍTULO XXVII

Bien sé que soy mortal, de naturaleza pasajera; pero cuando por placer sigo el ir y venir de los cuerpos celestes, mis pies ya no pisan la tierra; me encuentro, entonces, en compañía del mismo Zeus y me deleito con ambrosía, el manjar de los dioses.

CLAUDIO PTOLOMEO

APESAR DEL TIEMPO GÉLIDO Y DE QUE HABÍA COMENZADO a caer una ligera nevada, el entierro reunió a una gran muchedumbre, lo que conmovió profundamente a Georgina. No esperaba que una mujer de trato tan poco delicado y tan tajante en sus opiniones fuera tan querida en el condado, pero la gente acudió en tropel para dar su último adiós a la difunta. El reverendo Aynscroft celebró el servicio religioso y la describió como una mujer de gran corazón que siempre actuaba de acuerdo a como le dictaba su conciencia y había seguido su propio camino, con lo que se había ganado el respeto que él le profesaba. Incluso mencionó su fascinación por la química, su «búsqueda de la materia de la que se compone la vida», como él la describió. Georgina pensó que aquellas no habrían sido exactamente las palabras que su tía habría elegido, pero se alegró de que se rindiera también tributo a aquel aspecto de su existencia.



Su abuelo, *lady Anne* y *sir Richard* se habían disculpado por no poder asistir, con el pretexto de que el anciano no se encontraba en condiciones de realizar el penoso trayecto hasta Oxfordshire en aquella época del año y el deseo de la pareja de no dejarlo solo en la capital. Georgina se alegró secretamente de su ausencia, pues de esta manera podría despedirse en solitario de una mujer a la que había sentido siempre más cercana que a ningún otro miembro de su familia. Además, dada su agitación emocional del momento, prefería postergar el reencontro con su tía y el consiguiente enfrentamiento que se produciría, sin duda, tan pronto como el contenido del testamento se hiciera público.

Recorrió como en un trance el camino al cementerio, a la estela del ataúd, con un velo negro sobre el rostro que parecía sumir el mundo a su alrededor en una densa oscuridad. La nieve crujía bajo sus pies. No le preocupó que los zapatos se le fueran mojando cada vez más. La añoranza que experimentaba en aquel momento era demasiado dolorosa como para preocuparse por semejantes trivialidades, si bien aquella emoción se entremezclaba con una sensación de traición surgida de la certeza de que nadie en su familia había sido nunca realmente sincero con ella. La tía Aga se había arrepentido de su falta de honestidad y había intentado enmendar los errores del pasado, pero aquellos años en los que Georgina había permanecido absolutamente ignorante acerca de sus padres se habían perdido irremediablemente.

Sin embargo, una cosa era cierta: en los últimos días algo había cambiado en ella. Tan pronto como encontrara la calma suficiente como para pensar, debía reflexionar sobre cómo iba a proseguir con su vida a partir de ahora.

La herencia le había proporcionado una libertad con la que no había contado. Siempre había envidiado a *lady Agatha*

porque nunca había tenido que pedir permiso a nadie para nada y hacía y deshacía como mejor le parecía. ¿Debería retirarse a Langthorne House y vivir una existencia independiente como su tía abuela? ¿Realmente era eso lo que quería? Llegada a la vejez, la anciana se había quedado muy sola, que era el precio a pagar por rechazar cualquier vínculo sentimental. Georgina había tenido malas experiencias al respecto, pero una familia suponía cariño, cercanía, comprensión, amor y una sensación de seguridad que ella había anhelado siempre. Se sentía dividida entre el deseo de libertad y la necesidad de la proximidad a otro ser humano.

La posibilidad de un futuro junto a Martinaw se había vuelto impensable, pero ¿qué ocurría con Justus? ¿Cómo lo había expresado el reverendo Aynscroft? «... una especie de vagabundo. Ese es el tipo de vida que lleva, errante...». Georgina no le había escrito para contarle nada del entierro. Se encontraba como presa en un extraño aturdimiento respecto a él, no originado por la muerte de tía Aga, como pudiera pensarse, sino que había empezado bastante antes, en su última conversación con el escritor. Pensaba en Justus desde una extraña distancia. ¿Qué iba a ocurrir con su relación? Él le había asegurado que la historia de su concepción y sus orígenes no le importaban en absoluto, y que nunca la valoraría a ella considerando lo que habían hecho sus padres. Sin embargo, cuando había dicho aquellas palabras, desconocía qué clase de persona había sido su padre y qué destino había encontrado. La idea de contárselo la llenaba de vergüenza.

La conversación con St. John Martinaw, por otra parte, la afrontaba sin ningún temor. ¿Cómo reaccionaría él al saber que ella era la hija de aquel hombre cuya vida había destruido hacía tantos años por motivos que ella no podía ni imaginar? ¿Es que nunca se había dado cuenta? Probablemente no, pues todo in-

dicaba que Joshua Hart jamás había revelado el nombre de su amante.

Georgina estaba tan sumida en sus pensamientos que, para cuando recuperó finalmente la consciencia de su entorno, se encontraba directamente frente a la tumba abierta. El reverendo Aynscroft se encontraba junto a la fosa, con su devocionario abierto; los portadores habían colocado el ataúd sobre unos tablones sujetos a unas sogas salpicadas de nieve pútrida. La multitud formó un semicírculo en torno al hoyo y escuchaba las palabras del religioso.

—«Yo soy la resurrección y la vida; quien crea en mí, aunque muera, vivirá; aquellos que vivan y crean en mí, no morirán jamás».

Georgina repitió en un susurro aquellas familiares palabras de consuelo del Evangelio de San Juan. Rara vez había llegado a hablar de religión con su tía abuela y no sabía si era una persona creyente, si bien acudía a los servicios religiosos con cierta rigurosidad. La tía Aga siempre había tenido propensión al escepticismo y la duda, a medir y sopesar todo para tratar de comprender más a fondo su naturaleza.

Cuando el pastor terminó de hablar, Georgina dio un paso adelante y se levantó el velo del rostro.

—Quisiera decir unas palabras —dijo, y una voluta de vaho brotó de sus labios.

La comitiva fúnebre la observó, sorprendida, pues no era habitual que un familiar, y mucho menos una dama, aportara algo de su propia cosecha al sermón.

—*Lady* Agatha Langthorne era mi tía abuela, pero fue mucho más que eso para mí. Reemplazó a mis padres y fue mi maestra en muchos aspectos de la vida. Poseía un espíritu abierto y curioso que me acompañó a lo largo de mi existencia. Quisiera dedicarle una cita de Claudio Ptolomeo que refleja a

la perfección quién era: «Bien sé que soy mortal, de naturaleza pasajera; pero cuando por placer sigo el ir y venir de los cuerpos celestes, mis pies ya no pisan la tierra; me encuentro, entonces, en compañía del mismo Zeus y me deleito con ambrosía, el manjar de los dioses».

Algunos de los presentes murmuraron entre ellos al oír aquella cita pagana, pero Aynscroft ni se inmutó: había conocido bien a *lady* Agatha.

Georgina dio un paso atrás mientras retiraban los tablores y el sarcófago comenzaba a descender.

—Un discurso conmovedor —dijo una voz tras ella.

Georgina se volvió con un súbito giro.

Justus von Arnau se encontraba a su espalda, vestido con un frac inmaculadamente negro y con su sombrero de copa en la mano. No parecía en absoluto fuera de lugar en aquel cementerio inglés, era como una visita de cortesía que había venido a presentar sus respetos a una mujer muy poco convencional.

En ese momento, todo lo que le había sucedido a Georgina en los últimos tiempos se le vino encima como un alud. Durante meses había guardado las apariencias mientras iba destapando estremecedores sucesos en su vida. Había hecho frente a su familia cuando esta había tratado de dirigir su vida sirviendo únicamente a sus propios intereses; había comprendido que silenciar la verdad es otra forma de mentira. La había decepcionado un hombre en cuya opinión había puesto muchas expectativas. Y nada de todo aquello le había hecho perder la serenidad en público. Sin embargo, en ese preciso momento, se llevó las manos al rostro ante la comprensión de todos los presentes, que lo achacaron a un comprensible duelo, y dejó que Justus la abrazara y la guiara con cuidado a cierta distancia.

—Siento mucho haberla sorprendido de esa manera. Debería haber anunciado mi llegada, pero dejé Londres guiado por un impulso repentino. No podía soportar la idea de dejarla sola, dadas las circunstancias —dijo, y miró a su alrededor antes de continuar—. Sé que no es el lugar adecuado ni el momento adecuado para hablar, pero ya no puedo guardar más silencio, Georgina. ¡Hay algo que debe usted saber de inmediato! Le ruego que me escuche. Aquella tarde en que fue usted a cenar al Rules con el Sr. Martinaw, yo estaba allí y observé desde la calle el encuentro entre el Sr. Martinaw y un tal Sr. Shayle.

—El nombre Shayle me resulta conocido —dijo Georgina, pensativa.

—Naturalmente: era el caballero con el que el Sr. Martinaw estuvo hablando frente al restaurante.

—Sí, ahora lo recuerdo.

—Escúcheme bien: es importante. Invité al Sr. Shayle a un trago y hablé con él durante largo rato. Conoce muy bien a Martinaw. Me contó qué fue de Joshua Hart. También cómo murió.

Georgina dio instintivamente un paso atrás y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Ya lo sabe?

Justus miró a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie de la comitiva fúnebre cerca de ellos.

—Sí, Georgina. Sé que su padre fue deportado a Australia, condenado por robo, y que después lo colgaron en Londres. Sé también que el hombre que lo entregó ante la justicia no fue otro que su compañero de la universidad, St. John Martinaw.

«Él lo sabía», pensó Georgina, «lo sabía e intentó decírmelo, pero yo no se lo permití».

—Puede usted imaginarse en qué posición me encontré cuando fui a visitarla para informarle de todo esto y, precisamente en ese momento, supo usted de la enfermedad de su tía abuela. Por no ponerla a usted en un aprieto, opté por callar y dejarla ir, pero ya no podía soportar seguir custodiando una información que a usted le era desconocida y decidí tomar la primera diligencia hacia aquí.

Georgina se tomó unos segundos para encontrar las palabras adecuadas.

—Justus, yo... Me alegro tanto de que haya venido. Ya sabía de los actos de Martinaw. Lo he descubierto a través de una carta de mi madre que mi tía me ha legado —repuso, y respiró hondo—. Me encuentro en un momento muy complicado. Han ocurrido tantas cosas en un tiempo tan breve que me siento absolutamente superada. La pérdida de mi tía abuela ha supuesto más transformaciones en mi vida de lo que yo esperaba.

Justus la miró sin comprender. Era como si estuvieran ellos solos en el cementerio; su entorno, aquella gente en fila arrojando un puñado de tierra sobre el ataúd, todo aquello no podía ser real.

—Justus, mi tía abuela me ha legado casi todas sus posesiones. De pronto soy independiente, y es una situación nueva para mí.

Su mirada era difícil de interpretar.

—Le doy mi enhorabuena. Sin duda, es una buena noticia para usted.

Georgina miró al suelo, en busca de las palabras adecuadas.

—Aún no sé qué haré con la herencia. No pienso permanecer en casa de mi abuelo bajo ningún concepto. La idea de trasladarme a Langthorne me habría hecho feliz hasta hace

poco. Por otra parte, la perspectiva de residir cerca de Oxford después de mi último encuentro con el Sr. Buckland ha perdido el encanto que solía tener. Evidentemente pondré fin de inmediato a mi relación con el Sr. Martinaw. Gracias a esta herencia, soy independiente y ya no me veo obligada a contraer matrimonio contra mi voluntad.

Sabía que lo que había expresado no se ajustaba completamente a lo que sentía en realidad, pero se encontraba tan confusa y perdida que era incapaz de pensar con claridad. Leyó en la expresión de Justus que él se había imaginado su encuentro de otra manera.

—Lo entiendo, Srta. Fielding. Quizás necesite usted tiempo para pensar con calma. Me despido, pues —dijo, y se volvió para marcharse.

Georgina le miró, espantada.

—¿A dónde va?

Él se encogió de hombros.

—A donde me lleve el viento. Como usted sabe, soy algo parecido a un vagabundo que vaga sin rumbo de un lado a otro.

—Espere...

Justus se giró de nuevo.

—La esperaré frente a la puerta.

Dicho esto, inclinó la cabeza, se dio la vuelta y se marchó.

Georgina estaba petrificada, pero no por el frío, sino por el pánico. Vislumbró por el rabillo del ojo que el reverendo Aynscroft la observaba con gesto de preocupación. No quería ofender a aquel anciano que la había tratado con tanto afecto, por lo que se dirigió de nuevo hacia la tumba con pasos comedidos. Para ocultar sus atribulados sentimientos, arrojó un puñado de tierra y agachó la cabeza durante unos minutos. Entonces, saludó al pastor con un gesto de cabeza.

—Si me disculpa, reverendo, tengo asuntos pendientes que no admiten demora. Por ese motivo, quisiera invitarlo a usted y a los presentes a algo de comer en Langthorne.

Esperaba que aquello hubiera sido suficiente muestra de buenos modales y se dirigió con pasos enérgicos fuera del cementerio, mientras sentía a su espalda las miradas de la comitiva.

Examinó entonces sus sentimientos. ¿Habría herido a Justus en su orgullo al comentar su intención de vivir una existencia independiente? ¿O quizás le perturbaría la posibilidad de tener una esposa adinerada? Fuera cual fuese el motivo de su repentina marcha, no podía dejarlo ir así. Una oleada de calor recorrió su cuerpo y se expandió por cada extremidad y cada órgano. A pesar del frío del entorno, sintió que el sudor le resbalaba por la frente. Le latía el corazón con tanta fuerza que se llevó instintivamente la mano al pecho.

La estaba esperando en la puerta, pero era imposible precisar su expresión, oculta por el ala del sombrero.

Georgina no se tomó ni un segundo en pensar qué decir. Debía actuar con rapidez, antes de que fuera demasiado tarde.

—Ya no sé qué pensar ni qué hacer; no sé quién soy realmente ni quién quiero ser. Jamás se me pasó por la cabeza describirlo a usted como un vagabundo. Es solo que... ¿Cómo decirlo? Por primera vez tengo la sensación de que puedo hacer con mi vida lo que yo quiera. Como hizo mi tía durante tantos años.

—¿Incluso si el precio a pagar es el amor? —preguntó él con suavidad.

Aquella palabra la pilló desprevenida.

—No estoy familiarizada con el amor —dijo ella, y tragó saliva.

—Ah, ¿no? —repuso él con cierta sorna—. Bien, entonces lo intentaré de otra manera. No le ofrezco amor, sino viajes

a tierras extrañas. No le ofrezco una existencia sencilla en una finca con un jardín de rosas en el que poder pasear, sino hoteles y pensiones con habitaciones de aspecto aventurero en las que nadie entenderá su idioma. No le ofrezco faisanes en fuentes de oro, sino historias como nunca habrá disfrutado. Busquemos conchas en las cimas de las montañas y en las grutas más profundas, en las que nos aguardan huesos de hiena y cráneos de oso.

Parecía emocionante. Solo necesitaba encontrar la respuesta adecuada, o de lo contrario él se marcharía y ella se quedaría sola. Pero ¿cuál era la respuesta correcta? ¿No solían ser los hombres los que tomaban las decisiones en ese tipo de situaciones? ¿No solían esperar los hombres que las mujeres guardaran silencio, con la mirada al suelo, y se limitaran a pronunciar un simple sí o un no? Entonces, lo comprendió. Incluso en eso Justus von Arnau era diferente a cualquier otro hombre y eso era lo que le había atraído de él desde el principio. Él no iba a decidir sobre su vida por ella. Prefería intentar ganarse primero su alma, antes de poseer su cuerpo. Pero ella llevaba demasiado tiempo sin pronunciarse.

—Si cree que no la tomo en serio y que la veo como a una muñequita tonta incapaz de esbozar un pensamiento racional, si cree que me llevaré su dinero y me lo gastaré a voluntad y si cree que decidiré por los dos en qué ciudad o en qué país vivir con usted, entonces le aconsejo que se traslade a Langthorne House. En ese caso, la decisión de vivir una vida como la de su tía abuela será, sin duda, la correcta.

Ella avanzó hacia él de forma tan impulsiva que le sorprendió.

—¿Hasta qué punto quiere hacérmelo difícil, Justus?

—Tan difícil como sea posible, Georgina. Pues solo así evitará tener siempre la sensación de que no tuvo la oportuni-

dad de pensar con claridad. No debe usted creer jamás que la arrastré contra su voluntad a una decisión que no era la suya. Eso es lo que yo querría de ser usted.

—¿Y qué es lo que usted quiere?

En lugar de responder, él posó delicadamente las manos sobre las mejillas de ella y la atrajo hacia él, para besarla suavemente en los labios.

—¿Le parece respuesta suficiente?

—No.

Él la miró sorprendido.

—¿No?

—Me gustaría escuchar esa respuesta de nuevo, si es posible.

Él respiró aliviado antes de unir nuevamente sus labios a los de ella. Entonces, dijo con voz tenue:

—Prométeme que me replicarás tanto como sea posible cuando estemos casados.

Nunca una promesa había sido tan fácil de hacer.

EPÍLOGO

Partamos, pues, en paz en pos de la libertad y no del tormento.

WILLIAM SHAKESPEARE

Enero de 1822

PARA GUARDAR LA ETIQUETA, LA CONVERSACIÓN CON ST. John Martinaw en compañía de *lady* Anne tuvo lugar en la biblioteca de Bloomsbury Square. Georgina le había rogado a Martinaw que acudiera a casa de su abuelo, y allí tenía intención de informarle de los motivos por los cuales debía romper cualquier tipo de relación con él. La tarde anterior Georgina le había explicado a su tía por qué le resultaba imposible casarse con Martinaw. La conversación había derivado en discusión, dentro de la cual *lady* Anne había llegado a afirmar que Martinaw había actuado de acuerdo con sus fuertes principios morales y que, por tanto, no se le podía culpar de la ejecución de Joshua Hart.

Inesperadamente, James Fielding tomó partido a favor de su nieta.

—Mi querida Anne —dijo en un tono que no aceptaba réplica—. Soy muy consciente de tus ambiciones sociales, pero por ningún motivo vas a arrastrar a Georgina a que se case con ese hombre. Él no haría sino recordarle día y noche el infeliz



destino de sus padres, algo que tú misma no desearías para ti. Ningún matrimonio racional puede asentarse sobre semejantes cimientos.

Georgina se lo agradeció, ante lo cual su abuelo no hizo sino asentir con tristeza. La muerte de su hermana parecía haberle afectado más de lo que cabía esperar. Quizás, de alguna manera, le recordara su propia mortalidad y esa certeza inevitable le hubiera aplacado.

St. John Martinaw entró en la biblioteca lleno de expectativas, pues sin duda contaba con aprovechar la ocasión para realizar su proposición y obtener una respuesta afirmativa garantizada. Así pues, la decisión de Georgina le dejó atónito y exigió conocer los motivos que la llevaban a tomarla. Ella le contó, simple y llanamente, la verdad.

Martinaw enrojeció primero y palideció después.

—Usted... Yo nunca hubiera creído que...

—Pero así es, Sr. Martinaw. Por ese motivo, comprenderá usted que es imposible que llegue a existir entre nosotros ningún tipo de vínculo cercano. Le agradezco su gentileza y le deseo todo lo mejor para su futuro.

Georgina esperaba que la conversación hubiera acabado allí, pero Martinaw aún tenía algo que decir. Recuperó la compostura con sorprendente rapidez, carraspeó y dio un paso adelante.

—Srta. Fielding, ¿me permite que le pida un último favor?

—Por supuesto, siempre que esté en mi mano cumplirlo.

—¿Podría rogarle discreción en relación a este asunto, habida cuenta de mi inminente investidura? Quisiera evitar que quedara empañada por este asunto, a pesar de que carezco de cualquier tipo de responsabilidad o culpa al respecto.

Así pues, la conversación no iba a terminar de manera civilizada.

—¿Le he entendido bien, Sr. Martinaw? —preguntó Georgina, sin reparar en la mirada suplicante de su tía.

Se había esforzado por comportarse con serenidad y amabilidad, pero la absoluta falta de arrepentimiento de aquel hombre o, lo que era aún peor, la descarada e insoportable soberbia de la que hacía gala eran mucho más de lo que ella se sentía capaz de soportar.

—Es la obligación de todo buen cristiano denunciar cualquier delito del que sea testigo —explicó Martinaw—. Una prolongada relación o incluso la amistad entre dos personas no son excusa. Bajo ningún concepto pueden anteponerse los afectos personales a la moral.

Ahora que no tenía por qué seguir reprimiendo sus sentimientos, Georgina decidió hablar con absoluta franqueza y sin miramientos.

—No creo que hayan sido esos principios suyos tan elevados los que hayan motivado siempre sus decisiones, Sr. Martinaw. Usted habló cara a cara con mi padre...

Lady Anne se estremeció.

—... usted y él solos, y pudo haberle convencido de que devolviera el mismo objeto que había obtenido de manera ilícita, como habría hecho cualquier amigo y cualquier buen cristiano. Lo que usted hizo, no obstante, lleva a pensar que mi padre se interponía en el desarrollo de su carrera profesional, o bien que temía usted que sus logros científicos llegaran a superar los suyos propios.

—Eso es ridículo, si me permite que me exprese con franqueza —repuso Martinaw, indignado.

—Por supuesto que se lo permito y le recuerdo, a mi vez, a un caballero llamado Anthony Shayle, cuya existencia contravino de manera similar sus despóticas maneras, por lo que usted decidió obrar contra él de una forma que puso en

peligro no solo el bienestar de ese hombre, sino el de toda su familia.

Martinaw la miró, horrorizado, como si no pudiera entender de qué manera había llegado ella a enterarse de todo aquello. *Lady Anne*, por su parte, había perdido completamente el hilo de la conversación.

Georgina sonrió.

—¿Se sorprende usted de que lo sepa? Bien, quizás recuerde usted al Sr. Justus von Arnau, a quien tuvo la oportunidad de conocer brevemente durante una cena. El Sr. Von Arnau topó por casualidad con Anthony Shayle y este le explicó la historia de su despido y de la difamación de la que fue objeto. Reconozco en ese relato inquietantes similitudes con el destino de mi padre que me llevan a dudar muy seriamente de la legitimidad de sus así descritas «decisiones morales» —continuó ella, disfrutando de la mirada aturdida de su interlocutor—. Lo único que evita que ponga en peligro su investidura es mi propio deseo de evitar exponer a la luz pública la historia de mis padres, Sr. Martinaw. Con eso, está todo dicho entre nosotros.

Él no se atrevió a replicar.

Algunos días después, un carruaje atravesó la entrada a Holkham Hall.

Georgina sacó la cabeza por la ventana y observó, asombrada, un venado que corría en libertad por el parque y el obelisco que se alzaba hacia las alturas como un dedo índice señalando al cielo. Había tenido que hacer frente a *lady Anne* con gran decisión al informarle de que pretendía viajar con Justus, en primer lugar, hacia Holkham Hall y, más tarde, a Mánchester, donde él quería presentarle a su tía. *Lady Anne* consideraba poco apropiado que una muchacha viajara sola con un hom-

bre sin mediar entre ellos contrato nupcial, aunque se tratara de su prometido. Sin embargo, Georgina no se dejó intimidar. Le señaló con tono indolente que la reputación de su tía, así como las perspectivas sociales de sus propios hijos, podrían sufrir notablemente si se llegaba a saber que Georgina era la hija bastarda de Susan Fielding y que su padre había muerto en la horca. La expresión facial de *lady* Anne había reflejado un terror genuino ante semejante amenaza y esta había aceptado la decisión de su sobrina sin más reparos.

El señor de Holkham Hall les esperaba ya y ofreció a Georgina la misma guía por los rincones del castillo que Justus ya había disfrutado.

—Es maravilloso que me honre usted tan pronto con una nueva visita, Sr. Von Arnau. Y más aún en compañía de su encantadora prometida. Será un placer para mí mostrarles la belleza de esta casa.

Georgina disfrutó de la visita al edificio y se maravilló de su mobiliario y sus estancias, pero lo que más le impresionó fue la biblioteca. Caminó por entre las columnas de libros sumida en sus pensamientos, vagando ensimismada, observando todo a su alrededor. Nunca había sentido tan cerca a su padre como en aquel lugar en el que él había pasado tantas horas, arrastrado por un febril impulso investigador, lleno de esperanza por los descubrimientos que esperaba lograr.

Finalmente, se detuvo frente al Sr. Coke y le dijo a Justus:

—¿Podrías darme el papel, por favor?

Justus abrió la carpeta de cuero en la que guardaba sus utensilios de escritura y sacó con cuidado la hoja pródiga del manuscrito de Da Vinci. Georgina la tomó con ambas manos, la acarició con suavidad, como despidiéndose de ella, tragó saliva y se la entregó al dueño del castillo. El Sr. Coke la miró sin comprender.

—Aquí tiene algo que pertenece a su familia. Mi padre se hizo con él de manera ilegal hace mucho tiempo. He venido hoy aquí para devolverle lo que es suyo.

Coke contempló, turbado, aquel pliego que sostenía en las manos, después a su visitante, pero no parecía comprender del todo de qué trataba todo aquello. Acercó el papel a la luz y lo escudriñó con interés, hasta que su rostro se iluminó.

—Dígame... ¿Realmente se trata de las páginas perdidas del Códice de Leicester? No contábamos con poder recuperarlas jamás. Aquel joven médico... Nunca llegaron a encontrarlas —dijo, y carraspeó avergonzado—. Entonces, ¿él era su padre, Srta. Fielding? Le agradezco profundamente que haya usted tenido el valor de devolverme esta hoja. Sin embargo, hay algo que quisiera saber. ¿Dónde la guardó durante todos estos años?

Georgina le contó la historia de los baúles que contenían la colección geológica y los largos años que pasaron almacenados en una oscura casa parroquial.

Cuando terminó de hablar, Coke la miró asombrado.

—No me cabe duda de que es usted una mujer realmente valerosa, a la vista de los escasos reparos que tiene en admitir quién fue su padre.

—Lo es, efectivamente —añadió Justus antes de que Georgina pudiera replicar—. Sin embargo, hay algo que quisieramos pedirle a usted, Sr. Coke.

—Habida cuenta del tesoro que me han devuelto, no puedo sino aceptar que se me pida algo a cambio.

—¿Se mostraría usted partidario a que mi futura esposa pueda investigar el manuscrito y que intente traducirlo, con mi colaboración? Le aseguramos que tras nuestra visita seguirá habiendo exactamente el mismo número de páginas.

—Señores míos, no me cabe la más mínima duda al respecto. Son ustedes bienvenidos a Holkham Hall siempre que

lo deseen. Les ruego únicamente que nos avisen de su llegada. Mi bibliotecario estará enteramente a su disposición.

Tras concluir aquel trayecto, que Georgina tanto había temido pero del que ahora se sentía tan satisfecha, se despidieron de Thomas Coke y regresaron a su coche. Justus ayudó a Georgina a subir y aprovechó para mirar la impresionante mansión una última vez. Sin duda no sería aquella la última vez que la visitaran. Sin embargo, ya había tenido bastante Inglaterra por el momento: ahora deseaba regresar a Italia. Pero antes, quizás pudieran pasar por Suiza y atravesar los Alpes. ¡Había tantas cosas que quería mostrarle a Georgina!

La colección de Joshua Hart permanecería segura en Langthorne House, que Georgina quería conservar hasta estar completamente segura de qué hacer con la propiedad. Con el dinero que *lady* Agatha le había legado, podría mantener al servicio hasta que regresara del continente. Quizás entregara sus minerales a algún museo de historia natural, o a algún científico que pudiera hacerse cargo de las piedras de su padre para que estas se exhibieran en un entorno adecuado. Ella se sentiría orgullosa de que la gente pudiera admirarlas y reconocer, mediante la correspondiente placa informativa, que aquella colección había pertenecido al Sr. Joshua Hart.

Pero, por el momento, daba comienzo su viaje.

El coche se puso en marcha con un brusco tirón, en dirección a la entrada. Las puertas estaban abiertas de par en par.

UN PAR DE PALABRAS PARA FINALIZAR

ESTA OBRA SURGIÓ DE UNA LECTURA MUY CONCRETA, QUE despertó en mí auténtico fervor... Desde mi punto de vista, no puede haber manera mejor de iniciar un viaje literario. La obra de Bill Bryson *Una breve historia de casi todo* me abrió los ojos a lo más fascinante de las ciencias naturales, como ningún otro libro lo había hecho hasta entonces. Sin embargo, la parte que más me conmovió fue la de los «picadores de piedra», pioneros de una nueva ciencia que desafió los límites de la fe y la interpretación literal de la Biblia décadas antes de que lo hiciera Darwin. Investigaron la tierra bajo sus pies y descifraron la historia de nuestro planeta.

¿Existió el diluvio universal? ¿Se creó o no la tierra el 23 de octubre del 4004 a. C., a las seis de la tarde? ¿Por qué han aparecido conchas de crustáceos en las cumbres de las montañas, como el propio Leonardo da Vinci se preguntó? ¿Qué habrían ido a hacer helechos gigantes, palmeras y lagartos monstruosos a la gélida Gran Bretaña? Y ¿qué más se ocultaría en las entrañas de la tierra?

Entre los personajes de mi propia creación, pueblan esta novela también algunas personalidades históricas a las que he



retratado con toda la fidelidad que he podido: Mary Anning, William Conybeare, William Smith, George Bellas Greenough y el incomparable William Buckland. Si alguno de mis lectores quisiera descubrir algo más acerca de estos fascinantes pioneros de una geología recién nacida, les recomiendo de todo corazón las siguientes lecturas:

Deborah Cadbury, *Los cazadores de dinosaurios*, 2002; Stephen Baxter, *Ages in Chaos. James Hutton and the Discovery of Deep Time*, 2003; Simon Winchester, *El mapa que cambió el mundo*, 2003 (a este libro le debo mi descubrimiento del Panecillo de Chedworth); Stephen Jay Gould, *The Theory of the Living Earth*, 1997; Christopher McGowan, *The Dragon Seekers*, 2001; Bill Bryson, *Una breve historia de casi todo*, 2006.

Las oscuras calles de St Giles y Seven Dials adquirieron vida propia para mí en las fantásticas descripciones que Peter Ackroyd realiza del Londres de la época (*Londres*, 2006).

Siguiendo las huellas de los picadores de piedra, visité el Museo de Historia Natural de Londres y pude contemplar, llena de emoción, los impresionantes hallazgos de Mary Anning situados en la Galería de los Fósiles. Allí ha encontrado finalmente la gloria que merece: una placa representa a la joven de Lyme en el momento del descubrimiento del espectacular reptil marino.

Las estrechas calles plagadas de tiendecillas de Lyme Regis invitan a retroceder doscientos años y seguir a Mary en espíritu (o a pie) hasta los abruptos acantilados donde ella descubrió a tantos testigos de un mundo que, hasta el momento, casi nadie habría sido capaz de imaginar. El pueblo cuenta con una pequeña casa-museo en la que redescubrí inesperadamente una mesa con una hermosa cubierta de piedra. Léí, perpleja, que había pertenecido originariamente a William Buckland. Al parecer había hecho finalmente realidad su deseo de crear un mueble forrado enteramente de coprolitos.

Fue también de un valor incalculable para mí el catálogo de la casa de subastas Christie's que publicaron con motivo de la subasta del Códice de Leicester el 12 de diciembre de 1980 y que incluía fotografías detalladas de cada página del manuscrito, así como información detallada al respecto. El códice es propiedad de Bill Gates desde 1984, quien pagó por él la cantidad récord de 30,8 millones de dólares y que, desde entonces, permite su exhibición regular por diversos países del mundo.

Por último, quisiera agradecer a todas las personas que, de una u otra forma, colaboraron para que esta novela pudiera completarse:

Doctora Marianne Sommer, del Instituto Federal de Tecnología, Zúrich.

Profesor doctor Frank Zöllner, Instituto de Historia del Arte de la Universidad de Leipzig.

Dr. Suzanne Reynolds, conservadora de la colección de manuscritos de Holkham Hall.

Sandra Chapman y Scott Moore-Fay, Museo de Historia Natural, Londres.

Profesor Martin Kemp, Oxford.

Ulrike Seifert y Giuseppe Cilia.

Justus Schlück y Justus Turiknsky, a quienes debo el nombre de mi protagonista.

Antje Eßer, Hanne Goga, Axel Klinkenberg y Ruth Löbner, por la lectura crítica y constructiva que hicieron del borrador.

Mis hijos, Lena y Felix, por su continuo apoyo e interés.

BIBLIOGRAFÍA

- Austen, Jane: *Mansfield Park*, 1814.
- Brewster, David: *Memoirs of the Life, Writings and Discoveries of Sir Isaac Newton*, 1855.
- Buckland, William: *Vindiciae Geologicae or The connexion of geology with religion: explained in an inaugural lecture, delivered before the University of Oxford, May 5, 1819*, 1820.
- Buckland, William, en Young, George: «Account of a Fossil Crocodile», *Edinburgh Philosophical Journal*, Vol. XIII (1821), p. 76-81, cita de: Cadbury, 2003.
- Cadbury, Deborah: *The Dinosaur Hunters*, 2002.
- Cuvier, Georges: *Discours sur les révolutions de la surface du globe*, 1825.
- Duncan, Philipp: «A Picture of the Comforts of Professor Buckland's Rooms in Christ Church, Oxford» (1821), según cita en Gordon, Anna: *The Life and Correspondence of William Buckland*, 1894.
- Herschel, Sir John, *Preliminary Discourse on the Study of Natural Philosophy*, 1831.
- Hutton, James: *Theory of the Earth*, 1785.

- Lamarck, Jean-Baptiste: *Hydrogéologie*, 1802.
- De Lavoisier, Antoine-Laurent: *Traité élémentaire de chimie*, 1789.
- Pinney, Anna Maria, en: «Mary Anning and Anna Maria Pinney», *Natural History Magazine*, vol. 76 (1956, p. 147), cita de: Cadbury, 2003.
- Ptolomeo, Claudio: *Almagesto*.
- Shakespeare, William: *As You Like It*.
- Shuttleworth, Nicholas, cita en Dickson White, Andrew: *A History of the Warfare of Science with Theology in Christendom*, 1896.
- De Tocqueville, Alexis: *Voyage en Angleterre et l'Irlande*, 1835.
- Ussher, obispo James: *Annales veteris testamenti, a prima mundi origine deducti (Annals of the world)*, 1658.
- Da Vinci, Leonardo: *Codex Leicester*.
- Da Vinci, Leonardo: Cuaderno XVI: Geografía física.
- Wollstonecraft, Mary: *A Vindication of the Rights of Women: with Strictures on Political and Moral Subjects*, 1792.
- La Biblia. (Varias ediciones).

